

La faz con mano
en los remiendos
con la mano con pulso

...qualora se verificasse a ocorrência de ...
...que ocorra por parte dos órgãos competentes a ...
...a ocorrência de violação ... por parte do ...
...a longo prazo. ...
...a longo prazo. ...
...a longo prazo de ...
...a longo prazo de ...

Manuel del Cabral

*Premio
Nacional
de Literatura
1992*



Manuel del Cabral

*Premio
Nacional
de Literatura
1992*

Fundación Corripio, Inc.

Colección

Premio Nacional de Literatura

Director Ejecutivo:

Jacinto Gimbernard Pellerano

Asesores:

Dr. Jorge Tena Reyes

Lic. José Alcántara Almánzar



MANUEL DEL CABRAL

Manuel del Cabral

*Premio
Nacional
de Literatura
1992*



EDICIONES FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
SANTO DOMINGO
2002

ISBN 99934-54-13-3

Diagramación y composición:
Cuesta-Veliz, Asesoría Editorial

Edición al cuidado de:
Andrés Blanco Díaz

Impreso y encuadernado en
Editora Corripio, C. por A
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Manuel Cabral Tavares nació en Santiago de los Caballeros el 7 de marzo de 1907, hijo del ilustre Mario Fermín Cabral y Báez y Amelia Tavares Saviñón. Manuel del Cabral es su nombre literario. Debido a quebrantos de su madre, es criado por su tía Carmita Tavares, la *Cacán* de sus versos, *la que con carne y huesos, siempre me lavó el alma*. En 1931-1932 (?), a la edad de 12 años, publicó sus primeros poemas en el periódico *El Diario*, en Santiago, y posteriormente publica *Pilón*, su primer libro de poemas (Antonio Fernández Spencer, en su *Nueva poesía dominicana* afirma que *Pilón* fue realmente publicado en 1936). En 1938 parte a New York, donde trabaja como obrero. Meses más tarde le sorprende un nombramiento diplomático. Va a Washington, de allí a Bogotá, luego a Buenos Aires, donde reside por espacio de diez años y toma esposa argentina. Viaja a España, Francia e

Italia. Se relaciona con los más notables poetas de su tiempo. En 1963, Juan Bosch, entonces Presidente de la República, le otorga la representación del país en Chile, con rango de ministro. Reside en esta nación hasta 1966. Entonces, se traslada a Buenos Aires, donde fija su residencia nuevamente.

Manuel del Cabral ha cultivado la prosa y el verso. Es además, pintor. Ha hecho exposiciones de sus cuadros en España y publicado una edición monográfica de lo realizado en este campo. Es una figura mayor de nuestras letras, y esto debe ser dicho en más de un sentido: en el de su importancia, fecundidad y proyecciones. Cierta fama de incultura ha seguido a menudo a Del Cabral debido a una frase de Gerardo Diego, quien dijo de él que era el primer gran poeta inculto que conocía. Del Cabral respondió llamando al poeta español, el primer gran poeta culto que conocía. Pero esta incultura no pasa de ser mera coquetería de poeta que se sabe dueño y señor de una voz. Digiere casi instantáneamente una cantidad enorme de noticias culturales y extrae de ellas las vivencias necesarias. Resultado: el más puro del Cabral. Si *Pilón* y *Trópico negro* fueron consecuencia de la poesía negrista antillana (Nicolás Guillén, Palés Matos, etc.), y *Sangre mayor* del mejor Neruda, *Chinchina busca el tiempo del Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez, *Compadre Mon* de su enfrentamiento con el *Martín Fierro* de José Hernández y *Los huéspedes secretos*, de *Sobre los ángeles* de Rafael Alberti (paralelismos notados frecuentemente por diversos críticos), no es menos cierto que tales obras son absolutamente originales, tanto que estamos frente a un caso poco común de un estilo único e inconfundible

que al circular desde sus primeros hasta sus últimos poemas, desde sus cuentos y novelas hasta sus páginas autobiográficas, confiere a toda la obra cabraliana una gran unidad. Hay muchos del Cabral, que en el fondo son uno solo, construyéndose y destruyéndose sin cesar, realidad imaginada reflejándose en una realidad concreta y viceversa, así hasta el infinito, en una sucesión de materia y espejos encadenados. El poeta percibe la unidad de ese mundo. Sabe que cualquiera de sus elementos puede casar con el otro. Y hace préstamos, a veces sin una razón aparente. Es cuando vemos dentro de un poema muy conocido, otro poema ensamblado; dentro de un mini cuento un soneto que ya había hecho fortuna por sí mismo; dentro de la *Historia de mi voz*, fragmentos de prosas poéticas, cuentos, situaciones que tenían ya una fisonomía propia en otros ámbitos y que de repente las encontramos tratando de provocar otros parentescos. No siempre se dice lo debido de Manuel del Cabral, y no pretendemos en estas breves notas ser una excepción a la regla. A pesar de todo lo que se ha escrito sobre él, y de su abundante bibliografía, este poeta aún no ha sido analizado en su verdadera trayectoria. Falta el estudio de su poesía negrista y, sobre todo, falta el gran estudio de las vertientes populares de su obra maestra *Compadre Mon*, libro clásico donde el hombre dominicano adquiere rango continental. Estamos ante un poeta que se ha dedicado a captar "lo dominicano", por las categorías populares que maneja. Si en cada una de las diversas experiencias apuntadas anteriormente el poeta ha dado obras de gran importancia, en su poesía de tono popular encontramos al manejador de ritmo fácil, de la imagen colorista, al urdidor de mitos, de situaciones y me-

táforas, al juglar que se aventura con sus temas en un bosque de palabras eternas donde más que la voz habla la sangre. Es por este camino donde del Cabral encuentra sus mejores aciertos, por la valorización que ha hecho del alma, sentimiento y habla de su pueblo.

Poeta en libertad, comprometido con su país y con su época. "Analfabeto" y culto, salvaje y refinado, sensualista y metafísico, regional y universal, de hoy y de siempre. Poeta múltiple y contradictorio como la vida misma, sin amedrentarse ante temas ni géneros, que lo mismo da la pincelada intimista que aborda el gran fresco. Contemplando su juicio anterior, Gerardo Diego ha dicho lo siguiente, talvez como un desagravio: "Extraño y formidable, este gran poeta, Manuel del Cabral, en cuya voz, fundida a la temperatura de alto horno del hombre nuevo, parecen haberse dado cita todos los hombres de América, el continente que se descubre día a día en la imaginación exploradora del espíritu". En 1992 le fue concedido el Premio Nacional de Literatura, que es otorgado cada año por la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos y la Fundación Corripio, Inc.

OBRAS PUBLICADAS:

Pilón (1931/1932?), *Color de agua* (1932), *Doce poemas negros* (1935), *Poemas* (1936), *Ocho gritos* (1937), *Biografía de un silencio* (1940), *Compadre Mon* (1940), *Manuel cuando no es tiempo* (1941), *Trópico negro* (1942), *Chinchina busca el tiempo* (1945), *Sangre mayor* (1945), *De este lado del mar* (1948), *Antología tierra 1930-1949* (1949), *Los huéspedes secretos* (1951), *Carta a Rubén* (1951), *Segunda antología tierra 1930-1951* (1951), *Vein-*

te cuentos (1951), *30 Parábolas* (1956), *Sexo y alma* (1956), *Dos cantos continentales y unos temas eternos* (1956), *Antología clave, 1930-1956* (1957), *Pedrada planetaria* (1958), *Carta para un fósforo no usado y otras cartas* (1958), *Catorce mudos de amor* (1962), *Historia de mi voz* (1964), *La isla ofendida* (1965), *Los relámpagos lentos* (cuentos, 1966), *Los anti-tiempo* (1967), *El escupido* (novela, 1970), *Sexo no solitario* (1970), *El presidente negro* (novela, 1973), *La carabina piensa* (1976), *Obra poética completa* (1976), *Cuentos* (1976), *Palabra* (1977), *El Jefe y otros cuentos* (1979), *Diez poetas dominicanos: tres poetas vivos y siete desenterrados* (1980), *Cuentos cortos con pantalones largos* (1981), *Cédula del mar* (1982), *Antología tres* (1987), *La espada metafísica* (1989).

MANUEL RUEDA

NOTA

Manuel del Cabral falleció en Santo Domingo el 14 de Mayo de 1999

COMPADRE MON

COMPADRE MON

Dos palabras

En mi región natal, en una tierra cuyo nombre es indígena: Cibao, desde muchacho oía ya en el aire de los pájaros y en el aire de los hombres tu pegajoso nombre tercamente oloroso a campo adentro.

Recuerdo que, por tu barba, te conoció mi pequeña humanidad. Tú regalabas personalidad hasta tranquilo...

Pero Compadre Mon, tú tal vez no presentiste que yo picaría sobre tu sepulcro. Mi oficio ha sido ese: desenterrar un poco de la patria.

CABRAL.

PRIMERA PARTE

Quien toque este libro, toca un hombre

WALT WHITMAN

CARTA A COMPADRE MON

*Tanto he pisado esta tierra,
que es ella la que anda ya.*

COMPADRE MON

Por una de tus venas me iré Cibao adentro.
Y lo sabrá el barbero, aquel que los domingos
te podaba las barbas
como quien poda un árbol de la patria.

Y también Domitila lo sabrá, Domitila
que mientras comadreaba tenía entre las manos
unos duendes que hacían pan sabroso hasta el lodo.
Y hablo de Domitila, porque sin esa cosa...
quizá ni tu revólver fuera un poco de pueblo.
Porque ella fue tu risa, fue tu pan y tu catre.
¿Qué hubiera sido entonces de esas cosas humildes
que tocaron tus manos, tu calor, tus pisadas?
Tu caballo

hubiera sido siempre una bestia cualquiera.
Tal vez sin estas cosas los muchachos con sueño
ya hubieran enterrado tu pistola, tu espuela;
todo lo que en tu cuerpo y en tu aire
es la tierra que quiso no quedarse dormida.
Porque tú, que no fuiste nunca niño de escuela,
a la escuela te llevaban en la boca los niños.
Es que no quiero hablar de tus cosas mayores,
ni aún de aquella extraña madrugada en que diste
órdenes a un soldado
para que repicara las campanas
por tu llegada al pueblo.

No.
No quiero hablar ahora de tus cosas de todos.
De lo que quiero ahora
es hablar del remiendo que te hacía la tía
en aquellos no aún gloriosos pantalones.
Hablo de la ternura con que tú ya besabas
sus manos costureras, cuando aún tus bolsillos
se cargaban de piedras para romper faroles.
La gente que te vio tan pequeñito
no pensó que la tierra se iba a poner tan grande...

Ahora,
cualquiera cosa tuya huele a patria.
Hasta Tico, el lechero
que llega con un poco de leche en su sonrisa,
y me dice:
aquí, Manuel, estuvo Mon un día,
¡que no rompan la silla donde lo vi sentado;
arrimado a esta puerta!
Ya ves, Compadre Mon,

no puedo ya hablarte de cosas grandes;
tu pistola, tus barbas, tu caballo,
tu nombre,
todo es pequeño junto a esta sonrisa.
¡Cómo brilla tu historia en los dientes de Tico!
Qué grande estás, Compadre Mon en esas
cosas pequeñas.

¡Por las venas de Tico yo me iré Mon adentro!

El maíz no lo sabe,
ni el trueno,
ni el agua.
Pero tú estás en el maíz del niño
que piensa crecer mucho y tener tu tamaño,
y tener un caballo como el tuyo
que entró en la historia a fuerza de ser patria.

El trueno no lo sabe,
pero tú estás en la garganta ronca
de los tambores que enronquecieron
de tanto hablar de ti..., de los rugidos
del paso de tu sangre.
El agua no lo sabe,
pero eres el agua con un cuento...
tú le pusiste edad al agua de los hombres...,
el agua que más duele, la pesada
¡que siempre lleva venas, y con sed siempre el hombre!
Sin embargo, no quiero,
no quiero hablar, Compadre Mon, de esas
cosas visibles tuyas...
Yo prefiero decirte que Cachón, un muchacho
enloquecido de mi pueblo,

estuvo muchos días y demasiadas noches,
torturándose,
fabricando,
puliendo unas estrofas, y luego, sin comer,
muchas veces,
iba a mi casa, casi asustado,
casi tartamudo, sorprendido,
y como quien comete su más sagrado crimen,
me decía: —Manuel, aquí tengo una cosa
que quiero que tú veas.

Pero nunca, nunca pude leerla,
porque temblaba para darme aquello...,
y volvía a su casa con aquello en secreto,
y volvía a pulir,
y a no dormir,
ni comer,
y volvía a hablar solo.

De esto, Mon, sí quiero casi hablarte en familia:
de aquel muchacho débil escribiendo tu nombre,
buscando entre tus barbas raíces de la tierra,
los árboles perdidos de la patria.

De esto, Mon, sí quiero hablarte casi en familia:
de aquel muchacho en huesos
que iba a la barbería
y diez veces preguntaba al barbero
que cuánto le debía...
(porque, Mon, es muy triste
no terminar un verso).

Aquel muchacho simple que perdió la memoria
y que yo le decía que comiera...
Aquella emoción pura que al nombrarte, parece
que se abría las venas para que se bebieran

hondo y tibio tu nombre.
Esto sí me parece que no deja que el tiempo
gaste hasta lo más simple de tu voz:
tu sonrisa.

Y a ti, Compadre Mon, que te encontré una tarde
haciendo el hoyo puro
del futuro cadáver de tu cuerpo
(porque tenías un duelo aquella tarde).
Pero nunca supiste que tu muerte
no cabe en ningún hoyo de la tierra.

Yo mismo que de niño te conocí en el aire
que respiraba el pueblo,
iba ya repartiéndome tu vida,
iba haciéndote un poco de mis cosas,
iba ya no dejándote morir...
Después el campanario se ocupó de tu nombre,
de tus cosas mayores.
Y era difícil ya, que como un hombre cualquiera,
te pegaras un tiro,
o te entregaras a menudencias,
a pequeñas manías;
porque hasta aquellas inútiles palabras a tu gato
tenían ya un sentido,
porque así, Don Mon, todas las cosas
que pertenecen a lo que ya tiene
tamaño de destino...
Un simple canto de gallo que despierta
las cosas de la mañana,
toma de pronto la estatura de un siglo,
si entre las cosas que se despiertan con su canto
se levanta un caballo con la historia en el lomo.

Te estoy diciendo esto, viejo Mon, ahora
en que hacer unos versos y ponerse a decirlos
es un peligro... tan grande
como ponerse a hacer la patria
con sables de madera de sándalo.
Porque nosotros, los que hacemos
estas cosas de sueño, no estamos preparados
para la fiesta del honor con precio...

Yo veo, a ratos, ciegos que tocan su instrumento
por unos cuantos cobres. Muchas veces,
después de sus canciones, voy a verme al espejo,
y miro bien mi cara para ver si es la mía...
Porque, a veces, cuando cantan los ciegos,
muchas cosas del cuerpo voy dejando
no sé adonde...
Por eso,
pregunto por mi nombre cuando cantan los ciegos.

Te estoy diciendo esto porque a veces
lo que nació en tu pecho lo tienes en las manos...
Te estoy diciendo esto, viejo Mon, porque a ratos,
hablas conmigo cosas que hablando no me dices.
He caminado mucho por los ríos
que vienen de tu cuerpo cuando a oscuras te hieren;
y sé que cuando sangras
te salen por las venas los sueños más varones.
Es que desde hace tiempo,
tú construyes la patria, destruyéndote.

Poema 1

La tierra por aquí cuando madruga,
siempre despierta con las amapolas
que nacen de repente en las pistolas.

Aquí, donde las balas se redimen.
Donde un dedo de Mon es una historia.
En esta tierra es caballero el crimen...

En esta pequeña geografía,
en donde siempre la palabra macho
es una catedral desde muchacho.

Aquí, donde la voz está en el cinto,
entre la dentadura de las balas,
entre la dentadura del instinto.

Aquí el crimen no tiene olor a plata.
El hombre aquí, para matar es niño,
porque también para ser niño mata.

Aquí mi tierra, la que en la cintura
lleva un cuchillo, porque siempre tiene
el corazón entre la mano dura.

Poema 2

Como frente a una carta de raíces,
para saber el mapa de la tierra
yo me puse a leer tus cicatrices.

Sólo un hombre está allí, y es tan humano,
que ya puedo saber, viendo sus dedos,
a qué sabe la tierra en una mano.

A qué saben los ríos... tu sangría...
y a qué saben las piedras de tus callos.
Porque tu cuerpo es una geografía.

Compadre Mon, pero la tierra asciende:
tu corazón no cabe en la moneda.
Su tamaño tan grande lo defiende.

Y en el filo lo vi de la navaja;
tú lo tirabas a los desafíos
como aquel corazón de la baraja.

Pocas cosas son tuyas como aquello
que te late y lo sacas... pero el filo
que se mancha con él... está más bello.

Ni tu caballo que ganando meses
es la mitad de tu figura y sabe
ser familia de balas y de peces.

Ni tu acordeón que cuando lo exprimías,
la gente de la tarde ya miraba
por el aire los trapos de tus días.

Hasta los bueyes de los ojos llanos
tras el boyero que regresa triste
con la palabra hombre entre las manos.

Hoy ni los cerros, los que ya no veo
con sus barbas de niebla que se queman
antes que el día, con el tiroteo.

Nada tiene más tierra enfurecida,
en nada hay ya más campo, cuando sale...
cuando te sale el campo por la herida.

Es que, Compadre Mon, cuando yo quiero
saber el mapa de la tierra, miro
la carta de tu piel, cosida a tiros.

Poema 3

Y aquí, Compadre Mon, aquí en el río
cabe el cielo, lo mismo que en tu mano
cabe la historia de tu caserío.

Nada mejor que oír hablar tu dedo,
aquel que aprieta tu gatillo y pone...
pone de pronto hasta valiente al miedo.

Tu sonrisa caía como un hacha
sobre los hombres, cuando tu botín
era sobre tu potro una muchacha.

Aquí recuerdo tus amaneceres,
cuando pasaba tu caballo tibio
con las ancas fragantes a mujeres;

cuando en la madrugada las estrellas
eran los agujeros: los que hacía
tu pistola buscando hacer el día.

Por eso aquí, frente a tu potro, callo...
¡Tanto en la noche su galope oía,
que era la madrugada tu caballo!

Pero tal vez la tierra no lo sabe:
oigo que su galope llena al tiempo,
que su galope en el presente cabe.

Tierra por ti, Compadre Mon, durando.
Tú que nunca quisiste ver el cielo
para que no te hiciera un poco blando.

Poema 4

A cara o cruz, para saber qué ruta
tomaremos, después del aguardiente.
La moneda saltó sonoramente,
viróse cara,
y nos decidimos
por el azul de la mañana clara.

Compadre Mon, y tu primer suspiro
fue despertar al pueblo con un tiro.

Madrugaban tus balas, parecía
que un puñado de pájaros echabas
antes que los de pluma diera el día.

Nos esperaba alegre el caserío.
Llegó como un reguero de chicharras
la algarabía del muchacherío.

Muchacherío azul que ya enarbola
la bandera de un grito, la bandera
que no se puede arriar con la pistola.

Compadre Mon, y allá, por esas tierras,
qué bien reciben a los hombres machos
desde las hembras hasta los muchachos.

Por una falda se ensanchó tu nombre,
no es una mancha, es pantalonería
por una falda sepultar un hombre.

Tu palabra sacude al caserío.
Juegas con hembras y por hembras matas,
y va tu honor como va limpio el río.

Égloga tú, gran Mon, de piedra y clavo,
sobre tu potro, capitán del viento,
juegas la vida igual que tu centavo.

Poema 5

Ni la aldea que cabe en el perico
llegado en la provincia de su jaula
con robados refranes en el pico.

Ni la veta del ocio con caminos
que van sacando el mar de las guitarras
Tú tienes algo más: jefe de trinos.

Y allá, Compadre Mon, tu voz de abuelo
sale desde tus barbas como salen
de la selva los pájaros con cielo.

Allá los colibríes cimarrones
que paraban de pronto tus orejas,
porque zumbaban como municiones.

Tú que me dices que la piedra canta.
Oye crecer los árboles tu olfato,
y a los duendes que sudan en la planta.

Qué bien estás para que de repente
ni un retazo de campo se te vaya.
Metido el tiempo en tu mirada, calla...

pero con un silencio acorralado...
silencio de los ojos de los toros...
silencio de cuchillo no guardado.

Poema 6

Y aquí la sal furiosa que rodea
tu prisionera terquedad de costas.
(Lava Dios por aquí cuando golpea).

Aquí el hombre de tierra y aire lento,
acostumbrado a recoger el cielo,
acostumbrado a cosechar el viento.

En esta tierra en donde las miradas
se alimentan del árbol y la tarde,
no siempre son los ojos las espadas.

Aquí, Compadre Mon, se tumba el cielo
sólo cuando tu voz anuncia lluvia,
(no como la llovizna de tu pelo).

Ya tus ojos se van por la ventana,
y algo dejan en tierra, pero vienen
cuando se cae del duende la mañana.

Poema 7

Ya conoce la cáscara del ruido
este silencio que camina a ratos
como el ladrón y el ángel, sin zapatos.

Pero un golpe de sangre desamarra
del cerro que de pie pone los llanos
tu voz que se te enreda en la guitarra.

Huye la selva hacia tu vena y huye
por la raíz que sube más que el ala.
(Destruyéndose en ti, no se destruye).

Hoy el filón de tu aventura saca
más oro de refranes que la mina
de la haraganería de la hamaca.

Compadre Mon, y en ti, buscan el día...
¡Voy a creer que de tus manos sale
más furiosa de azul la geografia!

Ya en el corral de tu guitarra siento
que muge el huracán, es que tú sueltas
de los alambres del corral el viento.

Y como si de pronto te lavarás
el corazón, o le sacaras trapos,
salen por la guitarra tus harapos.

Poema 8

Tierra que naces de guitarra ardiendo.
Viene familia de tu carne el aire.
Tierra que estás en una voz creciendo.

Oigo tu clima y toro desatados;
el aguacero preñador de ríos;
el huracán: escoba de nublados.

Huye tu nombre en la cabalgadura
que se va de los cerros a los mares
por ver en la sal verde tu llanura.

Oigo también en tu guitarra olores
con los pasos de chivo del verano:
gobernador de venas y de amores.

Tierra que estás en la guitarra haciendo
el tumbado equilibrio de las nubes
porque ya en tu guitarra está lloviendo.

Ni en el verde sin tregua que te agarra,
ni en tu cielo huidizo de neblinas
hay más verde y azul que en tu guitarra.

Patria desenterrada a grito lento:
hoy que Compadre Mon te riega al aire,
debes saber por qué me duele el viento.

Poema 9

Más que la frente que fabrica el miedo,
aquí, Compadre Mon, es juez la mano
que tiene puesto en el gatillo el dedo.

Aquí nomás, en donde el desafío
lava cosas de adentro... lava cosas
que no las puede ya lavar el río.

Compadre Mon, y tú me lo decías...
Compadre Mon, y aún estoy oyendo:
—tengo en la punta de un puñal mis días—

Algo sacabas tú de la canana,
algo que te alumbraba, que tenía
de repente ya un poco de mañana.

Filo con sangre tiene aquí más brillo.
Aquí, donde el cuchillo al hombre lava,
cuando también se ensucia con cuchillo.

Con cuchillo, y en tierras de ciclones,
Dios ha tenido, para ser decente...
que venir por aquí con pantalones.

Poema 10

Compadre Mon, ya sé que por humano,
más que el fusil, tu corazón, a veces,
defiende la frontera de tu mano.

Pero hay alguien que entierra y desentierra,
y trae bajo las yerbas de tu pelo
ríos tal vez que quieren ver la tierra.

Cuando te crece el huracán sin viento,
cuando sopla los ríos de tus venas,
no va en el aire, pero en él lo siento.

Y como el viento de invisibles perros,
huye la calle de la aldea y baja
por la musculatura de los cerros.

Y hasta el viento haragán que anda sin cielo,
es Pulgarcito sin farol perdido
en el bosque mañoso de tu pelo.

Pero vengo de ti, de tu estatura
que en cada cicatriz tiene una falda,
(pequeñas muertes sobre tu piel dura).

Es que saliendo a no callar lo humano,
más que el fusil, tu corazón, a veces,
defiende la frontera de tu mano.

Poema 11

Porque todo lo tienes de soldado,
cuando me das la mano, ya en los dedos
siento tu corazón uniformado.

Prietos de tiros y de golondrinas
Compadre Mon, tus ojos me repiten:
que con tu pantalón la tierra empinas.

Criollo agujero para ver la vida...
aquí desde muchacho la montaña
tú la ves por el ojo de la herida.

Aquí también la oscuridad trabaja...
La biografía de la noche sólo
en tu carne la escribe la navaja.

Compadre Mon, y tú, sobre la tierra,
como tu bala que enterrada sube
si la Historia tu bala desentierra.

Mas no sólo ya aquí madrugadora
tu munición familia de las plumas;
aquí también tu gota labradora.

Hablo con el sudor endurecido,
hablo con el sudor que sepultado
sube de ramas y de miel vestido.

Converso con tus barbas, y ya siento
que converso con yerbas cimarronas
llenas también de pájaros y viento.

Pero duro de lomas y de llanos,
Compadre Mon, yo vengo de tus dedos
porque más que a tu voz oigo a tus manos.

Poema 12

Cuando llega sequía, y la mañana
no viene con el cielo que cosecha
la sotana...

La agricultora voz del caserío
llega flaca hasta ti, que por los ojos
trae el río.

Pero tú, con tus manos no calladas,
antes de ver la tierra seca, miras
las miradas.

Y tu vista las cosas desentierra,
salen lo mismo que tu voz que sale
de la tierra.

Ya sé, Compadre Mon, que por humano,
puede llegar el huracán que viene
de tu mano.

Pero, sobre las uñas y colinas,
como un Bécquer salvaje, trae el viento
golondrinas.

Poema 13

Más que el viento mañoso (Dios con maña)
oigo a Compadre Mon que viene limpio
cuando regresa sucio de montaña.

Qué bien, Compadre Mon, se viene el río
por el aire, tal vez tú lo trajiste
hablando solo desde tu bohío.

La brujería de tus pantalones
sabe más que aquel duende que te exprime
los grandes trapos de los nubarrones.

Sabe la tierra que cuando tú gritas
te escuchan allá arriba... que a San Pedro
tú le vienes robando llavecitas.

Qué bien, Compadre Mon, no sólo el ojo
deja caer un poco de las nubes,
¡con tu palabra ya también me mojo!

Con tu palabra... pero oyendo a veces
sólo a tus ojos que no duermen nunca,
¡si no pueden dormir aguas con peces!

Poema 14

Si cuchillos aquí no te redimen.
Siempre duele tu voz cuando se calla
por estas tierras de callado crimen.

Ni el silencio del ojo con su maña,
ni los niños que miran y no saben
a qué precio tu mano en la montaña.

Ni la lucha del río que tan recio
acorrala de cielo los barrancos,
son ya tan criollos como tu desprecio.

Ni tu caballo, que sentí la gana
de hablar con él, porque a tus venas puso
del tamaño del campo y la mañana.

Ni el silencio de carne de los jueces,
peligroso silencio de candado,
que le tira ya anzuelos a tus peces.

Sólo te pones blando y sólo fijo...
cuando tal vez para lavar tus manos
hablan tus dedos con el Crucifijo.

Compadre Mon, es que quizá te vuela
lo que en otro camina... porque miro
todo el campo metido ya en tu espuela.

Y no busco la tierra... tú presente.
Para saber a qué me sabe el monte,
ya no huelo tu piel... huelo tu diente.

Poema 15

Como si te pusiera charretera,
el sol baja a tus hombros, y parece
condecorar tu cicatriz primera.

Hasta el viento lo sabe y madrugando
se siente alumno de tu potro y viene
el gallardete de su cola izando.

Compadre Mon, la tierra se te sale
por la rendija de tu voz que lleva
la patria fresca como luna nueva.

Pero sube tu risa, dura y clara,
viene de tanta piedra y cielo recio,
que es más triste ya riéndose tu cara.

Se fertiliza en tu mirada el llano,
ya que en tus ojos lentamente nacen
los ríos de la patria, pero en vano...

Vienen tan hondos... que ni tú los viste...
los ocultos sudores de tus ojos,
que no gotearon ni cuando naciste.

Cuando también veranos primitivos
dejan caer tu vida gota a gota
casi cayendo en puntos suspensivos.

Oigo tal vez la vena que te habita,
la voz de la trinchera de tu mano,
la tierra que te sube y que te grita.

Cara para aprender a oler la loma,
cuando el tabaco de tus ojos arde
con la criolla candela de la tarde.

Y las uñas hundidas en el día,
y tu gran barba de maíz en contra
del cadáver de un grito de sequía.

Ya quien recuerda es la nariz que andando
por esas tierras, en el aire encuentra
tu viejo olor de macho madrugando.

Y allá, Compadre Mon, tú me decías:
—Yo quiero que me entierren— (Pero al hombre
no te lo pueden enterrar los días).

Poema 18

Qué bien, Compadre Mon, tu voz de mito
se me ensanchaba, cuando me decías:
—en aquel vientre me madura un grito—.

Y como si apedreara al tiempo humano,
sale otra vez tu voz llena de pájaros,
sube otra vez como enterrado grano.

Tú que no vuelves imitando al río.
Mas por el vientre aquel que hinchó tu goce
oye tu voz de nuevo el caserío:

Poema 15

Como si te pusiera charretera,
el sol baja a tus hombros, y parece
condecorar tu cicatriz primera.

Hasta el viento lo sabe y madrugando
se siente alumno de tu potro y viene
el gallardete de su cola izando.

Compadre Mon, la tierra se te sale
por la rendija de tu voz que lleva
la patria fresca como luna nueva.

Pero sube tu risa, dura y clara,
viene de tanta piedra y cielo recio,
que es más triste ya riéndose tu cara.

Se fertiliza en tu mirada el llano,
ya que en tus ojos lentamente nacen
los ríos de la patria, pero en vano...

Vienen tan hondos... que ni tú los viste...
los ocultos sudores de tus ojos,
que no gotearon ni cuando naciste.

Cuando también veranos primitivos
dejan caer tu vida gota a gota
casi cayendo en puntos suspensivos.

Oigo tal vez la vena que te habita,
la voz de la trinchera de tu mano,
la tierra que te sube y que te grita.

Cara para aprender a oler la loma,
cuando el tabaco de tus ojos arde
con la criolla candela de la tarde.

Y las uñas hundidas en el día,
y tu gran barba de maíz en contra
del cadáver de un grito de sequía.

Ya quien recuerda es la nariz que andando
por esas tierras, en el aire encuentra
tu viejo olor de macho madrugando.

Y allá, Compadre Mon, tú me decías:
—Yo quiero que me entierren— (Pero al hombre
no te lo pueden enterrar los días).

Poema 18

Qué bien, Compadre Mon, tu voz de mito
se me ensanchaba, cuando me decías:
—en aquel vientre me madura un grito—.

Y como si apedreara al tiempo humano,
sale otra vez tu voz llena de pájaros,
sube otra vez como enterrado grano.

Tú que no vuelves imitando al río.
Mas por el vientre aquel que hinchó tu goce
oye tu voz de nuevo el caserío:

—Nueve lunas lo van desenterrando.
Es aquel grito que enterré dormido.
Hoy está Dios más criollo trabajando—.

—Tendrá un caballo grande y siete novias,
y no verá la mar, ¿para qué verla?
¿Para qué, con un potro, conocerla?—.

Tu grito es corto, pero no es estrecho.
La tierra es ancha, pero siempre cabe
en lo que te golpea dentro el pecho.

Poema 19

Esta es la tierra, viejo Mon, tu tierra,
la que con la mirada pisotearon
los hombres de otro idioma, los que siempre
a enterrar carne humana te enseñaron.

Mas no sé si tus ojos, ya tan viejos,
aunque los llena el cielo, están vacíos
como cuando están llenos los espejos.

Poema 20

Ahora que me sabe a palo en bruto
tu primitivo olor, bajo la cáscara
de tu párpado el ojo ya es un fruto.

Esta es la tierra, la que se te mete
más allá del puñal que pequeñito
siempre termina donde empieza el grito.

Poema 21

Entre párpados tuyos se amontona
el campo seco que el dolor en gotas
riega mejor que el agua cimarrona.

Ya veo un poco del azul que baja.
Casi ya bebo en tu mirada un poco
del agua que cosecha la tinaja.

Allá el río sin tregua, ¡pasa tanto!
Sin embargo, no lava tus raíces...
(Nada lava mejor que agua de llanto).

Poema 22

Pero Don Mon, la Primavera es cierto,
sale por tu sudor: agua de brío,
como si adelantándose a la tierra,
se apareciera en tu animal rocío.

Poema 23

Frente, tal vez, a los alegres lutos
de los ojos, allá, de las muchachas;
tus silencios también eran tus hachas...

Por tu silencio labrador, sencilla
la voz te sale de la carne y trae
el oficio que tiene la semilla.

Poema 24

Anda descalza por aquí, la luna.
—Que no la ensucien, me dijiste, espero,
ni con el humo de los caballeros—.

Mas hay un humo, que sin ser del cielo,
el tiempo te lo pone más de luna,
¡qué triste es aquel humo de tu pelo!

Poema 25

Y enterrándome velas, se quedaron
tus ojos en mi carne, me caminan
como un poco de monte; me enseñaron
a oír con el olfato tus raíces.
Oigo también, ahora, con los ojos,
oigo el discurso de tus cicatrices.

Poema 26

Y aquí, donde era siempre una palada
de loma fresca y de llanura andando
tu furioso diamante: tu mirada.

Aquí también yo sé que hay algo mío.
(En el fondo del río, si está el cielo,
siempre se queda el cielo y pasa el río).

Poema 27

Compadre Mon, pero por estas tierras,
¡qué hermosamente quieto
te pone en el peligro tu amuleto!
Tu amuleto ya ves, siempre tan útil
en tus manos aquello tan inútil...

Es que Compadre Mon, al caballito
de palo de tu infancia, todavía
lo montas como ayer, en su huesito.

Poema 28

Trópico rabioso,
complicado y sencillo,
hay que enlazarte como a los novillos.

Yo seré corazón en tu baraja,
y me daré tan limpio como el agua
de tu rural nevera: la tinaja...

Voy a buscarme, tierra nacional,
tú me robaste, desde tus llanuras,
hasta la loma que preñó tu altura.

Pego la oreja, como el indio, en tierra...
y ya, como un remoto chorrito de agua clara,
baja un canto de sierra:

Que no me diga
la geografía
que es un puntito
la tierra mía.
Voy a gritar:
que es pequeñito
también el mar.

Pero, Don Mon, también estoy oyendo
aquello que te sangra todavía, diciendo:

A la puerta se queja una guitarra
La calle es una historia que camina.
Mientras queriendo comentar, amarra
la luna su barquita en una esquina.

Acostando a las cinco las estrellas,
se bebían los guapos el país:
iba de boca en boca la botella
como la boca de la meretriz.

En la puerta la emoción
desgranaba esta canción:
mañana vendré por ti,
y si no quieres venir
lo mismo que a la moneda
te habrá de pasar a ti:
de mano en mano rodando
llegarás después a mí.

Era un aire varón... no se callaba.
Saltó un cuchillo y se clavó en la voz.
Y a poco tiempo el cancionero estaba
caminito hacia Dios.

Trasnochadora como las estrellas,
pulpería color de los caminos,
llena el aire de cuentos como el trino,
la muerte que hay caliente en tus botellas.

Y la canción todavía
se oye así:
lo mismo que a la moneda
te habrá de pasar a ti,
de mano en mano rodando
llegarás después a mí.

Esta es la tierra, Mon, la que se sube
hasta tus manos, donde se convierte
¡en tanta vida... que nos da la muerte!

Pero cuando al peligro de regalas
hay algo tuyo que no está en peligro.
¡Vas más allá de donde dan tus balas!

Mira la tierra, sí, sube de nuevo
hasta tu pantalón de voz tan sola...
¡Aquí el mito otra vez de tu pistola!

del kikirikí.

Y Bolo y Colú:

medio sonso el blanco,

varón el betún,

ponen quieto el ojo y allí ponen fina

la quietud que a veces tiene el ojo sólo

de la carabina.

Y Bolo y Colú:

ya el uno la rumba, y el otro el vudú.

Ni el bongó de Haití

tan caliente el aire pone por aquí...

—Habla, bembú.

¿Cuánto va tú?

—Tu bolsillo al mío.

—Habla, bembú.

Los bajos fragantes de rancos pilones
mucho más que al ojo, la nariz despierta,
de los dormilones.

La gallera crece, crece en vocerío,
y en medio del humo de aroma
que envió en el café y el tabaco
la loma,
el oro del día no brilla más fuerte,
que el oro sencillo
que sale de pronto del sucio bolsillo;
y oliendo a sudores y a vida y a muerte
los gallos se pican,
se corren, se agrandan, se achican;
y en tanto a la arena
de gordos calientes rubíes salpican,

Trasnochadora como las estrellas,
pulpería color de los caminos,
llena el aire de cuentos como el trino,
la muerte que hay caliente en tus botellas.

Y la canción todavía
se oye así:
lo mismo que a la moneda
te habrá de pasar a ti,
de mano en mano rodando
llegarás después a mí.

Esta es la tierra, Mon, la que se sube
hasta tus manos, donde se convierte
¡en tanta vida... que nos da la muerte!

Pero cuando al peligro de regalas
hay algo tuyo que no está en peligro.
¡Vas más allá de donde dan tus balas!

Mira la tierra, sí, sube de nuevo
hasta tu pantalón de voz tan sola...
¡Aquí el mito otra vez de tu pistola!

del kikirikí.

Y Bolo y Colú:

medio sonso el blanco,

varón el betún,

ponen quieto el ojo y allí ponen fina

la quietud que a veces tiene el ojo sólo

de la carabina.

Y Bolo y Colú:

ya el uno la rumba, y el otro el vudú.

Ni el bongó de Haití

tan caliente el aire pone por aquí...

—Habla, bembú.

¿Cuánto va tú?

—Tu bolsillo al mío.

—Habla, bembú.

Los bajos fragantes de rancos pilones
mucho más que al ojo, la nariz despierta,
de los dormilones.

La gallera crece, crece en vocerío,
y en medio del humo de aroma
que envió en el café y el tabaco
la loma,
el oro del día no brilla más fuerte,
que el oro sencillo
que sale de pronto del sucio bolsillo;
y oliendo a sudores y a vida y a muerte
los gallos se pican,
se corren, se agrandan, se achican;
y en tanto a la arena
de gordos calientes rubíes salpican,

Balín, el muchacho
que tiene la cara de caminos llena,
con sus pies borrachos
se mete en la arena,
y con el dedote puesto en el gatillo
de una gran pistola, esto grita el pillo:
—Hay aquí un gallero
que mi voz no traga.
Y apenas el guapo con el arma amaga,
una bala vuela, y cae como un rayo
junto al gallo muerto, muerto el bandolero,
el que fue primero
más ladrón de faldas, que ladrón de gallos.

La gallera hirviendo se vuelca en la arena
y como si echara por la herida el grito,
se emborracha viendo como alcol las venas.

En tanto, cantando, y al filo del día,
un recio jinete que a tiros crecía...
clavó sobre el llano
su potro que a poco era un punto lejano,
un punto con doble triunfal resplandor;
llevaba su gallo
el oro
sonoro
del juego
y en todas sus plumas el oro del sol.

Poema 30

Ya ves, Compadre Mon, esta es la tierra
que despertaste. Todavía pierdo
más lo que vivo que lo que recuerdo.

Nunca vi negra, viejo Mon, aquella
tempestad de relámpagos: tu vida,
¡siempre tan peligrosamente bella!

Tú la tierra parada
lo mismo que un cuchillo con la punta enterrada.
Por eso, aunque sencillo,
tu gesto, todo encierra:
si a tu cuerpo lo oprimen, le dolerá a la tierra;
si a la tierra la pisan, lo sentirá el cuchillo.

Poema 31

Bajo tu potro es un juguete el llano,
bajo tu potro tan dominicano
que le sirve de espuela la cometa,
y vuela más que la guinea inquieta
que en las plumas se pinta municiones
para robarle el blanco a la escopeta.

Mucho más me penetras y perduras
cuando desgranas tus aventuras
ante el espanto de la llanera

que puso al cuello de los soldados
el amuleto como trinchera.

¡Qué bien recuerdo tu apretón lejano:
un corazón se te volvió la mano!

Se me quedó tu azúcar en la hiel,
como a los negros cuando cortan cañas
que se les queda en el machete, miel.

Y se agiganta mucho más tu historia
en la alcancía de mi memoria,
loro de los refranes, triunfo de las mujeres,
cuando volando las cabalgaduras,
eran sobre las lomas y las llanuras
un tiroteo los amaneceres.

Hoy lo que rueda, viejo Mon, es rueda;
asoma la vitrina en las vitrinas
de los ojazos de las campesinas,
y bajo la moneda
el alba de su falda se les queda...

Mira una cruz como se pierde al vuelo:
enredada en la hélice
se va la carretera por el cielo.

Mas hoy, Compadre Mon, también se va tu llano,
míralo en el bolsillo del norteamericano...

Pero no todo se te va... se queda
como el cielo en el río lo tuyo, lo sencillo.
Porque no todo cabe en el bolsillo...
Porque no tiene todo tamaño de moneda.

Poema 32

Mira el gringo presente:
se ve aquí todavía la huella de su diente,
desde el hueco del fruto
que siempre sufre lo que no se avisa,
hasta aquella sonrisa:
¡blanco tan triste que parece luto!

Mira el gringo sencillo,
el que sin botas, ni fusil, ni grillos,
entró en tu pecho ancho como en el mar el río:
el mismo aquel que disfrazando bríos...
ante el asombro azul de los muchachos,
iba sobre tu potro a los bohíos
con tu revólver: capitán de machos.

El mismo aquel que en donde puso el ala
de fiesta de su plomo,
creció la duda como yerba mala.
Hablo ya del jinete
que con la tierra
quiso jugar como con un juguete.
Y a ti, ¡que ciego enlazas hasta la crin del viento!
enlazarte no pudo los pies del pensamiento.
Hablo de aquel jinete, de aquel instinto rubio:
(falsa aurora en las ancas de tu negro trotón).
Mas también hablo ahora, de una cosa muy tuya:
tu pantalón.
Y metiéndote el niño que sacaste del pecho,
con un tiro sin sobra, se despidió tu sangre
del sajón.

Ahora,
lava tu pensamiento la mañana
al compás soñoliento de la hamaca del rancho
donde siempre te sientes el corazón tan ancho
como tu casa grande: la sabana.

Ya sé, don Mon, que aquello que tú sabes,
te lo enseñó tu escuela: la llanura:
novia mayor de tu cabalgadura.

Por eso ya entre faldas o ya entre cosas graves
alma de seda y fuerza de novillo,
bajo el azul de tu cantar sencillo,
alto de sueño y tibio de aguardiente,
con la guitarra y sobre tu caballo
libre como las brisas de tu cielo caliente,
tendrás siempre a tu tierra,
como la tiene a veces el viento de tu equino,
que una invisible sangre
le da a la vena seca del camino.

Poema 33

Ya ves, tierra que asciendes por los graves
pantalones de Mon, su potro aún vuela:
hoy lo monta mi voz —ella es la espuela—.

Mas como en busca de hacer luz lo frío,
tú saldrás por mi voz, como en su plomo Mon
volando besaba a ras tus ríos.
Isla que estás allí como una ñapa
de geografía. Pero tú no cabes
en la limosna que te ha dado el mapa.

Con tu tamaño nacional tirado
sobre el Caribe, como si tiraran
sobre la mano del ladrón un dado.

En la carta marina para escala
cuando te clavan una banderita,
siempre yo veo que te ponen ala...

Y aunque Dios con relámpagos te escribe,
también él mismo te cincela a golpes
de olas de viento y olas del Caribe.

Déjame ver así lo que te vuela,
no lo que el gringo ve con la pupila.
¡Sé del tamaño que te vi en la escuela!

Yo te daré lavado el pensamiento
que fue de viaje por mi corazón.
Mi corazón es una alondra al viento

que cantará bajo tus truenos locos,
con la frescura y con la transparencia
del agua prisionera de tus cocos.

Con tu cara de ingenua y de beata,
pisan tu voz Pitágoras del dólar,
y se derrite tu terruño en plata.

Sobre tu piel de azúcar y de sol,
va el batallón de tus cañaverales
hacia los puertos en un mar de alcohol.

Te das como la gracia y la verbena,
al calor de pascuales campanadas:
tu terruño está hecho en Nochebuena.

Con la epidermis siempre en Primavera,
tierra entre alas: gritaré en el viento,
que tú no cabes ni en el pensamiento...

Pero quédate aquí... que aquí tú cabes.
No te me vayas en los telegramas
vestida de West Indies y de claves...

Quédate con tu falda hasta los pies,
y sobre el chisme de tus chanclas chuecas
vuélvete a tu pilón y a tu café.

Por tu refrán de loma y tierra llana,
por el Nacimiento de tu caserío:
égloga de madera y de mañana.

Por tu hamaca: morfina de la siesta;
por el sudor de tu canción de pala,
tan tuyo como el vuelo de la bala.

Por el repique de tus madrugadas
hechas con misas y con griteríos,
quédate como el cielo de tus ríos.

Ya te me vas como quien va de viaje,
(yo que vuelo en el humo de tus pipas
y ruedo en la canción de tu lenguaje).

Oigo un *yes* polizón del comadreo:
te compra la sajona compañía
y en un cheque te manda por correo.

Tierra que te me vas por una herida,
en la carita de tu fiel centavo
te doy el beso de la despedida.

Poema 34

Y allá, cuando con ritmos de goleta
iba como enfermiza bajo cañas
la honrada lentitud de una carreta.

Allá, cuando con sueño y aire abuelo
los santos bueyes de pesados pasos
hacen blanda la tierra como el cielo.

Allá, bajo la fuga de la escuela,
cuando en la fiesta de la Candelaria
se te iba la patria en la candela.

Mas hoy perdiendo su actitud de ave
aquí se encorva tu estatura ahora,
raíz del tiempo que en la carne cabe.

Pero, Compadre Mon, oigo neblinas...
Todavía se mancha el viento criollo
más con revólver que con golondrinas.

Todavía yo sé que huracanado
soplas la tierra, cuando en la montaña
plagia el viento tus barbas de nublado.

Allá el árbol también es tu esqueleto...
Es que tal vez allá, no te enterraron...
Te sepultaron, pero no estás quieto.

Algo, quizá, se te quedó en el ala
del colibrí de plomo de tu bala.

SEGUNDA PARTE

*Qué más quisiera yo que escribir
para el pueblo.*

ANTONIO MACHADO

HABLA COMPADRE MON

Lo que ayer dije aquí yo
a gritarlo vuelvo ya:
¿tierra en el mar?
No señor,
aquí la isla soy yo.

Algo yo tengo en el cinto
que estoy como está la isla
rodeada de peligro.
Sí, señor, mi cinturón:
ola de pólvora y plomo.
Aquí la isla soy yo.

Cabe, lo que dije ya,
siempre aquí, como le cabe
el día en el pico al ave.
¡Qué bien me llevan la voz
las balas que suelto yo!

Y no está lejos del hombre
de tierra adentro y dormido
la verde fiera que siempre!
nos pone un rabioso anillo...
Estoy hablando del mar
porque en él hay algo mío...

¿Pero estoy hablando yo
de una Antilla, tierra en agua?
No señor,
con la cintura entre balas,
al mapa le digo no.
Aquí la isla soy yo.

Aire durando

¿Quién ha matado este hombre
que su voz no está enterrada?

Hay muertos que van subiendo
cuánto más su ataúd baja...

Este sudor... ¿por quién muere?
¿Por qué cosa muere un pobre?

¿Quién ha matado estas manos?
¡No cabe en la muerte un hombre!

Hay muertos que van subiendo
cuanto más su ataúd baja...

¿Quién acostó su estatura
que su voz está parada?

Hay muertos como raíces
que hundidas... dan fruto al ala.

¿Quién ha matado estas manos,
este sudor, esta cara?

Hay muertos que van subiendo
cuanto más su ataúd baja...

Canciones con uniforme

1

Tú que estás bajo la tierra,
¿por qué ahora te oigo más?
Ha terminado la guerra
y hemos perdido la paz.

2

Soldado que estás sin rifle,
porque ya estamos en paz:

no me alimentes el cuerpo,
que mi voz quiere engordar.

3

Soldado que paz fabricas,
con todo lo que me das:
en esta paz tengo hambre
más de aire que de pan.

4

Si vas al frente, soldado,
y vuelves, vas a venir
como te fuiste, pensando
que no peleaste por ti...

5

No ves, soldado, que es otro
que gobierna tu fusil...
Que tú defiendes el oro
que te pone pobre a ti.

Soldado

No vayas, soldado, al frente
deja el rifle y el obús.
Que todos ganan la guerra,
menos tú.

El soldado lleva el peso
de la batalla en la tierra.
Muere el soldado, y el peso...
se queda haciendo la guerra.

No vayas, soldado, al frente,
quédate aquí.
Que tú defiendes a todos,
menos a ti...

No le tire...

No le tire, policía;
no lo mate, no;
no ve
que tiene la misma cara
que tiene usted.

Corre roto,
sin zapatos.
¿No lo ve?
Corre tal vez
con una honradez tan seria
que corre en busca del juez...

Acérquese, policía,
pero guardando el fusil.
Acérquese.
¿No lo ve?
se parece a usted,
y a mí...

Mírelo bien.
Huye de la tierra y siempre
se va con ella al partir...
Acérquese... No le hiera
ni con el ojo
su dril...

Mire sus pies...
Mírelo bien...
Policía, no le tire.
Fijese
que corre como la sed...

Aire

En una esquina está el aire
de rodillas...
Dos sables analfabetos
lo vigilan.

Pero yo sé que es el pueblo
mi voz desarrodillada.
Pone a hablar m uertos sin cruces
mi guitarra.

Pedro se llaman los huesos
de aquel que cruz no le hicieron.
Pero ya toda la tierra
se llama Pedro.

Aquí está el aire en su sitio,
y está entero...

Aquí...
Madera de carne alta,
tierra suelta:
mi guitarra.

Camina

Camina el jefe del pueblo
después de beber café.
Y una voz que no se ve,
grita al oído:

—Mire, jefe, que hay un hombre
que allí está herido.

—Lo sé.

Camina el jefe del pueblo
después de beber café.

Y vuelve la voz y dice:
—jefe, que un hombre no ve;
tiene llanto entre los ojos,
y tiene plomo en los pies.

—Lo sé.

Sigue caminando el jefe
después de beber café.

Y la misma voz le grita:
—Murió un hombre allí de sed.
¿Qué haremos, ahora, jefe?

—Que haga pronto el hoyo usted.

Y el jefe sigue su rumbo,
pero también
el jefe sigue pensando...

Piensa sólo a qué hora es
la otra taza
de café...

Pancho

Que aquí no metan comprado
el ojo chismoso, no.
Que no se traigan el ojo
como una voz...

Qué más que para los gringos
Pancho cortó
tres casi Antillas de cañas,
tres Antillas... Sí, señor.
¡No cabrá en el ataúd,
ha crecido Pancho hoy!

Soldado, no cuide al muerto;
no meta el ojo, doctor.
Ganaba un cobre por día;
¡sabemos de qué murió!

Quítenle el jipi y la ropa,
pero aquello... aquello no.

¡Qué serio es un hombre pobre
que no quiere ser ladrón!

La muerte aquí tiene cara
de cosa que no murió...
Cuando muere, ¡cómo vive
lo que tiene pantalón!

Soldado, no cuide al muerto:
que de pie lo veo yo.
Pancho está aquí como Pancho...
Se llama... no se llamó.

No vengán ya a preguntar
de qué murió.
Vengán a mirar a Pancho
como hago yo.

Quítenle todo del cuerpo,
todo,
pero aquello no.
Con un pedazo de caña
entre la boca murió.
Le quiso poner azúcar
a su voz...

Déjenlo que endulce ahora
su silencio sin reloj...

Que nadie revise a Pancho.
¡Sabemos de qué murió!

Trago

Me cabe el cañaveral
en cuatro dedos de ron.
Poco paga el gringo ya
por este millón de cañas
que el negro sembró y cortó.
Mas no me trago este trago
porque es trago de sudor.

Aquí el borracho es marino,
pero si se pone a andar
se ve que es de tierra el mar.

La ola suelta de un trago
aquí siempre es de huracán...

Mas si aquello va al hocico
con el instinto del cacho,
es que el ron siempre al borracho
le quema primero el pico.
Y por el pico esta vez
no es mi tufo el que echaré:
le voy a tirar al rico
desde aquí toda mi sed.

Cantando tal vez no pueda
meter algodón por seda...
Mas como quiero cantar
bien claro, me voy a echar
todo el Caribe en un trago.
Y este viaje yo no pago
si ya el viajero es el mar.

Y mataré con mi boca
lo que con balas no mato.
Si un hombre cuerdo es barato
que se me baje a los pies
el trago que no me achata,
que caliente de bachata
con mis pies quiero esta vez
un idioma hablar que diga
que el ron no está en mi barriga,
que bajo este sol mulato
el ron está en mis zapatos,
pero que también sin fiesta,
si está el gringo, se me junta
el ron en aquella punta
con la que mi potro vuela,
porque ante el gringo borracho
se me emborracha la espuela...

Es que poco o mucho ya
me saco lo mío hoy;
me lo saco, porque el mar,
aunque se pone a golpear
puertos que de aquí no son,
siempre con mañas de ron
¡qué criollo camina el mar!

Me saco este grito hoy,
me saco este hueso ya:
que como en olas van rumbas
nunca será gringo el mar.
Pero como el negro suelta
agua-triste como yo.

Mientras el gringo en el bar
duerme su siesta de ron.
Este trago no me trago
porque es trago de sudor.

¿A quién viene a ver usted?

Hoy está el pueblo en mi cuerpo.
¿A quién viene a ver usted?
Usted no ve que esta herida
es como un ojo de juez...
Usted que se trae los grillos,
¿a quién viene a ver usted,
que anda más con el instinto
que con los pies?
Usted que trae el olfato,
pero con luz viene a oler.
Meta la conciencia aquí...
y no la deje en la piel.

Usted que se trae la bala,
viene a saber por qué fue...
Si hay un rico en este lío,
¿a qué viene? ¿Para qué?

Aquí sólo hay una boca,
hay una voz, una sed.
Un trozo de grito sangra.
¡Lo cortaron como res!

Usted que se trae las llaves,
¿a quién viene a ver usted?
Vea estas manos callosas,
ropa rota y sin zapatos
unos pies.

Usted que se trae las manos
pesadas como pared.
¿No ve el hambre?
¿no la ve?

Tápenle el grito a este hombre;
y aunque es más la voz que el pie,
pónganle grillos, que sólo
el pobre cabe en la ley...

No ve que la sangre huye
y no se sabe por qué...
Pero yo sé que hay aquí
quien se la quiere beber...
¿A quién viene a ver usted?

Hombre y perro

Hombre que vas con tu perro:
con tu guardián.
Cuida mi voz, como el perro
cuida tu pan.

Perro que vas con un hombre
que amigo tuyo no es...
Acércate un poco al pobre,
huélelo bien.

Fijate que tengo boca,
fijate en mí.
Mira que soy hombre, pero...
con estas manos vacías
como me parezco a ti.

Perro que vas con tu amo,
fijate bien:
que al hablar contigo, hablo
conmigo mismo...
No ves que tan cerca del patrón,
no somos tres,
sino dos...

Hombre que vas con tu perro:
tu servidor.
¡Qué grueso que está tu perro,
y qué flaco que estoy yo!

¡Estoy flaco porque tengo
gorda la voz!

Palabra

Palabra, ¿qué tú más quieres?

¿Qué más?

Vengo a buscar tu silencio,
el que a fuerza de esperar
se endurece... se hace estatua.
para hablar.

Ya ves, palabra, ya ves,

herida tú, sin edad...

¿Qué hará contigo el soldado?

¿Qué harán los grillos? ¿Qué hará
en la punta de la espada
la eternidad?

TIERRAS CASI SIN MON

Carta inicial

Óyeme, Mon, un día, me enseñó a ser poeta
el retazo de cielo de un viejo callejón,
que siendo tan pequeño, me ensanchó el corazón.

Limpio como el silencio que el sol le da al anciano,
he salido desnudo en carne de conciencia,
y parece que tengo la mañana en la mano.

Hoy puede verme el hombre por mi abierta ventana.
Me hallará transparente como el agua con cielo.
Me enseñó a hacer mi casa la mañana.

Carta para un pinino

Allá cuando a mi infancia le cosían su fiesta
igual que a mi camisa, con aguja y dedal.
La carne estaba tibia del vientre todavía,
Cuando por mis entrañas sólo andaba mamá.

Y yo que usaba el alba como anillo de cobre.
¡Cuánto me duele ahora crecer lo que crecí!
Mi infancia fue aquel poco de lluvia de camino,
allá, no más, en donde... con un poco de mí,
y otro de qué sé yo...
de gallinas pintando
sobre el barro mojado
arañitas difuntas
que calentaba el sol.
Lo demás...
Arañazos.
Yodo.
Gritos.
Pan.
Y andando por mi cuerpo como una hormiga boba:
mi mamá.

Segunda carta a un pinino

Era el tiempo en que tenía
piececitos-aviones
ante el fantasma de la policía.
Y madrugaba nuestra fantasía
para robar centavos,
antes que la mañana
tras la fragancia tibia de la panadería
fuese de puerta en puerta
por la calle aldeana.

Blanca de mundo y de cuidados vanos
te me fugabas cuanto más crecía,
igual que el globo que se me rompía
si mucho le aventaba entre mis manos.
Y tú, como aquel globo, te pusiste a crecer.
Hoy ya no puedo, infancia, correr como corría.
Me pesa tanto el hombre que no puedo correr...

Carta para una calle

La vieja calle estrecha que hace estrecho el retazo
de un cielo familiar como su sencillez,
siempre la misma calle, tan estrecha, que el tiempo
como que no ha podido pasar por su estrechez.

Con claridad de niño me dan los “buenos días”
siempre la misma gente, pero no como ayer...
Hoy comprendo que el hombre sin hablarme me dice
que es muy triste crecer.

Mientras la calle estrecha con su delgado cielo
sigue boba y echada como un perro a mis pies,
calla tan útilmente, que está simple, lo mismo
que un vaso de agua clara que se puede beber.

Carta clave

Cuando la yerba por querer ser madre
venía como un ángel de la ubre.
Cuando vestido de azucena el tiempo
me ensuciaba.

Cuando la piel quemada a besos, dábase
lavada con preguntas de los niños,
antes de que supiera que son sangre
los violines.

Cuando andaba la sangre de seis años
en caballito de madera muerto.
Y la gris Picardía era haragana
como aquel caballito...

Cuando la O del aro ya rodando
inauguraba su lección de patio

con la mano infantil que le golpeaba
su esqueleto de ojo.
Casi cuando...

Carta limpia a mi burro

Pensativo en el cerro te levantas, bostezas;
tu rebuzno estirado penetra en la mañana;
inocente y sencillo, zambulles la cabeza
en el mar sin espuma de la verde sabana.
Mas, de pronto, en tu día de tropical franqueza,
ruborizas lo blanco de la paz aldeana.
Pero el río te lava tu pecado y tu lana.

Ya ves, querido amigo de Juan Ramón y mío,
cada vez que se sube por tu cuerpo el verano
tu aventura la lavan golpecitos de río.
En tanto que el pecado del hombre, que es el mío,
se lava con el plomo que se queda decente
en el cuerpo enterrado, como semilla ardiente.

¡Qué bien estás, peludo, con tu noche de paja!
Ya ves, querido amigo de Juan Ramón y mío,
dos hombres con dos duelos que en sólo un dolor cuaja:
Ante ti, que bien puedes lavar todo en el río.
Ante ti que no sabes ni decir: esto es mío.
Qué bien, tú sin Pitágoras, junto al cielo entre alambres,
comiendo florecillas como un ángel con hambre...

Carta a fuerza de blanco

La sonrisa del campo es tan sólo azucenas.
A trapos celestiales el duende que hace el día
les exprime allá arriba labradoras sus venas,
y va la tierra al cielo por húmeda ambrosía.

La brisa es la amazona que monta azul los ciervos.
Y no mancha el vestido de la ingenua mañana
ni la Historia del luto que se roban los cuervos.
Porque el buey aquí limpia. Lo haragán aquí sueña.
Se despierta el enano, infantil caserío.
Paulatino el arado la llanura desgrena.
Y el sol es lo más joven que se baña en el río.

Ya ves, pequeño amigo, todo aquí lo estás viendo.
Dios está del tamaño de este indito bebiendo
en el hueco de agua de su mano que es misa.
Quédate quieto ahora. Cuando el sudor huyendo
del fondo de tu cráneo, en tu frente se para,
es que a pensar se pone la gota de agua clara.

Carta a Pedro

Cuando tú conversabas con el agua que pasa,
siempre el río era un hombre. Pedro, tú me comprendes,
tu palabra era un poco de escoba de la casa.

Pero tu voz, ahora, tiene voz de moneda...
Ensucia muchas manos y en ninguna se queda...

Entre libros de ciencia sé que vives ahora.
¿Sabes tú que la ciencia sueña igual que nosotros?
Va repleta de ríos, de montañas, de aurora.
El Derecho es tan manso como la Geografía,
tiene el alma de santo, y la voz como el día;
las Leyes son tan buenas, gran amigo, tan buenas,
que me cuesta decirte que son Leyes apenas...

Pero Pedro, tú sabes
que esto sólo es un chisme entre tu voz y el ave.
Tu divorcio del canto sé que al fin te desvela,
ya sé que volverás, marinero, a tu vela.
Pues tú que roto en sol te diste al trino,
que sobre las maldades, casi no pisas, vuelas...
vendrás a dar al viento tu corazón de pino.

Tu corazón, ¿me entiendes?
Mira todas las cosas que se ven a través
de tu ventana abierta, se despiertan, ¿las ves?
Rizan el sol las barbas del maizal temprano,
y bajo un cielo parlanchín de loros
jinete un Pancho devorando el llano
despereza con voces el alba de los toros.

Su piel azul el día moja en el agua clara.
Una novia inclinada roba un poco de río,
y el barranco se empina para verle la cara.

Ya ves, Pedro, que aún...

Una carta a Cacán color de agua

Hoy un vaho me lleva a un lugar de mi infancia.
Mas no recuerdo nada de mi pueblo.
Ni siquiera a mi perro que les lamía el ombligo
pegajoso de dulce a los muchachos;
o aquel silencio mío frente a los guitarreros
que se llenaban de recuerdos los dedos
cuando apretaban la tarde en su guitarra.

Yo tenía muchos nombres y gritos
escritos con carbón en las paredes de mi casa
y en otras paredes que me olvido, porque siempre
me come la memoria este Santiago...
el Santiago de Guaco el campanero
que me metía el alba en todo el cuerpo;
o aquel de Mister Palmer, el avaro, el que siempre
con un ojo en el corazón
y el otro entre los números,
se enterraba en las nieblas para alumbrar con oro.

Mas yo no digo esto por decir estas cosas...
Son piedras
que se caen en mi sangre.

Pero no, yo no recuerdo nada de mi pueblo.
Ni aún a mi primer placer
que todavía en mi porción de niño tonto
se me agarra de cosas bien lavadas porque allí,
está tal vez intacto todo aquello
que no ha ido en el viaje...

Lo sabe Petronila la cocinera negra
que me mataba duendes a las dos de la noche;
¡la pobre “Petro” que peinaba escobas
para cuidar las crines de mi caballo de palo!

No, yo no recuerdo nada de mi pueblo.
Ni al haitiano que un día husmeando mis tres años
vino a buscarme el alma para espantarle
un terco “mal de ojo”;
—me la quería meter en un huesito...
la quería curar en su amuleto.

No, yo no recuerdo nada...
Solo veo paisajes muertos entre dos párpados...
Voy a hablar de una ciega,
a la que con mis aguas sonámbulas de niño
le pintaba en la falda garabatos de ámbar;
hablo de aquella voz que envuelta en su franela
me caminaba el cuerpo lo mismo que un ungüento.
Yo casi ya no quiero decirle que soy hombre...
Me vio tan indefenso, tan sencillo, tan simple,
que podría asustarse... Yo hablo de Cacán:
la que con carne y huesos, siempre me lavó el alma;
la que conoce mis intestinos de cuatro meses;
la que en mi habitación
me puso una pacífica ubre de burra
para que no muriera mi grito de dos días.
No, yo no hablo de otra cosa.
Yo no tengo otra cosa...
Yo no recuerdo nada de mi pueblo.
Hay sólo allí una cosa:
la que mató la muerte de mi nacimiento...
La que conoce mi primera muerte...

Hablo de esta Cacán. Sólo yo puedo hablar.
Yo que ensucíé sus manos de siempre niña,
con mis asuntos de varón naciendo.
Yo que aprendí en su carne casi a no ser de carne;
yo que vi en sus arrugas mi primer alfabeto;
yo que tengo la edad de una aldaba de casa,
aquella aldaba flaca que siempre nos cuidaba
de las revoluciones... como también —y siempre—
de robos cibaños...

No, yo no recuerdo nada de mi pueblo.
Tal vez allí no hay nada...
Mas yo hablo de un patio
y de una piedra grande pulida por la siesta
de Cacán y la lluvia.
Tal vez allí no hay nada...
Pero hay un niño triste.
¡Qué más que un niño triste!

Alguien conoce mi primera muerte...

Tema para mi instinto

Tal vez allí la abuela
con su cutis pegado al esqueleto,
desempolva palabras con su remota lengua,
y más allá mis años en el país del patio;
porque yo casi siempre fui un niño de ventana,
un niño junto a cosas que me quedaban lejos;

pero fui siempre triste desde que tuve ojos...
desde que vi las cosas y las metí en la letra.

Yo que estaba tranquilo,
yo que estaba tan simple como la vaca y la azucena;
yo que estaba manuable lo mismo que la yerba;
yo que tenía tranquilidad de almohada;
yo que dormía y siempre
me despertaba el mismo...
Yo que tal vez sin comprenderlo,
estas cosas guardaba,
y en mi cuerpo,
y en mí
las usaba con la misma sencillez
que la muchacha sin uso
lleva el alba en su falda.
Pero no... no estoy tan triste...
El agua no está triste,
el aire no está triste;
yo debo estar allí...
porque alguien me busca.

Alguien me está tocando
en el agua y el aire.

Niño muerto en un patio

Tal vez no diga nada, ni siquiera del patio.

Todo está en aquel sitio.

Su caída levanta todas mis cualidades,
porque sé que estas cosas
son las que bien me obligan a no desperdiciarme.
Tal vez no hable con nadie sobre este niño muerto.

Yo llegaré a mi casa como todos los días;
me sentaré a la mesa, tomaré mi jengibre,
quizá acaricie el pelo de seda de mi gato,
y tal vez dos palabras conmigo o con mi hermano
sobre la lluvia o sobre la cosecha.

Tal vez no hable con nadie...

¿Qué puede hacer la edad de la palabra
donde la eternidad es niña todavía?

Tiempo de la tierra

Acostumbraba yo mi cara a la ventana
porque de ese lado daba un patio, daba
un poco de patria abierta, un poco
de patria que crecía en unos niños,
y también en un perro...

Pero, la emoción, es una muchacha simple,
tan sencilla, tan pura,
que su pudor es estar desnuda...
y hoy me llega a los brazos quitándose
golondrinas, cisnes, pelucas, y hasta
lo de todos los días:
su trago de vinagre para ponerse la piel
color de tecla usada;
y tener (con permiso de Bécquer)
una tísica voz para sus rimas...

Cómo puedo a esta hora
mirar al burro y adornar su infancia...
si así con su inocencia me llega y me desnuda
la sílaba precisa donde me cabe el alma,
y todo lo que tenga que ver con esas cosas
que nos manda el ingenuo carpintero
que está clavando algo delicado
dentro de nuestra jaula de costillas.

¿Pero aún estoy yo fuera de época?
¿No se me cae aún esta epidermis?
He despertado todo lo que llevo en mi cuerpo;
porque todo también me recuerda la muerte;
hasta la patria que se vuela y pone
una arista de luto en cada uña;
yo me preparo ahora para el tiempo que tenga
su medida de hombre.

¿Con quién lucho a esta hora que no sea la tierra?
¿A quién puedo yo darle mi canción como trigo?
¿Quién puede alimentarse con mi grito?

¡Cómo pesa en la frente el cadáver de un sueño!

Aire de carne

Bruto como el relámpago y el árbol,
yo no comprendo nada todavía. Sólo traigo
algo de la caída de la lluvia, porque siempre
hasta el llanto me viste de agua boba las manos.

Es que desde muy niño
se me quedó en el cuerpo tanto cielo,
tanto la cosa libre,
que me pregunto a veces si he crecido en el hombre,
porque en mi propia casa nadie entiende
por qué me pongo a ratos a hablar solo,
yo que no tengo edad para esas cosas...

Pero comprendo que algo me reparte;
esto lo sabe el buey madrugador que hamaca
en su hilo de baba sagrada a la mañana.

A veces me parece que me están expatriando
mis propias explicaciones...
Es que quiero decir
que yo nací en un pueblo, junto a dos campanarios
y a tres cuadras del río. Pero esto...
¿qué quiere esto decir?

Yo simplemente enumero,
no canto, no explico.
Es que ahora
le tengo tanto miedo a la palabra,
le temo tanto al sueño que se quiere vestir...
dudo que si le pongo lo medido, lo justo,

se me quede en el sueño...

No.

No quiero hablar de cosas que me rodean.

La letra y el sonido son pequeños sirvientes...

¿Qué puede hacer aquello que en lo mudo se oye;
qué puede hacer si siempre
se nos muere en la sílaba?

Lo que yo puedo ahora
es sentarme en la piedra, y en un silencio
parecido a los ojos donde no duerme el grito.

Mi pobre grasa, mi pobre cuerpo
se mantiene de físico... pero a su lado yo...
le preparo mi insomnio,
lo educo en el desvelo,
en mi seguro y puro sacrificio...

Amistad con el día

Nosotros, los que siempre
hablábamos con lengua parecida a la rosa,
los que con la palabra del color de la lluvia
juntábamos los niños,
y dábamos un poco de hombre distraído,
nosotros, a los que nos limpiaban estas cosas,
se nos cayó de pronto la amistad con el día.

Veo que no teníamos los ojos, nosotros
que queremos ahora saber lo que es el hierro...
hablamos con las manos que lo guardan;
hablamos con las manos que encallecieron
de tanto hacer fusiles.

Yo no comprendo nada.

No sé nada.

La infancia de mis manos no conoce otra cosa:
—carabinas de palo, cañones vegetales,
y aún después...

Se me viene de súbito a mi oreja de niño:
el orador del pueblo que me obliga
a ver una moneda en cada lágrima,
porque a aquel resonante bigotudo,
que húmedo despedía los entierros,
Pitágoras del llanto, no podía
ni el ataúd quitarle la careta.

Pero hablar como debo... es más que una aventura.

Todavía

hablo con el cochero de mi pueblo,
le saco muchos duendes...

me le meto en su coche —ya sin tiempo—
y no sé por qué huelo las gomas de sus ruedas
calientes y macizas como senos de quince...
como senos de quince derritiendo azucenas.

Mas oigo todavía mi casa hecha palabra,
la familia por todas las rendijas saliéndome,
mordiéndome con sílabas:
queriendo que yo siempre tenga en mis manos pan...
poniendo en mi epidermis una palabra: hombre.

Pero, ¿quién, quién ahora,
puso a pensar mi silla,
mis zapatos,
mi catre?

¿Quién le quitó a estas cosas su sitio de cadáver?

Carta a Manuel

Enséñame, viejo puente, a dejar pasar el río.

COMPADRE MON

Qué pesado, qué difícil se me hace este “yo soy”...
Esta afirmación se me echó al hombro una vez, una sola.
Se me echó, desde luego, cuando no la pensaba
sino que la decía.
Aun no había crecido,
era el momento preciso
en que iba a comenzar ese pecado.

¿Quién me puso a crecer?
Todavía lo ignoro,
pero el hecho tan solo de saber que yo pienso
es ya bastante triste.
Pues mira, Manuel, la cosa no es tan simple:
un poco de crecimiento es un poco de sangre,
es decirle ya al hombre que sacrifique sus huesos
por el tamaño de la palabra,
por el temblor de algo que no se comercia,

por aquel "ven a verme",
"fíjate aquí dentro",
mira que aquí no hay nada que no haya hecho
la responsabilidad de lo transitorio,
de lo que un día te dirá:
por qué no me tomaste de la mano
yo que soy una cosa tan sencilla,
y no se te ocurrió ni siquiera pensar
que la nada vive en tu cuerpo,
vive de ti, se alimenta de tus virutas,
vive de tus pequeñeces.
En tus muebles barnizados,
en el brillo de tus zapatos,
en el resplandor de tu espada sin duelo,
en el sonido de tus monedas,
en la blancura de lujo de tus dientes,
en fin,
en todo lo que para ti tiene una sonrisa
de abundancia y bienestar con fecha,
¡qué bien está allí la nada,
qué justa,
qué verdadera,
nunca la vi tan perfecta!

Ya ves, Manuel,
qué difícil que es ahora decir "yo soy"...
Mi físico, mi boca,
esa cosa simplemente fabricada
con lengua, con dientes, con paladar,
con sonido, con la piel de mi acento,
toda esa materia puede decir palabras,
las que quiera,
pero qué dura es y cómo dura la que no me sale.

Ya ves, Manuel, qué poco estoy...
Voy a acercarme hoy a los que no han llegado.
Que no me toque ahora lo maduro.
Que no me toque ahora el pensamiento,
que ya estoy junto a los niños que juegan
con su "yo soy".
¡Qué bien estoy junto al principio...
Qué bien estoy donde no estoy.
Oh, tiempo sin mí, nunca te vi tan inútil!

¿Podré decir ahora:
Manuel, hemos llegado,
toma este alimento paro que estés fuerte
junto a las cosas del hombre,
y ante el espectáculo cierto de lo maravilloso,
porque desde que se llega se comienza a morir,
no ves que un poco de paisaje
te va quitando materia:
las cosas innecesarias,
y acumula eternidades allí,
donde puedes defenderte de las caricias
de la pobre sensibilidad de la piel,
de la inocente comodidad de lo físico,
de esa medida exclamación: ¡carne mía!?

Quizá ya, para este límite,
la cáscara comprenderá tu responsabilidad,
tu sacrificio,
y no podrá decir "espérate",
mira que eres un buen padre de familia,
mira que tienes tantos años".

No. Ya no podrá decírtelo.
Mucho has tenido que callar,
mucho has tenido que gritar,
mucho has tenido que dejar de dormir,
mucho has tenido que dormir,
mucho has tenido que soportar esta absurda palabra:
—haragán—.

Pero, no obstante, te han dicho esta otra:
—niño—.

Y esta última palabra los hombres, a pesar de que la
[dicen,
no la comprenden,
te la tiran a la cara como una piedra de buena fe,
pero piedra al fin.

Ah, pero ellos no lo saben,
no comprenden la cantidad de hombre
que hay en tu niño,
no comprenden lo hombre que tú has tenido que ser
para salvar tu niño;
no comprenden lo mucho que el secreto ha luchado
para sacar de las nieblas:
agua pura,
aire puro,
y todas esas cosas de la infancia del mundo.

Ya ves, Manuel, qué inevitable estás:
en el agua,
en el aire...

Hoy, con la hilacha blanca de tu sonrisa de niño
le vas cosiendo al hombre las roturas del alma.

La palabra comida

Comida.

De niño —casi siempre—

oía esa palabra que venía como un poco de aire,

de aire material que por todos los rincones

pasaba suelto,

sin compromiso,

sin pensamiento,

sin malicia,

sin nudos:

lo traía mi madre o mi tía o cualquiera...

y a veces, hasta el vecino honrado

lo echaba por el patio.

Después,

me puse grandecito,

y la palabra comida ya no la sentía

pasar como un aire limpio;

y como los oídos y los ojos

ya los tenía más abiertos,

veía que los que pronunciaban esa palabra

hacían un gran esfuerzo para decirla,

y sentía que caía en mis oídos

de una manera diferente,

era como un metal que venía de la sangre,

de algo que no pertenece al sonido, ni al aire,

es algo que era ya lo meditado.

Y crecí un poco más,

hasta llegar donde se mide el hombre.

Y he regresado a casa,
Y he visto unos juguetes,
un cuchillo de juego,
un tenedor de juego,
un plato y otras cosas.
¿Y yo jugué con esto?
¡Ah, pero si debo regresar!
Y con mis manos llenas de callos que piensan,
llenas de cicatrices ajenas,
llenas de cerebro,
llenas de letras de arrugas,
llenas de historias de falsas caricias,
de apretones de mano hacia la noche,
pesadas de obligados, de protocolares adioses,
endurecidas, casi piedras
de sostener tantos siglos un minuto...
esa dura porción de nuestra vida,
esa inútil verdad,
esa asquerosa responsabilidad,
ese pesado duende que odiamos y queremos,
esos “no te me vayas”, “quédate un poco más”,
“tal vez hay algo”, “quédate como un odio”,
“quédate como un fuego sin reposo en el grito”.

Y con esas,
con esas horribles,
con esas manos sencillamente horribles,
con esas manos mayores,
me he puesto a jugar con Chinchina,
y su voz de siete años grita:
“comida”,
“comida”.
Y yo le doy comida... ¡la que sabe a comida!

la que también a mí, a la edad de Chinchina,
me sabía a comida... sí, a comida...

¡Qué triste que te pones paladar cuando creces!
¡Sólo ya la palabra pantalón te sostiene!

Esto es llorar sin que lo sepa el ojo,
sin que lo sepa el agua...

Jonás el prestamista

La carita que tiene la moneda me la llevo al oído;
quiere hablarme en familia. ¡Conoce tanto al pueblo!
—Allí, me dice, mira...
una calle que huele sólo a maldad de niño.
Pero fíjate en esto, casi a un metro del pecho, al hombre
se le pudre en la mano el corazón.
Y a un paso de tu frente,
miedos compran a Dios con caras mías.
A la sangre le quitan su tamaño de grito.

Sólo Pata de Palo, tocando su organillo,
a Juanita la loca
y a mi perro que aúlla con la música,
sin permiso, y a ratos, se los lleva a la luna.

Alma:
se ve que está vivita,
que aún colea esta palabra.

Sin embargo, era en otra palabra
donde se recostaba la familia...
Allí se ve la yerba, sobre la yerba ahora
un fuerte olor a engaño,
un poco de aventura con la bestia,
la yerba estaba un poco pegajosa de goce,
era una mezcla de fresa y de almidón,
una mezcla en que estaba la palabra "te invito"
y luego el cine,
y luego el automóvil,
y luego el trago cortamente largo,
y luego...
este poco de yerba pegajosa,
tumbada y anecdótica.

Desde luego, que la cotorra lo sabía,
pues, desde muy temprano, mucho antes
que a fuerza de sotana
se le fuera la calle al otro cielo,
ya la cotorra madrugaba con palabras no previstas,
palabras con un poco de barbero,
y otro poco de lechero y de cocina,
y por ahí...
la palabra Juanita la caída...
pero llena de luna,
repleta de azucena su sonrisa,
su muñeca, su cama,
su modo de sentarse,
su manera de pedir,
su tono de bien juicioso ángel,
su simplemente objeto de mudarse
acomodado todo para el cielo.

Aunque todo, ya todo era tan tarde. Por su herida natal
un hilo pensativo de sangre le salía,
un hilo con un ruido de nupcias de juguete...
de bodas sin latines, sin incienso ni anillos.
Entonces, ¿quiere decir, Jonás,
que aquel pétalo loco...
que el papá de Juanita está tranquilo
como están tu reloj y tu leontina que condecoran
otra tranquilidad: la de tu vientre?

Escucha.

El papá de Juanita compró un par de zapatos,
¡y eran para Juanita!
¿Sabes lo que es un par de zapatos urbanos
para un remoto labrador?
Son noventa kilómetros de sudor sin malicia;
un poco de sonrisa para los ojos de vinagre del capataz;
diez días preparando la piel mal educada de la tierra;
la patada de un mulo que le hace guardar cama
quizá por dos semanas o quizá sin calendario;
luego algo al doctor, por lo menos su yegua;
después, mucha saliva con los exportadores
para que le levanten un poquito su precio,
(que es también levantarle su moral al del pueblo)
y quizá mientras rasca su sobaco y discute
por un trozo de espejo que le costó diez plátanos,
se viene un aguacero con luces de Bengala
de esos que nunca escampan,
hasta que el pobre hombre llega a casa
con un pulmón flotando. Y otra vez el doctor,
y de nuevo el bolsillo. Y a las pocas semanas
pensar en los zapatos que no pudo comprar.
Y a repetir callado su lucha con la tierra...

Ya ves, Jonás.

Ya me parece ver esa cosa de lujo
que llevas bajo el traje y que se llama HOMBRE
Esa cosa
que engorda con flaquezas...
que engorda
con los jueces mediocres;
con los pobres zapatos del papá de Juanita;
con lo que está detrás de los escaparates
y encontramos de pronto en una alcoba,
la que cuenta su historia en dos horas de cama;
y hasta aquella
a quien dio la sotana su medida sagrada
metida en un anillo.

Todo esto, Jonás, todo esto... ¿me entiendes?
Lo olfateo, lo miro en el brillo felino,
en el brillo de tus dientes familia de tus autos,
en el aire con que andan los pavos de tus zapatos,
en el desprecio de despertarte ante tu camarero,
en el temblor, en la lista de tu camarero minucioso
para recibir ciertos gustos dolorosos..., y una mano
[especial
para colocar tus abrigos, tus bastones, tus respuestas,
tus respiraciones,
y un montón de corduras insufribles.

Sobre todo, en aquella,
en la manera de forrar tu corazón con cierta seda,
con cierto artículo sólo cotizable en los salones,
allí donde a los cigarros
se les trata mejor que al maestro de escuela,
allí, donde cada vicio

tiene su oloroso, su flamante estuche,
allí, donde la verdad es un asunto de relojería,
un asunto para suizos del alma y la conciencia,
allí, donde se dice “NO” cuando lleva su poquito de
[vaselina.

Pero no, no sigo.

Que me hablen tus tripas sonoras de banquetes;
que me hable tu barriga en donde escucho el diálogo
que tiene la ruleta con la ficha y el trago con el cerdo
que te sale de súbito de gabanes y levitas, y oigo también
[la aguja

que tiene la paciencia de tu mano
que cose siempre aquello que está detrás del párpado
del juez,

detrás de la sonrisa que es la piedra en que afilas
al sastre que hay en ti de tijera sin tregua;
detrás de tus alhajas que apedrean la cara que tiene
la limosna, la cara:

la que tiene tres años de sueldos atrasados, y un siglo...
¡cien siglos de vergüenza!

Es el hombre. ¿Lo ves?

Es el hombre que tiene la cara en su sitio...

En su sitio... ¿Me entiendes?

En fin.

Que Jonás está un poco, casi enfermo del pecho.

Que diez noches tosiendo.

Que escupe cosas raras...

Que no escupe saliva...

Que tiene...

¡Tiene tísica el alma!

Si con lo que escupiste se fue también aquello...
Aquí tienes, Jonás, para ti, prestamista,
para ti este regalo,
igual que tus monedas, guárdatelo en el cráneo.

La vida es del tamaño de una bala que piensa.

Carta al indio Raúl

Raúl, cuando los hombres llegaron
con su emoción a sueldo, con su sueño tasado,
yo sé que tú no lo sabías, no lo sabes aún...,
ellos vendieron todo, lo hipotecaron todo,
pusieron triste hasta los dientes de los niños,
el aire lo ficharon,
la atmósfera tenía su agrimensor,
la palabra era un ruido de espada sin historia.

Pero Raúl, ayer te vi bebiendo,
bebiendo un agua suelta que rodaba su cielo...
Por tu cuerpo, Raúl, que no tiene bolsillos,
por el líquido indio que te sale a centavos,
el sudor que no cobra como el aire en la boca,
tiemblo, tiemblo, Raúl, para escribirte,
tiemblo Manuel adentro.

Porque, Raúl, es que no quiero
poner tan en peligro tu sonrisa, ni tu andar tímido,
ni tus pies olorosos de honestidad descalza,

ni tus manos que luchan con vacíos pesados...
ni el rostro peligrosamente manso de tu silencio
cuidadoso de no matar hormigas...

Pero no, que no vengan a la ciudad tus cosas,
porque, Raúl, qué hermoso estás sin calles,
con tu vaca, tu silbido de pájaro, tu leche primitiva
igual que un niño triste con su trompo.

Yo sé que todavía tú aullas con la lluvia,
y la palabra hombre se quema entre tus manos.
Pero quédate allá, Raúl,
quédate con tus uñas vegetales,
quédate con los siglos que amasando azucenas
fabrica tu sonrisa.

Ya sé que estás desnudo, pero, Raúl, aún
pones algo en tu carne... tu sonrisa:
retacito de gasa en tus heridas.

Carta bajo la lluvia

La gente de mi pueblo, la que acostumbra
en cada puerta a comadrear el alba,
me cosquillea el instinto, me lo avispa, lo madruga
mucho antes que el gallo, y empujándolo como
en su primer quitrín que rodaba Santiago,
se va de vena en vena por mi cuerpo hasta el alma,
como de puerta en puerta desde el horno la espiga va
en su tibia fragancia dando el alma del trigo.

Esto también lo sabe casi azul Domitila,
la domadora de Compadre Mon, la que suave,
abre sus manos de patio, y siente que se llenan
de las barbas de Mon, y siente que sus dedos
se pueblan de refranes, y el pueblo en ellos cabe,
igual que todo el cielo cabe en una ventana.

Pero todo, todo está aquí en mi sangre:
la flaca silla antigua, mi candado de tabla,
y hasta de contrabando la palabra Manuel,
porque es mi nombre, pero aquel apodo
es el que juega con el perro y canta
bajo la lluvia y se le pone ronco
de tambores el pecho cuando lo atolondran
los truenos y los rayos.

Hablo ya de aquel niño que al cochero
con el seco relámpago del látigo
de pronto enfurecía sonándolo y buscando
hacerle ramalazos a un polizón: mi apodo.

Es que Manuel aún yo no me llamo.
Todavía llueve mucho en mi pueblo.
¡Todavía
yo no puedo ser hombre cuando llueve!
Cuando cae agua gorda me pongo a hablar con alguien,
toco el espejo y veo si es mi última cara.
Porque comprendo
que tengo que buscarme cuando llueve.

Es que todo, todo está aquí en mi sangre,
por eso
siempre llueve en mi pueblo, y terco,
hay un niño corriendo con su apodo, que a ratos,

grita alegre de truenos y huracanes,
porque siempre
hay un Compadre Mon en la tormenta.

MOTIVOS DE COMPADRE MON

Apunte

Bajando la cuesta, cuesta
dejar de oír su canción.
El boyero no cantaba,
su mirada era su voz.

Lo que el boyero no dijo

Hasta los bueyes
que no saben que van por tus caminos...
Los bueyes, los que despiertan

con la perla derretida de su baba,
y con el oro tibio de su hilo, ya van
tu primer ropa haciendo,
madrugada.

Viajera sin regreso, tú, ya el río.
¿Hasta dónde me llevas?

Madrugada, recógeme,
como si fuera la primera lluvia;
que yo seré agua clara
subiendo por los pétalos el día,
para los bueyes
olorosos a niños sin juguetes.

Lo que cantaba el boyero

Padre y madre están callando,
mas como están en mi cuerpo,
no duermen... están cantando.
Pero no sé todavía
cuál de los dos
fue el que quiso que a la tierra
viniera yo.

Orgullo y amor trajeron
esta cosa que ya soy.
Todavía estoy pensando
cuál de los dos fue el que quiso

que yo viniera a la tierra.
Amor, no pidió permiso,
menos lo pidió el dolor.

Remate

Ay, madre, si tú me hubieras
interrogado: —Hijo mío,
¿quieres ir o no a la tierra?
Es el único permiso,
ay, madre, que yo no hubiera
querido que tú me dieras!

Guitarra panadera

Sólo el silencio es amigo.
Pero también
no es amigo... si lo mudo
se oye bien...

¿Quién mide el aire y lo pone
cuadrado como pared?
¿Quién lo pone tan pequeño
que cabe en el puño... quién?

El mapa se está llenando
de dientes como el menú.
Pero no importa:
el horno de mi guitarra
da caliente pan azul.

Tortuga

Hueso del Tiempo, benigna
semilla suelta del mar.
Tú:
la primera piedra mansa
que se puso a caminar.

Vida amasada con muertes,
secreto lento del mar.
Te toco, tortuga y siento
átomos tiernos de Adán.

Canción con José Remoto

¿Quién, huyendo, pero siempre
no libre de oculto dueño...
tachuelas de meteoros
le arranca al portón del Tiempo?

Alguien también allá arriba
hace su carpintería.

Ya lo sabemos, José:
roncas maderas el trueno
rueda para ti que quieres
seguir tu oficio en el Cielo.

Tu don de martillo manso
yo lo conocí en la Tierra,
y sé que es pan todavía
si golpea.

Pero siento,
carpintero sin horario,
transparente y verdadero,
que clavas tan altos clavos
en el ataúd del Tiempo.

Desde aquí, José, ya veo
que en tu celeste ajetreo,
los cometas se te ponen
mansos como tu jumento.

Mas, como tu burriquito
contigo también fue al Cielo,
casi es seguro que andas
en tu cuadrúpedo tierno.

Carpintero,
inocente carpintero,
yo te conocí en la Tierra.
¡Qué más quiero!

Agua

La del río, ¡qué blanda!
Pero qué dura es ésta:
la que cae de los párpados
es un agua que piensa.

Manso

Manso Pedro, comprendo,
no es que quieras fortuna,
es que se ve más limpia
desde un Packard la luna.

Cuando

Cuando el río tiene piedras
canta más y está más alto...
Por entre dientes de jueces
pasa mi sangre cantando.

Juez

El juez, mientras descansa,
limpia sus anteojos.
¿Y para qué los limpia,
si el sucio está en el ojo?

Sed

Agua de afuera no enseña,
mas cuando el agua del ojo
cae al labio, sólo él,
sabe entonces,
para qué sirve la sed.

Llueve

Para qué llueve en mi pueblo,
si ya no están los charquitos
con su secreto de cielo.

¡Ya no llueve, ya no llueve,
aunque caiga el cielo entero!

Gayumba

La gayumba la hace el indio
en un hoyo y con dos cuerdas.
Mi voz, como la gayumba,
no canta si está sin tierra.
También, como la gayumba,
si aquí mismo he de empezar,
de la cueva de mi herida
nadie me viene a sacar.

Agua de piedra

En esta fuente de piedra
bebió mi infancia.
Ya está vieja y seca pero...
la fuente sin agua canta.

Cotorra

Muy dándosela de bruja,
con su peluda joroba,
se sube a un palo de escoba,

mi nombre en su pico estruja,
y como un fruto blandito,
me lo deja con hoyitos.
La cotorra.

Buitre

Se alimenta de difuntos
y no se le pudre el cuerpo;
¡es que se come los ojos
que son las fuentes del sueño!

Trapito

Negrito de voz sin luz,
algo te queda en la cara.
Tu risa: trapito blanco.
para secarte las lágrimas.

Leñador

Casi un hilo, y es el filo
de tu hacha.
Un hilo que apenas brilla
pero que alumbra tu casa.

Quena

Le doy algo más que viento,
algo más: lo resucito.
Está de pie ya este poco
de esqueleto que yo toco.
Yo no le doy carne al huesito.

Culebra

Camino que viaja solo.
Raíz de un árbol sin tierra.
Río seco... pero ahoga...
la culebra.

Clave de las bailarinas.
Se trepa a la I de un palo.
Es peligrosa esta S
del cósmico abecedario.

Látigo sin mano y siempre
pegador y vagabundo,
como si ya, castigando,
aun lo estuviera usando
el primer odio del mundo.

La vaca muerta

Amaneció en el camino
sin que nadie la velara;
bajo las velas del cielo
que hasta a sus ojos bajaban.
Estaban blancos sus dientes,
(que siempre blancos estaban).
¡Qué inofensivo era el día
cuando en sus dientes brillaba!

Ayer la echaron al hoyo,
su cara quedó hacia arriba.
¡Duerme lo mismo que cuando
frente a los hombres vivía!

Caracol

Ola que se puso dura,
pero dura resonante.
¿Qué avaro en tierra te llena:
alcancía de los mares?

Canario

Pedazo de sol chismoso,
erudito de garganta,
como no puede pensar,
canta.

Inmigrante

Oro triste de inmigrantes,
pensativo sol, fortuna
que pone el pelo de luna:
hoy de noche y noche antes...

Voz

Porque se la tiro al fuego
y es como si le pusiera
pan al horno... sólo ahora...
sé que mi voz alimenta.

Tambora

Trópico: mira tu chivo,
después de muerto, cantando.
A palos lo resucitan...
La muerte aquí, vida dando.

Chivo

Tú que con tu misma muerte
en el tambor quitas luto.
Como a ti, chivo difunto,
estoy viendo al muerto rico,
aquel muerto que, por bruto,
pone siempre alegre el luto
aunque deje triste el pico.

Cactus

Grito de la tierra que no tiene cielo.
Tú que eres una letra solitaria
igual que una esperanza con espinas.
Qué bien estás,
perfectamente solo.

¡Cómo si conocieras a los hombres!

Canción para buscar un cocodrilo

Más allá del agua seca
de mapas y oculto río,
oigo un mido de raíces
en los silencios del indio.

La plata de su sonrisa
rompe el cobre de su cara.
De más allá de los huesos
viene este hueso a su cara.

En un ojo va la trampa,
y en el otro casi el tacto.
En las sogas de sus venas
se trae un potro enredado.

Vegetal hasta en la voz
de hoja seca que de pronto
da su flecha, brisa flaca.
El indio es un árbol suelto.
un árbol que se cultiva
con rocío de pestañas.

Pero no, que ya vestido,
que ya vestido de pájaro
tiene la edad de la lluvia
buscando en el río muerte
también el indio se busca.

El indio que aúlla y siempre
tan grande como un silencio;
el indio que saca tierra
del corazón, como un verso.

Viento ya, viento que piensa,
se pone tan aire el paso,
que casi va con la vista
que va de trampa y de tacto.

Isla que está en otra isla,
sueña ahora el cocodrilo
con canoas panza arriba.

El indio se acerca y viene
con pasos de río muerto.
El indio se acerca y viene
tan suave como su pelo.

Con un cuchillo enterrado
más allá del cocodrilo,
una gris canción remota
se trae de regreso el indio.

De más allá de los huesos
viene este hueso a su cara:
en su sonrisa se pone
peligrosa la mañana.

CUATRO VECINAS DE MON

Tunta y su diente

Tiesa como un policía
que no defiende la ley,
en el reloj de su cara
la aguja de su colmillo
da la una
de su vejez.

La edad que tiene rodando
esta moneda, no sé,
pero a Tunta,
le ha crecido tanto el colmillo,
que a Tunta sólo el diente se le ve...

Su colmillo le da muebles,
le da trigo, y a la vez,
le quita un poco de apodo...
Le da careta y un día

de ingenuidad... —ya lo sé—,
para el lechero que sólo
llega virgen a las seis.

De su colmillo le salen
automóviles, pulseras,
caballos y un no sé qué...
que aunque por el aire vaya,
el corazón lleva a pie...

Su colmillo
le enderezó el apellido...
y casi el cuerpo también,
pero está un poquito coja
de no sé qué...
no sé qué...

Colasa con rumba

Colasa: manteca inquieta
quemada a ron con vudú.
No se te va el retacito
de espiritismo que a gritos
está entre tu ropa y tú.

Borracho de muchas cosas,
óyelo, Colasa, bien:
con cabellos de guitarra
te voy a enredar los pies.

Suma de abuelos tu carne
anochece amaneciendo;
tu cuerpo a palos moliendo
lo limpian de brujerías.
y tú roncas, cómo no,
tu cuerpo mismo el bongó.

Y ahora,
que venga el juez,
que venga y vea
que yo te amarré los pies.

Que venga la policía,
que otra vez
caliente mi mano agarra
los pelos de mi guitarra
para amarrarle también
al uniforme: la ley.

Pero de tu carne prieta,
quiero ahora, de una vez,
sacar una cosa blanca...
No ves que si está en tus pies
vas a machacar el alma.

¡El alma, Colasa, el alma!
La ves...

Tefén

Junto al anafe,
trabaja, suda;
agua de pueblo
suda Tefén.
Ella la plancha
y ella la aguja,
mientras las equis
del catre pujan.
—No caben tres—.

Así es la vieja
madre de Chola,
así Tefén.
Cuando está sola
coge la sucia
ropa de Chola:
cose agujeros...
—quita las manchas
de su traspiés...
Así Tefén.
Con su tabaco
tras de la oreja;
ella el alivio
y ella la queja;
ella también...

Aguja, ungüento,
calor y plancha;
todo Tefén.
Junto al anafe
sudando sola,

le pone lisa
la cara a Chola,
porque también
le plancha a ratos
con su sonrisa
la siempre arruga
de su trapiés...

Así Tefén.
Ya moja el grito,
como a su ropa,
agua que tiene
color de tropa...
Agua sin ley...

Así Tefén.
Cuando está sola,
acompañada
por almidones
cosmopolitas
que en duros trapos
se los trae Chola.
—Chola es de carne
de seis a seis.

Así Tefén.
Junto a su viejo
catre de chopa,
moja sus manos
de agua sin ley.
Y honrada entera,
más que a su ropa,
a Chola lava...
sólo Tefén...

Colasa con ron

Colasa: ola de pie,
voy a echar tu cuerpo suelto
en una botella grande
para que te beba el pueblo.

Qué bien que por tu cintura
navega el son, y se va
la ola por tierra adentro.
¡Tú sin conocer el mar!

Tú que te pones la noche
lo mismo que un sucio talco,
y en camisa de neblina
te vas quedando a las cuatro.
Que no,
que por una sangre abierta
no te saquen de Santiago.
Déjame tirarte entera
como a veces yo en un dado.

Que no, que no le den puerta
al agua que está en tu cuerpo.
Qué bien que por tu cintura
se va nadando el cocherero
que me vende madrugadas
en su oscuro errante lecho.

Tú que te quitas la noche
sudada en ron de tu ropa;
tú que a veces no es espuma

lo que sacas cuando gozas:
con el planchado y pequeño
pañuelo de tu sonrisa
limpias tu boca...

Pero aquí está mi guitarra,
Colasa, porque también
mi guitarra —vena suelta—
va hacia ti: ola con sed...

Pulula

Negra Pulula, qué bien
que planchas la ropa ajena.
¡Cuándo plancharás tu cara:
mapa de penas!

Pulula, poca Pulula,
y tú la carga y tú la mula.

Con tu amuleto ensalmado
y siempre se ve que es hueso
tiene vida y está tieso,
no te quiere ver de frente,
no te quiere ver a ti:
está viendo todavía
de perfil.

Pero, Pulula,
¿qué esperas,

que también al San Benito
no le quitas la sordera?

¡Qué Bocó sobó tu hueso,
que tampoco tiene olfato:
no huele aún que el sudor
te lo compran tan barato...
Ni siquiera por antojo
ha querido ver por qué
le lavas hasta los pies
con el agua de tus ojos!

Pulula, también, Pulula:
se ve que es de piedra el dios,
cuando pides por los dos...
¡Tú la carga y tú la mula!

Si con tan blanco amuleto
tan oscura suerte cargas,
un hueso negro, tal vez,
te daría suerte blanca.

De rodillas lo que piensa,
lo que siente, arrodillado;
tus dos zapatos con hoyos
y tu catre, derrengado.

Dile a tu santo de pino
que se pase un día entero
en tu rancho de agujeros;
porque en un santo de palo,
puede haber un carpintero.

Pulula, poca Pulula,
tú la carga y tú la mula.
Mata la vergüenza y pídele
a tu hueso taumaturgo:
que no se duerma en tu casa,
que venga con herramientas;
martillo, clavos y tabla;
que venga a arreglar tu catre:
¡que no te remiende el alma!

Pulula. poca Pulula,
tú la carga y tú la mula.
Dile al santo
que se ponga pantalones...
que venga a clavar el canto:
idioma de la tachuela.

Que venga a ver que hasta en misa
la cana de una sonrisa
te hace abuela...

Después, Pulula, después,
besa tu hueso sagrado...
Pero también,
ten cuidado,
ten cuidado
que Dios no dura en la piel...

Pulula, pero Pulula,
hoy a las seis,
¿quién viene a planchar tu cara?
¿Quién?
Hay sólo una planchadora
que, como tú, plancha bien.

¡Qué almidonada, qué dura
que está tu cara esta vez!

Con plancha blanca de hueso,
de la cabeza a los pies,
la muerte, —tú, planchadora—
¡cómo ha planchado tu piel!

5 resabios de Mon

Como cuchillo que está
al mismo dueño cortando,
aquí sólo está penando
mi mirada que está ya
como una vela que va
su propio cuerpo quemando.

Hoy agarro mi guitarra
como quien agarra un río.
Hoy corre por ella un agua:
la roja del cuerpo mío.
Hoy agarro mi guitarra
como quien coge un fusil:
hoy a mis brazos ya viene
a defender lo que tiene
ella de mí.

Tengo ahora tu voz yo,
guitarrero no dormido,

para lavar el olvido
con agua de mi canción.
Podrán quitarme la tierra,
con el filo o con la bala,
pero no podrán decir:
aquí no ha pasado nada.

Podrán quitarme del cuerpo
todo lo que se me gasta...
Mas ni el tiempo ni el soldado
me quitarán lo que saca
de la guitarra mi mano.

Y peinando los seis pelos
de mi guitarra ya voy
a decir por qué en mi lengua
nació sin edad la voz.

Mi voz de vena esta vez
al hombre mudo le toca;
y no la pierde su boca
porque no es agua de sed...

¿No sientes también que es madre
mi guitarra? Porque puedo
su edad se la dan mis dedos;
como si haciéndole canas
le crecieran azucenas
al pino de mi guitarra.

Pienso ya que algo del mar
debe tener mi cantar,
porque mugiendo a mi encuentro,

más que de afuera, de adentro
le vienen canas al mar.
En mi guitarra también
se puede ver el pocito
de la huella de la vaca
que con barro del camino
va haciendo cielo su pata.

Qué duro es vivir aquí,
entre los hombres... Qué bien,
si metido en este barro...
yo soy el pocito aquel.

Y aquí, nomás, está el perro,
aquel perro que a su hueso,
con su espesa lengua lenta
un brillo de luna saca:
cielo en sus dientes machaca,
y el cielo no lo alimenta.

Pero aquí, junto al huesito,
que no mata el hambre y mata,
pone el cielo en llanto plata,
y con luna paga el grito.

Que no me digan a mí
que el cielo es un haragán.
¿A mi guitarra de carne
quién la enseñó a trabajar?

Ya voy a decir también,
guitarra, que, cuando tú
te pones a veces muda
trabajas como el azul...

Yo callo cosas del hombre,
y el hombre no está callado.
No porque el palo no cante
no tiene canción el árbol.

El herido que silencia
tiene ruidosa mirada.
Mis ojos no miran, oyen
el esperanto en la llaga.

Hoy la tierra está en remojo
aunque nubes no dé el día.
Cuando es larga la sequía
hay agua siempre en los ojos.

¿Pero quién de sembrador,
quién está aquí con su ausencia?
El oficio de la esencia
es sin pétalos ser flor.

Resabio 2

Hoy no aprendo con el río,
ni con el pulso del mar.
Hoy mi voz está mojada
de tantas venas sacar.

¿Para qué callar? Callando,
también me sienten gritar.
Tanto he pisado esta tierra
que es ella la que anda ya.

No me quita el dolor flores,
pero me crecen a ratos
las dos espinas sin rosa
de las espuelas del gallo.

Juez que me das el encierro,
para qué buscar mi huella.
Si en ti mismo está el destierro,
con mi guitarra te entierro
si me desentierra ella...

Más que la frente me piensan
los ojos cuando vigilo.
Viendo estoy los que sin guerra,
ya se reparten la tierra,
sin sangre... pero con filo...

Y aunque es albino mi pelo,
yo soy del dolor, pupilo.
Es que duele tanto aquello,
que a pesar de hacerlo bello
me corta cortés el filo.

Me corta, porque hace tiempo
que en la paz con hambre, veo
poco cielo y mucha tierra.
Por lo flaca es porque creo
que tiene obeso el deseo
esta paz que sabe a guerra.

Ya trepa a mi voz la tierra,
por ser duro, más que blando.
Quiere al fruto el vientre hinchado

más por lo que el parto duele
que por ser del mismo palo.

Qué más quiero, si por duro,
no dejo al fruto caer
como el árbol, ya maduro.
Es que siempre soy tan duro,
que no se llega a poner
blando mi fruto maduro.

Y así me doy, más si acaso
lo de afuera da un mal paso,
en lo mudo de mi cuerpo
mi oculto destino calla;
pues si agujeros me tiran
las viruelas de la cara,
sepulcros en miniaturas
en mi piel de vivo cavan.

Se ve aunque nadie diga
que el cementerio es mi piel
alguien con algo de aquel...
¡Se come el pan en la espiga!

Y aquí no estoy enterrado,
si enterrándome yo estoy
aquello que yo no doy
sino cuando estoy callado.

Qué bien en la sombra ves,
ojo mío. Mi dolor
es como el sol labrador
que enterrado, saca mies.

Esta mañana de ser ciego
para ver mejor el día,
me la enseñan las raíces
sin ojos... pero con vista...

Algo en mí ya no recula.
Si estoy desnudando el diente
es porque el diente no adula.
Pues aunque el hombre es el dueño,
más por hambre que por sueño
se come el jardín la mula.

Resabio 3

Cómo me duele decirlo...
Cómo me duele creer
—si tantas veces lo he visto—
que el río pasa una vez...

Mi risa está tan adentro
que estoy triste cuando río.
¡Enséñame, viejo puente,
a dejar pasar el río...!

Viejo cielo que te inclinas
al río como a beber,
sobre las aguas te caes
para lavar tu vejez.

Algo que el tiempo te deja,
me lo suele a mí quitar.
Mi sudor: agua de nube,
se me ensucia con la tierra,
pero sucio no se va.

El árbol no puede hablar,
pero es la casa del ala.
Un ave es también la bala
que pone al hombre a cantar.

Lo que el fusil me ha metido,
aunque tan hondo me agarra,
como callarlo no puedo,
lo van a sacar mis dedos
del fondo de mi guitarra.

Voy a tener que poner
en mis carnes un letrero:
aquí se admite el jilguero
si viene sangre a beber.
Mas, por qué gritarlo ya,
si el aire también lo sabe.
Siempre el jilguero será
discípulo de mi sangre.

¡Qué bien cantan mis heridas!
Mi vena es como la flauta:
que si no tiene agujeros...
no canta.

Y aquí estoy, sacando vida
de las piedras de mi cuerpo;

como la saca la quena
de su hueso.

¡Pero qué bien no me callo!
Es que vuela
con la espuela
más el grito que el caballo.

Y en mi caballo y a tiros
rompo el ronco amanecer
que hace el mar antes que el gallo.
Me crece el mapa esta vez...
La llanura está de pie
si está de pie mi caballo.

Aquí también algo cabe
entre mi buche y el ave.
Esto sí que me lo trago:
todo el campo cabe aquí
en su joya: el colibrí,
y el país cabe en mi trago.

Pero que nadie me escuche,
si este trago yo no pago:
también el dolor me trago
por tener tan macho el buche.

Resabio 4

Suelta pétalos mi voz,
pero mi lengua no olvida
que el mismo tallo alimenta
a la rosa y a la espina.

Mas yo del ancho de un grito,
¿dónde cabe mi voz ya,
si se ensancha como el río
mientras más se acerca al mar?

Con la guitarra enterrada
voy buscando mi raíz.
Es que quien canta mejor
es el que más sangra aquí.

Qué duro es sacar la miel
de allí donde no hay abeja.
Pero qué bien allí sé
quitarle al hombre
la sed...

Y allí está mi voz nomás.
Más si me ensucio con tierra,
es Dios que ensucia quizás.
Siempre el árbol sube más
cuanto más hondo se entierra.

Sube el árbol, pero a veces,
imitando a la muchacha
que sonríe entre su pelo,

abre boquetes de cielo
en el bosque prieto el hacha.

Algo también en lo oscuro
de mi barro no se apaga.
¡Qué bien cultiva el orgullo
esta rosa de mi llaga!

Es que mi cuerpo también
es un paisaje, ¿lo ves?
Ves estas cosas pequeñas:
en estas manos me cabe
toda el alma, como a ratos,
todo el cielo lo hace el ave.

Mi mano tiene agujeros
que dejan gotas caer.
Entre mis dedos se ve
que un poco de río tengo
para enseñarte a beber
lo que en el río no bebo.

Tú cantas bajo tu greña
como bajo un bosque el río.
Hoy la barba que te enreda
es paja de hogar de trino.

Con tu greña, con tus barbas,
viejo poeta escondido,
estoy haciendo la escoba
para barrer el olvido.

¿Pero quién, guitarra, quién,
quién por ti más dolor sabe?

Si por tu ruidosa herida
sale la muerte con vida,
no en el tiempo mi voz cabe.

Resabio 5

Hombre solo, sólo en tierra
es mi risa la del mar:
siempre hermosa y blanca, pero...
a fuerza de tempestad.

Aquí mi sangre, mi sangre
también se parece al mar:
canta el mar si pasa el viento,
mas pasa el viento del hombre,
y oigo mis venas cantar.

Hay algo ya que afilado
cuanto más en mí se entierra,
algo me saca que sube
como raíz de la tierra.

Pero no me siento seco,
si lo que cava es el grito.
Yo nadando entre mis venas
soy el buzo de mí mismo.

TERCERA PARTE

Quien no cuenta lo humano, no perdura.

GOETHE

COMPADRE MON EN HAITÍ

Y ahora por los que a mí en mi tierra no me oyeron,
por aquellos que se fueron pero que están siempre
[aquí...

Como es poco lo que callo, al criollo y al gringo voy
a decirles lo que soy montado ya en mi caballo.
Pero como voy a hablar de lo que al miedo le choca,
levanta cosas mi boca porque son
aquellas cosas que el macho las larga como el
[borracho...

¡Porque es macho hablar sin ron!
y ya que por hombre entero dar no quiero
al olvido mi pasado porque aquí
es mucho lo que yo vi y más lo que yo he sangrado;
voy, ahora, por varón, sin el fusil en los dedos,
a decir lo que sin miedo quiere hablar mi pantalón.
Mas antes de dar un paso, caídas haré presentes.
Porque al triunfo le hiqué el diente que afilé con el
[fracaso

Y al ponerle la muleta de mi memoria al pasado,
lo largaré bien parado, si aprendió conmigo a andar:
Pero al darle fuego al leño, pondré más vida que sueño,
¡aunque es también sueño hablar!

Revolución y fuga de Mon

Y voy a decir ahora, ya que huyendo envejecí,
no lo que mi ojo vio sino lo que pasé yo
en mi refugio de Haití.

Pues más corto me fue a mí un año en la cordillera
oculto —aunque no me cuadre— que los meses de una
[madre
más allá de la frontera. Pero acercando ya entera
mi memoria —no mi engaño—, ya no sé cuál fue más daño
de aquellos tiempos que junto, si el mes que me dio un
[difunto

me quitó una falda un año.

Mas voy a aclarar por qué, antes de entrar en Haití,
algo debo hablar de aquí. ¡Pues qué vientre el que parió
mis nueve meses allí..! Que hasta expatriado me vi
por votar a un caudillo que era tan bueno y sencillo
que el mismo día en que trepa la Jefatura que chupa,
contra el mismo que lo aupa fue tres cosas a la vez:
cárcel, comisario y juez...

y por aquel trío amargo que me juzga y me condena,
tuve que alargar mi pena sin concesión ni descargo.
Es que tiene que huir largo quien en política ablanda,
mucho más si quien nos manda dando el bien nos da
[veneno,

si es aquel que por ser malo en la mano tiene un palo para el malo y para el bueno.

Pero no tardó la espina en enterrármese mucho, cuando ya con mis cartuchos y mi vieja carabina, me fui, como el campanario, donde hay algo que está
[ardiendo;

es que nadie vio durmiendo mi pie revolucionario. y así, como sin horario, con tropas de rebelión caminaba ya Don Mon. Pero en el monte regados, cada uno estaba solo igual que un dado cargado. Mas me daban ya más duelo unas aves de rapiña que pasando a bajo vuelo venían como del cielo a buscar carne podrida.

Y con ésta yo viví pasadas revoluciones, pues sin vacas ni lechones mi caballo me comí. Me subió el hambre a tal punto, sitiado en aquel lugar, que no quería ya estar ni conmigo mismo junto.

Así fue como solito, no pisando ni mis callos, salí del monte a caballo, pues le robé al compañero el único que quedaba... Porque ya la cosa andaba tan apretada, que yo, en vez de comerme a aquél, preferí montarme en él para salvarnos los dos.

Y anduve solo, tan solo, que para aliviar mi duelo me le acerqué más al cielo: me fui en el potro a la sierra, pero mi suerte tan perra no estaba tan alta, no, porque en paz no andaba yo teniendo los pies en tierra... Y volví a la tropa, fui a dar aire... no a quitar, porque no aprendí a matar en donde justicia vi.

Mas con honra maté cuando manchado el pantalón mío, toda la tierra llenaba de desafíos.

Por eso a mí me dolían todas las revoluciones, porque siempre de ladrones por donde aquellas pasaban, ni tienda ni pulpería quedaban allí paradas;

y era peor si allí estaba el letrado que decía:

“hoy no, mañana se fia”...

Tampoco no quiero yo ocultar que aquello era una fiesta verdadera: fiesta de la valentía donde el macho busca siempre en qué regalar la vida. Porque también allí andaba el que sin trago, sin vicio, se ofendía si no estaba ya en peligro.

Y allí fué donde aprendí lo que no aprendí en la casa, pues todo lo que allí pasa siempre está junto al misterio; pero hedionda a cementerio no está mi honradez en casa.

Y aunque en paz la tropa andara, la tropa era allí tan
[brava,
que aquel que por cortesía se acercaba a gente buena,
le decía:

—mire mi pie sin zapato, soy soldado y no soy gato...
yo peleo por el pueblo, deme un trago,
que mañana... casi ahorita... se lo pago.

Pero los jefes en vez de pedir un trago y ropa,
se llevaban tras la tropa, plata, comida y mujer.
Era el tiempo en que a la puerta si una cara se asomaba,
dos veces no se podía echarle el ojo a esa cara...

Pues si dos veces el ojo allí cualquiera metía,
con un cuchillo en la mano venía el ya “¿qué me mira”?
Y digo que no por gusto le vi la cara dos veces
no a los hombres, sino a uno... ¡Qué puede en uno

[haber muchos!

Porque el hombre de mi tierra cuando está mudo es
[que habla...

Es por eso que lo escucho cuando no tiene palabra.

Yo lo he visto en una esquina con su cachimbo en la
[mano,
dejar que tire el contrario, porque en la buena o la mala
es cortés también su bala.

Y por tirar yo primero, se cayó primero el guapo.
Así fue como yo tuve mi primer fuga a caballo.
Mas no he de olvidar ya cómo con instinto de paloma,
me defendía en la loma del hambre, la ley y el plomo.
Quiero ya darme el derecho de hablar lo que en mi yo
[viva:
sólo el árbol allá arriba era mi pan y mi lecho.

Mon en tierra haitiana

Pero no, que no fue allí que hallé criollo el Purgatorio;
mas no quiero ya por mí, ser más largo que un velorio
ni más corto en lo que vi y padecí yo en Haití:
Pues no juntaba diez noches, cuando a la novena allí,
me enseñó un haitiano amigo algo que allá no lo digo
pero sí lo digo aquí.
Aquel haitiano me dio un amuleto —un huesito—
y me dijo: “este poquito de animal te lo doy yo
para que, durmiendo o no, te defiendas de la gente,
pero ten siempre presente que en este hueso estoy yo”.
Quiso decirme el maldito: que si el mundo bien me trata,
le mandara siempre plata mientras llevara el huesito.
Pero al brujo conocí como el olfato al menú,
y le dije: como tú, hay muchos presos allí...
Si tú cruzas la frontera verás que tenemos fieras
que adivinan hasta el mal de que va a morir tu nieto.
Y al devolver su amuleto, me respondió: “ya tendrán
pronto luto de ti, bruto”. Pero si en tu carne luto,
le contesté, tienes ya.

Primera aventura

Con dos delitos viviendo en tierra que no es la mía,
me pasaba todo el día patuá con hambre aprendiendo.
Para aliviar los dos males me metí con una haitiana,
¡y qué berrán!, pero a ratos, por no tener un mulato...
pensaba más en mañana que en el goce del presente,
es decir, que estaba ausente cuanto más me le acercaba...
Mas yo que andaba de ron, siendo gato, fui la rata;
pero mudando la pata, mudé también mi calzón.
Y no fue por el carbón que en su piel furioso ardía,
ni por un hijo en la vía... sino porque estando allí,
mas por amor que por pillo, uno se clava el cuchillo...
porque la vaina es de Haití.

Y así, sin hacer rebú, le dije a la haitiana: toma,
son cobres para que comas, porque sin mí, puedes tú
comer más... pues que tu antojo puede meterle ya el ojo
a todo lo que es varón... tú vives del pantalón...
quien vive de eso no pasa hambre en calle ni hambre
[en casa.

Un goterón a la negra se le cayó desde un ojo;
mas no sé si fue un antojo, pero hasta hoy no me alegra,
pues aunque aquella vivía de su clima y de su cama,
se me puso a mí que andaba sin fiebre y cuerno ese día.
Ese día..., porque hoy... veo redondo su llanto;
es que esa gota de amor, se parece más al dólar, que al
[dolor.

El revolucionario

Y así, sin falda, sin tierra, tan comido de reveses,
se me juntaban los meses igual que al pobre los fríos...
Cuando por tener testigo de mi soledad cayeron
como gorriones al trigo amigos que no lo fueron.
Y fue aquel que con su bembe político por entero,
me secreteó: "compañero, venga a mi casa, que allí,
yo tengo un mapa de Haití, no cuando con flecha y yola
golpeaba el mar la Hispaniola, sino ahora en que distinta
da una cara con dos pintas.

Y me repetía el pillo, como quien algo se tapa:
"porque tú, con este mapa, entras tumbando al caudillo".
Casi diciéndome el mota con su marrulla de insano:
que con arma y con haitianos tumbaba a mi compatriota.
Y yo le grité: mañé, te equivocaste de punto,
porque hemos nacido juntos en esta isla, lo sé,
pero no traiciono, no, la parte que me tocó si en ella no
[tengo el pie.

Así no olvides que yo, fuese ya bandido o no,
tengo que ser con mi tierra como el inglés tras la plata:
que en tierra y mar es pirata, pero a favor de Inglaterra.
Humana maña esta maña, se ve que yo soy aquel
que dañando, no se daña: corta el machete la caña
y no se come la miel...

Mas quiero aclarar ahora una palabra que juntos
siempre nos pone en un punto... pues cejar no quiero
así dos en uno en tu Etiopía: quieren darme en geografía
lo que en sangre no está aquí:

Prieto aprieto para mí que ver claro quiero ya,
pues suelen llamarle acá a toda la isla, Haití;
pero hasta un fruto hay allí que con dos tonos nació:

mitad noche, mitad día, clara y negra es la peonía
lo mismo que el dominó; y cosa rara, se da
por la frontera, se ve que un haitiano metió el pie
y manoseó la mitad.

Y la mitad, la que es mía... tiene —aunque por él repingo—
un nombre haragán: Domingo,
mas no por eso se aísla de todo sudor la isla,
porque aquí siempre trabaja como el Cura, la navaja...
Es que mucho ha de rezar quien tiene de anillo el mar.
Y rezamos mucho, sí, mas no por ser nazarenos
ni por haber dado palos, porque siempre donde hay malos
si son muy pocos, son buenos...

El herrero

Mas con el amigo soy terco como el hambre al grano,
y a contar le enseñé yo en español al haitiano;
pero el negro con su mano lo que yo conté, robó.
A contar tanto aprendió, que ya en francés era honrado,
porque en mi lengua hasta el dado me llevó...
Pero mi vecino, sí, el herrero sí me habló
no de brujería, no, sino de algo que yo
sorprendido me quedé, pues siendo noche este haitiano
de la palma de la mano hasta la planta del pie,
me dijo: “yo no me estanco en la ignorancia, mi fe
busca luz, no por mi piel, sino por ver bueno al blanco”.
“También no olvides que un día fue nuestra isla una
[yunta
que llevó juntos dos bueyes aquel sajón que sin leyes

hizo de dos penas una; porque ayer nos vio la luna
—como nos verá mañana— en la misma geografía,
mas sin esta compañía sólo el de fuera es que gana.
Mira este negro. ¿Lo ves? Ganándose un cobre diario,
hay quien le baja el salario por el color de la piel...
Allí nomás, donde el negro masca inglés,
está en América y es lo que más —sin ella, a veces—
a América se parece.

Pero ya, con brazo o manco, no le da reposo el blanco,
y cuando le da reposo, si no está muerto de filo,
descansa, pero en tranquilo... calabozo.

Y así explotado hasta el jugo, perro el siglo y yo su
[hueso...

el negro si no está preso, siempre está bajo el verdugo".

Y mi silencio de hierro se me rompe ante el haitiano.

¿Por qué el hombre se hace hermano más que del negro,
[del perro?

y le dije: buen mañé, por hombre que soy, no dejo
que hagan blanco en tu pellejo; es más que por ti, por
[todos

que te defiende; sé yo que no es por tu piel, sino
por algo que está en el fondo...

Voy ahora a abrir el pico para aclararte tu luto,
porque en la tierra no hay brutos sino cuando quiere el
[rico:

Buche afuera

¡Cuánto cuesta dar un grito donde la bala es la luz!
Si cuesta siempre una cruz... ¡Pues quien da luz, da
[delito!

Vienen leyes, vienen guerras, y el negro sobre la tierra
sigue siendo el buey mejor, mas no está solo en el orbe,
porque al negro como al pobre, lo ven del mismo color.
Que vengan a ver mi catre los que se comen mi pan.
No me entiende el que me oye, me entiende el que sufre
[igual.

Y aunque a simple vista crean que en esto me contradigo:
pelea el hombre por todo, menos por el hombre mismo.

Se me hace duro pensar
que con la ley voy a salvo... si siempre que voy de galgo,
me suelen a mí cazar.

Me tienen como moneda: si a las manos doy aquí
lo que aquellas no me dan... Al que siempre le hago el
[pan,

nunca el pan me lo da a mí.

¡En qué lengua está el honor que me quitaron a mí
aquellos que enriquecí con mi callo y mi sudor!
Haitiano que estás oyendo, debes oírme muy bien,
porque yo no estoy hablando... debo estar me desangrando
hacia adentro... debe ser que en vez de brotar la vena,
va la sangre hacia mi pena como a quitar una sed...

El polvito

Y el herrero, agradecido, ya todo lo que decía era por mi bien, caía siempre en darme algún consejo, no porque fuese más viejo, sino porque siendo haitiano siempre me alargó la mano para cuidarme el pellejo. Y así hablaba: “ten cuidado, que si no andas vivo aquí, te hace dormir la navaja, y fresquecito en la caja, te pueden hacer zombí”.

También me avisó el mañé: “que en el bolsillo llevara un poco de sal, y hablara lo más que pueda en francés”.

A nada me resistí de lo que el negro me dijo, pero lo mismo que un hijo pregunté por lo que oí, pues el idioma entendí pero aquello de llevar como una ñapa del mar aquel polvito salobre, esto sí se me subía

lo mismo que una manía que va del buche a la calle; y le dije: este detalle no lo entiendo. Y el haitiano, poniéndome fiel la mano, me respondió lento así: “con la sal en el bolsillo de los brujos y el cuchillo vas a defenderte aquí”.

Ritos

Así fue como el herrero, para darme más confianza, aquella vez en su andanza me llevó de compañero a ver un lugar, que él mismo le temía, porque era de brujería, de magia y de fetichismo.

Pues allí, nomás, tras unos olores de “misa negra”.
 con aceite de culebra —lo mismo que en un velorio—
 alumbraron el jolgorio, y sin ropa a una preñada
 con serpientes no matadas le amarraron la cintura
 para curar la criatura —según dijo el camarada—
 de un futuro “mal de ojo”, pues el negro cuando es cruel,
 es con el mismo Luzbel que se defiende de todo.
 Y no pasó largo rato sin que viéramos los dos
 algo que en nombre de un dios —tal vez un dios sin

[zapatos—

se ofrecía en su mandato. Supe ya, por qué con hierro
 sacrificaron un perro: para salvar un bocó
 que estaba, según vi yo, metiendo el alma en un coco
 porque allí, junto a lombrices, con un jugo de raíces
 se lavaba el alma un poco. Buscaba el haitiano ya
 que no le echaran guanguá.

Pero no he de olvidar yo en aquella correría,
 algo que me sorprendió, porque es algo que vi yo
 también en la tierra mía.

Pues igual que en mi Cibao, en esa región de Haití
 vi también el baquiní con su modo y su zarao;
 así yo no vi este rito como de tierras remotas;
 porque oyendo bien sus notas, parece que el angelito
 lo sentimos de igual modo en este planeta, todos...

Y cómo callar ahora aquel jugador que a ratos,
 parece que en el olfato una botija tenía.

¡Quién con él ya no caía, si también en la baraja
 es el alma que trabaja..!

Porque aquel vivo bembú me metió bien en currú,
 y ya salir no podía sino así:

o perderlo todo allí o allí mismo enriquecía.

Mas con fe me recordé del herrero, y maté el mal
 con el poquito de sal que en el bolsillo apreté;

y de allí, sacando el pie, con mucha vida y no rico,
me alejé;
pero no pobre de pico, porque siendo cosa seria,
no da por lo voz miseria quien sabe que es pobre el rico.
Después de todo, estoy contento a mi modo,
porque allí, tirando puchos, perdí de lo malo mucho,
mas de lo bueno está todo. Pues lo que perdí en el juego,
me lo devolvió la vida.
Si al perder en la partida gané como mujeriego...

Segunda aventura

Poco tiempo anduve así, cuando al oír un balse
me largué a ver el rebú y casi bailé vudú
con mi sal y mal francés.
Pero en qué filo me paro, porque al ver que ya a una
[viuda
la torturaban desnuda, aquello me fue tan raro,
que con la sangre al galope, ante el sufrir de la etiope,
dije: ¿qué pasa? y sin puja, me contestaron no blando:
“a un espíritu limpiando en el cuerpo de la bruja”.
Quisieron decirme ya (aunque un intruso no fuera,
porque todo no pregunto): que el ánima del difunto
se la robó la hechicera.
Y viendo aquello ante mí, de pronto se me venía
todo lo que por entero tengo yo de caballero
en la tierra que no es mía.
Quise defender la haitiana de aquellos palos tan brutos;
pero con duda macabra, no largué ni una palabra

por no estropear al difunto...

Pero ya no me miraba con simpatía el verdugo,
y me chismeó: “¿por qué aguanta?

Si por los palos te espantas, ven a defender lo tuyo”.

Su buche no terminó de arrojarme macherío,
cuando de un tiro, tendido allí el verdugo quedó.

Me persigné por si acaso allí yo daba un mal paso;
mas de seguro que yo no ofendí al difunto, no,
en esa ocasión ingrata, porque no es crimen quien mata
por defender un dolor...

Y digo que no manché el alma del que cayó,
porque por macho callé lo que la negra me habló.

Ya con uno de mi tierra, con éste más, no me asombro;
pues con dos muertos al hombro así andaba entonces
[yo:

huyendo de la justicia quien por justicia mató.

Mas no sé cómo es que yo pude despegar de allí,
quizá porque me dio Haití su maña, y se me creyó
que era un blanco criollo allá; porque por hablar patuá
me defendió hasta el bocó.

En esa ocasión le debo al herrero mi existencia:
me escondió hasta la paciencia para no caer de cebo...

Última etapa en Haití

No quiero acordarme ya, ni de aquel negro que allá
en una vela leía el porvenir de mis días...

Fue el mismo que, con la vela, se quemaba el espinazo;
se daba como un gustazo cuando se daba candela...

Pues él mismo me decía, sin retorcerse y con calma:
que se alumbraba su alma cuanto más su cuerpo ardía...
Miraba menos ya yo la botella en que metido
guardaba un sapo el latido de una mujer que murió
en no sé qué trance... pero... su corazón allí entero
lo tiene vivo el bocó.

El mismo bocó que yo a medianoche iba a ver,
para que me diera un agua que me quitara la carga
de los dos duendes de ayer: era el difunto de aquí,
la otra cruz era de Haití.

Y oigo aún su voz que ensalma, la que me dio esta
[respuesta:
“con dos finados a cuesta, véndele al diablo tu alma...
porque así te libra el diablo de todo mal, grande o chico,
y además, te pone rico; pues oye bien lo que hablo:
no sabe ser pobre el diablo”.

Mas ya para mí no había remedio en la brujería.
Perseguido aquí en mi tierra, y allá también perseguido,
preferí, donde he nacido, ser la paz o ser la guerra.
Largas fueron las semanas en que por no dejar huellas,
salía con las estrellas y roncaba en la mañana.
Pero un día recibí noticias en español;
no esperé cayera el sol para alejarme de allí,
y como macho enterito, a pesar de mis delitos...
a mi tierra me volví.

COMPADRE MON EN SU TIERRA

Primer tropezón

Y apenas pisé la tierra que carne y huesos me dio,
un hombre con carabina, mañoso y con mala espina,
me gritó: —pa dónde va tan solito,
si viene de la frontera, desembuche, déme prueba,
saque pronto el papelito...

Pero mi instinto ya vio cómo la cosa venía:

un ladrón que se vestía con la ropa de la Ley.

Y con la fuerza del buey que ya no quiere más yugo,
sí, señor, le respondí, yo vengo de allá, de Haití,
y no traigo el papelito... Mas no esperando respuesta
mi mano ya estaba puesta en el arma del maldito;
le arranqué casi al minuto la mohosa carabina
(el cielo estaba con luto y lloraba un agua fina),
resbalosa era la lucha y sin testigo aquel duelo,

era lodo y sangre el suelo, y no falló mi cuchillo,
de pronto escucho un vahído que viene como del hueso
de aquel infeliz ya tieso: mi cuchillo ya le había
sacado el alma del cuerpo.

Pero no quise... No quise dejar allí
tirado al sol mi delito, y al difunto recogí
para echarlo en una zanja; mas pegado a él allí
le recé, porque luchó como fiera, y porque yo
no lo maté con una mano asesina.
¡Le di el alma de propina cuando al ladrón le recé!

Segundo tropezón

Así, sangrando yo todavía,
de un brinco, casi partí sin tocar la geografía,
porque hay algo que corría más que el potro, que iba
[en mí.

Y ya usando el viejo luto de la noche, solté el bruto,
me lavé la carne herida debajo un puente, y allí,
mi conciencia la dormí con mi honradez no dormida.
El alba llena de gallos pronto picoteó mi cuerpo,
y vi ya, desde el caballo, recogiendo azul de río
una muchacha; mi brío se lo acerqué; su sonrisa
me madrugaba el "buen día", y otra cosa que Don Mon
no la dice por varón...

Tan anchas palabras fueron de su gran silencio al mío
que a cuatro leguas del río ya galopaba en las ancas
aquel botín que le daba a mi potro olores tibios.
Pero la muchacha quiso café con ron y allí ya,

paré en una pulpería; también quería curar a mi potro que tenía algo en una de las patas, algo como garrapata pero que se le pudría. Y hablo con un viejo brujo que me dice: —no se apure, déjeme a mí que lo cure—. Y sin tocar al caballo le va quitando los males como al ganado que sin ponerle la mano con oraciones le quita los gusanos.

Y ya con mi potro sano, y cuando a pagar le voy al taumaturgo el sudor, me dice: —eso no, no quiero, yo no le cobro a Don Mon; Don Mon es el pueblo, y yo no quiero cobrarle al pueblo—.

Mas dejar no quise aquello así no más... y grité: uté tiene un hijo preso; le juro, que hasta con pesos... se lo voy vivo a traer.

De repente al brujo atento le salieron esta vez dos lágrimas que no sé quién se las hizo allá adentro... Pero sólo sé de fijo que en la cara se cayeron de su pobre Crucifijo, como haciéndole de nuevo sufrir por la tierra a Cristo.

Tercer tropezón

Caminaba ya por ver al pueblo donde nací,
cuando encontré por allí recuerdos de mis abuelos:
todo, bajo el mismo cielo, el loro y su chismecito,
la hamaca y el primer grito que di envuelto en un
[pañuelo.
Se me soltó un lagrimón sin que lo vieran los hombres,

porque aunque llorar yo puedo cuando no es agua de
[miedo,
no puede llorar mi nombre..., y fragante de cocina,
y caliente de fogón, allí sequé el lagrimón,
como si fuera una espina que se sacaba Don Mon.
Pero a gente nueva oliendo chismeaba la casa mía;
ya no estaba allí el perrito,
el que conmigo corría
montado yo en un palito, y al dejar el caballito
todo el cuerpo me lamía.
Mas de pronto el grito ronco de un muchachón se me vino,
y me dijo: —yo domino esa mujer con quien anda,
mi pantalón de parranda se la quita sin un tiro...—
Y le contesté al muchacho: —cállese que está en peligro—.
Pero el cimarrón no quiso cerrar la boca, y de pronto,
antes de que dé otro grito, le dejé guardado uno
de mis plomos en un muslo; se me puso chiquitito
y enfundando mi revólver no quise hacerlo difunto
porque en verdad que era un crío.
Pero también porque allí,
fue donde en paz nací yo. Porque donde tuve cuna,
da mala suerte la luna que ve a Mon
juntar el pañal con tumba.

Prisión de Compadre Mon

El cielo, la tierra, todo, como para darme paso,
limpió el viento a manotazos. Súbito a mi potro pincho,
y ya, como su relincha, llego al pueblo
mucho antes que sus pasos.

Dos años pasaron, sí, para que ni el polvo viera de aquel general que fuera tres cosas siempre a la vez: cárcel, comisario y juez...

Pero al regresar de Haití, algo peor encontré que aquel por quien puse el pie fuera de aquí. Pues tal vez por mi calibre de macho sin atadura, pronto hallé la cosa obscura, y al mes dejé de ser libre. Y fue el Cacique quien dijo: "metan a Compadre Mon sin proceso en la prisión". Mas sin ley, sin Crucifijo, allí se me dio un rincón, dizque por ser un matón y de la patria un mal hijo... Pero el olfato de fijo güelió en esto una traición.

Y ya metido entre aquellos barrotes, venía a ratos, un hombre de mudo trato, que al fin dijo: "¿qué le pasa, no se encuentra bien aquí? Está mejor que en Haití, y hasta mejor que en su casa".

No sé quien fue que parió al maldito carcelero, pues pasaba el día entero metiendo en mi catre el ojo; pero un día me hice el cojo y vino a saber por qué así yo andaba en mi cueva; vino a oír qué cosa nueva yo le hablaba, y de mi pie fue de lo que no le hablé...

Así empezó mi amistad con aquel hombre sin bulla... Tenía un ojo en aviso, y como en sueño el mellizo...

Tal vez por eso Don Pulla era su mejor apodo, pues estaba bien con todos, pero más con su marrulla. La confianza andaba ya —a pesar de la condena— como en el aire anda el ala. Y aunque afirmen que en la

[mala

la amistad nunca fue buena; allí mismo, en la

[prisión,

como los muros no oyeron, estas cosas escupieron Don Pulla y Compadre Mon:

Don Pulla

Voy a hablar, pero al hablar que no me lo digan, no, que algo voy a recordar, si en cuanto me pongo a hablar ya lo estoy viviendo yo.

Porque aquello no está en mí en la memoria, lo sé todo lo que se me fue sin recordarlo está aquí.

Como yerba mala ya me sale por donde quiera aquel poquito de fiera que está en el hombre y que va creciendo en selva al sangrar.

Tengo yo mucho del palo que descubro por la esencia. Mi presente huele a ausencia, ¡aunque está en gerundio el malo! Pero en qué tierra se da la semilla de mi grito: él siempre será delito... donde es mala fe callar.

Allí está en la pulpería el hombre que espera copa; si mal lo miran, arroja con la tierra al que lo espía.

Es esto lo que he vivido, por eso no lo recuerdo...

Es que si pienso, lo pierdo, pues que sin viaje hay partida, le doy muerte al darle vida.

Si es esencia el pensamiento, soy difunto por momentos; se muere el hombre esta vez, y se muere en cada cosa. Que un poco de muerte es la fragancia de la rosa.

Don Mon

Amigo Don Pulla, entiendo: ya sé que muriendo estamos cada vez que nos callamos y hasta si estamos ya viendo. Pero, Don Pulla, no vayas a decir cosas no tuyas... Lárgame siempre a Don Pulla cada vez que no te callas.

Don Pulla

Vieja gota que del ojo sales pequeña y no poca,
tú ruedas hasta mi boca, vas a la fuente otra vez...
Es que vuelves a mi abismo, ¡como si conmigo mismo
me quitara ya la sed!
Y por aquello que brota, que apenas brota, me trago,
diáfano como ese trago... salobre como esa gota:
voy a tirar este grito igual que un naipe sin mito,
porque como va de reto, a corazón va completo.
¡Yo juego así con mi grito!
Amarga miel esta miel que no viene de la abeja.
Canta el pájaro entre rejas, alegre al amo y no a él.
No tengo alegría, no, pero yo la suelo dar.
Aquel que a mí me enterró algo dejó de enterrar.
Por qué estuve aquí también, lo diré sin que me achi-
que: Por un nieto del Cacique que manoseó mi mujer...
y no quiero hablarte, no, de la sentencia y sus daños.
Pues me dieron tantos años como los que el juez vivió.
Y uno dijo: —que del cepo lo lleven al cementerio—.
Pero aún estoy tan serio que en el olvido no quepo.
Yo fui soldado también del Cacique, sin delito.
Y él mismo dijo rabioso: —no saldrás del calabozo;
que se te pudra hasta el grito—.
Y aunque estábamos los dos casi solos... y a un pasito,
no le dije ni maldito por no tenerlo en la voz
y mala cara tampoco le puse, si por no hablar,
no quiso el ojo ofender. Mi cara sabe perder
donde yo suelo ganar.
Es que pudo mi marrulla mucho más que el prisionero;
y aquí estoy de carcelero, aunque preso está Don Pulla...

Don Mon

Lo que tú diciendo estás, de tan hondo viene ya,
que sufriendo en español hay allí un sajón que está,
sin saber tu idioma, ya, pensando en ti como yo.
Él puede enredado hablarte, pero se ve
en qué estribo el sajón siempre pone el pie.
Mas, como tú sabes que... que toda sogá con nudos
es más difícil romper; ¿no será que quiere aquí,
ponerte un caribe ají, envuelto ya en mucha miel?

Don Pulla

Mas Don Pulla sabe bien que en la noche sin estrellas
primero husmea las huellas el perro para morder.
En qué lengua ya se ve, algo en mí cantando está.
Es que en la guerra o la paz, aquí estando o no lo esté,
mi corazón, ya lo sé, habla español nada más.
Yo también la tierra soy. Tengo en cada cicatriz
una voz que es la raíz de lo que callando estoy.
Pero según pienso ya, la herida no viene, no,
del filo como vi yo; pues si el ojo ve que allá
por sus nudos a la palma se le conocen los años,
en el cuerpo ve los daños pero el microbio es del alma.
Mas, lo que viene de afuera, ya no me puede doler.
No duele nunca la espina en los callos de los pies.
Viejo Mon, pero te choca que no rece por los dos.
No me pides cosa poca, pues si es tan limpia tu voz,
para qué buscar a Dios, si lo tienes en la boca.

La bala me pudre, sí, y no se pudre mi voz.
Qué difícil es que a mí, el hombre me quite aquí
lo que no es del cuerpo, no.
Bajo mi piel hay un duende creando ríos que ya
como raíces huyendo no sabemos dónde van.
Hay una cosa en el cuerpo que va en el cuerpo y no va.
No la mata ni la acosa, pero mi canto hoy está
echando al aire esa cosa...
Mi canción —soga secreta— ya sabe al tiempo amarrarlo.
Es con aquello sin tierra con lo que voy a enterrarlo.
¿Y mis uñas, mi pisada? No vuelve a pisar su huella
Don Pulla cuando batalla: él es el río que nunca
por aquí dos veces pasa.
Y aquí, nomás, sin marrulla, o con ella por mochila,
ya civil o ya en la fila... yo siempre seré Don Pulla.

Don Mon

Atravesado por algo que no debe ser juguete,
Don Pulla, cuando tú caigas, voy a decir en tu muerte:
Aquí no ha muerto un civil, no ha caído un uniforme.
¿Qué ha muerto entonces, qué ha muerto?
Algo más... ha muerto un hombre.
Aquí también hay sus mudos... pero tal vez, como el grano,
está enterrado su grito y está creciendo enterrado.
Tú que paras las orejas si no te halaga el consejo;
dándote flores me callo... me callo por mi pellejo.
¡No ves que por estas tierras estoy, por callar, más viejo!
Ya mi voz —raíz del cuerpo— es dura como mi piel.
Es que la pulpa del coco se pone dura también.

Frente a ti, perros aúllan lo mismo que ante un sepulcro.
Con el olfato del perro algo en tu filo yo busco.

Lo sabe el de tierra adentro, la cosa no está muy muerta:
sangra de pronto el cadáver si el criminal se le acerca.
Aquí no hay velas que velen... ¿para qué, si brilla igual
que una vela de velorio tu puñal?

Hay siempre un filo que lento va creciendo en cada luto.
Siempre engordan los de arriba como el buitre, con
[difuntos...

Mi voz se endurece allí donde tú pones el pie.

Es que aquí, donde me ves, siempre yo, si no lo sabes,
tengo las mañas del ave y no la fuerza del buey.

Hondo trío para aquél que husmea, calcula y sabe.

Donde el huevo pone el ave no pone la abeja miel.

No tiene el ciclón tardanza, pero el ojo me lo avisa.

Esto sí que va de prisa, porque si ayer, por consuelo,
mucho hacia arriba miraba, el cielo, vida me daba,
y hoy quien nos mata es el cielo.

Es que quien baja eres tú... Soldado, tu corazón
tiene rumores de avión. Pero el cielo sigue azul...

¡y quién me calla, si ahora, bajo este cielo enemigo,
siempre me ensucia tu risa... Soldado, pero te digo:
que más abajo está el trigo y se sube hasta la misa...
¡pruébalo en hostia, te digo!

Don Pulla

Ya callar no puedo yo la voz que en los ojos cabe.
Hay algo ya que lo sabe también el tacto sin freno.
Si con mi espuela por llave, yo curo con el veneno.
Duro oficio para mí este de nunca ser blando.
Mas si el filo lava aquí, estoy con sangre alumbrando.
Sin embargo, para hablarte limpio ya,
como el mar quiero volver a la roca, para ser
ola nueva donde da. Es que ahora quiero ya
ponerte un galón también.
Tú me dijiste una vez, quien hace larga la guerra,
ganando, suele perder... Compadre Mon, pero tú,
tú ganas con la vejez.
Más que a tu cara, a tus años les cayeron siempre faldas.
Tu mejor guitarra toca con las cuerdas de tus barbas.
Hoy aquí no me convence aquella voz que ha gritado:
quien monta caballo viejo no llega nunca a caballo.
Esta vez pongo muy altos los calendarios que guardas.
Tu mejor guitarra toca con las cuerdas de tus barbas.

Don Mon

Pero hay algo en ti, callado, algo duro ya hay en ti
que te crece para adentro como crece la raíz.
Y para qué muda lengua, si cuando todo se calla,
oigo mis venas que son los duendes de mi guitarra.
Más que aquello que en mi naípe a corazón va virado;
suelto mi voz como un dado; que aquí nadie me la quita,
—penas no roba otra mano—.

Ya empieza el aire a ser gente... ¡Qué bien mi guitarra sabe
que va vestido de huésped el corazón por el aire!

Don Pulla

Como la planta de agua que del lodo hace colores,
mi pensamiento en tu frente se entierra... pero da flores...
Es que yo sé que también hay algo en ti que no daña.
Si por tener dura piel, eres tú, como la caña:
no da miel a quien la araña, y a quien la muerde, da miel.

Don Mon

En estas tierras le tienes tanta confianza a tu mano,
porque el toro cuando embiste tiene los ojos cerrados...
Pero hay algo tuyo esquivo. Hay algo en ti que está vivo
mientras más muerto lo esté. Es que, Don Pulla, yo sé
por lo que traga el hocico, de qué sufre y gusta el chivo,
y hasta qué piensa también.
Tus manos le secretean un mal a tu Crucifijo.
Que tú, como tu caballo, hueles de noche el abismo.
Aquí tú montas, lo sé, en alguna bestia en pena
que no deja por ajena ver la huella de tu pie.
Es que hay algo que te achica, aunque no estás como el 2
que siempre está de rodillas, como pidiendo perdón.
Pero también ya se ve que quien mucho sabe, sufre.
Tu olfato te pone triste si más allá... sabe oler.

Es que en la sombra, en la sombra pocas cosas huelen
[bien...

Ya sé que la voz te duele, sin embargo con tu espina
tú te curas, como suele curarse la concubina
que en la lengua siempre tiene la fiebre y la medicina.
También la leche lunar se cuaja limpia en el lodo.
Con tu don de luna bajas hasta aquí... mas, como el lodo
con el cieno te alimentas y creces puro en el lodo.

Don Pulla

Viejo Mon, ya sé por qué tu cachimbo no se apaga.
Es que siempre te lo enciende la chispa de tu palabra.
Pero tu chispa no sólo tu cachimbo ha de encender,
si te sabes defender de la política a veces
que buscándote enredar tiene como la mujer,
más de aguja de tejer que don para desatar.

Don Mon

Yo que tengo el grito cano, por ser más que anzuelo pez,
vuelvo a golpearte esta vez más con lengua que con mano.
Pero si aquello que digo es menos que lo que guardo,
con mi voz al aire vengo a callar cosas cantando.
En la higiene de tu voz veo de qué tú estás lleno.
Siempre la sierpe en la chica, en la pequeña botica
de su boca hace el veneno.

Hay en la sombra una vieja claridad que no se achica.
Pica la abeja y me deja su aguijón... pero la abeja
también muere cuando pica.

Ya no silencio que baja todo el sol a mi navaja;
es que siempre fue su brillo la vaina de mi cuchillo.
Rojo despertar me afilo, mas si en mi mano amanece,
es porque sangre destilo, pues si es roja el alba, siempre
uso la aurora en mi filo.

Don Pulla

Si es el ojo el que te muerde, por tus arrugas te calo.
Pierde la cáscara el palo, pero el palo no se pierde.
Mas, según ve mi pupila: tu piel seca y grito verde,
y algo más, también se pierde, aquello que Dios te alquila.
Ya, viejo Mon, tú sabrás por qué te suelto los frenos...
Cuando el tiempo es lo de menos, lo del tiempo es lo
[demás.

Compadre Mon, y ya ves, el uniforme se pudre
pero no si estoy en él. Es que hay algo que en mi piel
no se queda... Como suelen los secretos de mujer...
Compadre Mon, es que sé que en mí la palabra hombre
no me deja de doler.

Don Mon

Sé que cada calendario me está metiendo el cuchillo.
Si el tiempo mata mi cuerpo yo mato al tiempo con hijos...
Yo soy la lombriz cortada: sigo viviendo en trocitos.

Don Pulla

Viejo Mon, pero si aquello que se te enreda no enseña,
es pesadilla y no sueña la nieve de tu cabello.

Don Mon

Oírte, Pulla, me alegra... mas aunque blancas las ves,
te soltaré las culebras de mis barbas, que son negras
cuando salen a morder.

Tú que no sabes callar, más que por ti, por tu boca,
no sé por qué ya me evocas algún pájaro del mar.

Un pájaro, ya me explico, de tarda naturaleza,
es decir, que tiene el pico más grande que la cabeza.
Ya sé por qué no me achico. Si tu pico es de alcatraz,
aquí siempre tú tendrás en vez de cabeza... pico...

Don Pulla

Si está como un libro adentro, si da luz por enterrada,
es mejor dejar la espina donde se clava.

Hoy quiero perder aquí. Hoy contigo, pierdo yo.

Compadre Mon, hoy te escucho aunque me duele tu voz

Don Mon

Más terco que cuando busca en la conciencia un delito:
—ladrón con ley— me persigue el tiempo como un
[cuchillo...

Pero no son por vejez, ni son por lujo estos callos.
Ya sabrás también por qué la cáscara guarda el fruto
igual que al alma la piel.

Don Pulla

Compadre Mon, ya me sacias. Estoy satisfecho, pero...
que suba la tierra quiero hasta tu ingenio y tu gracia.

Don Mon

Me aprietas mucho, Don Pulla, pero nada tuyo esquivo;
pues por lo que estás oyendo, ya estoy caliente pariendo...
¡Mi voz la fecunda un chivo!
Paisaje de río ya, se va el agua, pero ella...
no se va: mi voz es un poco campo,
es otro poco ciudad. Oye sin tiempo a la tierra
que en mi garguero ya está.
Mas como sueles de pronto juntar realidad con sueño,
trasnochador va mi leño a encenderse en la candela
de la chispa que te vuela.

Pero tu filosofía no apartas de tu alimento;
así en esta compañía si es comer tener talento,
en el friquitín te busco con música de la frita,
donde el plátano en tostones cae sonoro en tu barriga
como monedas de pobre en pasajera alcancía...

Fuga de Compadre Mon y Don Pulla

Hasta aquí le saqué cosas al amigo, de la tierra.
Pero son cosas tan perras las que rodean mi voz,
que anduve hablando con Dios mientras cerca de mí
[estuve,
pero en cuanto me entretuve, la tierra se me subió
hecha sangre, y me salía un chorro sólo:
la voz.

Mas qué confianza me toma aquel carcelero en pique:
que al ratico supe yo por qué sin juez me metió
hasta en el cepo el Cacique.

Y por Don Pulla que fue hasta durmiéndose astuto,
comprendí ya por qué aquí, cuando regresé de Haití
encontré un hijo con luto:

Pues aquel jurado había que mientras viva y no achique,
usaba luto, gritaba: que muerta su hermana estaba
porque la manchó el Cacique.

La voz de Don Pulla andaba por mi cuerpo como mía;
ya a cada minuto oía: "Dice el Cacique a su modo,
que a él le debemos todos, y a nadie le debe el bien.
Todo el pueblo a su servicio... por él siempre el sacrificio,
y hasta el honor... para él...

Mas no me preguntes, Mon, por qué llevo este uniforme,

¡cómo puedo estar conforme, si por hambre, no razón, estoy aquí uniformado; pero adentro del soldado, allá donde no me agacho... encontrarás que, por macho, no está el grito uniformado...!

Yo prefiero la aventura, pues la aventura no esquivo: muerto por ella estoy vivo, sin ella soy sepultura.

Y soy carcelero, pero... yo el hambre libre prefiero a ser reo alimentado, no quiero estar bien pagado si no he de pensar primero; me dan todo lo que quiero... menos lo que me han quitado.”

Y al hablar así, de allí nos escapamos los dos.

Entonces, Compadre Mon, volvió a cantar... pero así:

Canto a Cacique

Quien entre aquí no ha de andar con la razón en la boca: porque nunca le dan poca al fusil que deja entrar.

Porque sueño... porque miro... porque tal vez se me va la palabra libertad hasta en mi propio retiro; por todo aquí perseguido, pero más por lo que pienso...

Ya sólo sé que estoy vivo porque en mí mismo estoy

[preso...

Es vieja ya esta parada, conozco el dado a favor:

“roba el rico y es honrado, roba el pobre y es ladrón”.

Con qué me defiendo, entonces, si puedo decir también: que siempre se me persigue por comer...

Y todas las hambres van seguro sólo a una parte: la tierra no se reparte, sólo al muerto se la dan...

Que venga ahora, que venga el que es criminal de noche
pero que de día es juez. Que venga, ya que esta vez
es con mis manos vacías que me voy a defender.
Con tribunal o soldado me da lo mismo esta vez:
el uno con el instinto, el otro con arma al cinto,
me quitarán, ya lo sé, todo lo que tengo en casa;
¡mas de la puerta no pasa mi honradez!

Segundo canto

Las hijas del pobre son para tu cama, Cacique;
me lavo también la voz al gritar que por varón
hijo honrado tiene el pobre: como se niega a tus cobres
lo secas en la prisión.

Tú dices que nada pasa... Mas como estás en la rienda,
vírgenes van a tu casa como el ganado a la hacienda.
Y con los mismos que a ratos te las traen... tú las casas:
así les limpias la mancha... Pero aquéllos son tan gatos
como tu honradez en casa...

Son también estos serviles, pequeños no ya de cuna,
sino pequeños de pico... pues adulan siendo ricos.
como pobres con fortuna.

Y es el pobre como yo, dueño de la tierra, sí,
cuando está enterrado allí... y aquel que también la abrió
para enterrar siempre al bueno, por no estar el hoyo
[lleno

la "ley" con él lo llenó.

Es que tú, sobre esta tierra, para tapar bien el hoyo,
buscas tapar el embrollo... y al mismo que el muerto
[entierra

lo metes también al hoyo...
Pero hay miradas que gimen de la raíz al cogollo.
Porque tú tapas el hoyo, pero no se tapa el crimen...

Tercer canto

El día está aquí sencillo, pero no tan cerca ya,
si en la tierra sólo está donde está lleno el bolsillo.
Qué más quieres que tener oro ajeno, y con el mismo
ponerte a limpiar tu abismo...
Pero tu crimen sonoro
es como mala mujer que es buena también con oro...
Ya ves, Cacique, tu mano no sólo roba lo bueno,
sino que con lo robado se pone también honrado
[tu veneno...

La tierra presiente ya que en todo tu mano está.
Voy a decirte esta vez que la plata está vestida
de policía y de juez.
Y vaca y leche ha de ser el mismo aquel que ya
[humillas,
si aunque sueñe de rodillas, siempre tú le vas a hacer
como hace también el chulo: si al pueblo pones de mulo,
siempre es mina la mujer.
Mas con leche, pan y cuerno, no te conformas tampoco,
y quieres también un poco de divinidad, por eso
frente a tu fotografía, el buey del pueblo en tu día,
por mugirte... larga un rezo... pero un rezo que de cuajo
te arranque ya la salud, pues como lo pisas tú,
quiere verte más abajo...

No sé cómo puede el macho contar su cosa de adentro,
cuando por fuera me encuentro cosas que quizá con

[nombre

no me las dieron a mí, pero que por ser de aquí,
estas son cosas de hombre.

Ante el político infierno que en criollo y gringo es el

[mismo,

yo me pongo ante este abismo y anciano... me

[encuentro tierno...

Está en la espada el gobierno, pero no gobierna al

[mismo...

Todo está aquí tan distinto, tan complicado de idea,
que el filo jamás se apea de la liebre del instinto.

Y aunque la voz lleve altiva, y alma fuese su equipaje,
ay del que sólo trabaje con belleza y no saliva...

le dan en vida homenaje, mas no pan para que viva.

¿Qué tú pretendes, soldado, con la justicia en el dado?

¿Qué quiere aquí tu justicia? Hacer verdades con oro
es casi callar sonoro... o ingenuo ser con malicia.

Son así también aquellos... Son hoy los mismos de ayer.

Porque con plata o con palo, callan donde ven el bien,
y hablan lo malo que ven aunque poco sea lo malo.

Más allá de la frontera, dices que a la patria entera
la libras de males, sí: monopolios, carestía...

la libras de porquerías, de todas... menos de ti...

Y al dolor, a la penumbra, a todo tú me acostumbras,
pero a tu presencia no. Porque quepo yo en el cepo,
pero hay algo en que no quepo, Cacique, y es en tu voz.

El de afuera dice: "bien", y por su bien hace el daño:
porque es con el oro extraño que apoyas tu mal también.

Si por tú no ser tan suave, anda y madruga el progreso...

Tiene su voz suelta el ave pero el pájaro está preso.

Dónde está la patria entonces, tú que la tienes tan bien.
La mira buena el de afuera, pero el de adentro quisiera
vivirla como la ve... como la ve el que está afuera...

Ya, Cacique, estamos viejos de callar tu vida oscura:
si a ti, como a la pintura, es mejor verte de lejos...

Mas sin cuidar mi pellejo, quiero hablarte con altura.

El loco sólo está quieto cuando el tiempo no ha

[cambiado...

Un cambio de luna puede traer un golpe de Estado.

Mas para odiarte, Cacique, no esperaré el calendario.

Yo quiero hablarte en buen criollo, en este que no se

[mengua,

porque quien habla en su lengua es algo más que patriota:

es decirle ya al que azota que si es criollo y hace daño,

es también aquí un extraño, mucho más que el mudo rico

que viene siempre de afuera: aquél roba y hablar deja,

tú robas, matas, y es chico el gran silencio que quieres

poner hasta en las mujeres... ¡pero es mujer siempre el

[pico!

Enemigo del amigo: al mismo que te ha ayudado

a poner cargado el dado... lo pones a ser mendigo.

Es que sólo eres amigo del último que ha llegado.

Tú, como el río en tormenta, vas con el cieno engordando;

cundo el chanco se alimenta se va por dentro

[ensuciando...

Desbocado o no, te tienta ser jinete, y a la vez

poner la espuela a que pique. Pero ya se ve, Cacique

que tu genio está en los pies.

Cuarto canto

Yo no pongo allí la vista, pues quien sólo tiene un cobre,
ve tan pobre, que ve pobre al prestamista.
Espero también que el arte se meta al horno de lleno:
no dejará de ser bueno si como pan se reparte.
El arte que aquello amasa, hace de carne su mito,
porque en la tierra tirado tal vez no esté bien lavado,
¡pero qué limpio es el grito!

Es terrible esta moneda en pedazos recibida;
pero esta voz repartida se nos queda...
porque es la mejor moneda si esta voz es pan de vida.
Y no es que quiera cantar, porque lo que estoy hablando
no puede venir cantando... Esto tiene que llegar
desnudo, seco y agudo, porque no es sino desnudo:
que el sable es el bien o el mal.

Quinto canto

Estas tierras son así, porque aquí
hasta la fiebre es salud... Sólo una casa nos dan,
y para un huésped, nomás: nos dan sólo el ataúd.

La frente llora de oficio; por lo que aquí se desagua,
juzgo ya, si no estoy ciego, que es poco jugar con fuego
y es mucho jugar con agua.
Y han de saber lo que es ganar por día centavos...
Voy a clavar este clavo en una voz esta vez...

Pues tienen de seis a seis mi sudor y entendimiento
para hacer rico al jumento que está en camisa fumando:
bestia que en su gabinete ni saca ni nada mete
que esté como yo pensando.

Y aunque me cueste trabajo, por el que viene y que viva,
no le callaré al de arriba, que son muchos los de abajo...
Mas ponerlo aquí a que viva tan cerca del que está abajo,
tal vez no cueste trabajo si no trabaja el de arriba...

Es por eso que ahora explico, y lo digo en cualquier modo,
pues sabe explicarlo todo quién fue camada de rico.

Que vengan los sin trabajo, que el hambre de aquí no
[pasa.

No se quede el pueblo en casa si a todos aquí barajo...

Vengan a ver al de abajo, que hoy tiene el sueño la masa...

¡Quién se queda, tierra madre, cuando el hambre es la
[que arreal

En esta paz con pelea tenemos que hacer las paces
con el cuerpo y con la idea.

Sexto canto

El dolor no es nuevo, no, no es nuevo para el que canta,
porque aquel que sin proceso estuvo diez años preso,
mudo no mudó garganta.

Mas, Cacique, si no puedo en este presente hablarte,
voy ahora a despertarte; quiero ponerte en mi edad
para hablarte una verdad que a mi edad sólo he de
[hablarte.

Lo mismo que mi dolor nada en tu veneno es nuevo,
pero como nunca llevo estas canas sin oficio,
pondré el día de mi pelo en la noche de tu vicio.

Es duro ser ruina y ser una ruina sin memoria...
Tú que no tienes historia porque está sucio tu ayer...
si sucio fuiste temprano, cómo limpiar tu vejez.
¡Tanta sombra dio tu aurora que ella fue tu atardecer!

Séptimo canto

Pero no, Cacique, no, tú no te fuiste de aquí;
aún me bulle en el buche aquello que dice así:
Como aquí todo es forzado, por ti voté arrodillado,
y ganaste, ganamos... pero al ganar,
ni en mi propia casa pude claro hablar.
Está bien claro, Cacique: si ganamos con la espada
perdemos la libertad.
Es que no, no quiero ya, callarle al juez que hay en mí
que una tierra puse a andar, y al darle estatura, vi,
que cuanto más ya crecía, extranjero me sentía
en mi propia tierra, sí, aquí que en las elecciones
con honrados y ladrones y hasta con los jueces junto,
vota también el difunto.
Que no, Cacique, que no, que tú no te vas de aquí,
ni yo.

Último canto

Tú pones, Cacique, el pie, donde no lo pongo yo.
Tú tienes tierras, lo sé, mas ésta no es tuya, no:
tierra levantada soy.

Todo lo tienes, se ve..., mas no en todo está tu pie.
Ponte aquí... donde estoy yo, y ya tú sabrás por qué,
qué duro es decirte no.
Tú pones, ya ves, el pie, donde no lo pongo yo.
Pero no sé ya por qué puedo yo decirte no.
Esto también, ya lo sé, esto también dice no.
Tú tienes poco, se ve, de aquello que tengo yo.
Sobre cráneos, ya lo sé, apoyas sonoro el pie.
No sé por qué vivo yo, ya no sé, no sé por qué
no pones aquí tu pie. ¡De pie dura mucho un no!

Un recado a Simón

Paisano Simón, ya voy a robar llaves del cielo
para que tú bajes hoy. Sobo mi amuleto y pido...
Baja ya, ladrón de lutos. Déjate caer a tiempo
como un fruto.

Faltan aquí muchas cosas que tú nos dejaste aquí.
Pan y aire, luz y sueño, vi estas cosas bajo el leño,
¡mas, pantalones no vi!

Mira la casa, tu casa, es tan grande, tan inmensa,
¿pero en dónde está la casa, aquí donde el higo piensa?

Mira sus habitaciones, carpintero que con balas
le hiciste puertas al rancho, ven a ver su dueño, a Sancho:
¡que hasta en su burro hay más alas!

¡Desde los golpes de Estado, hasta el burócrata vil,
en uno o en otro modo, vi en tu América de todo,
¡mas tu América no vi!

Como no cabe en el hoyo ni tu caballo inocente,
con tu espada y sobre el bruto hay quien da ruidoso luto
todavía al Continente.

Estas tierras que salieron todas de tu pantalón.
Mas olvidaste una hazaña: nos liberaste de España,
pero no de lo español.

Somos España hasta cuando ella no queremos ser...
Ya ves, buen Simón, tu espada, en ti mismo está clavada,
al clavarla en Ella ayer.

Pero tú estás todavía en esa piel que medita
del negro que a fuerza humana siempre su noche se quita
hoy con risa de mañana.
Oigo aún también tu voz en la carita de un cobre
que en el burriquito andino va con el indio y el trino
que hace al aire menos pobre.

Mas el mapa nos lo muerde un diente que no es común.
Por ese diente, ya ves, van a tener que volver
Cristo, Don Quijote y tú.

Pero tú, baja pronto, que la casa
espera con su luz boba —barrendero de América—
tu escoba.

EN CASA DE DON ORÁCULO

Terminé así de cantar al salir de la prisión.
Se me soltó el corazón igual que un río sin mar,
y no se me va a secar si de mis venas salió.

Pero allí mismo juramos vengamos sólo del amo,
y como cabra montés, de nuevo gabié los cerros,
pero también siendo perro, rifle y paloma a la vez.
Mas, duramos poco huyendo del cruel Cacique los dos,
porque mi crío —el del luto— cayó a los pies de aquel
[bruto,
pero aquél también cayó...

De nuevo en mi tierra yo, pero en un pueblo ya libre,
iba a tomar el jengibre para endulzar mi vejez,
a casa de un parroquiano, que por saber todo cálculo,
le llamaban Don Oráculo, ¡daba hasta misa el paisano!
Es que a nada se rendía ni con ni sin picardía.
Farmacéutico, poeta, bellaco, mago, profeta,

filósofo, juez, beodo, político hasta en la nieta:
era la fuente de todos, era una Biblia su labio,
mas con todo y ser un sabio, dialogamos de este modo:

Don Oráculo

Tantos ríos que soltaron bajo mi piel. Mas no sé
por qué lo que me golpea siendo agua tiene sed.

Viajero que dentro el pecho a caballo siempre vas.
Por la herida sales, pero... no creo que a descansar.

Es estrecha la salida para aquello que se va.
¿Va el río a dónde, si el río la sed no le quita al mar?

Viajero que dentro el pecho oigo que quieres beber...
¿Para qué, si eres la fuente, para qué corres con sed?

Tú galopas aquí dentro como queriendo llegar...
¿Pero a dónde vas, viajero, si eres tú la eternidad?

Compadre Mon

Tu voz tan profunda oí, que tembló también en mí.

Don Oráculo

Yo canto como clavándome la propia voz, porque aquí,
quien más sangra es el que sueña. y el que sueña
[canta así:

Primer canto de Don Oráculo

Arte que muerte me das quitándome lo que vivo.
Aunque matándome estás, vivo menos si te esquivo.
Honor de fruta madura que para aquél que la muerde
da lo mejor... Y no pierde, si da miel por mordedura.
Ya por huir de la mordida el corazón no se esconde.
Si es él mismo el que responde, él asoma por la herida.
Como el punto suspensivo que, con su mudo papel,
no calla lo que está en él, si en el mismo está el motivo.
Yo callo a veces tan hondo, tan hondo, que, me delata
lo que silencio en el fondo, si en el fondo me retrata.
Y en el fondo está mi cara. Porque sabe la pupila:
que si el agua está tranquila se ve la imagen más clara.
Doy más de lo que me dieron, pero en tal forma lo doy,
que lo doy como yo soy y no como me lo hicieron.
El arte exprime mi herida, y más puro se ve en ella.
En el agua ennegrecida se ve más blanca la estrella.
Fuese o no verdad el arte, pero es tan viejo... tan viejo,
como se rompe el espejo y la imagen no se parte.
Ya pesa más lo que pienso que lo que llevo por carga.
Tiene el pintor vida larga si al fin la deja en el lienzo.
Canción que te quedarás cuando mi carne esté fría...

esta carne que no es mía, pero es mío lo demás...
Carne por muda ofendida, tú también das lo mejor,
lo que perdí por la herida, lo gané con tu dolor.
Mas, como aquello que es mío... cabe lo tuyo en mi clave
a la manera que cabe lo del cielo en lo del río.
Algo que me va mordiendo me va la vida aguzando.
La roca se va afilando si el mar se la va comiendo.
Y he gozado lo sufrido, lo he perdido en arte haciendo.
Quiero perder... si perdiendo... en arte doy lo perdido.

Segundo canto de Don Oráculo

Carne natal, tú mi casa, y en ti, sin edad mi voz.
Acércame al tiempo, carne. ¡Qué triste sin muerte yo!
A la puerta tú, del rico, matando el hambre al temor
pides cosas que son tuyas, no de los dos.
Mas cuando a veces te hiere con sus hierros el rencor,
tú sangras, pero quien piensa soy yo.
Te da tamaño la muerte, grillos la ley sin razón.
Mas tu dolor va medido como tu amor.
Barro que conmigo andas, no andamos tan juntos, no.
Te dan vino, te dan lujo, lecho ajeno, pan, confort.
Pero ¿con qué se alimenta tu rui señor?
Tú me dices: —ven y tiembla con mi popular calor.
en mi piel, ama las cosas de tu interior—.
Yo soy el puente del santo y el pecador;
porque aquí, si soy la espina soy la flor.
Ven y lame, ven y chupa. Yo soy el vino, yo soy...
si más borracho de sangre que de licor,
uvas resume en mis venas la tentación.

Duendes de la primavera, cosquillas de la estación.
Hay algo aquí que está haciendo su cálida reunión.
Tiembla este seno que crece sumando sol;
tiembla como un trago sólido de ron.
Toca una vez este fruto que no retoña el pezón.
En mi piel como en un árbol garabateado de amor,
sus memorias escribieron el Diablo y Dios.

Mira cómo se humedece de futuro el vientre hoy.
Que no hay Don Juanes, ni Cristos, ni Quijotes, sin mi
[ilustre cascarón.

Mas también, oh vencedor,
mira el látigo en la espalda del que medita, No hay sol
todavía para el hombre. Lo que ves sangrando hoy,
es lo de ayer... no se seca. ¡Qué antigua es la sed que
[tienes,
cazador!

Aún, Agripina, aún... duele el ángel de almidón
que hace siglos en tu vientre se cayó.
Barro aire de Leonardo. Barro espeso de Nerón.
Yo soy la carne, la Historia, yo soy...
Porque sin mí, ¿quién ha dicho: he gozado.
he sufrido, y aquí estoy?
Tierra que conmigo andas, creces tú cuando eres yo.
En ti cabe todo ahora, hasta mi poco de Dios.
Ya tu herida es una oreja... ¡Es tan viejo el surtidor!
Carne natal, tú mi casa, y en ti, sin edad mi voz.
Acércame al tiempo, carne. ¡Qué triste sin muerte yo!

Dame tu tamaño, goce, el que la herida te dio.
Dame también tu estatura de dolor.
El placer escribió arrugas. ¿Qué escribió

en la carta de mi carne, que endureció
como una piedra de Esfinge lo que escribió?
Esqueleto de onomásticos, desde ti siento que hoy
por la simple vena rota voy saliendo y todo soy.
Hecho tú de aniversarios, sin horario mi dolor.
Barro mío, ¿qué me das, si sueño soy?
Exprimí la rosa, y algo se me cayó.
Al tiempo le di la rosa, me quedé con el olor.
Por el placer de una herida... cargo con tu barro yo.
Vieja carne, casa en donde al llegar se dice adiós.
Mas entre el barro, no siempre sólo yo...
El pensamiento me pide... ¿qué pidió?
Risa niña, miel demente, aire junto: su temblor.
¡Cómo aún gotea vida lo que mi diente mordió!
¡Oh carne de ayer que tienes tanto de hoy!
Río en el mar, ¡y aún dulce lo que pasó!
Vieja carne, todavía tienes matriz para un hijo:
mi dolor.
Mas si carne sólo es tiempo. ¿Qué hago yo
con esta cosa en el cuerpo que tiembla cuando yo soy?
Me trajo hasta aquí la herida que da vida, muerte no.
Vieja carne, casa en donde la llegada es la partida.
¿Qué mejor? Pues qué caro es mi hospedaje
si es prisión. Un viajero sólo cabe
aquí dentro. Mas hay dos...
Alma inquilina sin tiempo pero en mi barro de hoy.
Algo lucha en esta casa con mi voz.
Entre paredes de hueso, rojo de golpear sin sol,
a lo eterno juega un niño: mi emoción.
Me trajo hasta aquí la herida que da vida, muerte no.
Vieja carne, casa en donde mientras llego, ya me voy.
Habla sólo tu inquilino, ¿Quién le habló?
Una mariposa vuela, vieja casa, en tu interior.

Por algo salta aquel niño: mi corazón.
Mira ya cómo golpea lo que llevo dentro yo.
Se va escuchando más hondo, como un yunque que
[hace a Dios.

Vieja carne, casa muda, donde yo
estoy buscando una cosa que sólo si sufre... soy.
Me trajo hasta aquí el placer y me sacará el dolor.
Busco al huésped más antiguo de mi carne:
mi voz.

Tercer canto de Don Oráculo

Luz de ciencia, luz pequeña. Luz que por ser de cordura,
ya es obscura, si no sueña...
Frente a la tierra desnuda que habla más estando muda,
ya no sé por qué no grito. Algo me enseña a callar...
Hay tal vez más infinito en lo que dejo de hablar.
Silencio que por guardado va creciendo lentamente
como si hubiese enterrado una semilla en mi frente.
Mas, por mudo, no comenta, y por mudo, no se humilla,
si al fin como la semilla de la tierra se alimenta.
Yo supe desde el pasado en cada dolor poner
un poco de lo ganado por lo perdido en placer.
Y tuve un poco de vuelo, como el agua pensativa
que por mirar hacia arriba
tiene un retazo de cielo.
Mas, si fue locura mía, di por cuerda mi locura.
Si es locura la cordura por tierras de fantasía.
Imitad, carne dormida, lo que ilumina y redime:

cuando la vida se exprime se saca luz de la vida.
Y hasta en el gris pensamiento que el hombre cotidianiza,
algo está con argumento que cabe en una sonrisa.
En una sonrisa, en una se puede mirar, lo mismo
que en el pozo de un abismo asoma un poco de luna.
Pero en vano está en la carne el camino.
Algo por ser tan divino no se acostumbra a lo humano.
Siempre no tuvo ocasión la ocasión de la cordura.
Nunca fue grande aventura la aventura con razón.
Y entre razón y emociones, repetía las razones
de aquel flaco aventurero que tenía
por cordura su Escudero.
Y tras de aquél, ya decía: yo nada llevo en mi viaje,
pero no voy más liviano... Es el verso: mi equipaje...
Lo demás... es del gusano.
Y será más pasajero aquel castillo en la mano
del dinero, que mi soñado castillo ya sacado del tintero.
Por eso, tierra, por eso hay algo que no se ve
que pesa más que tu peso. Pero carne, no te asombres,
que aquello que va contigo ya lo envenenan los hombres.
Mas, la agresiva locura humanamente responde,
y es más cruel lo que se esconde que el mal de su
[mordedura.
No será verdad tan nueva, si ya en el filo está el mal.
Y el mal no está en el puñal, sino en aquel que lo lleva.
Y mata al cuerpo, y no mata, si sólo al cuerpo ha matado.
Y por callar, lo delata lo mismo que está callado.
Aquello que tú no ves, y está velando, velando
al dado que está jugando con la conciencia al revés.
No se inventaron cerrojos para el que piensa encerrarlo.
Por eso para mirarlo no tengo que abrir los ojos.
Voy a volver a creer que tiene cada esqueleto
un misterioso alfabeto que puedo al dormir, leer.

Ya lo que digo es tan cierto, y es tan sutil el motivo,
que lo que digo está vivo en el vivo y en el muerto.
Yo vi el hombre que tenía en la voz la cicatriz,
el de la mano que un día me apretaba,
y al apretarme, sentía que me ataba una raíz.
El de aquella mano seca, que en sus arrugas leía
mucho más filosofía que en la sabia biblioteca
y aquel hombre, se reía tan hondo, que, todavía
lo que silencio me crece. Y, por callar, por callar
mi silencio se parece al del cielo frente al mar.

Pero el silencio no cabe en el hueco de la herida.
Como no cabe en la nave lo que deja la partida.
Silencio que cuando creces como lliga no curada,
eres la Nada que a veces es algo más que la Nada.
Cuando sales por la herida tienes un poco de todo.
Entonces, lo mudo es vida. Entonces, la vida es lodo.
Viejo silencio del cielo, viejo silencio, tan hondo,
que para verlo en el fondo detiene el tiempo su vuelo.

Silencio de cielo cruel, está muerto y no está frío.
Ya tiene el silencio mío casi el silencio de aquél.
Algo que en todo, callando, no se ve y está alumbrando...
Ojo mío: no te asombres, que tú también ves los hombres
si estás cerrado, soñando.
Que no me diga el vacío que nada es tuyo ni es mío...
Tierra que vienes de nada: ¿por qué entonces tan
[pesada?

Tú no me llevas en vano como la piedra en la mano
del ciego que inútil quiere defenderse del que hiere.
Tierra que miro a tu modo, como la Nada, desnuda.
Pero me grita la Duda: que tú, sin nada, das todo.
Más que tu lumbre de prosa, hondo silencio me crece

tan alto, que se parece al oficio de la rosa.
Si tú, que tienes las llaves, prefieres, cielo, callarte...
Hoy sólo quiero mirarte porque en la voz no me cabes.

Sin embargo, ¿por qué luego que me sacas del abismo
me dejas caer lo mismo que si fueras también ciego?
¿Es que soy yo tan humano que ya no puedo contigo?
Se cae tu nube... y es trigo. Yo me caigo... Y soy gusano.
Silencio que vienes hoy de tierra adentro, tan hondo,
que vengo como del fondo de otro silencio que soy.
Lo más mínimo perdura en tu conciencia que sabe
mucho más cosas que el ave sin ser tu ciencia la altura.
Árbol sin voz, no te asombre, si mi silencio infinito
ve salir tu verde grito de la tierra, como un hombre.
¿Qué puede tener la frente que a tu raíz fuera esquivo.
Si la tierra es el motivo de la mordida y del diente?
¿Y tú, qué sabes del grito que da el átomo en un verso?
Luz de ciencia: tu universo es menos que su infinito.
Pero la piel no entendía. Mas yo sé que como ayer:
he de volver, de volver al silencio de aquel día...
Por aquella mano anciana donde siempre yo leía
la humana filosofía que por desnuda es humana.
Y me enseñó, lo que enseña, viejo ataúd, tu verdad:
que con tu tapa pequeña no tapas la eternidad.

Don Mon

Por hombre, no te diré: préstame tu sacrificio
que quiero usarlo esta vez; pero escucha, pon la oreja
lo mismo que tras la reja se la pone el reo al juez.

Conclusiones de Don Mon

Cuando el cuerpo está penando, en él cabe el
[sufrimiento.

Mas, si pena el pensamiento ¿dónde cabe, cómo y
[cuándo?

Para qué callar, si siempre diciendo cosas no pierdo.
No da el dolor la locura si quien sufre, siempre es
[cuerdo.

Ya perla de picardía, o ya mina de la Historia:
siempre tiene más memoria el dolor que la alegría.

Honda raíz debe ser aquello, que, sin ser gente,
hace del hombre la fuente y en el mismo ha de beber.

Pero no puedo aprender con tu luz, pues si envenena,
siempre como a luna llena sólo la uso en la piel.

Alguien trabaja debajo de mi piel sin descansar.
Alguien trabaja con uñas, agua saca, y algo más...

Don Oráculo, no sé si suda bien este bruto...
pero el palo que se moja está más cerca del fruto.

Sin embargo, tiene también algo de agua el cuadrúpedo:
siempre me lavo la voz con la mirada del burro.

Ya ves, yo no quiero hablar, pero ponte, ponte a oír:
alguien hojeando está allí mi ruidoso libro, el mar.

Tú no lo ves porque sé que la piel no mira el grito.
Tampoco el viento se ve, pero te agarra la piel
como a la voz el delito.

Tanto hay aquí que callar, tanto hay aquí que decir,
que oyendo el agua has de oír lo que me parezco al mar
más que parecerme a mí.

Pero hay algo más aquí, como esta cosa es tan vieja
se me hace nueva en la voz... Yo veo en lo oscuro a Dios,
como ve la voz mi oreja.

Mas no sé por qué sufre la mentira.
Pero si el dolor, ¡qué bien!, aquí cabe y se hace bello,
¿con qué se alimenta aquello que es alimento también?

Terco hay un pero... lo sé. Pero es un pero con mito.
Siempre andar saben los pies cuando son los del instinto.

Aquello que cura... sobra, si da el bien males mayores,
alguien da en latines flores, pero en criollo, cuenta y cobra.

Aquí la toga ya intenta bien saldar con Dios su cuenta;
mas, como allí... nada sobra... paga allá... lo que aquí
[cobra.

Se ve que este dulce abismo busca al Demonio en el
[bueno,
como quien hace el veneno con el antídoto mismo.

Fíjate ya, guitarrero, le estoy haciendo al madero
de mi guitarra no vieja un hoyo como una oreja,
porque lo que siempre quiero es que me oiga el
[madero...

Me llevo la mano al pecho y siento que no se calla.
Entre mi jaula de huesos un ciego canario canta.

No lo tengo ya en el cuerpo, no lo tengo ya en la mano.
Pongo la mano en el grito, y siento entero el canario.

En esta ocasión aparto lo que siempre viene junto.
Que la cáscara es más dura y dura menos que el fruto.

Es que no olvido también que es de ayer y no fue ayer
lo que a mí me está cortando. Si siempre suele doler,
el tiempo está sin ayer mientras me duela pasando...

Y el tiempo eres tú ¿lo ves? Por los ojos se desagua
lo que me das a beber. Aprende siempre la sed
con la ignorancia del agua.

Pero agua muerta no es. ¡Qué más quiero que sacar
de mi tierra adentro el mar! ¡Me suda el grito esta vez!

Mano que me diste tragos: lo que me hiciste beber
le quita la sed al cuerpo, y a mí me deja la sed.

Ya ves, que sangrando estoy, pero no sangrando rojo...
Mas lo que sale del ojo no es sangre... pero yo soy.

Las gotas en que me rompo bajan el cielo a mi abismo.
Tú no lo ves porque sé que la piel no mira el grito.

¡Qué bien que se ensucia el aire con la tierra de mi voz!

Si en el reloj no está el tiempo, en la toga no está el
¡juez.

Pero si en este rocío que cae del ojo está un pueblo,
me lavo la voz en él.

He defendido hombres buenos, también malos defendí;
mas por lo que yo viví entre el bien y el veneno,
cuando estuve abajo vi que se apiadaron de mí
más los malos que los buenos...

Pero ahora es cuando quiero que todos sepan que aquí
hay cosas que con la muerte es que empiezan a vivir.

TRÓPICO NEGRO
(1942)

Trópico picapedrero

Hombres negros pican sobre piedras blancas,
tienen en sus picos enredado el sol.
Y como si a ratos se exprimieran algo...
lloran sus espaldas gotas de charol.

Hombres de voz blanca, su piel negra lavan
la lavan con perlas de terco sudor.
Rompen la alcancía salvaje del monte,
y cavan la tierra, pero al hombre no.

De las piedras salta, cuando pica el pico,
picadillo fatuo de menudo sol,
que se apaga y vuelve cuando vuelve el pico
como si en las piedras reventara Dios.

Dentro de una gota de sudor se mete
la mañana enorme —pero grande no—.
Saltan de los cráneos de las piedras chispas
que los pensamientos de las piedras son.

Y los hombres negros cantan cuando pican
como si ablandara las piedras su voz.
Mas los hombres cavan, y no acaban nunca...
cavan la cantera: la de su dolor.

Contra la inocencia de las piedras blancas
los haitianos pican, bajo un sol de ron.
Los negros que erizan de chispas las piedras
son noches que rompen pedazos de sol.

Hoy buscando el oro de la tierra encuentran
el oro más alto, porque su filón
es aquel del día que pone en los picos
astillas de estrellas, como si estuvieran
sobre la montaña picoteando a Dios.

Horrible compañero

Sí, todo eso lo sé.

Pero yo que estoy en medio de este tumulto no vegeta-
riano, yo que veo a los negros coser los remiendos de
sus pantalones con las hilachas puras de las barbas de
Lincoln, yo que no quiero salvar a fuerza de penicilina
mi pobre esqueleto, me pregunto ¿y para qué sirve todo
esto, si el hombre hace siglos que ha desaparecido?
Veo, desde luego, que pasan abogados, políticos, co-
merciantes, médicos, periodistas, malabaristas y has-
ta señores un poco buenos... Pero es inútil... Ayer grité

[en la plaza
repleta de civiles orejas apresuradas, grité diez veces,
sangré diez veces, pero nada, seguí solo,
visiblemente invisible, solo, pero no solitario... pero
no libre..., no libre... Porque entonces comprendí
que estaba trágicamente acompañado por mi

[pensamiento.

Haitiano taumaturgo

Hasta las manos del santo
que limpian manchas del alma,
vienen a darle dinero
a tu amuleto que habla.

Fruto de tierra sin fruto:
tu amuleto no hace nada;
tú pones tu cara, y es...
tu cara la que trabaja.

Pones tu cara, y así,
siendo la suerte tu cara,
hacia tu anillo de hueso
va el oro de la montaña.

Pero descansa tu cuerpo,
y algo tuyo no descansa...
En tus ojos de agua muerta,
tiene un pulpo viva el agua.

Tú que en la luz de una vela
ya lees destinos de razas.
Tú que vendes el instinto...
¡no podrás vender tu cara!

Hablan tus ojos tan recio,
que tu voz no dice nada.
Es que te duele el instinto
que mira cosas lejanas.

Haitiano que cuando encuentras
la luna al Sur y preñada,
te persignas cuatro veces
por si anuncia seca larga.

Baja el día a los puñales
que tu risa desenvaina.
Mas, donde metes tus ojos
no puedes meter tus ganas.

Tú que en la luz de una vela
ya lees destinos de razas.
Tú, que conversas de noche
con la tierra y con el agua.

Tú, bajo un cielo tan grande.
¡Tanto cielo para nada!
Eres de tierra tan seca
que la cultivas con lágrimas.

Aire negro

Cantan los cocolos bajo los cicales.
Ya la piel del toro muge en el tambor.
Los temibles lirios de sus carcajadas:
sus furiosas lunas contra el nubarrón.

Está fiero el cielo que cayó en sus ojos.
Lucha con las ancas de la hembra el son.
Por entre pestañas de los cocoteros
cuchillos de vida le clava ya el sol.

Nórticos turistas mascan voces negras;
piel color de rosa trópico quemó;
pipas neoyorquinas, tufo de cerveza;
(se tragó la kódak los Papá-bocó).

Las cocolas cantan cánticos calientes,
cantos que retuercen vientres de alquitrán,
y entre sus corpiños tiemblan cocos negros
que a los cocolitos vida blanca dan.

Recia risa, a ratos, hace heridas blancas.
Hoy su noche alumbran, y anda por su piel
ya borracho el son. Mas, la borrachera
que entra por sus belfos, sale por los pies.

Y los dulces huesos de la dura caña
no tienen más mieles ni más duros son,
que la carne negra de la negra alegre
que se alegra a golpes de tambora y sol.

Sube por su cuerpo de bestia divina
fuerte olor a tierra. Su respiración
viene como un viento del ciclón del Cosmos,
(la emborracha el rito mucho más que el ron).

Sale ya del vientre del tambor la selva.
Ya la piel del toro muge en el tambor.
Y contra el silencio de sus ruidos ronc
la negra desnuda parece una voz.

Negro sin nada en tu casa

Yo te he visto cavar minas de oro
—negro sin tierra—;

Yo te he visto sacar grandes diamantes de la tierra
—negro sin tierra—.

Y como si sacaras a pedazos tu cuerpo de la tierra,
te vi sacar carbones de la tierra.

Cien veces yo te he visto echar semillas en la tierra
—negro sin tierra—.

Y siempre tu sudor que no termina
de caer en la tierra.

Tu sudor tan antiguo, pero siempre tan nuevo
tu sudor en la tierra.

Agua de tu dolor que fertiliza
más que el agua de la nube.

Tu sudor, tu sudor. Y todo para aquel
que tiene cien corbatas, cuatro coches de lujo,
y no pisa la tierra.

Sólo cuando la tierra no sea tuya,
será tuya la tierra.

Trópico suelto

I

A ratos,
machacas rumbas con tus zapatos,
y tu cadera,

que padece una vieja borrachera,
y tu aliento
que a veces quema hasta el fular del viento,
saben a la locura de tu barro mezclado
de mula tropical, del sol quemado.

Mulata que te hicieron de la noche y del día,
en el café con leche
bebo tu carne de fantasía.
Tabaco para hacerlo picadura
con el cuchillo de la dentadura:
tu talle
que le roba los ojos a la calle.

Sobre las marejadas de la hamaca
mecas tu carcajada de maraca:
como si de repente fabricaras la aurora
en tu carne de cuero de tambora,
de tambora, que a veces, roncós ruidos arrancas
para las tempestades de tus ancas.

Alma de raspadura y piel de ají,
quema y endulza tu mordedura.
Voy a decir que te metiste en mí
como si fueras una calentura.

II

No.
Hoy no sueño, no sueño, aquí está el sueño
en pequeños ciclones de gargantas;

encerrada la tierra en amuletos;
el trueno detenido en los tambores.

Buscando el cielo oculto de su culto
sube Haití por los pies hasta su grito.
Aquí está el sueño, se me pone grande
un mapa que me ronca y que me asalta;
aquí está Haití metido en unos dientes,
aquí está Haití que se derrite en ritos,
aquí está, retorcido, de repente,
con golpes de mar seco y de azabache
Haití tiembla en un vientre.

Hoy no sueño, no sueño, aquí está el sueño
sudoroso y espeso aquí está el sueño
desnudo y pegajoso y poco ausente,
sueño de objeto oscuro y caso rojo.

Aquí está Haití metido en una hembra:
en una llama negra.

III

El tambor, a ratos,
va poniendo furiosos tus zapatos.
Ya con su limpia agilidad de fiera
trepa el son y trabaja en tu cadera.
La terca tempestad de la tambora
sopla la ola de tu vientre ahora.
Y tu taco toca, y tu taco así,
riega por el aire tu caliente Haití.

Reventó la selva, desde tu cintura
hasta el paraíso de tu mordedura.

Tu canción de cuervas canta más que tú:
sabe los secretos que te dio el vudú.
Negra que sin ropa, tienes lo de aquel
que siendo secreto se quedó en tu piel.

Tiro mis ojos en tus pezones
cuando tu vientre derrite sonos.
Trópico que bailas —deja que te siga
el terremoto de tu barriga,
terremoto alegre que sudando ron,
con su voz callada canta más que el son—.

Negra desatada —deja a tu cintura
que se te derrita con su calentura—.
Que ya van saliendo del ronco bongó
abuelos remotos del Papá-bocó.
Abuelos que tienen en rumba enredados
tus supersticiosos pies huracanados.

Trópico furioso y alegre a la vez,
desde que tu rabia se bajó a los pies.

Ya te vas quedando vestida de viento.
Allí son tus pechos dos buches de ron.
Algo de la tierra me sube violento,
oigo que tus curvas cantan más que el son.

Y tu taco toca, y tu taco a ratos,
echa al aire el Congo que hay en tus zapatos.

IV

Hoy no sueño, no sueño, aquí está el sueño
metido en clima y derretido en ritos...

Aquí:

Pide collares la negra,
pide collares de hueso
al hombre oscuro que tiene
en su filo un cementerio.

Pide collares curiosos
la curiosa que en el viento
de pie a cabeza desnuda
deja desnudo al deseo.

Sombra que sigue a otra sombra,
inquieta su cuerpo inquieto:
negra columna de humo
que no se aparta del suelo.

Sabe a su isla de cocos;
mas, por ver si tiene miedo:
collares de cocodrilos
ponen duro el río entero.

Ya síntesis de la selva:
goza el peligro su cuerpo
que tiene el monte por cama,
que tiene el cielo por techo.

Y el caníbal que da oscuro
como su piel su veneno,
satisface la columna
de aquel humo tan espeso.

Mas, borracha de caprichos,
es una tumba su cuello
que tiene para su adorno
cadáveres de amuletos.

Y pide otra vez collares,
pide collares su cuerpo,
al caníbal que ha nevado
el camino con los huesos.

Y mientras brilla y espera
perlas macabras su cuerpo,
perlas que pesca el cuchillo
y lustran lenguas de negros,

corta la sangre cuajada
de una rosa, que en su pecho,
revienta como una herida
que le perfuma su cuerpo.

Hoy no sueño, no sueño, aquí está el sueño:
aquí está Haití metido en una hembra:
en una llama negra.

Amuleto de hueso

Haití ve por el ojo de tu anillo.
Ve las enfermedades, los ungüentos.
Y oye gritar la luna:
la que pone rabioso el manicomio.

Todo está allí metido en tu huesito:
duendes enfurecidos en el agua,
vientos de tempestad o cielo muerto;
Haití ve por el ojo de tu anillo,
casi no ve cuando no está contigo.

Con un supersticioso manoseo
que es casi siempre azul
los negros se defienden
apretando sin tiempo tu sortija,
y apretándola, callan, como si ya tuviesen
la palabra en sus manos.

Haití siente la voz del esqueleto
en tu hueso inocente.
Se pone de rodillas el instinto
y busca el cielo que cayó en tu anillo.

Pequeño objeto para tanto objeto.
Tu amuleto receta y cura siempre
al haitiano que a veces lo amenaza la luna.

Negro sin zapatos

Hay en tus pies descalzos: graves amaneceres.
(Ya no podrán decir que es un siglo pequeño.)
El cielo se derrite rodando por tu espalda:
húmeda de trabajo, brillante de trabajo,
pero oscura de sueldo.

Yo no te vi dormido... Yo no te vi dormido...
aquellos pies descalzos
no te dejan dormir.

Tú ganas diez centavos, diez centavos por día.
Sin embargo,
tú los ganas tan limpios,
tienes manos tan limpias,
que puede que tu casa sólo tenga:
ropa sucia,
catre sucio,
carne sucia,
pero lavada la palabra: Hombre.

Negro sin risa

Negro triste, tan triste
que en cualquier gesto tuyo puedo encontrar el mundo.

Tú que vives tan cerca del hombre sin el hombre,
una sonrisa tuya me servirá de agua

para lavar la vida, que casi no se puede
lavar con otra cosa.

Quiero llegar a ti, pero llego lo mismo
que el río llega al mar... De tus ojos, a veces,
salen tristes océanos que en el cuerpo te caben,
pero que en ti no caben.

Cualquiera cosa tuya te pone siempre triste,
cualquiera cosa tuya, por ejemplo: tu espejo.
Tu silencio es de carne, tu palabra es de carne,
tu inquietud es de carne, tu paciencia es de carne.

Tu lágrima no cae
como gota de agua...

(No se caen en el suelo
las palabras.)

Negro manso

Negro manso,
ni siquiera
tienes la inutilidad
de los charcos con cielo.

Sólo
con tu sonrisa rebelde
sobre tu dolor,
como un lirio valiente que crece
sobre la tierra del pantano.

Sin embargo,
negro manso,
negro quieto:
hoy la voz de la tierra te sale por los ojos,
(tus ojos que hacen ruido cuando sufren).

Negro siempre

Negro quieto,
barro dócil,
tú que siempre
eres el grano que no siembran nunca.

¿Qué hará contigo el hombre,
tú que tienes
la herida abierta como un surco útil
de humilladas semillas de silencios?

Tu mano está en el aire,
tan desnuda,
tan simple
como tu risa que no tiene filo,
o como tu mirada,
tan sencilla,
tan lavada, que siempre con tus ojos
puede limpiarse el hombre.

Este negro

Negro simple,
tú que tienes
a tu vida y al mundo
dentro de un amuleto.
De ti,
sólo asciende
el humo de tu cachimbo.

Negro sin cielo,
tu indiferencia tenaz
es como la palabra Tierra.

Sin embargo,
tienes para los hombres
una sonrisa blanca
que te pone muy alto.

Ni los niños,
ni el asno,
tienen tu sencillez.

Negro lejano.
Noche sin mañana.
Letra de algún remoto alfabeto.

Quiero cavar la mina de tu grito.

Colá

Negro Colá, tú eres una cosa sin cáscara.
Eres demasiado tú. Tú eres
demasiado semilla
para hablar de las cosas que se te mueren siempre
sobre la superficie rodeándote,
comiéndote materia.

Yo que vi entre tus manos el sol endurecido;
tus centavos de carne que sangraba la tarde,
sólo para que no se te muriera el alba
de nueve años que nació en un catre:
quiero decir, Colá, que entre tus manos
te cabe limpia la palabra padre.

Cómo puedo yo ahora ponerme a escribir versos,
cómo puedo yo entonces venir a ponerte
el cascarón del grito que me dieron
en el "mercado negro" de la palabra blanca.

Yo que te vi en la esquina hablando solo,
diciendo no sé qué cosa sin gramática,
como si te salieran por primera vez
todas las palabras inventadas por el hambre;
yo que te vi sacar tu gran Cristo de palo,
y gastarle los pies con tus besos de rito,
casi adulando al trozo de árbol, para que mate
los ángeles terribles que hace el ron de tu fiebre.

No vengo a hablar ahora de tus Antillas
machacadas de rumba;

ni del luto sin ropa de tu cuerpo que siempre
pones en la guitarra.

Hoy no vengo a arrancarle a Martinica
los trapos de su vientre que se viste de sonos;
ni el chivo que se arrastra por su carne de ola
como lamiendo ritmos...

No, hoy no puedo venir a decir otra cosa,
si más abajo de tu piel,
más abajo de tu sonrisa,
más abajo de tu silencio,
hay una quietud, una seria quietud,
un universo;
un niño que tal vez no se ha visto al espejo;
un hombre que tal vez nunca fue niño.

¿Cómo puedo hablar ahora de tu mujer,
de la música de la cintura de tu mujer;
de la palabra futura que duerme en su barriga;
de la próxima ternura que duerme en su barriga;
de la pura miseria que viene de caricias?

¿Cómo puedo yo ahora decir que estoy cantando
a lo que simplemente te ha vestido de paso.
Tú que siempre te sientas a la puerta del Tiempo,
tú que viniste con algo más... Tú que no vienes
sólo con el nocturno al hombro de tu piel?

No, no puedo detenerme a ver tu greña.
No he venido a hacer versos. He venido a gritarlos.
He venido a tirar palabras como piedras.
Junto a ti no se puede tocar una guitarra.
Junto a ti no se puede fabricar el olvido.

Yo que he visto las gotas de azúcar cómo ruedan
sobre la dentadura de tu machete,
yo que sé que la caña lo que pone
es a llorar tu filo...

Gota a gota se caen en tu llanto de azúcar
Martinica, Jamaica, Guadalupe, Bahamas...
No. Hoy no quiero venir a beberme el elástico,
el sólido aguardiente del cuerpo de la haitiana.

¿Cómo puedo yo ahora ponerme aquí borracho,
o allí en el Sur de los Estados Unidos
donde los niños negros cantan para olvidarse
que nacieron con luto?...

¿Cómo puedo yo ahora cantarle aquí a la mina,
si estoy junto a los niños que no le dieron días,
junto a la doble noche que se abre
tímida y desflecada,
entre los agujeros de su ropa?

No, palabra América,
no puedo hablar ahora de tu fiesta.
Todavía hay señores, señoritos,
que se sientan al piano,
y los dedos los tienen perfumados de ausencias,
mientras no tienen ataúd tus gritos.

No, no puedo,
no puedo hablar ahora de tu cáscara.
Allí está un niño triste, un niño de color,
mira su cara, mira sus dedos;
fijate cómo brillan sus dientes sin comida...

brillan como un espejo, tanto brillan,
que puedes ver en ellos la mañana de América...

Para poder hablar contigo, con tu hueso,
negro Colá, no hay que meterse allí,
en los veinte centavos que ganas diariamente,
ni en la noche que tienes metida en tu amuleto,
sino en los callos de tus dedos que de súbito
se te vuelven de seda si acaricias tu hijo.

Tú que no tienes la casa de tu cuerpo
ni la casa grande de la geografía,
abres las suaves puertas de tus manos sin sueldo,
y le das a tu mujer entre tus brazos
almohada blanda y geografía blanda,
y otras cosas que siempre no te dieron de nido.

¿Cómo puedo yo ahora ponerme a hablar
de los perros de Nueva York, los lujosos ladridos
que están tan bien cuidados,
que están tan prohibidos, tan gordos,
tan mimosos, tan ciudadanos,
casi aspirando al censo de la Quinta Avenida?

¿Cómo puedo yo ahora ponerme a escribir versos,
yo que ahora no escribo sino cuando yo creo
que algo debe morírseme cada vez que yo canto,
porque hay en cada verso verdadero una muerte?

Yo que estoy siempre al lado de la piedra que piensa,
ya siento que me anda las palabras
el fuerte olor sin agua de la ropa de John,
el manso negro virgen a la orilla del sueño,
el pobre John que lleva de rodillas su América.

¿Cómo puedo yo ahora ponerme a cantar perros,
los perros bien comidos de Manhattan,
o hablar de la paloma que un carro de Broadway
le fracturó una pata, en tanto que la urbe,
de repente ablandando su lengua de mercurio,
hablaba cada día de su pájaro enfermo
y hasta de la enfermera que cuidaba su pata?

¿Quién?

¿Quién enseñó a esta América
a cuidar más las bestias que a los hombres?

El manso negro virgen a la orilla del sueño,
el pobre John que lleva de rodillas su América.
El pobre John, que a veces, cuando no tiene
para ponerle sus tres velas a Lincoln,
le clava por dos horas su mirada,
casi para alumbrarlo con las velitas negras
de sus ojos.

¡Y esto nadie lo sabe...
sólo Lincoln y John!

¿Quién?

¿Quién enseñó a esta América
a cuidar más las bestias que a los hombres?

Pero, John,
¿qué estatura tendrá la sonrisa del negro
que le brota lo mismo que una profunda miga,
como si de repente se levantara el alma
con su sonrisa... con ese poco
de pan que lo alimenta?

CHINCHINA BUSCA EL TIEMPO
(1945)

Chinchina

Hay algo que está aquí, conmigo. Pero estoy tan cerca de la tierra que no puedo explicarlo. Un poco de agua tal vez sabe decirlo; el agua es tan mansa, tan limpia, tan conforme; sin embargo, no sirve para mi sed...

Hay algo que está aquí, conmigo. Pero estoy tan cerca de mí mismo, estoy tan cerca de las cosas que pasan, estoy tan cerca de las cosas que sufren y se venden, estoy tan cerca de mis olores de hombre, que cualquier palabra mía puede tiznar la cosa aquella... aquella cosa simple como un jardín en las manos de un cuerdo.

Raíz de sus pasos

Cuando aún no se sabía si tú eras lluvia o Chinchina; cuando tú salpicabas de cielo los pies con sueño de los aguateros; ya ibas tomando forma de algo...

Entonces, el hombre... (casi el hombre) quiso encerrarte en una cosa... dijo que era necesario contar tus pasos, tus palabras, tu presencia.

Pero, Chinchina, el hombre no sabe que tu sonrisa ha llegado; el hombre no sabe que tu sonrisa no cabe en el Tiempo.

Sin embargo, el agua todavía comenta tu sonrisa.

Agua de infancia

A veces le pregunto a la nube caída si hace aún los cabellos, los ojos, la ausencia presente de algo que se mueve: hoy cabe en mis manos la madrugada... la madrugada hace tiempo que se llama Chinchina.

Tal vez tiene la culpa su transparencia, su decidido propósito de ser siempre la huella de aquello... de tener siempre color de niña; cuando por la mañana la lluvia tiene la manía de enjorar las patas de las vacas y de pegarle el día sobre la piel como si le pusiera una epidermis de trémula y juguetona gasa.

Chinchina: ¡cuántas cosas que tú y yo sabemos! Pero mira esta agua, este ámbar que huye, que viene de tu infancia... No, no es agua...

Yo sé que no es agua porque está lavando mis palabras.

Cielo roto

Chinchina viene hasta mí asustada, temblando, fría, limpia; casi con su corazón en el aire, rodeándola, dándole aletazos bajo su ropa como queriéndose posar sobre sus hombros, sobre sus manos, sobre su voz, sobre sus ojos, sobre su diminuta humanidad.

Pasado un duro y transparente silencio, las palabras de Chinchina se caen y van haciendo un montoncito sin ideas como un grupo de pétalos.

Ella grita, llora, ha tirado una piedra en el estanque;
¡su mano ha roto el cielo!

Pero la llevo al estanque y le digo: ya ves, destrozo la noche como lo hizo tu piedra; sin embargo, mira qué hermosa es la luna rota. Y ahuecando mis manos, recojo un poco de líquido, y le secreteo: ¿ves, Chinchina?, debo agua de cielo.

Y con el trapito de la luna enredada en mis dedos le secaba las lágrimas a Chinchina.

El organillero sin ojos

Hoy me busco en los dedos de Chinchina, en su sonrisa, en la estatura de sus preguntas; ella tal vez no comprende que yo estoy de su tamaño.

Pero una cosa cualquiera, diez centavos de música saben por qué estoy tan sencillo, tan escaso de carne.

Diez centavos de aire de ciego me desnudaron; y quiero correr y gritar; quiero correr con aquella cosa azul... aquel viento que viene con su república de golondrinas.

Hoy las manos-mayores me vigilan, me cuidan; tal vez porque ahora mi sudor cae simple sobre Chinchina, como un poco de rocío sobre el oficio de la azucena.

Hoy siento que mis pasos no tienen la edad de mi cuerpo. Hoy los hombres me miran, y siento tanto miedo, y

estoy tan limpio... que no quiero mirarlos para que no me ensucien con los ojos.

Agua siempre

Los siete años de Chinchina se desnudan para vestirse de río.

—¡La pobre, cree que está sucia! Ella ignora que siempre está limpia...

¡Qué bien, el río no se lleva nada de Chinchina! ¿Y qué puede llevarse? Si el aire no se mancha, si el día no se ensucia.

Además, ¿qué puede hacer el río con un poco de río?

Los siete años de Chinchina se desnudan para vestirse de líquido. Sin embargo, como Chinchina es de agua, yo la miraba, pero no la veía...

Primavera en la piedra

Le digo a Chinchina que hoy bajo la tierra debe haber algún duende haciendo versos.

Y en las orillas del camino que la lluvia de primavera ha llenado de verdes y de rojos bárbaros; mucho antes

de que la vaca vagabunda, madrugadora, con su paso dormido las triture, Chinchina me recoge florecillas silvestres; pone sobre mi ropa poesía... la que fabrica aquel duende bajo la tierra.

Ahora, yo no quisiera tocar con la mano mi ropa que trasciende hoy a cosa que está lejos del hombre. Pero, Chinchina, ¿y qué hacemos con éstas, con estas azucenas que no quiero apretar?

Yo tenía entre mis dedos las manos de Chinchina.

Casi Chinchina

Con algo de brisa vestida, con más de brisa que de ella, Chinchina pasa corriendo por entre los prados; es una mariposa que persigue mariposas.

En tanto, por mi ventana entra de pronto un golpe de fragancia de pino, un golpe de campo invisible. Yo leo no sé qué libro, no lo comprendo, no lo manoseo como este retazo de montaña.

Allá, a lo lejos, Chinchina galopando sobre su caballito de árbol, me agarra los ojos, me los fija, no me deja ver otra cosa. Ya casi estoy por creer que no conozco mi piel ni mi familia de bueyes.

Ya casi estoy por creer que yo soy este poco de campo invisible que entra por mi ventana.

Casi Manuel

Las manos de Chinchina, sus preguntas, sus ojos, van quitando mi nombre. Creo que Manuel es mucha carne, mucho hueso, mucha tierra. Pero las manos de Chinchina me van despegando poco a poco.

Huelo ya que Manuel no va conmigo porque Chinchina a ratos me agarra con sus dedos de rosa, y callada me habla, y me dice que mis manos están llenas de pájaros, llenas de viento, llenas de lluvia y otras cosas... otras cosas...

Yo no le respondo. Yo no sé nada. Pero mis manos siguen soltando pájaros.

Agua de carne

Es la primera vez que sus manos tocan las cosas. Quizás por eso no sabe que yo tengo los ojos más tristes... Mis ojos vienen simples del cuerpo de Chinchina; pero yo estoy tan viejo, tan oscuro, tan usado, que a pesar de su manía, de su costumbre cuando ellos vuelven, cuando ellos se pegan de nuevo y nuevos en mi cara, los encuentro tan extraños, tan sencillos, tan puros; pero, ¡oh Chinchina, tus dedos de siete años, tus siete años de tacto es la primera vez que tocan las cosas!

¿Ves ahora esta gota que baja de mi frente? A ti te sabe a agua, sólo a agua; pero no, no la toques ¿no ves que se ha roto un espejo, y en sus trozos que caen se ve esto...?

¡Es tan raro ver un hombre!

Chinchina sin tregua

Aquí, allá, atravesando los verdes, la sombra, las espinas; atravesando la tierra, las millas, los relojes; viene como un pequeño ciclón blanco. Su locura, su ruido, su raíz, su risa: todo este retacito de leche dura, de leche prieta, de leche viva, precipitado, desbocado, armonioso, viene de no sé dónde, de no sé qué desequilibrio, de no sé qué sanatorio de ángeles.

Chinchina, ¿pero no ves que mi cuerpo es una letra? ¿No ves que soy un objeto, una forma? ¿No ves que mi cuerpo es una palabra mala, una palabra tonta, dura, vieja? No ves que te digo Chinchina; pero no quiero pisar la yerba porque también se llama Chinchina; no quiero ensuciar la madrugada porque también se llama Chinchina.

Aquí están; la mañana, la tierra, la vaca, todo tiene tu nombre; tendré que usar el aire que es la ropa del ángel; casi hacer versos para no pisar las cosas que se llaman Chinchina.

Huye

Chinchina, no hay en tus ojos libros acumulados. Pero, ¿qué hacemos con esto... con el agua? El pozo tampoco va a la escuela, y sencillamente se llena de altura y lejanía.

¡Oh, Chinchina, tan suave, tan ágil, tan transparente!

Huye. Deja que huyan tus ojos, tus ojos sin hombres, tus ojos deshabitados como los pies del aire que viene de los pinos y del balido.

Huye. Deja que huyan tus ojos; no los llenes de letras...

Usan la sombra como los lirios ciegos...

Fracaso blanco

Me llevé la niña al campo. Iba por un camino que le hice con palabras, con palabras color de ella: color de brisa.

Pero mi mano de hombre se me rompió en su sonrisa blanca y en el agua clara de sus preguntas.

Volvimos a la ciudad, y le dije: quédate como tu sonrisa, como tus preguntas.

¡Ya ves, Chinchina, qué inútil es la mano cuando piensa!

Pesadilla agradable

Un vaho a tierra húmeda me llevó sin sombra donde yo había nacido. Los jumentos, el bohío, la loma, me eran familiares. Ya no quería volver a mis voces con barbas. Yo miraba la gente, como la ve Chinchina, por un agujerito.

Yo sé que estoy durmiendo, que nadie puede despertarme. De pronto, la carne me recuerda, me dice que la mirada tiene dientes; que tengo que trabajar, que tengo que pronunciar palabras para que me entiendan, para que sepan que no he dejado de ser familia de la materia. Entonces veo que estoy metido, que yo soy algo que se pudre.

Sin embargo, yo estaba con Chinchina; nadie podía en-suciar-me; era el patio de los niños.

Pero, Tierra, como los hombres vuelven a ti, y tú los devuelves en lirios, yo tenía en el ojal un poco de hombre.

Bueyes

El humo de los bohíos que inicia la madrugada tiene algo de niño... y este gañán que simplemente anda piso-teando el alba sobre los charcos, no sólo Dios se le pega en los pies; la pobre ropa del boyero se llena de oro de sol; pero ¡la pobre, sólo usa el oro comunista del día!

Blando gañán: tu amuleto no te ayuda... Tu carreta distante, casi no camina; tus bueyes son tan lentos, tan desnudos de urbe, que, a ratos, me parece que Chinchina habla con ellos.

¡Qué mansos, qué claros!; tus bueyes se han parado para ver el cielo, que está sobre la ciudad como una palabra honrada sobre los hombres.

Color de agua

Huele a cementerio el sendero mojado y escondido. Pero el camino está vivo, a pesar de las pestañas que terca-mente verdes lo abrazan; es que la carretera no le ha quitado todo.

Chinchina viene por entre las bárbaras y grandes pestañas vegetales, y con la gracia color de agua de sus manos se quita la ropa para bañarse. ¿Y para qué? Sí, ¿para qué? Si Chinchina y los lirios no saben nada; si Chinchina y los lirios siempre están desnudos...

Sus preguntas

Chinchina no sabe que cuando me hace preguntas o tira su sonrisa sobre mi estrujado, mi deshonorado cuerpo, por un instante su sonrisa, sus preguntas, su mie-

do, se posan sobre la sequía de mis dedos; pero ella les quita a mis uñas la edad de mi voz.

¿Qué hago yo entonces? ¿Qué puede, qué hace ese olfato varón con sus manos vencidas metidas en la mañana?...

Chinchina no sabe que en ese instante si me avecino un lirio... puede ensuciarme...

Temor

Si yo no la mirara, la oliera, la tocara, diría que Chinchina todavía no ha llegado. Sin embargo, a veces, no quiero callar por mucho tiempo; no quiero dejar de preguntarle, de contestarle, de tocarle, de sonreírle; es que me parece: que no está conmigo, que no está hecha de elemento, de asunto manuable, si no le hablo, si no la toco, si no la huelo.

A ratos, le digo algo... casi algo; lo que no quiero es dejarla callada, quieta, transparente. Temo que se me vaya sin que ella lo sepa, y entonces le digo cualquier cosa, por ejemplo: —Mira, Chinchina, hoy la tierra parece de agua; fíjate cómo se mueve bajo la sombra del árbol.

Piedra honda

Me he detenido en esta calle delgada, y bajo su flaco azul he visto una piedra gorda. Mírala qué grande, es casi blanca, casi redonda; es una luna caída, manuable, sin cielo. Cuando la tarde va dejando la calle, esta piedra se agiganta, se ruboriza, se acumula, se aprieta, hasta que se ennegrece.

¿La ves? Porque el lechero, cuando termina su oficio blanco, acostumbra sentarse en ella, ella se ha puesto tersa, casi pulida como un ojo de vaca.

Pero mi voz, que es familia de esta piedra, no se quiere caer sobre Chinchina.

¡Pesa tanto ese pétalo sobre este cuchillo!

Allá lejos

Siendo lunes, hoy es domingo en mi semana, sólo porque tus dedos hojearon el calendario.

Mira, ya no hay nubes oscuras, ni tú, frente a mí, como la roca frente al mar. Ya no repiten los caminos que llevan a los cazadores de conciencias.

Las palomas del día vienen a tus manos sobre las brisas franciscanas de incienso, sólo porque tus ojos se tornaron a la montaña.

Fíjate bien, Chinchina, me siento más limpio contigo de espaldas a los hombres.

No volvamos, que de tornar, tu claridad de paloma se romperá en palabras duras como los dientes del tiempo.

Indicio de égloga

Los machetes se ríen, se reparten el sol. Las canoas que madrugan destrozan la mañana que viene nadando lentamente.

Pero alguien pesca en el río, y no hay nadie en el río...

Alguien está en la loma, y no hay nadie en la loma.
Alguien va desnudo como el día por el campo, y nadie va desnudo.

¿Estaré yo aquí... conmigo?

El juguete sin tiempo

Veo jugar los niños, y sé que están muy cerca porque sus canciones me están cortando las uñas...

Yo no encuentro en el agua ni en los libros con qué limpiar mi piel, mi dura piel de hombre.

Vienen de tan adentro, y son tan viejos, tan agudos, tan sucios mis ojos y este prematuro y primitivo olfato mío. Yo soy un mueble que por desgracia ya tiene años; pero veo jugar los niños, y estoy haciendo algo... me estoy quitando algo... Comprendo entonces que todavía el agua es mi familia.

Comprendo entonces que todavía mi nombre pueden inventarlo los pájaros o la sonrisa de Chinchina.

La vaca sobre la tierra

Tú que no tienes ropa. Tú que estás desnuda como tu mirada. Tú que eres una palabra blanda. Tú que eres simple y valiente como pan de hogar.

No quiero ver otra cosa... ¡Qué inevitables son tus ojos, tu mirada grandel! El campo no está sucio cuando despierta en las acuarelas de tus ojos todavía teñidos de montaña.

Tú que no tienes ropa. Tú que estás desnuda como Chinchina, como los niños. Vieja vaca: más que un editorial, más que la policía, tus ojos lavan la ciudad.

La gotera

Todas, todas las nubes se están cayendo. Chinchina y los pájaros se han llenado de júbilo. Hay algo de boda entre Chinchina, los pájaros y la lluvia.

Yo he perdido toda mi dureza de hombre, me siento blando de cielo.

De pronto, Chinchina deja de correr, de brincar, de chapotear, de entretenerse con el aguacero. Yo aprovecho su cordura, y la llevo a ver una gotera; entonces, blandamente, la toco y le digo: ¿ves bien? La gota de agua no quiere ser de otro modo. La piedra no lo comprende, no sabe que la gota de agua quiere hacerle un sentido... La piedra no lo comprende. Pero la gota no cesa; ella solamente sabe lo que puede con la piedra.

¡Taladrada por agua tan alta... ya la piedra no lo ignora...! ¡Qué limpio, qué claro: como el aire, como los niños! La gota de lluvia le ha hecho un ojo a la piedra.

¡Hace mucho tiempo que el cielo quería que la piedra lo mirara!

El flautista cojo

Nunca lo he visto sentado en otra parte. Casi estoy por creer que el montoncito de piedras de su esqueleto es un retoño de su silla salvaje: su tronco de pino tronador

y antiguo, tan antiguo que, según el calendario rural, no lo trajeron los hombres, sino la preñez del río bajo una noche en que la montaña se puso rabiosa y quería ahogar el valle.

De no sé qué viento, de qué nido se desprendió su anatomía de pájaro... Casi no se mueve; su siempre, su único movimiento, su vicio, su ocio es una flauta de hueso primitiva, sentimental, supersticiosa.

El sol lo desacurruca, le desenvuelve su cuerpo enrollado y flaco. Entonces, su hueso sonoro, casi vivo, comienza lentamente a estirarse en un monótono quejido (Chinchina no lo sabe), pero yo veo que la flauta se pone larga como la callecita de la aldea, y sigue no sé hasta dónde...

Pero hay algo más que Chinchina no ha visto; hay algo más que no quiero decirle. ¿Para qué ponerla tan cerca de la tierra? Se le pueden ensuciar sus preguntas. Tal vez no podrían regresar sus palabras ni su mirada.

No, no puedo decirle a Chinchina por qué tiemblo cada vez que escucho la flauta del cojo. Él no me ha dicho nada, no me ha contado nada; ni siquiera el cochero, ni el barbero que tienen en el buche al pueblo.

Pero la flauta ha puesto chismoso al aire...

Yo tiemblo. Tiemblo mucho más ante ese hueso ahora...

No, no quiero decirle a Chinchina que esa flauta, que ese hueso es de la pierna del músico mutilado.

Sin embargo, la flauta que es un poquito de cadáver, lucha porque no entierren al flautista.

El curandero

Con anteojos no recetados (como sus tragos) yo lo he visto montado sobre su mula milagrosa.

Él viene ahora de un raro lugar que no conoce el villorrio, y trae las manos atestadas de hierbas; ¡sí, sus manos!, la gente del valle se las respeta; los labios de la aldea le han suavizado sus dedos como a las ásperas manos de su Cristo de piedra.

Tiene un libro mágico, tal vez más extraño que aquél que está en latín y llena la alcancía de la ermita; ¡caro libro es su cara!, las letras de sus arrugas oscuras, deliberadas, se agrupan, se enredan, conversan y hablan de no sé qué país inventado por sus signos.

Chinchina no lo sabe, pero las venas de este silvestre doctor insisten en retorcerse como una enredadera azul de culebras terrenales que van apretando, ahogando cada día más su cuerpo simple.

Yo veo en la pared de su casa una vieja herradura que se encontró hace tiempo en el antiguo camino que va del pueblo al Pozo del Indio. Todo el valle viene a ver y a besar este amuleto. Duerme siempre todo el valle. Pero ¿cómo despertarlo, si madrugando a la del Cura, la cara del curandero es aún la morfina de la aldea?

Yaco

En los días caribes, los días en que las piedras queman y las chicharras revientan y clavan sus agujas de ruido, voy a la laguna con Chinchina, la llevo como un juguete mío, atropellado entre el chirrido de los insectos y el resplandor de un azul que nos agarra.

La laguna es un ojo verde, un ojo que, según el cochero del valle, era pequeñito como los de la gente. Pero su cantidad de pájaros, la pegajosa orquestación que vuela sobre su fofa esmeralda, es lo que a Chinchina no la tiene cuerda.

Ya sé por qué Yaco, el antiguo notario, el viejo abogado del interminable cañaveral de los sajones, al llegar aquí, a la laguna, se sacó del buche su papagayo jurídico y llenó su birrete de canarios.

Casi a propósito, mi bozo comenzaba a tener color de suelo, cuando Yaco, ya sin cálculos, ya sin ataduras con la tierra... lentamente se sentó, se acostó sobre la yerba, y como si hablara con ella, abrió sus manos lo mismo que dos gritos, y el rocío le lloraba en las uñas, se las mojaba de églogas.

¡Qué bien, Yaco, ya puedo hablar contigo!

¡Qué indefensa han puesto tu toga los canarios de la laguna!

La sequía

Es duro, sí, es duro. La gente del campo que conoce este cielo, sabe que es una piedra. Hace ya semanas y el cielo no encanece pero tiene una cana... la que le hace a la chimenea.

Ahora la luna crece tan peligrosa que la gente habla sola sobre la tierra seca; y el río está tan flaco que el cielo apenas baja se rompe entre sus guijarros ¡aunque ya no está ni flaco!, las últimas vacas, los últimos huesos... llegaron hasta él y se bebieron también el retazo, el humilde pedacito de cielo que quedaba sonoro, delgado entre las peñas.

Pero yo veo el pecho del labrador, yo veo algo que no está seco, algo que anda azul bajo su piel y le está saliendo color de ocaso...

Ya ves, Chinchina, todavía queda agua, mucha agua... ¡agua grande!

La vaca difunta

Chinchina, tu juguete más serio fijate cómo duerme. Hace tres horas que no usa el día tu amiga blanda; la que siempre tenía los ojos limpios como carta de niño. Era tal vez una palabra huyendo la patria suelta de su chorro blanco. Me lo dice la yerba que salía nupcial por sus pezones.

Van a enterrarle hoy solamente su físico. Más hoy, como quien viene a ver carne de gente, bajan de la montaña los hombres que no bajan casi nunca... los hombres que la pueden enterrar como se entierra una voz de familia.

Las campanas han llenado el aire de golondrinas; yo le digo a la aldea que el viento está de luto, que hasta las nubes que amenazan llorar han teñido sus barbas.

Pero no, hoy no ha muerto una vaca; era un poco de grito de los niños, y no se pueden enterrar los gritos.

Chinchina todavía no recoge sus ojos, los ha dejado caer sobre su cuadrúpeda pura; se le han caído sobre la raíz de la aldea.

El hombre color de pueblo

Salvo Chinchina y una sotana con sobrinos... sólo a Rabo (raíz de calle) no me lo toca el tiempo. Pero no, no quiero explicar nada. Rabo es tan importante, tan humano, tan mío, tan público, que cualquiera cosa suya, su risa (su miga sonora), alimenta al canario aprendiz de guitarra.

Yo, cuando el cielo deja caer sus canas, tomo unos zapatos viejos, una ropa peor; pisoteo el tiempo y me avvicino a Rabo. Es que conozco sus mañas (más las azules que las de tierra); es que, cuando llueve, Rabo se recoge, se reconcentra, se suelta, no sabe qué hacer con su paquete de alegría tan honda, tan criolla.

Pero Rabo, tú agarras tu mujercita sin ropa (tu guitarra), y entonces, con una mano al cuello y la otra en la cadera, la aprietas, la exprimes...

Rabo, pero tú estás en peligro... ¿No ves que tú tienes una criatura torturada entre tus manos?

No, Rabo, no toques tu guitarra. ¿Para qué más habi-
tantes?

El relojero ahorcado

Mucho antes de que las huellas de la recua arrugaran la cara de barro del camino; casi cuando los gallos se vistieron de música; ya, y en el fondo del patio, un anciano atado al cuello pendía de una rama de tamarindo. No quise despertar a Chinchina; y mis ojos rurales que se habían levantado a ver el alba, madrugaron con un trozo de ocaso...

Aquel anciano era el fruto más maduro del árbol, también el más pesado... y no caía; sólo a ratos, su figura flaca, títere del vegetal, se movía con el viento como si fuese una aguja imantada que oscila buscando algo en la tierra... pero era la brújula de un viaje más largo...

La campana madrugadora fue creciendo, despertó mucho antes que los pájaros el valle; entonces, el rojo del amanecer comenzó a salir espeso por la boca de aquel tranquilo, de aquel manso viejito que nunca fue chismoso y hoy tiene la lengua larga...

Van a enterrarle hoy solamente su físico. Más hoy, como quien viene a ver carne de gente, bajan de la montaña los hombres que no bajan casi nunca... los hombres que la pueden enterrar como se entierra una voz de familia.

Las campanas han llenado el aire de golondrinas; yo le digo a la aldea que el viento está de luto, que hasta las nubes que amenazan llorar han teñido sus barbas.

Pero no, hoy no ha muerto una vaca; era un poco de grito de los niños, y no se pueden enterrar los gritos.

Chinchina todavía no recoge sus ojos, los ha dejado caer sobre su cuadrúpeda pura; se le han caído sobre la raíz de la aldea.

El hombre color de pueblo

Salvo Chinchina y una sotana con sobrinos... sólo a Rabo (raíz de calle) no me lo toca el tiempo. Pero no, no quiero explicar nada. Rabo es tan importante, tan humano, tan mío, tan público, que cualquiera cosa suya, su risa (su miga sonora), alimenta al canario aprendiz de guitarra.

Yo, cuando el cielo deja caer sus canas, tomo unos zapatos viejos, una ropa peor; pisoteo el tiempo y me avvicino a Rabo. Es que conozco sus mañas (más las azules que las de tierra); es que, cuando llueve, Rabo se recoge, se reconcentra, se suelta, no sabe qué hacer con su paquete de alegría tan honda, tan criolla.

Pero Rabo, tú agarras tu mujercita sin ropa (tu guitarra), y entonces, con una mano al cuello y la otra en la cadera, la aprietas, la exprimes...

Rabo, pero tú estás en peligro... ¿No ves que tú tienes una criatura torturada entre tus manos?

No, Rabo, no toques tu guitarra. ¿Para qué más habitantes?

El relojero ahorcado

Mucho antes de que las huellas de la recua arrugaran la cara de barro del camino; casi cuando los gallos se vistieron de música; ya, y en el fondo del patio, un anciano atado al cuello pendía de una rama de tamarindo. No quise despertar a Chinchina; y mis ojos rurales que se habían levantado a ver el alba, madrugaron con un trozo de ocaso...

Aquel anciano era el fruto más maduro del árbol, también el más pesado... y no caía; sólo a ratos, su figura flaca, títere del vegetal, se movía con el viento como si fuese una aguja imantada que oscila buscando algo en la tierra... pero era la brújula de un viaje más largo...

La campana madrugadora fue creciendo, despertó mucho antes que los pájaros el valle; entonces, el rojo del amanecer comenzó a salir espeso por la boca de aquel tranquilo, de aquel manso viejito que nunca fue chismoso y hoy tiene la lengua larga...

Aún Chinchina duerme. En tanto, yo, ahora, ante este atardecer en medio de la mañana, ¡cómo me gustaría que Chinchina supiera que estoy tan joven, que estoy aquí sin edad... pues creo; al ver este anciano muerto, que el Tiempo se ha suicidado!

El buey que huele a tarde

Espeso, igual que la neblina de la barba de Pancho, aquel viejo que le cuidaba con un olor a celo en todo el cuerpo, su duro cuerpo comido de silencios...

Cuando mira, no sabe a buey; tiene en los cementerios de sus ojos un brillo tan terco... Pero es tan manso, tan suave, tan niño...

A veces veo que alguien habla con él, que alguien le está diciendo cosas y que la tarde no acaba de caer porque sus grandes ojos no la dejan caer; es que la tarde lo espera no sé dónde; ¿en qué aire, en qué retazo de país sin tierra?

Yo creo, Chinchina, que nadie puede enseñar más cosas blancas que tu palabra, pero este viejo buey, este ángel que anda comiéndose tus grillos y las esmeraldas alimenticias de los almendros, puede decirnos que todavía se parece al agua y a tus manos. No ves que todavía no está oscuro...

¡Viejo buey: tú vives entre los hombres como un poco del día caído en el pantano!

El avestruz

Casi ridícula, como una niña que ha crecido temprano y se queda de pronto con su ropa de infancia; la equilibra, la señorita avestruz viene entreteniéndola a la chiquillería, y a ratos, a las canas... Pero tiene un orgullo tonto, hueco, pues casi nunca baja su cuello para hablar con Chinchina; casi nunca está cerca de su sonrisa, de sus manos, de su curiosidad de siete años.

Ves, Chinchina, tú golpeas sus torres, sus patas, y ella ni siquiera sabe que tus dedos son humanos... No se parece a tu perrito que, cuando te acaricia, suele con su lengua darle brillo a tus uñas inofensivas, como para que te mires en sus espejos de rosa.

Señorita siempre, pero con su traje de bailarina desterrada, tu avestruz sigue orgullosa, impenetrable. Es más, se ha puesto a enflaquecer, quiere hacer algo en el cine, y todos los días va al pozo a ver su silueta, y se trepa a una rama para saber su peso. Ya casi no come, ¡traga tan poco! come cosas azules... por eso se perdieron tus zapatitos celestes, ¿recuerdas, Chinchina, los que parecían caídos de aquello distante que llena tu ventana abierta?

Ya ves, cuando tu zancuda está a dieta, cuando tu zancuda quiere ser algo en el cine, come cosas azules...

La maestra sin huesos

Lluvia sin caída, conservada, endurecida, seca, el pelo de la primer maestra de Chinchina se destrenza largo, infinito desde la nuca al calcañar. Pero no, no es su pelo lo que amontona en su cuerpo todos los ojos de la aldea...

Sin embargo, los ojos de Chinchina no se animalizan pegados como azules discípulos a los olores de aquella grasa que misteriosamente habla sola.

Tal vez, ni el campo ni la lluvia ni las mariposas ni el caballito que soñó en el sueño de la cama, la entretienen más que aquel juguete humano, que aquella voz gelatinosa que le obliga a viajar su índice, su diminuto índice, a través de países de papel y madera.

¡Pobre obesa, parece maestra sólo a través del agua endurecida y muerta de sus anteojos!

Yo que sentí crujir repetidas veces su primitivo, su totalitario corsé; yo que la vi de cerca, sé con qué gravedad le dijo una vez a Chinchina “que a los peces les gusta la grasa”.

Desde entonces Chinchina sabe que aquella manteca pensativa y erudita, que aquella cintura sin huesos es para alimentar las ballenas de su corsé.

La lechuza

Todas las cosas viejas del valle las ha puesto nuevas la mañana; hasta la anciana, la horrible lechuza sobre un poste del teléfono tiene algo de niña —a pesar de que hace un rato dejó su velo de novia en la neblina—. Pero el villorrio que baja de la montaña, siempre se persigna cuando pasa frente a ella; sin embargo, a veces la veo sobre el lomo de los bueyes ¡y ya tú sabes, Chinchina, que los bueyes siguen mansos!

Anuncia el almanaque que seguirá el buen tiempo; pero yo leo más en las orejas y en el olfato de las bestias. Cuando las vacas mugen largo, viene el río siempre gordo...

Ya los ojos no dudan con quién conversa el cielo cuando hace garabatos eléctricos. Allí está la lechuza, la fatal telegrafista que anuncia las tempestades... Fíjate cómo pasa ahora un retazo de aire viudo, y cómo huye de los nubarrones aquel otro nubarrón de golondrinas.

En tanto, de súbito, Dios abre un ojo para buscar sus cosas... un relámpago me alumbra; me ha vestido de distancia.

El campanero robador de pájaros

La ley vio en sus manos dos huevos de trino (eran de las alondras). Pero se persignó frente al Cristo, y echó

un salivazo frente al Juez, como si su saliva fuese la palabra más honrada.

Nada ha ido más lejos... ni su voz color de noche en el día de la muerte de su caballo.

Sólo su silencio escupido se levantaba como una semilla.

Pero si es Chepe, el sonámbulo; el que pone alegre o triste las campanas; el que fabrica el amanecer y entierra la tarde; el que desde la torre llega invisible a los bohíos encanecidos de distancia, siempre mucho antes de que salga el sol, de que canten los pájaros, y amontona a los madrugadores en el mercado donde los montañeses, entre largas filas de burros y trémulas “jumiadoras”, chismosamente traen su poquito de campo.

Ahora, Chinchina, mira esta piedra... mírale la cara; qué grandulón y qué bruto es este Juez de barba inútil... no sabe que quien roba alondras no le roba a la tierra.

Hoy, vestido de incienso y empujado por latines, Chepe se fue dentro de un árbol por un camino más alto que el de la gente...

¡Todavía tiene manías de cielo el campanero!

Zapatos viejos

Con dos agujeros como dos ojos que amanecieron sin dormir, los zapatos empapados y a la orilla del camino miraban hacia arriba, tal vez pensando que por fin ha dejado de caer cielo sobre las montañas, allá, de donde ellos bajaron amasando barro y haciendo hue-llas hondas...

Estaban sin gente. Alguien los puso allí para que su pequeña cantidad de río se calentara y volviera al azul con la subida del amanecer. No son los del Cura, porque la mina de la Muerte siempre le tiene muchos pares... siempre lo tiene satisfecho; tampoco los de Guaco el labrador, porque aunque están agujereados, los usa sólo los domingos, además, para Guaco todavía están tan nuevos...

Ya ves, Chinchina, estos mojados zapatos viejos no son del hombre; no han inventado nada; no dicen nada, no pertenecen ni al dolor ni a la alegría; están ahí sin historia, como dos cosas más, sobre la tierra. Ah, pero en uno de sus pocitos bebe un canario, se lava bien la garganta y le hace un discurso al día...

El herrero y una sed

Sólo la liliputiense y sin osos aurora boreal de las uñitas de Chinchina es más pura que la barba del herrero, aquella barba que al resplandor de la fragua es un lirio grande color de rosa oloroso a honestidad.

Desde la madrugada hasta el atardecer, se oye un golpe monótono, duro, rojo. Pero es un golpe tan honrado que cada vez que se escucha, ilumina toda la oscura herrería; el hierro tiene algo de gente en las manos del buen viejo; yo he visto este hierro doblarse, retorcerse y quejarse como un pedazo de esqueleto primitivo, hondo.

Chinchina ha venido conmigo a ver la herrería, y sobre todo, a mirar la fragua; por eso en el fondo de sus ojillos azules brilla un sol pequeñito como el de la madrugada.

En tanto, mientras machaca estrellas, el buen viejo enciende su cigarro en el fierro ruborizado y compadrea. Hace una semana que trabaja noche y día, desde que el patriarca le mandó treinta caballos para que los calzara; y, cada vez que fabrica una herradura, los niños lo miran como pidiéndole un poquito de sol: los ojos, superticiosos de la aldea vienen a ver al hacedor de la buena suerte en cada media luna roja de herradura.

Pero el patrón no cuida el corazón de su gente; Chinchina, fijate cómo el oro que gasta el patriarca en mantener sus caballos brota por todas partes, hasta de sus pezuñas... Estas bestias son así, sólo tienen chispas en las patas.

Además, ayer el patrón compró la tierra por donde pasa el río. El patrón compró toda el agua del valle, mas no la que le quita la sed a los pintores... El patrón y la vaca no la beben... no pueden secar el río de la acuarela.

Cholo el demente

Cholo siempre viene de la montaña con las manos llenas de caballitos del diablo, porque su hijo, muerto hace ya muchos años, le dice todas las noches que se los cace. Y todas las mañanas, sobre la tierra donde duerme el hijo, amanece un cementerio de libélulas.

Pero el aire del valle huele más al Cholo que hace algún tiempo está enseñando a hablar a los guijarros; el Cholo que se ha olvidado del hombre y duerme sobre las piedras para que los jardines no lo vean tan útil...

Chinchina lo mira con asombro, con temor, y algo me secretea con los dedos, con los ojos... Es que el barbudo, los niños y el pétalo, viven tan lejos...

Pero Cholo, que a ratos monologa, con sus colmillos de cuerdo corta de pronto su lucidez, su pasajero razonamiento. Y de súbito, como un resumen de su silencio, su vista suda una gota que tal vez es lo único que queda transparente en su carne de hombre.

Los niños vienen a ver a Cholo cuando duerme sobre las piedras. ¡Pobre luz vestida de harapos! Su inutilidad está más cerca de la cordura que el comerciante vendedor de violines.

Las cometas con algo

Más allá de la plazoleta, casi donde termina la aldea y comienza el verde rebelde de la loma, allí, donde los muchachos dominicales se agrupan y gritan y cantan, he llevado a Chinchina para que vea el desafío de las cometas.

Cuando San Pedro no rueda, no arrastra ciertos muebles allá... tan fuertemente que rajan la madera celeste y alumbran y retumban en la montaña; quiero decir, Chinchina, cuando es niña la brisa, entonces... mira cómo el viento se tiñe de colores. No son las de pluma, las que sufren y sangran, las que anuncian las estaciones; no son las que enseñaron a las comadres guitarras y a los señoritos violines ciertos secretos que sólo saben los pinos, el aguacero y el trueno; no, no son las que dicen que en sus picos Dios aprendió a silbar para llamar a los ángeles. Estas aves tienen su carne transparente y además, van más lejos que el Cura, ponen a los muchachos a conversar con el cielo por teléfono.

Ya sé por qué, a pesar de que estoy ya tan viejo, veo entre las nubes unos caros pantalones míos. ¿Ves aquel rabo de dril blanco, tan coqueto en aquella cometa?

¡Hoy, Chinchina, sueño tanto... que hasta mi ropa se va sola al cielo!

Manuel viene del mar

Hoy tengo el mar endurecido entre mis manos; hoy llevo mis manos llenas de caracoles. Estos huesos de ola no se mueven; alguien hizo estas piedras para los jardines de los peces, no para los ojos ni las manos de una frente que tiene que buscar alimento para un grito.

Ahora, no me atrevo a hablar solo, llevo aquí un caracol que parece una oreja, y como huele a mujer, temo que me oiga, temo que me conteste y me crezca como un chisme callado... Pero me pongo a hablar con él... y así, Chinchina, como a veces voy hablando contigo sin que tú lo sepas, voy diciéndole cosas a mi hueso marino; a mi agarrado trozo de ola endurecida.

Tú miras mis caracoles, los que tengo en mis manos; en la tierra; sin embargo, yo los veo en el fondo de tus ojos azules; veo que mis caracoles han vuelto al mar.

El cráneo del indio

Llamo a Chinchina y le explico... le digo que es de Hatuey, el indio que hacía versos, el indio que flechaba golondrinas y con sangre de aves escribía sus canciones.

Pero Chinchina tiembla, teme, huye. En tanto, me acerco más al cráneo, y de súbito oigo un rumor de vida, veo por uno de sus agujeros que en su interior hay un

nido de música, una casa de jilgueros... Sí, ya sé que es de Hatuey, el indio que se llenaba las manos de río para mirar el alba entre sus dedos; el indio que con azucenas alimentaba a su caballo para que la bestia se le pusiera más hermosa y estuviera más cerca de los niños.

Sí, Hatuey, el indio que sabía el nacimiento del viento y madrugaba en puntillas para robarle sus canciones de humedad y relámpagos; el indio que no cazaba alondras porque las fabricaba en su sonrisa. ¡Pero si todavía las tienes! Fíjate bien en ese cráneo, ¿lo oyes, Chinchina? No te asustes, pon tus orejas de rosa sobre esta jaula de hueso. Ya no podrás decirme que no entiendes la virgen lengua de Hatuey; él viene, él anda por ahí... con su alfabeto de aire.

Manso Hatuey: y tú que te apenabas cuando no te entendían; cuando te ponías por dentro tercamente azul... cuando mojabas tus manos para empaparlas de sol.

Sin embargo, aquí tengo tu cráneo: ¡todavía está lleno de alondras y jilgueros!

Chinchina, fíjate bien que este indio, que este muerto no deja de hacer versos...

La burra de don Goyo

Acurrucada en el valle, casi huyéndole al tiempo, nada ensucia la aldea.

Sin embargo, te hablé de un abogado tan pequeño que, todos los días, con las gotas de mi sudor lava su casa y hace crecer las rosas de su patio. Pero, Chinchina, no cierres tus ojos, no te asombres, ¿ves esta burra, la que el día se le pega y le hace gotear oro...? Es la simple, la pobre burra de don Goyo, el barbudo que vende a diez centavos sus décimas (sus átomos de Homero)...

Pobre burra, en la "Esquina de la Pulmonía" la esperan el talabartero y el adivino: uno para hacer tamboras de su panza; otro para hacer amuletos de su esqueleto.

Ya me parece verla hecha Cristos de huesos, Cristos sudados entre las manos de la aldea, dándole valor al pueblo... el pueblo que no le da más que piedras...

El aguatero

Hoy que no madrugan las nubes en las tinajas, hoy que no amanece el vendedor de río ni su jumento machaca todos los sueños con sus patas desde que vino a la tierra.

¡Qué seca está la madrugada de esta calle! La voz del aguatero era una lluvia dosificada, comprimida, deliberada, pero siempre era agua.

Chinchina, fíjate cómo ha amanecido el aguatero: hoy que no ha podido ir al río; hoy que no tiene ropa ni harina; hoy que ha inundado todos los rincones de su casa con el vidrio que cae de su mirada; hoy que las nubes

descienden de sus ojos; hoy que parece que el río no está en su sitio; hoy que parece que el río está en la casa del aguatero; Chinchina, es que el agua que cae de los párpados nadie quiere beberla. Sí, nadie quiere beberla, pero ¡qué limpia, qué clara es el agua que sufre!

La cotorra

¿No oyes, Chinchina, que la cotorra picotea las palabras? ¿No ves que las palabras se caen de su pico como vidrios: rotos? y tan seria que parece a veces su estatura de viejecita cansada. No, no es un poquito de selva; es algo más que un espacio de campo alborotado; es algo más que un resumen de campo testarudo y chismoso.

Es que cuando yo veo la cotorra, apelotonada, prieta de verdes compaginados, y de pronto, me tira frases enteras, duras, me parece que es un puñado de yerbas que ha aprendido a hablar, a mirar, a ser gente... ¡La pobre, ha aprendido a ser gente, ha aprendido a ensuciarse...!

Chinchina: es que la cotorra es un poco de árbol que da frutos de gritos.

La escoba

Mírala allí, Chinchina,
acaba de barrer los desperdicios
de María Antonieta tu perrita.

La escoba es tan humilde
como tus preguntas;
cuando descansa,
duerme con la cabeza para abajo,
tiene mañas de yoga.

Abuelo

Todas las piedras de la única calle conocen tus lentos
zapatos, tu bastón de bambú sin pulir y nudoso.

Como a la gente de la montaña, mi joven y vieja madrugada rural tú la llenaste de supersticiones tercas con algo de paso ciego de mula. Allá, cuando me ponía a llorar y con las gotas de mi dolor le lavaba los ojos a las hormigas.

Me sentía tan a gusto, tan seguro cuando usaba tus amuletos de chifles misteriosamente buscados en no sé qué lugar de la montaña.

Tu mirada tardía, oscura, era un juguete hondo para los ojos de los niños; tu esqueleto le daba al valle un aire de otros tiempos; ni el comprador de ropa vieja y huesos de catre se me pegaba tanto.

Tú duermes ya, abuelo; pero no, tú no duermes... todavía, como por tu apretado callejón, caminas por dentro de Chinchina, ella me dice que oye unos golpecitos en su pecho, y cree que son tus pasos, tu bastón de bambú sin pulir y nudoso.

Claro abuelo: no me hubieras podido contar aquellos cuentos tuyos; se te hubiesen caído los labios de vergüenza como dos pétalos tímidos; se hubiesen puesto muy grandes tus ojos antiguos y vírgenes; desde aquí, desde hoy...

Pero, abuelo: como un poco de agua clara se me cae tu recuerdo, tu primitiva y grandota palabra.

Tu recuerdo. Míralo aquí sin tiempo, sin fuga; sí, míralo aquí: rueda por esta calle como un poco de lluvia, como un trozo de cielo que rebota y canta entre las piedras, igual que cuando la aldea era blanda como los ojos de mi madre.

Aldea interior

Los días pisan lentos la aldea, parece que no quieren despertarla. Y no la despierta ni su viejo reloj, que por ser extranjero, tiene la mala costumbre de ser exacto.

La calle quiere seguir durmiendo, pero es tan blanda que cuando llueve, abre unos ojos de barro que se le ponen azules.

Frente a una ventana la anciana teje su lana y sus años; niños que la rodean escuchan atentos su cuento; y los niños se ven pasar sobre la aldea, camino de la luna la desdentada los lleva de la mano.

Los días pisan lentos, no se oyen, andan sin zapatos y en puntillas, ni el cielo ni el tiempo quieren despertar la calle de Chinchina.

Hace ya muchas lunas que la yerba ha cerrado el sendero que iba a la ciudad. ¡Qué bien, como si supiera que la aldea es tan mansa sin caminos!

La yerba tiene cosas de gente...

Cara sucia

Sí, es un juguete, una suma de algo, pero... cuando Chinchina corre, brinca, grita, ríe, llora, huye, es algo más que un objeto, que un pedacito de elemento.

Yo la veo a veces (casi nunca), porque Chinchina, a ratos, no se puede mirar... es tan inútil para la materia. Sin embargo, cuando pone la mano sobre mi cabeza yo sé que es Chinchina, yo sé que es una cosa que me limpia, a pesar de que tiene las manos sucias, sí, ¡sucias! ¿Sus manos? Sí, sucias... pero de tierra común, de objeto simple...

Cuando la voz está vestida de Chinchina, se ensucia como ella: se ensucia de tierra, de agua, de aire, de día...

Un dato

Casi no quiero decirle a Chinchina que cuando ella me hace preguntas, lucho con la noche, con las piedras; lucho con los ojos que me esperan en las esquinas y detrás de las manos...

Mas yo, como estoy tan pegado a estas cosas; como mis palabras están tan pegadas a la tierra, puedo —aunque me limpie— endurecer un poco la claridad de Chinchina. Y entonces la tomo de la mano, la empino, le hago caricias. Pero no me atrevo a reírme; a mostrarle mis dientes; ¡son tan viejos... son tan largos... tan duros... que temo que me haga otra pregunta! Ya me parece oírla:

¿Crecen tanto los dientes?

Presencia sin uso

Atravesando no sé qué patio, qué pedazo de campo medido, traído a la ciudad, Chinchina llega hasta mí con una mariposa grande, grandota; me dice que en sus alas tiene el número de la suerte; y como si dudara de sus dedos, me trae la mariposa ensartada en una aguja vegetal.

Yo pongo la mano en el pecho de Chinchina, y siento un aleteo como de otra mariposa más grande, más pura, más loca, más alta, y entonces me alegro de que no haya traído ensartada esa escondida, esa invisible mariposa que anda entre las venas y les da golpes azules.

Déjala ahí, Chinchina, tu viva, tu grandota mariposa con ríos; déjala ahí, entre la jaula color de rosa de tu estatura. ¿No ves esta otra? Mira qué sucia está la mía entre mis manos... mi corazón está sucio de hombre...

Acuarela de sal

De una colección de viajes, las manos del abuelo me traen una acuarela, un callado rumor de alas. Chinchina de repente quiere irse de mis brazos; chilla, se desespera. Ella dice que la casa tiene una nueva ventana... Pero ¿qué quieren sus ojos, sus manos, sus pies?

La acuarela es tan limpia, tan transparente, tan exacta, que cuando el abuelo la clavó en la pared, Chinchina quiso correr, navegar y recoger caracoles en la arena de la acuarela.

Aquello no estaba de par en par; no era una ventana, no era un retazo del día salpicado de olas y de barcos.

Sin embargo, ella tiene los ojos mojados. Parece que Chinchina tocó un poco el mar de la acuarela.

Fuga adentro

Hace tiempo, Chinchina, que tus preguntas me vienen quitando cosas que los hombres me pusieron. Tú no necesitas pronunciarme palabras; tú no necesitas de-

cirme que, estando tan cerca estás lejos; tú no tienes necesidad del objeto, ni de la forma; ya te dije una vez que eres mucho de aquello, de esa cosa que nos acompaña, que nos toca y no le ponemos nombre; sería tan pequeña si le diéramos nombre, si le decimos: aquí estás, tú te llamas así... y eres de este tamaño.

¿No ves, Chinchina, que cuanto más te desnudas, más huyo de mis manos de hombre?

Mientras Chinchina no despierta

La tierra está propicia para andarla sobre lomo de buey; me pongo a verla tan despacio que casi me creo este camino. Qué bien, ya soy un poco de campo, húmedo de neblina, oloroso a yerba mansa y pisoteado por las recuas que vienen de tierra adentro, de esas lomas panzarriba como si engordaran con el cielo.

El boyero ha madrugado el valle; pero antes, mucho antes que su huella y su voz, las nubes amanecieron untadas a los bueyes, como un sarampión de perlas coronando su mansedumbre.

Tal vez el agua huye de la ciudad; tan inútilmente huye que no puede lavar los pasos de los hombres.

Su claridad sin fecha

Llevo a Chinchina hasta la ventana y le digo: Mira los burros. ¿Tú ves el alba pegada en sus rabos, en sus panzas de oro, y más allá el cerro con su candela olorosa, con sus pestañas de pino parecido a la cara del viejo labrador cuando fuma?

Aquí está Dios. ¿Lo ves? No tiene zapatos, no tiene ropa y anda cantando sobre la carreta de la madrugada, la rota carreta que rueda por entre las colinas encanecida de nubes como un juguete que se desprende de la lluvia no caída.

Pero de pronto, yo tomo algo entre mis manos; sí, tomo una cosa simple, suave, inquieta, una pequeña ola seca, brillante, tímida, loca; sí, una cosa, casi una cosa... algo alumbra y lava mis dedos mucho más que la mañana de la tierra. Yo busco mis uñas... ¿están tan blandos mis dedos?

Yo tenía entre mis manos la cabeza de Chinchina.

Tu lejanía me alimenta

Sí, sé que vas a creer que aquella solitaria y casi apagada estrella es lo único limpio que le ha quedado a la noche.

Tú estás aquí conmigo, ¿para qué entonces dices que aquel agujerito es lo único del día que le ha quedado a la tierra?

Chinchina, si tú no fueses tan pequeñita te explicaría... pero no... no tengo necesidad de explicarte; tú vas más lejos que la palabra tiempo; tú te llamas distancia; además, tu lejanía me alimenta. Por ejemplo: cuando tú te sonríes, no traigo pan ese día. ¿Para qué come mi cuerpo cuando tú te sonríes?

Hay momentos en que el hombre no me rodea, momentos en que el niño puede hacer un fruto de mi silencio.

Hugo simplemente

Sin ruido de campanas de los nacimientos de los ricos, y a los quejidos sin botica de su preñada madre, casi como un trapito, vino a la tierra Hugo, tu perrito, Chinchina.

Hace ya un año de su nacimiento, y Hugo todavía es bobo, pero no tan bruto: él husmea jardines y su olfato se llena de secretos de duendes.

Míralo bien, Chinchina, casi quiero decirte que Hugo tiene el color de una huella de niño.

Su primera salida

Solo con su paso virgen, Hugo pisa tan limpio que anda útil como un verso...

Pero de súbito, su hocico se hincha; sus ojillos pelean por ser ladrones de todo brillo diurno; sus patas son de repente palabras; Hugo lleva al día metido en su cuerpo como una desesperada hormiga de oro.

Yo sé que hay abejas que no descansan; que hay aguas definitivamente vivas; que hay vientos que Dios no quiso darles la tregua merecida; pero la primer salida de Hugo... ¡Sí, Chinchina, yo sé que tu perrito pensó que él era el que estrenaba el mundo! Sin embargo, Hugo pisa tan limpio, que anda útil como un verso.

Hablo con el cuadrúpedo

Blando Hugo: y tú, que ni siquiera eres alumno de la conciencia humana. Tú que a esta tierra viniste sin pasaporte, como suelen venir un golpe de viento, un poco de río, una montaña, una fruta.

Tú que no tienes ni el carácter de enviado ni celebraron tu nacimiento, tu nacimiento sin receta, sin campanas...

¡Oh, blando Hugo, cuánta sabiduría, cuánta biblioteca silvestre hay en tu olfato, en tu sencillo hocico!

La tortuga

No, Chinchina, no huyas; ponle la mano, que es una piedra que sufre... sí, es una piedra que piensa... Ella inventó su coraza porque sabía que iba a vivir entre los hombres.

Mírala , no se mueve, desde que un golpe de ola la trajo hasta el polvillo de oro de la arena, no ha querido dar un paso... ¡conoce tanto al hombre!

Sin embargo, no volverá a su casa ruidosa y transparente. Chinchina, tómala, que es chica y mansa. Tú le pondrás un hilo y una carretilla para que te ayude a construir, ciudades de arena y torres de caracoles.

Después, yo puliré su coraza para que te mires en ella; y te haré crucifijos, fichas, peinetas, y no sé qué otras cosas...

¡Pero si todavía está viva! Mírala, tócala.

¡Pobre tortuga que no tiene nada de loca!

La gota

Ayer, Chinchina fue a la plazoleta, y se entretuvo viendo los diminutos relámpagos fríos del estanque perforado de peces.

Una nube —casi a propósito— un chaparrón vistió a Chinchina de ola y de piedras preciosas.

A ella le gusta el agua, y como el agua le fabrica sus pasos, se quedó con el poco de nube caída.

En tanto yo, aquí desde mi ventana, estuve viendo... leyendo una gota de agua. Y hasta que la gota no volvió al cielo, no me aparté de ella... de la gota.

Pero no creo que se fue sola.

El afilador

Chinchina, fijate cómo inventan diamantes las manos de este hombre pobre.

Yo, cuando tenía siete años, creía como tú que este viejo afilador manoseaba el cielo y bajaba todos los días por esta calle para regalarme estrellas. Tiembla todavía su gran barba, la que siempre me parecía que se le quemaba con el oro que sube precipitado de la piedra inocente; y yo no lo tocaba, pero mis ojos lo escarbaban, creía que no era de hueso y de carne; él cantaba no sé qué canción, porque venía de tan lejos, de tan hondo.

Chinchina, pero mi olfato de perro llegó hasta su casa. Yo sabía que era su casa porque vi un montón de tijeras y de cuchillos. Sin embargo, junto a su piedra de afilar una vela alumbraba, ¡una vela!

Su taller estaba tan oscuro que mis ojos de niño... todavía dudan de la casa del afilador, la casa de aquellos dios que de piedra hace estrellas.

La pulga

No, Chinchina, no la asustes, que es un habitante de tu perrito Hugo. No, no la mates, no la tortures. Mira que es de oro quemado, y hace montañitas de rosas sobre tu piel. A mí me gusta verte picada, encendida.

¿Recuerdas al domador de pulgas? Él les enseña cosas de gente. Pero Chinchina, ¡si casi son gentes! Ellas viven de su brazo, conocen el territorio de su brazo..., yo las he visto saltar entre los árboles de los vellos del domador; y cuando el domador suda: nadan, beben, se refrescan; están tan a su gusto en el país de su brazo.

Ya ves Chinchina, no te asustes, que tu habitante es inteligente. Mímala, cuídala, que ella vino de Hugo a tu cuerpo porque quería alimentarse de ángel.

Sí, no la tortures, no aprietes tu familia... no la mates, que ya tiene sangre tuya.

Ojos vegetales

Mira, Chinchina, cómo comienzan a sufrir, a llorar goterones de azúcar de los ojos verdes y oscuros de las

uvas. Mira cómo se te llenan los dedos y los dientes de lágrimas de almíbar.

¡Si tus azules uvas, las que miran, las que guardas entre los párpados, lloraran como las que muerdes, y no gotearan su poquito de mar!

Yo siempre quiero verte así, como tú siempre estás; sin un poco de tierra.

Sin embargo, cuando no veo tus dientes, cuando estás casi cuerda, cuando no corres ni brincas, creo que estás pegada al mundo.

¡Qué cerca estoy entonces de ti!

Es que la tierra sabe que ya estoy gobernado por la honestidad de la azucena.

Alianza blanca

He dejado a Chinchina haciendo relámpagos con tiza en el dormido nubarrón de la pizarra.

En tanto, me pongo a hablar solo. Y veo las hormigas, que caminan por mis manos y se detienen ante una pequeña herida mía como si buscaran algún delito.

Pero aquí, frente a la ventana, abierta como la mano de un niño, o como las preguntas que el viento hace siempre cuando toca las cosas del hombre y de la tierra,

¡qué pegado estoy a Chinchina. Casi soy su palabra sin que ella lo sepa!

Los arrieros

Con sus brazos, con sus hombros, con sus cabellos sangrando la tarde, tornan por los caminos duros hombres de perfiles oscuros y de gestos tranquilos como el viento de regreso.

Las carretas que vienen de los anchos cañaverales se agigantan con el ocaso detrás de sus grandes ruedas. Los bueyes también han perdido su medida, su cielo, su nombre. Y qué larga es la sombra de los hombres; su lento tiempo, su niño calendario rural, y su risa que se tiñe de altura, llenan espacios en mis venas no medidas.

¿Ves los arrieros, Chinchina? ¡Cómo vendrían con tus ojos... con tus ojos solamente!

Mira cómo la noche sólo llega a mi palabra; a la puerta de mi cuerpo; mira cómo la noche huye de tus pasos.

Yo estoy aquí, contigo.

Hace tiempo que la noche anda contigo y no se atreve.

Espinas sin rosas

Chinchina, recuerdo que cuando yo quería entretener-te, te decía: La M es una V con muletas. La tijera es una X con anteojos. La T es una I que abre los brazos. Y una cebrá que corre, es un condenado que se fuga, ¿Recuerdas, Chinchina?

Pero también no se me olvida, no se me despegó nunca el día en que corriendo hasta mí, llegaste con claveles exprimidos entre tus dedos, pero no, no eran amapolas ni claveles —tú nunca aprietas las flores—, eran heridas, eran tus manos, tus diminutas, tus indefensas manos desgarradas por el alambrado, por la frontera de cuernitos que defienden el prado.

Y entonces, ¿recuerdas, Chinchina? para entretener-te te decía: los alambres de púas son ramas de espinas que nacieron sin rosas.

Un día sin mi mano

Cargados de ausencia, por el camino oscuro andan los ojos claros de Chinchina. Solitaria, viene acompañada de algo que no se da sino en la biblia del agua.

Husmea, pisa y todavía para sus pies, para su olfato, el camino tosco le sabe a ternura, huele a material de ella, al elemento con que hace sus preguntas.

En tanto, los hombres que peregrinan a propósito la noche, se alumbran de súbito con la sonrisa de Chinchina, y en la tierra de sus labios crece de pronto un aliento de paloma dormida.

Los viajeros se esfuerzan para detenerla... pero... ¿y sus manos? ¿y sus ojos?

Su claridad no entendía.

La semana blanca

Chinchina oyó un rumor. Se arrodilló. Rezó. Pero no, no era la procesión; es el viento del valle. El viento del valle viene labrador como nunca: le ata pañuelos de madrugada a los pájaros; hace habladores los agujeros; pone un león bajo el arco del puente; unta de música húmeda las yerbas, los barrancos, las piedras; crece en la torre una melena de lluvia.

El viento del valle viene como las manos de Chinchina: casi poniendo cosas azules en los objetos, casi arrasando, usando a Dios sobre la tierra.

Pero hoy, más allá de la aldea, entre la neblina de la loma, se ha despertado la Torre de los Curas. Hoy las campanas vienen más temprano que el viento del valle. Los ojos descansan como el agua sin río. Hoy, el agricultor y el aguatero miran el cielo... pero el otro cielo.

Hay en el aire una bondad de jumento. En tanto, Chinchina es tan diáfana, que me tapa los ojos con sus manos y veo la procesión...

Los ojos de la vaca

¡Cuántas, cuántas letras que hay en el aire! Chinchina, alguien sin manos está escribiendo tu nombre. ¿Te estará haciendo cartas el ángel que está escribiendo tu nombre con letras de golondrinas?

Pero qué pequeñita se ha puesto la tarde. Mira las vacas, sus grandes ojos están llenos de campanarios y de pájaros; sus grandes ojos inauguran la tierra.

Hace ya muchos años que quise sacarle los ojos a las vacas. Las vacas siempre tienen en sus ojos un Garcilaso virgen. Pero aun quisiera sacárselos.

Chinchina: es que todavía tengo la manía de no hacer prosa...

Estatura de esencia

Chinchina ignora que el aire no está manso. Ella está tan distante, tan limpia, tiene tan poca carne.

Sin embargo, tal vez ya es tarde para el lirio... Pero allá, frente a su vaca difunta, yo tuve que cerrar mis ojos turbios, mis ojos de ciudad; yo tuve que lavar el humo de mi traje y el humo de mi palabra. Yo estaba tan cerca de Chinchina como el labrador vecino que viene todos los días y se arrodilla sobre la hinchazón de tierra en donde duerme su amiga transparente, su vaca vieja.

En tanto, yo he dejado de leer el diario; he dejado la guerra en un rincón. (Comprendo, sé que el aire no está manso... sé que hay un cielo animal...) Pero, ¿y estos pétalos sobre la tumba de esta vaca? ¿Es que el hombre está en este silencio del tamaño de un lirio?

La estatura de un lirio es la pregunta de un niño.

Los cocuyos

Chinchina, cuando yo estaba de tu tamaño, me hacía un montoncito de piedras celoso, prieto, mío, porque el abuelo me decía que las luciérnagas eran lágrimas de la luna, y entonces le apedreaba, le echaba todo mi montoncito celoso, prieto, duro, para que se entristeciera y me llorara cocuyos.

Y aquí tienes un poco, todavía me quedan lágrimas de la luna.

Sin embargo, como tu sonrisa es una piedra virgen, cuando las luciérnagas caminan por tu habitación oscura, parecen mineros...

El corazón de tela

Aquí tienes unas venas de lana, una emoción medida. De una aguja fina, dura y ciega; de una aguja vino este corazón.

No, no lo toques, no lo aprietes que se estruja, se envejece, se mancha.

¿No ves que es un corazón de trapo, que es una cosa fría como la aguja que lo ha tejido? ¿No ves que con el uso, con la mano se ensucia, no como suele ensuciarse el de la anatomía?

¡Ay, Chinchina, pero la mano que lo hizo es la de la mendiga! ¡Míralo cómo sangra!...

Sí, míralo cómo sangra... Tócalo, que está vivo...

El juguete blanco

Con un temblor de ola que acaba de llegar al mundo, Chinchina viene hasta mis manos y me las llena de preguntas misteriosamente transparentes.

Chinchina quiere un juguete, un juguete demasiado raro. Chinchina a ratos, brinca, corre, gotea: quiere un juguete maravilloso.

El viento llega a la ventana de su casa y, como si lo supiera, le regala juguetes invisibles, le relata cuentos sin tierra, cuentos agarrados a la raíz de una voz, a la raíz del duende; casi no es el viento.

Pero, Chinchina, ¿qué haces con tu sonrisa? ¿No quieres un juguete maravilloso?

Alucinación

Como cuando en gotas de lluvia va corriendo, temblando precipitado, loco todo el cielo; los ojos de Chinchina, el azul de sus ojos llega hasta mí, y me alumbra, me aterciopela.

No, no grites, Chinchina; ¿qué quieres? ¿Qué buscas?

Chinchina me pide unas raras mariposas blancas que andan por el aire y van sin ojos, sin alas...

Sí, míralas allá... cómo bajan y suben.

Míralas cómo huyen y vuelven a los hombres.

¿Pero no sabes, Chinchina, que los jugadores de tenis no están cazando mariposas?

Lluvia seca

Chinchina, mira cómo la lluvia ha puesto tus siete años; no parecen de carne ni de calcio. Es que ese polvillo precipitado, tímido, músico, no es agua simplemente.

Chinchina; ni los muchachos creen ahora que tú eres hueso, pelo, gente; ahora tú no estás aquí... Es que tú, bajo la lluvia, tienes algo de inventada, algo de voz deshabitada.

¡Ay, Chinchina, se te pega tanto, que la lluvia te desnuda con ropa!

Ese polvillo húmedo, sonoro, ese polvillo que desdibuja la tierra y la pone distante y la hace blanda, casi de algodón; por ese geniecillo que se entretiene fabricando los colores de los pelos de la tierra; por ese geniecillo sé que tus siete años no están en el calendario ni caminan tu cuerpo vestidos de material de número.

¡Qué bien, Chinchina, tú eres una cosa que ha fabricado la lluvia!

Agua de puerto

Calle abajo por entre baratijas y olores marinos, los ojos de Chinchina —lejos del valle—, comienzan a poblarse de esqueletos de barcos; es el único puerto, es la

única rendija de la gente de tierra adentro. El cielo estaba como de costumbre: puro. Una bandada de pájaros de la luna venía de no sé dónde y peregrinaba graciosamente su tranquilo y grande mar sin peces. No esperé, como otras veces, que madrugaran las preguntas de Chinchina, y le dije: el día viene pobre, viene descalzo, pero desde el amanecer está cosiendo con hilos de oro los trapos de sus velas, velas que no se sabe si están en cintas de viento o hinchadas de sol.

De pronto, Chinchina me dice que se va una embarcación; los lobos de agua levantan su hueso más pesado: el ancla, y al enroscar la cadena parece que van enrollando el ruido del mar.

Toda la calle baja hasta la partida. De repente, siento que Chinchina no está en mis manos; me arranco los ojos, los echo al gentío, se cuelan por todas partes, se pegan, agujerean, y ya, junto a un viejo marino que me saluda, respondo y le digo que estoy buscando un pedacito de pueblo... ¿No será aquello? —me dice el anciano lobo—. Y como cuando el alba se posa sobre un cadáver, Chinchina estaba viendo la partida sobre un esqueleto de barco. Quise decirle una palabra seria, dura, grandota, pero sobre la arena marina y entre el grupo que callaba poniendo triste el aire, sólo ella... sólo Chinchina se despedía con el pañuelito blanco de su sonrisa...

Piedra el cieguillo

Como nunca ha visto al hombre... bebe y no pregunta si le dan sucia o limpia el agua. Sin embargo, él conoce las nubes... ¡el cieguito sabe que va a llover cuando le duelen los callos!

Ha llegado hasta la plaza donde suele dar cortos paseos apoyado en otro duro y ciego amigo: su bastón. Pero ni el olfato de su perro, ni el instinto de su palo, saben más cosas que su tacto...

Hoy lo encuentro durmiendo. Su perro lo vigila como a una puerta indefensa. Su silencio no es una cosa más entre los objetos. Lo cuida hasta la sequía que anda como una llave cerrando pájaros.

Pero me acerco más a él, y veo que de sus barbas sale de súbito una asustada mariposa; ya los niños no dudan de que Piedra no es una cosa inútil... Los ojos de Chinchina lo caminan, lo lamen, y, a ratos corren, huyen de sus dedos sucios, sin embargo, todavía ella no sabe por qué las manos sucias del cieguito yo siempre las veo limpias...

Las hormigas

Desde que las olas trajeron el alba a empujones verdes, los muchachos del barrio echan a rodar sus grandes aros, los robados a las viejas carretas que en otros

tiempos pasaban haciendo conversar las piedras del antiguo camino, aquel que baja al río donde los altos bueyes y los pies de los boyeros, chorrean hilachas de vidrio blando.

Tal vez el cielo se pudre entre los guijarros y los troncos pesados de agua difunta. Sin embargo, veo el hombre del viento; veo el agujero que hace en el silencio la chicharra; veo el pozo de un ojo labrador; y allí, ¿la ves, Chinchina? allí hay una hormiga barriendo su ruina, otras llegan cargadas de trigo civilizado, llegan con migas de pan para los meses de frío. Las hormigas, siempre desnudas como la palabra de los niños, conocen el invierno como los hombres.

Pero ayer, la mañosa, la maternal y rabona, la burra que a veces te mira para que retoces con su rabo, ¿la ves? amaneció con una rosa roja, ancha, horriblemente bella pegada en una de sus ubres.

La burra, la suave muda, anoche durmió sobre las hormigas, ¡anoche, cuando las olas ordeñaban la luna!

El buey enfermo

Quise enseñarle, darle un poco de mi frente. Pero es tan limpio que sólo sabe andar con sus patas y nada más come yerba.

Su silencio me lastima, tiene sobre su cráneo una llaga; las moscas se alimentan de su pena...

A veces, parece su llaga una flor tristemente maravillosa; Chinchina quiere verla de cerca, y entonces, de súbito, sube un rumor, una música de cada insecto asustado. Casi siento que respira su herida.

También los ojos de los viajeros vienen hasta aquí... como las moscas... (Tierra ciega: mírale los ojos a los hombres; hace mucho tiempo que se alimentan de la llaga de mi sonrisa).

Pero buey, tu silencio me lastima; Chinchina a ratos asusta tu corona de moscas.

Tierra ciega: mira cómo hago esfuerzo para que Chinchina no se alimente de este silencio...

Piedra tierna

Mientras las manos de Chinchina se ahogan en el estanque mientras la anciana del cielo se le deshace en los dedos, me pongo a oír el cuerpo mío; y siento que el almacén de mi carne tiene un rumor, un secreto primitivo. Yo lo sabía... pero procuro no alarmar a Chinchina: la veo tan lejana, tan pura, tan indefensa.

Entonces converso con alguien... sí, contigo, piedra; tú que vienes rodando desde la montaña, tú que ya te echaste a descansar sobre el camino... nadie podrá entender-te, sólo la tierra empinada, la que te vio rodar hasta el valle entre las sílabas de agua y el viento.

tiempos pasaban haciendo conversar las piedras del antiguo camino, aquel que baja al río donde los altos bueyes y los pies de los boyeros, chorrean hilachas de vidrio blando.

Tal vez el cielo se pudre entre los guijarros y los troncos pesados de agua difunta. Sin embargo, veo el hombre del viento; veo el agujero que hace en el silencio la chicharra; veo el pozo de un ojo labrador; y allí, ¿la ves, Chinchina? allí hay una hormiga barriendo su ruina, otras llegan cargadas de trigo civilizado, llegan con migas de pan para los meses de frío. Las hormigas, siempre desnudas como la palabra de los niños, conocen el invierno como los hombres.

Pero ayer, la mañosa, la maternal y rabona, la burra que a veces te mira para que retoces con su rabo, ¿la ves? amaneció con una rosa roja, ancha, horriblemente bella pegada en una de sus ubres.

La burra, la suave muda, anoche durmió sobre las hormigas, ¡anoche, cuando las olas ordeñaban la luna!

El buey enfermo

Quise enseñarle, darle un poco de mi frente. Pero es tan limpio que sólo sabe andar con sus patas y nada más come yerba.

Su silencio me lastima, tiene sobre su cráneo una lla-ga; las moscas se alimentan de su pena...

A veces, parece su llaga una flor tristemente maravillosa; Chinchina quiere verla de cerca, y entonces, de súbito, sube un rumor, una música de cada insecto asustado. Casi siento que respira su herida.

También los ojos de los viajeros vienen hasta aquí... como las moscas... (Tierra ciega: mírale los ojos a los hombres; hace mucho tiempo que se alimentan de la llaga de mi sonrisa).

Pero buey, tu silencio me lastima; Chinchina a ratos asusta tu corona de moscas.

Tierra ciega: mira cómo hago esfuerzo para que Chinchina no se alimente de este silencio...

Piedra tierna

Mientras las manos de Chinchina se ahogan en el estanque mientras la anciana del cielo se le deshace en los dedos, me pongo a oír el cuerpo mío; y siento que el armazón de mi carne tiene un rumor, un secreto primitivo. Yo lo sabía... pero procuro no alarmar a Chinchina: la veo tan lejana, tan pura, tan indefensa.

Entonces converso con alguien... sí, contigo, piedra; tú que vienes rodando desde la montaña, tú que ya te echaste a descansar sobre el camino... nadie podrá entender-te, sólo la tierra empinada, la que te vio rodar hasta el valle entre las sílabas de agua y el viento.

Ya lo comprendo, piedra; lo sé antes de que me lo dijeras y me lo contara el camino, este largo camino sin tierra...

Pero piedra: enséñame a ser tierno... tú eres de algodón... Ahora estás en las manos de Chinchina.

Verde adentro

Cuando a través de los alambres del camino sonríen los aldeanos, como la red es de púas, sus sonrisas parecen azucenas con espinas.

Sin embargo, sólo así, tan cerca de la montaña, el hombre sabe decir palabras no presentidas por la carne.

Ya, aunque Chinchina no me entienda, yo le digo que la sonrisa de los campesinos es del color de sus preguntas.

Y aquí, donde todo está desnudo, qué ridículos son: mis zapatos, mis medias, mi sombrero, mi saco. Sobre esta tierra es inútil vestir al animal y a la palabra.

Ahora los hilos patriarcales de las barbas de labrador, me están amarrando aquello que, entre su jaula de costillas, me late como un ala.

De pronto, Chinchina viene de no sé qué azul sin geografía, y llega hasta el ciego cuerpo mío. Yo regreso tam-

bién de no sé que lugar, y con ella entre mis brazos (casi sin ella) me lavo con tierra...

Las chicharras

En el valle hay dos caminos largos: el que lleva a la aldea hasta el cogollo de la montaña, y el que viene de la montaña solo, y solo se ve al mar. El uno es duro, tibio, quieto. El otro es blando, frío, trémulo. Uno es impenetrable y ciego. El otro canta y sueña con el cielo. Uno es de tierra. El otro es de agua.

Pero Chinchina no viene por ninguno de los dos caminos.

De pronto, siento que la cañada, la que hace tres días se ha secado y está llena de piedras, trae una brazada de viento chillón, un golpe de música penetrante y aguda, tan duro, tan filoso, que corta la conversación, el chismecito celeste y pegadizo de la calandria y el papagayo. En tanto, mi silencio, que está vestido de vegetales, pisa la carne de las azucenas, y mis zapatos se humedecen de sangre blanca.

Ya sé por qué Chinchina no venía por ninguno de los caminos del valle; la gente de campo me había dicho que cuando hay sequía la cañada se pone furiosa, se puebla de bulla, de terca bulla de insectos; y Chinchina parece que también lo sabía; ella estaba descalza y sobre los guijarros, las piedras, los troncos, andaba con sus zapatitos al hombro; todo su cuerpo, toda su mi-

núscula humanidad era un hervidero de chillidos; la mañana ruidosa se le había pegado como una araña grande; ya, desde la madrugada, ella soñaba con esos juguetes que parecen fabricados con un poco de tempestad, de tempestad seca y mañosa.

Pero, qué bien: su sonrisa llega ahora con la estatura del campo.

Luego la llevo hasta el camino de tierra; la monto en la carreta, y para que los bueyes no trabajen tan graves... tan mudos... pongo en su lomo a Chinchina que está vestida de chicharras.

El sinsonte

El sendero, la aldea, las crines, todo tiene los primeros sudores del cielo.

Y qué ancha, qué simple, la mañana es sencilla como el bohío y el idioma del aire.

Pero la mañana es una vaca que lentamente entra a la callecita comiéndose los cabellos de la tierra y trae posado sobre su lomo un sinsonte chismoso y grande.

Casi hablándole la verdad, yo le digo a Chinchina que no haga ruido (que no mate esa anécdota)... que no asuste esa vaca que ahora sobre su lomo tiene un poquito de Beethoven.

El día está más grande ahora. Sólo la callecita tan estrecha, tan indefensa como una niña, la única callecita de la aldea tiene el cielo estrangulado.

El pescador durmiendo

Los hombres que suelen cosechar la madrugada antes de que la suelten los pájaros, se amarran su bufanda de neblina, bajan por el barranco silenciosos y con candiles vegetales incendian de fuego frío el río.

¡Son tan duras estas luces que sufren y manchan el agua! ¡Son tan pesados estos duendes que trajeron temprano los pequeños arcoiris que brincan y se retuercen como bailarinas sin pudor sobre sus manos!

Mas hoy, el río de la tarde trajo dos cosas ahogadas: el azul y la palabra padre.

Chinchina, mírala allí, sucia de arena, estrujada de río, la palabra padre está tirada allí como una cosa más sobre la playa y entre las piedras. Simple y barata como un pescado de diez centavos; la palabra padre casi no cabe en su cuerpo de hombre.

Estas manos vacías, ¡qué llenas están ahora de distancias!

Su quietud tiene ahora la costumbre de un fruto.

En la ciudad y solo

A tu lado todos los días; viéndote todos los días, voy a creer, Chinchina, que ya no tengo ojos de hombre.

¿Qué puedo hacer ahora, con mis manos tan limpias entre esta espesa, entre esta oscura ola de la calle?

El cielo avergonzado, apenas se asoma por entre los edificios. Tímido, como una paloma recién llegada, casi el cielo no quiere ser de la ciudad.

Es que ahora... las únicas letras que iluminan son las de los letreros luminosos...

Los vidrios de aumento

Cuando Chinchina despertó de su sueño de la almohada, le puse entre sus manos unos cristales de aumento.

Era la primera vez que Chinchina miraba las cosas lejanas de cerca; y desde la ventana sus manos de siete años quisieron agarrar las nubes, los pájaros, la luna; Chinchina encontraba tan cerca las cosas, que me decía: ¡Cómo será que cabe tanto cielo en la ventana!

Pero Chinchina comenzó a dormir de nuevo. ¿Y para qué dormir, si siempre está durmiendo? ¿Y para qué los lentes de aumento? ¡Ella nunca comprende que siempre está tan cerca de las cosas distantes...!

La carreta

La luna grande de enero comienza a reventar tras la colina, y entre los árboles agujereados se destroza como cuando se moja en el agua con viento. Nadie acompaña esta luna llena y gigante que al comenzar a andar sale o está pegada de la tierra; ella monopoliza los ojillos de gas de las puertas de los bohíos; pero ahora, casi metida o entrando en la luna enorme, camina lenta, torpe, una carreta que sobre los montes viene de no sé qué tierra, de no sé que país fabricado en mis ojos de infancia; sí, Chinchina, fijate que sobre la colina, la flaca carreta no parece de la tierra; tal vez su bobo, su viejo esqueleto no lo hicieron los hombres... Pero qué atrasada que anda, casi no camina... casi no se mueve; ¿la ves? mira aquí su carga... su boyero canta versos.

Ahora la luna lo tiene desterrado...

La calle de siete años

No me atrevo a pisar fuerte; no me atrevo a ser ruido; casi no quiero ser hombre... Alguna cosa anda por aquí; alguna cosa anda durmiendo por aquí... Sí, yo he visto la raíz de sus pasos; sus huellas pegadas de un instinto... y he visto su terquedad de esencia.

Y no son las golondrinas que salieron del campanario precipitadas como un golpe oscuro de polvo o un reta-

zo de sombra dura, sacudida por el bronce; ni este viento que hace engordar la ropa, la que se seca sin gente sobre las azoteas.

No, alguna cosa anda por aquí; algo de Chinchina anda sin nadie por aquí.

Pero prefiero caminar por esta calle vieja que poblaron las piedras como para que nadie la camine de prisa y puedan mirar bien su paciencia azul, su raquíptico cielo que está como una vena difunta.

Sólo ahora yo soy el camino. Mi paso está tan suave que hace cuentos de aire.

La ciudad y su juguete

¿A que no sabes, Chinchina, por qué no quiero que corras hoy como un retazo de soplo, como una mariposa loca y transparente; y por qué te siento hoy sobre mis piernas y cuido tu grito blanco y tus pasos de agua?

Sí, sé que tendría que explicarte. Pero, ¿para qué explicarle a la gracia de la mañana que sale por la leche de tu sonrisa?

¿Para qué? si el cielo se cayó sobre tus ojos y, ¡había que ver el cielo tan mono!

No, no le voy a explicar ni a tu tardo y pensativo borrico que levanta su cabezota para respirar el día por los ojos.

Yo, que ya tengo los ojos más grandes, pero el corazón más pequeño... no te puedo explicar... Que te lo explique la ya bien vestida campesina que no tenía zapatos y era pobre como el viento que viene descalzo y trae perfumes de la montaña.

Biografía sin gente

Casi quiero decirte: comprendo que aún no estás en la paciencia del secreto de la palabra cosa; cuando el tacto comienza a sospechar que tu presencia es el pasaporte de los lirios; cuando los pétalos me envían telegramas de esencia anunciando que fabrican tu peso, tu paso.

Ya ves, no te puedo tocar. Te hablo, te huelo y aun tengo que inventar tu nombre que todavía no me sabe a Chinchina.

Es que tu infancia, tus siete años pelean con el agua, con los números, con el día, con la sombra, para que te dejen salir a ver la tierra, porque todavía tú estás en la cosa y sin ella.

Madrugada sin cáscara

Los pasos de Chinchina comienzan a limpiar ciertos silencios míos, los silencios de mis manos sucias de falda...

Pero ¿y este viejo fruto que maduró en la calle; esta raíz de anillo sospechoso, oloroso a boda diaria; este clima de bestia repentina?

Tal vez la mañana que es una alhaja usada por las muchachas sin sombrero; tal vez el día que se reúne en la crema defendida por ingles, comprende mi predisposición para tocar agua tímida, para sacar palomas de polvorientas novelas y de este hueso de su voz que todavía lamen los perros que corren por mis venas, como si todavía quisieran con su hambre darle brillo a su hueso...

Decreciendo

Chinchina estaba aquí, con mi físico; casi igual que el aire que lame mi piel y le comadrea como un misterio transparente.

Sin embargo, para quitarme carne, me puse a hacer preguntas inútiles, mansas, tranquilas; los viejos marinos me mostraban sus ojos llenos de puertos y de peces; yo hablaba no sé con quién... yo hablaba con los pequeños oleajes y los oscuros rumores de su pulso vestido de azul.

¡Qué distante de mí, y qué cerca de sus cosas!

Yo estaba tan puro como el silencio del burro vecino a la azucena.

Costumbre de materia

Ahora que estoy aquí, sin regreso como la palabra río; mi despegado material, mi cuerpo defendido, mi desunido asunto de comadre con la calle en la boca, mi predisposición a sacar a Chinchina de la guitarra; me determinan a no vender mis cosas que pertenecen al pétalo, al niño que hay en mis pasos, en mis preguntas.

Pero aquí estoy... tal vez porque he dejado la palabra de mi mano allí, en el mismo rincón donde el soldado deja su fusil (su poco de selva), para hablar definitivamente solo, como acostumbran la piedra y la distancia.

Olfato manso

Me acerco a Chinchina, y veo que sobre una materia color de su sonrisa dibuja hombres vírgenes.

Tal vez ahora puedo hablar con mi perro; con la bondad de agua de mi perro; tal vez no sabe que hace tiempo que estoy por lavar mi voz de gente para hablar tranquilamente con él...

Tal vez ahora puedo hablar con su paso, sin embargo, no sabe que si le tiro mi voz sucia de humanidad... él se vuelve animal...

Pero ahora, como ella tiembla, teme, casi estoy por creer que Chinchina no sabe que cuando ella no está triste, mi perro está tranquilo.

Hasta mi perro sabe que Chinchina es de lluvia.

Retrato de un silencio

Llevo a Chinchina hasta la ventana más ancha, la que está acribillada, perforada de estrellas.

Pero yo me buscaba como si fuese una piedra tumbada, desprendida de no sé qué material de mi forma.

Sin embargo, mi voz estaba ahí, pegada a los objetos, a la piel de mis pasos, a las arrugas de mi cama, al moho de la llave sin puerta.

Pero mi palabra, ¿para qué recién llega? ¿Habrà llegado hace tiempo?

Yo estaba sin reloj como la sonrisa de Chinchina.

Huella de aire

Casi con su paso dormido, pero apretada de viento como si el país de los pájaros la hubiese enredado y le lamie-

ra su cuerpo, Chinchina regresa fatigada de cosas que no sospechaba: azules, verdes, amarillos, grises, rojos; sus ojillos no pueden ya permanecer inútiles; su olfato tampoco; su olfato se siente descubridor de algo, de algo tan sorprendente, que tiembla, se recoge, se asusta, se amontona, y su raíz primitiva de ladrido se le entierra como un silencio.

Chinchina abre la ventana, pero cierra sus ojillos (sus dos sustos), no quiere ver el día, teme volver a recibir tantos golpes de oro; no quiere volver a ver a Dios repartido, despedazado en piedras preciosas o en azules de charco... No, no quiere volver a verlo.

Sin embargo, me avecino a ella, me acerco a su fuga y veo que me acerco a él...

¡Qué inútilmente huye ella de ella!

Sabor de fecha

Hoy hablo con un olor... con un propósito de fuerte sabor a número.

Sus palabras caen y se acostumbran como el sucio de la ropa de ciego.

Hablo con mi camisa, con mis zapatos, con mi sombrero; hoy he hablado menos conmigo, con Manuel. Siento mi piel, su labor a poca distancia. Siento mi piel pegada a la palabra.

Y todo, por no sentarme en el parque de los niños. Sí, allá veo a Chinchina pero, ¿y mis manos de hombre?

¡Cómo me duelen hoy las manos!

Tiempo no caballero

El viento viene ahora como una raíz de ruido con su flecha.

Casi ahora, no lo mires... El huracán ha llegado como un cobrador furioso.

Sin embargo, tú no usas el miedo como un anillo de cobre. Tu temblor, simplemente me alimenta; no te duermas; que no se duerman tus manos que tiemblan como dos frutos.

Fruto de tacto

El cadáver hace nueve horas que está sin tiempo. Su monótono gesto, su cáscara invariable es la respuesta de toda piedra útil.

(En tanto, yo tengo entre mis dedos la sonrisa de Chinchina, la que a ratos me despierta despierto. Pero la pesadilla, definitivamente consciente, no me da tregua, ni siquiera perdona la sonrisa que llevo guardada entre mis dedos como un futuro dolor.)

Golpea. Me golpea justamente allí... Pero este cadáver ya hiede. Sin embargo, su silencio no se pudre.

Material de ausencia

Siete años con un poco de agua en la mano. ¿Qué hago ahora? Estaba ya tan acostumbrado a la transparencia; tan acostumbrado a lo blanco, que ya dudaba de mi medida, de mi estatura de carne, de mi metro de sombra...

Aquello:

Iba como en mis manos,
pero tan tenue,
tan leve,
que siempre yo creía
que iba lejos,
muy lejos...
y sin embargo,
iba como en mis manos.

¿Oíste, Chinchina? No, ahora no oyes nada. Ahora no me escuchas. Tú estás más allá del aire de mis preguntas. Hoy te has dormido sobre mis brazos; y en mis brazos estás ausente.

La noche, el reloj, te pusieron distante. Sin embargo, hoy se han puesto chismosas las estrellas; hoy las estrellas se han agrupado en mi ventana (en la tuya) para hablar de tu ausencia...

SANGRE MAYOR
(1945)

Letra

Letra:

esqueleto de mi grito,
pongo mi corazón sobre tu muerte,
pongo mis más secretas cualidades de pétalo,
pongo
la novia que he guardado entre el aire y mi cuerpo,
mi enfermedad de ángel con cuchillo,
mi caballero ausente cuando muerdo manzanas,
y el niño que hay en mí, el niño
que sale en cierto día, el día
en que la mano casi no trabaja,
el día en que sencillos
mis pies pisan los duendes que están en el rocío
haciendo el oro joven del domingo.

Todo lo pongo en ti,
y tú siempre lo mismo:
estatua de mis vientos,
ataúd de presencias invisibles,
letra inútil.

Todo,
todo lo pongo en ti, sobre tu muerte...

La tierra no me entiende.

Sin embargo...

Anatomía del duende

Entre días que vienen como llaves, como llaves
temiblemente exactas, temiblemente puras;
con la fuerza de la luz animal,
con la transparencia de la primera bestia,
con el niño gobernador aliento
del agua y de la tierra,
algo viene luchando con mi silencio,
con la materia simple que rodea mis pasos,
mi ruido, mi cáscara,
como si le quitaran el pellejo a mi voz.

Entonces,
¿de qué está hecho el pulso de este líquido,
y tu olor inviolable gobernado en la niebla,
gobernado por este
abecedario ciego de terribles poderes?

Además, algo tuyo, tu distancia de súbito
fuertemente pegada a mis cosas menudas,
a mi simple contacto,
a estas azucenas
que suelto laboriosas de mi cuerpo,
con su olor sin fracaso
como el aire que sufre vestido de tu voz.

Tu aire... sí, tu aire... pero a veces
de mi piel sale un tigre y en su boca una rosa.

Extensiones sin lumbre

Rodeada de súbito de epidermis de truco,
mi consecuencia azul anda entre sacrificios;
anda con ciertas llaves... y además, con los ojos
lo mismo que dos frutos que ante el filo maduran.
En realidad,
un habitante inútil,
un habitante solo, pero solo
en esta reunión... en esta
conversación que tiene
la esencia con el hombre.
Cómo podría ahora manoseando mi objeto
quitarle cascarones,
quitarle desperdicios,
ahora que una hoja cuando se cae me anuncia
que soy ceniza viva.
Por la noche mis venas se vacían,
por la noche mi sangre
huye de los relojes,
huye de profesores,
huye de las paredes y los números;
por la noche mi sangre
tiene algo de brazo con angustia,
es casi un brazo que se alarga y busca
salvar unos silencios...
Por la noche no ando con linternas;
yo persigo mi sangre,
y es inútil seguirla...
una constante uña cava mi voz,
y por una rendija
mi cuerpo va pasando,

mi grito que es de carne va pasando.
Por la noche yo busco
estas muertes que vivo.

Desentierro tu lámpara

Y para que me entiendas, digo que eres de carne,
que tu vista la usan para ablandar el hierro
que hay en una sonrisa... Ya sé por qué golpeas
rincones de mis venas tan insistentemente
lo mismo que la sed cuando toca a la puerta.
De tus labios ahora podrían salir cuervos,
pero vienen entonces colecciones de infancia;
de pronto eres la torre que da a la madrugada
olas de golondrinas. La torre haciendo versos
se sacude en el aire su melena de pájaros.
Sin embargo te quedas con tu ausencia presente
como el cielo en el vidrio que sale de tus párpados;
pero no te defiendas apretando azucenas,
mordiéndote con algo que cuando muere alumbra,
con algo que te acusa y acusa con perfume.
Así puedes más fácil comprender tu sabor,
tu primitiva esencia de neblina y de agua,
de pez y del relámpago detenido en tus ojos.
Allí también reside,
además de un orgullo de fuerte color blanco,
un silencio que busca metales que alimentan;
el grupo te respira, te huelen con los ojos,
en tanto,
tu corazón envuelto en tus harapos,
anda por entre ciegos... lo mismo que sin fecha,

pasa como un escándalo
el silencio de Dios sobre mi frente.

Iniciación aún

Veo que todavía la chicharra
es un gajo de yerba furioso, un gajo
que a ratos te camina por la sangre y lo sueltas
limpio como el secreto del agua y la paloma.

Hoy que te arrancas noches a fuerza de guitarra,
torturado con rosas más pesadas que el hierro
algo te sale y crece, pero lo que te sale
es un poco del hombre que lucha con esencias;
es algo mucho antes que aquella fecha oscura;
es algo mucho antes que el instinto del aire.

(Además, hay quien cante que todo fue al azar,
que nada fue pensado). Pero ante la furiosa
pregunta de este viento ¿qué hace la piel del cuerdo?
¿qué hace el golpe del tiempo? ¿Qué toca? Si ahora
sube tu desconcierto, suben tus siete dudas,
la sonrisa, los niños, tu palabra estrujada,
la llave de los días sepultada en la noche;
y sube lo pequeño... se siente tan pequeño,
que la gravitación no lo deja tranquilo,
quiere dormir, y sueña... como que se defiende
de su eterna agonía... de su caer constante.

La nada es una aguja tercamente clavada
en alguna cosa de tu vida.

Madrigal del hígado

Cuando a veces (casi siempre) la caricia trabaja
robándole el oficio a los cuchillos,
entonces dejo yo al caballero, a mis manos de seda,
a mi montón de meses civilizados;
me pongo a decir cosas que tal vez no son útiles,
digo por ejemplo: que yo tengo una Biblia
enterrada en el agua de mi pulso;
y que siempre —a pesar de este viento
que me pone las manos enguantadas de duendes—
líquida la guitarra sale por mis heridas,
por eso cuando llego a la oficina
se me ensucian las cartas de menudas preguntas,
y a veces, cuando el clima no está malo,
de repentina sangre de jardines.

Sé que mi corazón se me llena de fechas
y caballos; y que a ratos, casi ahora,
se levanta del pecho, y arrancándose pétalos,
llega a la sastrería, se pone superficies,
usa a la patria hueca de los escaparates, pero
mi corazón, mi carta hecha de venas,
habla de la igualdad y del obrero;
mi jefe lo sorprende haciendo piedras preciosas
de la palabra sangre y pan difícil;
mi jefe lo sorprende
fabricando con migas de seis meses
las grandes azucenas que de pronto
les suelta al comerciante y a la espada.
Y yo me hago ahora mi pregunta de espejo,
me acerco bien al vidrio donde veo mi cara,
mi vientre, mis brazos, mis dedos,

lleno de pelo todo. ¿Para qué busco entonces
el secreto en el aire y en el agua y el cielo?

La palabra instestino me rompe los jardines
la palabra instestino viene como un cuchillo
buscando en los salones la etiqueta más limpia,
buscando la palabra vestida de perfume
y se arropa con sedas y con gasas de incienso.

¿Para qué busca entonces extensiones el hombre,
si el intestino tiene su fábrica de números,
si las terribles cifras de las venas se pueblan
de sueldos y abogados?

¿Pero por qué este aire que rodea mi cuerpo
como si fuese una pregunta ardiendo?

Yo, como una caja fuerte que guarda sus riquezas,
guardo mi hiel, mis ácidos, los cómplices del hígado;
pero por la ventana de un grito saco a veces
estas cosas que el hombre suele esconder a ratos
bajo una percha.

Yo veo aquí extensiones; yo veo aquí la compra
de un terreno y un gesto vendedor de una falda;
además, veo aquí, la tortura de un dedo
en busca de un gatillo; y también, con su filo,
los mineros doctores con sus cálculos fijos
persiguiendo los cálculos, persiguiendo mis piedras,
mis ámbares, mis sólidos sudores.

Yo me pregunto ahora, tendrá razón el hombre
que se viste de frac o se pone medallas,
o el cuchillo que brilla como un espejo serio,
el cuchillo que busca decir al frac y al mito
¿para qué son el hambre y el silencio de un día
perfectamente triste como el diálogo súbito
de las tripas de una señorita
en una sala limpia?

Yo procuro que el hombre se entere bien de esto,
aunque en el laboratorio por instantes se acuerde,
le tapan los oídos unas pequeñas cosas,
pero yo,
que tengo siempre hecha de preguntas mi frente,
que estoy vestido siempre de fechas en peligro,
me decido a ponerle sus sílabas al mármol,
me decido a quitarle su silencio a la piedra.

Tiempo terrestre

El hombre —casi sin otra cosa—
con los ojos no mudos me golpea.
Yo que he tratado de levantar estas fechas familiares,
estas cáscaras, estos pasos oscuros;
porque tener unas manos de quince años
y no decirles que la palabra mañana es triste,
y no callarles que hay cauchos matando el censo:
porque hablo de bodas,
de ataúdes de goma que entre yerbas de luto
pasan su entierro blanco...
su tumulto de ángeles.
¿Qué hago entonces con estos dedos de quince años,
con estas preguntas digitales,
yo que veo que su maldad
anda lo mismo que los jardines que a ratos
salen por las rendijas de los patios?
Yo que procuro tocar esta niebla que me custodia
para levantarla lo mismo que ciertas manos

hacen crecer el mármol
y lo returcen y habla.
Yo que me despierto siempre con los dientes
llenos de domingo,
para que los niños no se austen,
para que los niños se acerquen a mis lunes...
igual que a la plaza cargada de pájaros,
cargada siempre de fiebre libre.
Sencillamente vengo para dejar mi voz
prendida de unas uñas,
de un reloj,
de una ventana.

Mi voz no deja gastar estos objetos,
estas cosas donde cabe el tiempo;
mi pobre voz me duele cuando a veces
me la usan las flores...
pero a veces se me cae de no sé qué familia,
desesperada,
apretada de fechas como un grupo de agujas
corriendo hacia mis párpados,
hacia mis contornos,
mientras yo mortifico una mano de juez
poniéndole la esencia de una niña golpeada
por un luto inédito...

Yo no sé defenderme cuando digo estas cosas...
Yo entro con mis manos haraganas de filo,
y oigo conversaciones... pienso entonces
que debo estar naciendo... que mis pequeñas cosas,
mis más menudas preocupaciones,
toman de pronto un aire de niño sorprendido.
Mas, de súbito, el grupo, desenvaina su vista,
¡y con ojos tan solo!
vuelve a golpear mi físico, mi viruta...

Pero la voz que limpia de tiempo mi esqueleto,
crece con desperdicios...

Un dios que me rodea se alimenta del hombre.

Regreso a decir

Alguien hojea olas —tal vez no hablo del viento—,
tal vez callo el sabor
de la sangre que sale del instrumento músico;
pero hay algo sin tregua,
algo que se permite venir de todas partes
lentamente veloz; algo
que se hace presente con su ausencia.

Entonces,
¿para qué seguir dando tan pequeños detalles?
Ya es inútil que el número no quiera mi distancia;
de nieblas con poderes vienen el buey,
el pétalo, la frente.
Matando pequeñeces viene aquello
que pone en el olfato telegramas.

Estas palabras siempre fueron cosas menudas,
fueron sólo una cosa:
una espada tan limpia como uña de ángel.

Pero no, yo no quiero salir con la guitarra
del río entre mis manos,

ni con el aire agrimensor del señorito,
ni con la noche metida en una flecha.

Pero a pesar del tacto que aun es el idioma,
y a pesar de este hombre que en los dientes
tiene la edad de la mañana.

Yo estoy aquí, siempre callando uñas
que me abren la carne como herida de surco.

¿Qué puede hacer el tiempo
en el terco sabor a llave azul que guarda
el silencio del agua que se cae de esta frente?

¿Qué puede hacer el tiempo en estos pasos
que me traen la nada reunida?

Probablemente hay algo que no viene entre fechas,
y sin embargo, duele,
igual que la cintura cuando quiere ser madre.

El viento viene ahora con más fuerza.
Ahora las raíces, como manos de náufragos,
sacan al sol sus dedos de labradores ciegos;
sin embargo, la frente ¿qué hace
con las barbas de Dios desenterradas?

Pero no, yo no hablo
de aquello que me viste de rumor la epidermis;
hablo de alguien que va conmigo,
de alguien que puede siempre levantar este día
que pasa bajo el puente cadáveres de trino; yo hablo
de este que se desnuda cuando me hace preguntas,

pero tan simplemente que parece de río,
y el aire lo comenta.

Se me caen estas cosas, sólo cuando su risa
como un lirio rabioso se agarra de los hombres.
Lleno de ausencia a veces se pega a mis preguntas,
y se defiende sólo con su lirio.
Hablo tal vez de un niño, de una frente que corre
como lluvia descalza sobre el mundo.

Hay sólo allí una cosa tan desnuda, la paciencia
de una estrella chorreando sobre su piel, ¡tan cerca
del hambre de su voz que es su propio alimento!

En realidad, yo hablo
de cosas mías que me rodean.
Desestimo la labor de largas semanas
en edades en unos signos que empequeñecen
el papel del hombre.
Pero problemamente mi irremediable actitud
de no asustado hombre
que lleva un niño entre las manos,
pesa sobre los equilibrados dedos
de los enriquecidos,
que siempre envainan en la vena el diente.

Día hacia dentro

No estoy cantando cosas, yo no puedo...
Hablo de la quietud que se me pudre,
hablo de los silencios de este día

que se cae sobre un hombre;
tal vez hablo de algo...
cuando un poco de filo sirve siempre
para enterrar una palabra, un grito;
cuando un poco de filo
se entierra como un ojo en una pena,
¿cómo puedo decirlo, con qué letra levanto
esta edad de mi pulso?
¿Cómo saco mis venas y las tiro
sobre los ataúdes,
sobre las estatuas?

Estoy diciendo cosas, yo no canto,
yo no puedo...
Yo defiando estos pasos, como a veces,
gobernando interiores,
defiende su tumulto vegetal
la raíz de algo
que medita con esencias.

Allí está la magnolia peleando con el siglo;
¿pero mi voz qué hace todavía
en estos sacrificios vegetales?

Yo quiero decir cosas, yo no canto...
Huyen mis ojos de mi cara y siento
que corren hacia el fondo de mi sangre.
Yo estoy allí, creciendo con tinieblas,
están allí mis dientes que resisten
igual que las espinas que custodian la rosa.

Indefenso entre números,
indefenso entre fechas,

se me desprende algo
inútil siempre como los jardines...

¿Qué puede hacer la mano, qué puede
su familia de uñas que conversan?
Ahora que mis ojos desentierran
el material con que hace sus preguntas
el niño junto al mar.

Pero sangre, tú eres mi más antiguo trago...
mi más alto golpe de ola.
Cuando digan: ¿qué haces?
Tú no responderás;
tu terquedad de río,
tu enfermedad marina,
tu viaje por mi voz, pero ante todo,
tú sangrando sin líquido, tú saliendo lo mismo
que un olfato furiosamente alto,
como un día sin letra, sin retórica.

En tanto,
sobre los sacrificios de este fruto,
sobre las bodas que se caen y mojan
de Cosmos las hormigas y rincones;
sobre la estatua que levanta el hambre,
sobre las uñas ciegas,
hoy se me cae la frente,
mas mi frente entre espinas tiene un ocio
de rosa.

¡Oh rosa sin oficio... —haragana de pura—
con tu inutilidad fabricándome a Dios!

Donde la voz parece más del árbol

Donde la voz parece más del árbol.
Donde el hombre es un árbol.
Aquí, donde los ojos de los niños...
Tal vez aquí no puedo decir nada.
Tan cerca estoy de cosas que están siempre desnudas.
Puede mi tiempo ahora herir la tarde.
Yo vengo de tan lejos y de tantas palabras,
vengo de tantas manos y de carne con precio,
vengo de tantos vientres con inéditos gritos,
que me sube la voz igual que un ojo.
Aquí, donde este hombre para
decirme que no tiene ropa
desentierra los huesos de su sonrisa:
su azucena valiente y definida,
su azucena harapienta.

Sangre mayor

¿Quién me entierra sus dientes lo mismo que semillas?
Ya siento que mi sangre de pronto suelta pájaros.
Duelos desconocidos y remotos me ascienden
al llenarse mi cuerpo de distancias que duelen.

¿No sientes que mis brazos crecen como dos ramas?
Si yo pudiera ahora dárselos a los ciegos.
Yo crezco entre los cines, peluqueros, modistos,
igual que un lento fruto que crece entre su cáscara.

Vuelvo y me digo ahora: ¿la raíz es del hombre?
Debe haber otra vez huéspedes en mis venas,
siento en ellas un vasto cerebro repartido,
me están sacando un húmedo rui señor por la herida.

Lejano aún y abre todo el cielo mi grito.
Aquí la fuga es mía, la disgregada rosa.
Hacedme tiempo, tiempo; golpeadme, tiempo, el sueño,
que yo tengo una fiebre que hace sudar la estatua.

Mi sudor cae al pétalo y lo deja con ojos.
Florecen con las gotas de mi frente los árboles,
un dios pequeño anda por mi cuerpo soltando
espacios primitivos de secretos feroces.

Estos huesos que siempre los números dirigen,
si el armazón no fueran de una palabra, un hambre:
si la mano en la sombra no viniera pensando,
¡oh qué cerca estuvieran de la rosa los hombres!

No me siento caído ni pegado a la tierra.
¿Para qué paso entonces por entre los harapos
de voces sin zapatos, pero con pies azules?
(Por algo hay en mi sangre pesadilla de alondras.)

¿Pero por qué los brillos de este metal que crece
en los filos del ojo? ¿Tendré yo todavía
que perseguir esencias y misteriosos vientos
enemigos del pan y fuerza de jardines?

La guitarra se pudre en las manos sin hambre...
Por algo está este viento enterrado sin gente.
Quiero sacar mis dedos y fabricar presencias
en el aire del cuerdo que duerme la guitarra.

Ponedme aquí a la puerta por donde viene alguien
que tiene entre las manos el cadáver del tiempo.
Aquí, sólo con sangre, aquí yo diré cosas
que tienen el tamaño simplemente del hombre.

Lucho con la neblina que se pega a la voz.
¿Pero hace tanto tiempo que me arranqué los ojos?
¿Tendrá que ver la tierra con estas cosas mías?
Ella que anda desnuda desde que estoy sin ojos.

De cosa calculada y amargo paso hecho...
se me cae este duro pasaporte de sangre.
Yo quiero simplemente saber si por mi herida
la tierra seca busca su esperanto de río.

Hay, ya sé, comerciantes con pasos de azucena.
No invitadas palabras casi arrugan el aire.
Hay alguien que podría ver hacia arriba y verme
joven de azul y siempre tan viejo de preguntas.

La cosa innecesaria que se pesa y se mide,
este inútil idioma: cáscara de tu alma;
además, en desuso... en desuso si alguien...
si no fuese tan joven la vejez de este viento.

Cabe, dice la niebla, la nada en este hombre,
¿sufre tal vez la nada? Voy a decir y grito
que estoy en cada cosa, que cada cosa duele
cuando yo pienso y veo. Voy a cuidarme ahora

en la nada y la rosa. Yo vigilo mi origen
descuidando las cosas más pequeñas del hambre...
Alguien me dirá entonces que hago sufrir distancias.
¿Estaré yo en las piedras buscando mi palabra?

¿Y qué puede esta dura reunión de mi cuerpo,
aquí, perdida en sombra, inútil, agarrada?
¿Pero de qué se agarra? ¿Qué le duele a mi niebla,
y al aire que hay en mí de partida y sin viaje?

¿Para qué son entonces este lujo en la rama,
y el otro que congrega la rosa en el olfato?
Mi tacto; que es varón, busca soltar palomas,
y hacer cosas de aire sin edad y ser hombre.

De caballo y de pétalos está hecha mi frente.
¡Qué enemigo que estoy de la piel y mi nombre!
Mi defensa de esencias mata los calendarios,
y otras cosas presentes como los cementerios.

La pobre cal que viste de novia las paredes,
y este rumor de olas que no quiere venir
de donde viene el tiempo. Por la herida los huesos
como letras ya libres, salen a usar la noche.

Material de fuga

Rodeada de violines, mi sangre interrumpe mi organizada vida de humillado caballero a sueldo; aunque obstinado, oigo un golpe de tierra, yo gasto mi decidido propósito, mi inquebrantable destino de fuga, mi terca respiración de números y espacios no limitados por manos con cuchillos ni por materia torpemente extensa.

Yo siempre salgo acompañado por un inviolado paso de indefenso; pero los pequeños pasajeros que me ro-

dean pueblan el aire de organizaciones sospechosas, de infructuosos, de sucios sacrificios. Yo ando por entre cenizas y colillas y un tortuoso ruido de ferrocarril que tizna el sentido.

Ya es inútil que las vacas y los caballos lo ignoren; ya es inútil que las piedras y la madera no lo sepan. Yo soy también algo de agua que corre como si nunca hubiese estado cuerda, como si fuese la primera vez que ha encontrado a la llanura, para lamerla furiosamente. Pero aún el agua y su familia de huracanes, usa la palabra tiempo. Yo soy también aquello que no se usa...

Todavía la locomotora no puede defenderse de la rosa.

Permanencia inmaterial

Vienen los días del tamaño de mis manos. Pero hay un viento notario que recorre con cierta insistencia las uñas y los intestinos, las habitaciones modestas de las vírgenes, los intersticios más oscuros que a veces tiene la casa del pulso.

Sin embargo, yo insisto en no dejar caer mis bienes azules; yo insisto en llenarme las manos de estas fechas difíciles.

Tal vez en un retazo de cielo de patio rodeado de respiraciones derrotadas y de pequeñas costumbres no familiarizadas con el ojo de la mañana, puedo incorporar a mis únicos asuntos, mi guitarra y mis preguntas calladas.

¿Acaso no comprende el aire vestido de desprendimientos de cosméticos? Mis manos, impreparadas todavía para la lucha de las menudencias estrictamente anatómicas, fijamente cotidianas, no pueden, no saben tomar ciertos utensilios que pertenecen invariablemente a la piel?

Fecha golpeada

Solicitado por silencios, por los silencios que rodean a la estatua y la herida, hay además de unos pasos, unos movimientos de súbito pulso; un preparado aire de hombre en su estatura, un inevitable olor de azul varón, un penetrante golpe de cuchillo que a veces se encuentra en la palabra como un fruto.

Hay, también, sin olvido, desde los instrumentos de la piedra virgen, hasta el hierro que medita y gobierna, los ojos de este hombre, las manos de este grito, el tacto de este aire, permanecido, solo, definitivamente contra el tiempo; dolientemente igual, con la palabra hombre desusada en la urbe.

¿Pero la calle se pregunta qué puede hacer el hombre con esta frente que tiene quietudes de rosa?

¿Cuándo verá el tumulto sus pobres manos gobernadas por enfermedades de alondras?

Ojos labradores

En cierto tiempo, en cierta luz, cuántas veces ha sido golpeada esta frente por unos viejos sueños, unos antiguos pasos; pero no tan insistentes, no de súbito, como, no obstante su silencio, los dedos y los ojos de ese dios del tacto y de la penumbra, de estas uñas saturadas de grises, rodeadas de una pregunta invariable.

Sé que los días pasan simples por entre las palabras de los galleros; yo he visto, sin embargo, una sola fecha, un sencillo paso de clima, tomar proporciones de un viento misterioso entre las barbas y los ojos de un hombre que en silencio pide un poco de trigo. En un poco de trigo he visto, he oído ciertas interrogaciones y he sentido el temblor y un nacimiento de grandes tiempos. Puedo contar también los pasos de los hombres en un poco de trigo.

¿Pero si no pudiera repartir estos ojos que enseñaron a trabajar a las raíces?

Los que empequeñecieron la mañana haciéndola brillar en una uña, indefectibles fechas con algo de roedor viento humano, se acumulan, se agolpan en la difícil soledad del que ha usado un filo en la sombra.

Manuable aire

Alguien lo sabe... alguien que estrangula acordeones; alguien que te fabrica sin tierra, sin material de ola; alguien que tiene la garganta quemada de canarios, y siempre se consume y se pone flaco como una llama.

Tú vienes de la palabra pan; tú vienes de uñas de guitarreros; pero además, tú vienes de ciertos trapos empapados de venas, empapados de honra.

Por súbito asunto, por el sacrificio del vendedor de perfumes; por el aire que hay en mí de niño solo, desordenado y temblando me persigo; y allí, precisamente de donde tú regresas, no puedo fabricar mis más menudas cosas, mis utensilios; mi filo; todo tengo que hacerlo exprimiendo acordeones; pero siempre con un súbito interés de tristeza; siempre con una irremediable decisión de ser hombre entre el cielo y la tierra.

¿Pero, por qué tan insistentemente me busca probablemente alguien que no gasta los días?

Alianza virgen

El día endurecido en el brillo de los sables y en el ojo agresivo de la moneda; todo esto, y además, el repentino desequilibrio de un objeto, de un hombre sinceramente

bueno, afortunadamente normal, y unos pasos de soldado tercamente torpes dentro del ruido del corazón de un habitante y joven bachiller; esto es sencillamente los que hace de una fecha inofensiva como el domingo, un día misteriosamente personal; este pobre día de camareros y mucamas, ha tomado de súbito inmoralidad en la sangre y en mi irremediable permanencia inmaterial.

¿De dónde me vendrá a mí ahora esta pregunta, este duro afán, de matar mi transparencia, de ponerla estrictamente al contacto de los sucesos familiares? Yo que simplemente piso los vegetales y lavo mis uñas con la lluvia ¿para qué me hago ahora esta pregunta? ¿Por qué no me hago el grillo, y con su aguda inocencia clavo alfileres en el oído y en el traje de la neblina como si yo fuera también un reparto de la noche?

Tal vez las moscas no se desprenden de mi presencia porque también hay un poco de llaga en mis preguntas.

Iniciado en la piedra

Estas cosas que me dicen que el día tiene un fuerte olor a esfinge. ¿Pero qué busca la epidermis en torno? Y esta mirada que me hace comer objetos, cosas sin trascendencia, cosas que están detrás de la estatua del hombre?

Algo pesa este olor reunido como un número, como un enemigo de la epidermis, buscando un habitante de estimables silencios.

Algo pesa este aire. La higiene de la voz es tan difícil... ¿Es que tú no oyes nada? ¿Es que no sientes que el aire es la epidermis de Dios?

Mis pobres manos, hasta ayer gobernadas por sangre sin tregua, adquieren lejanías no tocadas. Hoy mis manos, silenciosas como una miga de pan; hoy mis manos, quietas como una frente, tienen el movimiento inmóvil de la estatua que huye...

Testimonio en su sitio

¿No ves la tierra alta? Hace poco unos ojos se cayeron del sueño del mar. Pero yo vengo de una frente de una voz que me dijo: ¿ves esta calle?; la estoy barriendo para que no se pudra mi palabra. Es que yo veo aquellos pantalones que en el aire de la alcoba dejan un penetrante olor a destino...

En realidad, aquel hombre, ya parece decirme: estoy barriendo esta calle para que el instinto de mi mujer no se le ensucie...

Unión de huellas

Y debes hablar conmigo, con este que llega sin paredes; con este que sabe que los comerciantes tienen una lucha a muerte con los jardines; con este que habló

con los peones, con los que no comprenden que el lirio está en su sitio...

Yo quiero que tú sepas que tal vez un pétalo friega mi pequeña palabra de caballero. Yo, que estoy aquí, contigo, lleno de pájaros y ríos, es porque vengo desnudo...

Es que yo quiero que comprendas que el lirio está en su sitio...

Estatuta de un aire

Y aquí, donde mi voz trabaja y nace de la sequía, lo mismo que aquel pájaro que canta su primera misa entre las costillas del cadáver de un caballo, no puedo decir cosas para sorprender al hombre; ya es muy antiguo el cráneo, ya es muy antiguo el ojo. Pero hay algo que es cómplice, algo sin tregua que oigo allí, donde el tiempo es indefenso. Yo echo allí mis palabras, y también los ojos de aquellos que no pudieron entenderme y usaron sus manos como sílabas temibles.

¿Pero, qué tiene este montón de tierra, de patria abandonada? ¿Está desenterrado por mis venas?

Hoy la calle me encuentra sin sospechas como un poco de cielo en la ventana.

Desentierro del ala

¿No ves que la azucena está descalza? ¿No ves que los labriegos no saben que con sus manos sucias pueden limpiar mi frente?

Llegan a mí los bueyes con la biografía de la lluvia detenida en sus ojos. Vienen con algo tan simple como el secreto de la mañana.

Estoy con algo tan indefenso que la salud de una azucena espera mi palabra. Soy una cosa sencilla como el azul de un patio en donde duerme un niño que espera la vida.

Y todo... todo esto... para poder hablar contigo. Tú que vives sin calles, sin confort, sin agua endurecida por la electricidad.

Es que andas con algo tan indefenso, que el tumulto viene a lavarse las manos en tu saliva...

¿Pero, sabrán las extensiones de la tarde invitar tu decidido propósito blanco?

¿Comprenderán las manos hasta dónde llega el idioma de tu silencio?

Lumbre enterrada

Mi piel equivocada duerme junto a mi voz; pero mi inesperada trascendencia de objeto, mi fuerte olor a frente, mis varones silencios; y sólo como un árbol con su destino verde, con sus raíces que sostienen sílabas de pájaros, algo me estira y crece como el día; ya oigo pasos de esencia virgen, continentes de lirio en la risa del niño; pero siempre, y de súbito, alguien baja y comercia sus retazos azules.

Además, y a pesar de su tacto, ojos conspiradores devoran las esquinas; y oigo grupos de sombras, y venciendo mis pasos de pegajosa timidez, poniendo desusados temores y mohosos caprichos, llego a la puerta oscura de las venas del hombre; nadie sale al paso de mi presencia clara; pero antiguo de tierra, joven de itinerario, con mi sangre de pájaro paso por entre hombres, y oigo el terco, y oigo el sucio escándalo que tienen sus miradas.

Desunida unión

Simple como el magnate ante la rosa, el vendedor de guitarras llega hasta mis palabras; pero fuera de ellas, lo veo perfectamente herido por la aguja del reloj que es la única flecha de la gente simple.

Hay allí, a pocos pasos de mi voz, una madrugada de bueyes, y un gris de neblina y un verde de montaña que posiblemente no tienen nada que ver con las cosas de la tierra.

Sin embargo, la mirada de una costurera humillada, sin sueldo, y sobre todo, sus pasos reunidos en un fuerte silencio, coleccionan en mi frente ciertos signos, cierto tiempo de preguntas no limitadas como la sonrisa de los caballeros vestidos de ofensiva complacencia.

Los mucamos de los grandes hoteles usan también esta sonrisa, pero honradamente dosificada, y además, sinceramente triste.

Yo pienso a veces, que un hombre que escribe algo, pasa por entre estas urgencias como un niño por entre golpes de ola y peligrosos equilibrios; y creo gritando, que es demasiado hombre, cuando con sus pasos de frente pura, con su oficio de indefenso, pisa y habla de números, y habla de cines y de enfermedades.

Alguien posiblemente pensará que esto no es perfecto, que esto es un montón de cuchillos que esperan el calor de la mano. Alguien trae su palabra como su mejor cosecha.

También yo he visto en el ojal del smoking de un bandido un poco de jardín...

Fecha del paso

En la poca estatura de esta aldea; en el mínimo tamaño de estas pisadas; en el arado; en el instrumento que sólo puede lavar la gota honrada del cielo agricultor; allí he puesto yo tu guardada palabra acostumbrada a menudencias, a cosas de olores empequeñecidos por manos de papel oscuro.

Yo me pregunto ahora: ¿en qué consiste ese constante paso mío, desesperado, en busca de mis pequeños intereses, como si mi paso, desenterrado de un territorio sin tierra, buscara, precisamente allí, sus harapos más impuros, para contarlos y restregarlos con un golpe fijo de gota de ojo o luz difícil?

Equidistancia de lo simple

Pienso en el pan familiar. Pero, ¿puedo yo incorporar este problema a los pasos de mi más decidido destino? ¿Tendrá aquella estatura de lo que yo sospecho, —y aún sospechándolo— cobra en mí un altísimo desasosiego?

He tenido largas y penosas luchas entre mi materia al uso y estas preguntas. He procurado no desvelarme y me he desvelado; busco deliberadamente las cosas que me rodean, es decir, los objetos, la anatomía: las cosas cuerdas; pero mis preguntas desvanecen estas fronteras; me fatigo entonces de la simple medida; muchas

veces, casi siempre, procuro hablar con los niños, son, de las cosas que veo, las que tienen el movimiento más parecido al sueño; pero, desgraciadamente, no puedo defenderlos del reloj...

Tal vez, yo, que estoy sin tiempo, no he llegado a ser hombre.

Distancia de lo puro

Precisamente, junto a los mudables acontecimientos oficiales, suele mi aire de caballero disgregado concentrar —casi acorralar— su desmedido paso de predestinado; y es entonces cuando el viento del tumulto se deshace al más simple contacto, como las cosas no familiares a la estatura de un gesto que, sin aparatosos movimientos y ornato, pertenece irresistiblemente a lo eterno.

Suelo, por eso, no detenerme en los climas intermedios ni ante los minuciosos que perdieron su mejor cosecha por un minuto de perfección.

Sin embargo, ¿podrá el hombre cuando mira las estrellas decir cosas cuerdas?

Viento de tumulto

Solo, entre los altos tiempos y los pequeños intereses de los hombres; mi instinto vacila entre los equilibrados; pero, desesperado, sin tregua, golpea como la ola, casi siempre armado de un propósito misteriosamente simple.

Comprendo que si las cosas que lo rodean no lastiman su más sensible actitud, su decidida manía blanca y este inequívoco aliento de su respiración no anatómica, tal vez su andar hubiese sido espeso como una lengua de vaca; y, sinceramente, mi pasado hubiese sido mi presente. Allí, nomás, a cien siglos de mi olfato, mi palabra se alimentaba de imprescindibles piedras y neblinas. Pero no, no puedo desandar; alguien me obliga a ponerme en contacto con el calendario; alguien me obliga a oler de cerca las uñas y el corazón. Comprendo que uso estos instrumentos con cierta simple manera. Deseo parecerme al agua en estos asuntos...

Tiempo de sustancia

Son indefensos todos mis trámites, mis más duros procedimientos; yo que no puedo coleccionar correctamente las fechas de mis instrumentos de oficina, ni siquiera los onomásticos de mi grupo de huesos y de venas, de toda esta cantidad de grasas y corporal manifestación. Debo, sin embargo, incorporarme con cierta inclinación terrestre: una raíz de cálculos hace designaciones en mi

sangre, pero no espero de ella mi destino; desentierro y aprovecho su lumbré; camino y voy con su calor; no obstante, y a pesar de sus dones, vuelvo mis ojos hacia ciertas piedras que ha modelado una voz en el hombre, y me digo: ¿puedo yo desvanecer y sacrificar mis más agudos y penosos desvelos? Yo que no tengo el tamaño de las cosas sin propósito; yo que duelo a la distancia, ¿podré reunir ahora las miserias de los poderosos?

Tal vez no haya a través de mi desmedido proceso de levitación, un solo gesto que no esté arraigado a un coloquio entre el hombre y su raíz.

No quiero repetir aquí mi siempre olvido de mí mismo; pero juzgo inevitable este sacrificio cuando hay un contacto directo y vivo con lo eterno.

Sombra física

Yo que no desprecio la participación de mi designio entre los sacrificados; busco con cierta y fuerte sinceridad no desandar.

Manoseado por un clima de esencia, yo me pregunto a veces, si es que debo rehuir a los acontecimientos fechados, desprendidos de inevitables humillaciones terrestres.

Pero siempre, entre esas interrogaciones, me toca de súbito un aire de misteriosa voluntad que hace de mis

debilidades de humano un posible entendimiento de mi materia con lo puro, con lo inequívoco para todo contacto con lo no transitorio.

No juzgo entonces los pequeños sucesos que rodean con cierta terquedad ingenua al silencio de mi frente. Persigo, sí, una sola actitud... no distanciar mi olfato de esos grupos de sombras.

Desneblina

Casi hoy he comprendido lo que alguien ha querido enseñarme desde hace un largo y oscuro tiempo; pero no es con aquello, con lo que mi quietud de esfinge modela recónditas responsabilidades no pertenecientes a los simples y manuales acontecimientos.

Un estatuto de procedencia no violada, rige los destinos azules; ¿puedo yo, entonces, reconsiderando ciertas voluntades ilustres, tener un sencillo espacio en donde descifrar un gesto o ponerme a deshilar con la aguja del día la tela del agua?

Sin embargo, he puesto mi sinceridad al servicio de los que me rodean, y ha sido duro para mí ver cómo ha regresado mi desprendimiento.

Yo he querido muchas veces no detenerme en estas explicaciones; no obstante, tengo —inevitablemente— que intercalar en mis más desnudos sueños estos asuntos.

Pero, si el dolor no me dijera que yo existo, ¿cómo lo podría creer?

Clima sin tiempo

¿Qué he pretendido durante mi vigilia, durante ese cúmulo de no catalogadas interrogaciones? Casi siempre he creído que el más tímido gesto del instinto tiene una gravedad de insospechado movimiento de ala, cuya dirección impone su invariable destino hacia lo perdurable.

¿Podría yo, ahora, detenerme en ese juego de la política y de los deliberados intereses? ¿Podría yo colocar mis desvelos, mis más desinteresados sacrificios sobre esta corriente manoseada por el tiempo?

Positivamente que no, aunque el conjunto de materiales que corresponde a mi actitud corporal, constantemente lucha con mi decencia.

Yo no he sido, ni soy otra cosa que un poco de voluntad ante el tiempo; sin embargo, detesto el aire deliberado de la filosofía.

Entre las tinieblas de mi pequeña habitación, a veces creo que sólo yo percibo y vivo el mundo; y esta sencilla creencia, —que no medito— me inviste en ese instante de cierta esencia inculta... pero de Dios.

Manuel

Manuel: fatigas casi siempre a los amigos porque no sabes conversar. Pero hay en ellos también una especie de comprensión (tal vez un segundo olfato) y entonces, te pones a decir cosas, no como si estuvieses frente a ellos, sino frente a ciertos objetos... y hace todo lo posible por no soltar tus cosas torpes... tus razonamientos oscuros... Sin embargo, alguien advierte que tu voz está llena de palomas.

¿Será tal vez por eso que no sabes hablar...? Siempre te mata el ala las palabras.

Palabra en edad

A veces llegan a mis preguntas unas grises respuestas tardías; comprendo justo cuando llego a saber que este proceso es común en aquella frente que sobrepasa a su tiempo; pero no debo, a pesar de mi tacto, enterrar este hallazgo y entregárselo a mi silencio para que aguarde siglos.

Este simple razonamiento debe enorgullecer mi palabra de hombre.

¿Cuántas veces no he repetido en el tiempo mi destino?
¿No ha sido esta angustia de hoy la misma que la primera de la creación?

Debo entonces comprender que en mi dolor hay una muchedumbre...

Debo entonces comprender que mi herida no tiene la edad de mi carne sino de mi palabra...

Debo entonces comprender que mi oficio es no dejar morir el dolor. En esto me parezco a Dios.

Rodeo interno

He procurado, entre las realidades que se me hacen casi imprescindibles, no asociar, ni siquiera advertir la más vecina actitud de mi destino alimentado no con el ejercicio profesional del verbo político o trascendentalmente triste de la fortuna.

Entre aquello y la rosa que me ofrece su simple y maravilloso sacrificio; mi físico en derrota, limpia su pasajero paso, y, vestido de aquel clima que es inconfundible entre los predestinados, se decide, con cierta irremediable lumbre, a sacrificar todo contorno, toda superficie, por un poco de la raíz del silencio de la herida.

Movimiento hacia el alma

Si se me preguntase ahora por qué no estoy seguro entre materias firmes; no hablaría del hombre ni del número; no equidisto ni del primero ni del segundo,

(mi inexistencia gobierna existencias); hablo positivamente de algo... de algo inestable que alimenta mi estabilidad.

¿Entonces en qué sitio y en qué tiempo de la creación ha comprendido el instinto su mejor y segura enseñanza? Entre la realidad y el sueño he tejido mis más caros razonamientos.

LOS HUÉSPEDES SECRETOS
(1951)

*Góngora es magia. Rilke es metafísica. San
Juan es temblor.*

HUÉSPED MAYOR EN TRES INICIACIONES

Inicio primero

¿Tendrán los ciegos, oh infinito,
más niebla que los ojos que te miran?
He procurado contemplarte con la tranquilidad
que me es dable como humano.
Luego he querido hablar,
pero he comprendido que el sonido no es puro;
sólo cuando yo estoy junto a los niños
a nombrarte me atrevo, oh infinito,

A veces me es difícil convencerme
de que estoy hecho del material de tus distancias.
Pero si no viviera entre las sombras,
¿con qué estuvieran hechas mis preguntas?

Si no existiera la muerte de una madre o de una niña,
¿cómo podría pensar en ti,
en tu impasible silencio de grandeza?

¡Oh infinito, cómo puedo ser hombre
si tú desde lo alto me enseñaste a ser niño!

Inicio segundo

Si en el temblor de una yerba con rocío
puede mi instinto alimentarse de tu espacio,
¿con qué ojos puedo mirarte?
¿Con qué frente puedo concentrar tu inefable estatura?

Una ventana abierta poblada de tus altos secretos
me recoge, a ratos, con una quietud, con una serenidad
que sólo comprende tu silencio de estrellas.

Suelo, entonces, conversar conmigo mismo,
y acurrucado en mi propio pensamiento
encuentro que es un crimen que me llame Manuel,
encuentro que es un crimen el tamaño del hombre,
encuentro que es un crimen su tamaño de carne.

Y sólo tú, oh infinito,
recoges mis preguntas, te ocupas de esta hormiga,
te ocupas de limpiarle su mirada y la frente,
te ocupas de quitarle su cantidad de tierra.
Porque tú, sólo tú, inevitable infinito,
eres humilde en esta brizna de yerba húmeda temblando.
¡Enséñame a decírselo a los hombres!

Inicio tercero

Hoy he recobrado todas mis fuerzas, me he preparado para poder contemplar tu plural presencia.

El hombre, es verdad que piensa,
pero es difícil, dentro de su brevedad,
que pueda comprender lo total de tu anchura,
la dignidad de tus nieblas,
la cualidad de tus abismos;
ni siquiera presiente
la grandeza de los pequeños seres que lo rodean
y que tienen su secreto tan justo,
tan virgen como el de los astros.

Pero el hombre puede derribar desde su frente
las bestias que viven en su sangre desde su origen;
y entonces, oh infinito,
a pesar de tu extensión, a pesar de tu altura,
a pesar de tu distancia sagrada,
la pobre criatura del hombre, podrá, sin gran esfuerzo,
comprender que todo aquí es vorágine,
pura vorágine;
y podrá, también comprender que lo soltó un hondero;
que somos una piedra —quizá la de David—,
una piedra que hace siglos anda en busca de su blanco,
pero una piedra, ¡ay!, que no encuentra al gigante,
porque inefablemente rueda dentro de él.

¡Oh infinito,
sólo mi nacimiento puede dolerme igual
que tu presencia virgen ante el hombre!

Huésped primero

Los ríos todavía no robaban paisajes,
aún andaban tibios por las venas de Dios,
y todos los caminos comenzaban apenas
a dibujarse en las arrugas de su frente;
la espuma de los peces meditaba, ya inédita,
en los bucles del amo;
el huracán era aquello que sólo
fugaba en una débil visita de fragancia
cada vez que movía su labio el gran anciano.

Fue así como saliste para que la mañana
no asustara a las bestias primeras de la tierra.

Huésped súbito

Ahora estás aquí.
¿Pero puedes estar?

Tú dices que te llamas... Pero no, no te llamas...
Desde que tengas nombre comienzo a no respirarte,
a confirmar que no existes,
y es probable que desde entonces no te nombre,
porque cualquier detalle, una línea, una curva,
es material de fuga,
porque cada palabra es un poco de forma,
un poco de tu muerte.

Tu puro ser se muere de presente.
Se muere hacia el contorno.

Se muere hacia la vida.

Huésped caído

Después de aquel aliento de sagrada neblina,
después de aquel gran soplo;
se veían los duendes fabricando las cosas.
Luego,
comenzaron los gritos a tener su tamaño.

Pero el pensamiento todavía
era un pájaro virgen que buscaba
dónde ser habitante de la tierra;
y se posó en aquello...
en el árbol que huye de la tierra hacia ella,
en el más hondo e inquieto de los árboles:
en el árbol ardiendo de la sangre.

Después... —oh cáscara del viento—,
ven a oír este ruido, este fruto sonoro,
esta palabra líquida que corre como un látigo
pegándose a sí mismo, rabioso de su encierro.
Ven,
ven a oír este insomnio en su oficio más puro,
este temblor que canta.
Ven.

Oye la sangre,
que la sangre piensa.

Huésped ya entero

Y ahora...

Mientras oigo un gris rumor de flautas antiguas,
los hombres hablan apresurados de comercio;
yo no sé de dónde estoy llegando,
pero me encuentro anormal entre los hombres con
[espadas
ellos se rodean y viven de eso que sirve para la salud
[animal;
ellos mueven la lengua con cierto juicio de hormiga,
son metódicos, conocen cuántas veces
es que debe solamente moverse su lujoso sentimiento.

Pero, y tú, pequeña ironía que te llamas hombre,
¿sabes lo que es pensar para siempre
porque no tenemos otra cosa frente a las estrellas?

Huésped solo

Todo lo encuentro, pero no en su sitio.

Veo allí unos objetos que me hacen recordar mi penoso
[camino;
los toco, los siento como pegados a mis preguntas,
son los de siempre,
pero al contacto de mis manos toman otra estatura;
tienen la edad que tienen mis cosas físicas
pero si de repente le cae a la yerba rocío,

pero si de súbito cae un poco del día en la fresca herida,
los pequeños objetos toman de pronto edades increíbles:
ellos mismos se toman el derecho a la voz,
se levantan como un día con anchura de madre.

Porque también es madre la tiniebla
de donde sale un poco la historia de la sangre.

Huésped de fondo

Luego llega su rostro de mañana que huye.
Pero huye. No llega. Dibuja sus temblores.
Se queda del tamaño de la esencia. Se queda
donde debió quedarse la primera Primavera,
donde debió quedarse
aquel retozo limpio del agua con el día.

Los niños de aquel patio que juegan, no lo saben,
pero ya me enseñaron a hacer blanda la tarde;
tú vienes mientras tanto con tu rostro de agua,
tú tomas como el agua cualquier forma del hueco;
la lluvia me comprende, por eso viene a veces
a escribirme tu nombre con hilachas de fuga.

Si tal vez hablo un poco de mi manía y cuento
que aquella simple gota que se cayó del párpado
tomó estatura grave, pues mirar se podía,
dentro de su caliente cristal que meditaba,
los gusanos pulidos de tus dedos de hembra,
tus moluscos que aún viven en el agua salada

de una gota que tiene de caída en la tierra
la edad del primer diente...

Pero,
si tal vez no hablo nada de mi manía, duermes,
que así estarás más cerca,
porque cuando me callo, es cuando estoy cantando,
y cuando estoy cantando cometo siempre el crimen
de inventarle a los hombres las cosas que me duelen;
cometo siempre el crimen
de decir algo nuevo diciendo cosas viejas...

¡Sólo el dolor inventa!

Huésped en trance

Todo aquí tiene sitio. Pero las cosas cuando yo las toco,
¿se parecen a ellas?

Yo vengo ahora mismo de un móvil pero fijo
territorio sin fecha. Puede el árbol nombrarme,
darme estatura el viento. Puedo decir también
que todas las cosas me esperaban.

Mi trato es el del río con el del día que lo besa.
Un pájaro que vuela comprende mi llegada.
El barquero
que espera los viajeros para llenarles los ojos
de otra ribera, sabe perfectamente
por qué he venido desde remotas tinieblas
a esperar a los hombres.

Quizá junto a los ojos que se van hacia adentro
para mirar las cosas de los ciegos, quizá junto al latido
del material que tiembla y habla sólo temblando
quizá junto a la herida que se llena de hormigas
como si con la muerte fabricaran la vida;
quizá junto al soldado que se va por el agua
que no tiene regreso y abrió la puñalada, quizá junto al
[soldado
que en vez de ver su herida se pone a ver la noche con
[estrellas,
como si por las altas rendijas de los astros
ve que hay algo más grande que está herido, y sonríe.

La muerte, su muerte, levanta la mañana.

Huésped de la saliva

Madre selva, beso derretido.
Mi jugo pensativo de la fruta sagrada.
Agua de los idiomas, sudor de la palabra.
En ti que hay la estatura primera de la vida
y te mueve un molusco de blandura temible.

Espuma transitoria pero siempre presente,
allí donde es fecundo el ocio de la lengua,
en el preciso instante cuando yo te pregunto
si está en tu paraíso resbaloso la tierra.

Te gastan las comadres en pequeños detalles
tú que a veces te pones en tu más alto oficio,

allí donde el ilustre caer de tu llovizna
es polvo sacudido del libro de los labios.

Mas yo te vi de pronto salir como una piedra
y caer en lo puro de la cara humillada.
Madre saliva: un día, escupieron la cara
de Dios, y, desde entonces, la tierra no está quieta.

Desde entonces hay alguien que mueve las entrañas
del viento y de las aguas;
porque hace tiempo, oh tierra, que el mar sube saliva;
¡la de todos los náufragos que escupieron a Dios!

Ego de huésped

Entonces

¿Quién es que aquí me dice: —mira esta niebla, ven
a recordar tu forma primitiva? ¿No sientes
que andan peces antiguos por tus venas recientes?

¿Quién el útero virgen del pensamiento preña?
Algo que vaga, crea, si es un ocio que sueña...
Ven a mirar tu origen que es casi amorfo, ven.
No ves que hay un solemne misterioso vaivén:
una onda que viene de no terrestres puntos
y alimenta con hondo e inefable alimento
los más sutiles filtros que hay en el pensamiento.
Barro y alma ¿qué han hecho? ¿Quién los ha puesto
[juntos
en este espacio ardiendo que va en el cuerpo mío?

¿Hay acaso un sentido no propio que trabaja
desde un remoto aliento tercamente en mis cosas?
¿Si he sido yo otras veces, si tal vez soy el río
que desde alguna oculta montaña siempre baja,
puedo yo estar tranquilo de este andar que no es mío?

Aire puro, a ti solo puedo decirte algo;
si vengo de las nieblas, ¿quién me ha puesto de galgo
en esta caza oscura donde una voz escucho,
una voz que me empuja, una voz que me manda
a recoger, aún viva, la codiciada presa...?
Pero, aire puro, dime: ¿por qué con ella lucho,
y entre mis dientes sangra sólo luz que se agranda,
como si entre mi boca mordiera la belleza?

¿Dime, aire puro, dime, qué voz es la que escucho,
que ya no me detengo y es con la luz que lucho?
¿Es que ya entre la sangre que va en el cuerpo mío
lo más distante tiembla con mi nombre,
igual que aquella altura que tiembla bajo el río?

El huésped de piedra

Recordando el tatuaje ritual de los marinos
los náufragos de ojos redondos como el miedo,
firman con arañosos en mis carnes su nombre.

Pero un náufrago terco
de mar equivocado por mi sangre,
arañosos me hace tan secretos
que me llena de hondas escrituras de clave.

Huésped mío,
¿qué buscas?
¿qué quieres,
que a fuerza de ser mudo me golpeas
como un odio sin puertas?

¿Qué más quieres?
¿No oíste?
¿No me oyes?
¿Son tan hondos tus ruidos?
¿Qué cincel hace tiempo le da golpes azules
a esta piedra triste tirada aquí...
mi cráneo?

Ahora tú, tú sola.
¡Oh muerte que me pones ya tan joven!

El huésped de los pájaros

Yo sé bien que se hiere cuando silba.
Comprendo que la tarde la va haciendo su canto.
Me sé bien de memoria que su garganta pone
más azul en los charcos que pisan los boyeros; y pone
unas tierras extrañas en las bárbaras guitarras
de los pinos.

Comprendo que en el cutis del mar escribe cartas
que sólo leen durmiendo los marinos;
comprendo que su pico
empuja a la mañana como el río sus rizos, la lleva

con el calor de un viento hasta los hombres. Comprendo
que sólo cuando él mueve las palabras, las cosas
van cayendo en la tierra con la novedosa inutilidad
que tiene siempre el árbol para dejar caer
sus profundos frutos, inevitables de ser un poco Dios.

Sin embargo, si no lo viera, si no lo tocara,
me sería difícil comprender su presencia.
No siempre
baja a tierra, pero siempre
bebe en el ojo suelto de un rocío.

Huésped del aroma

Toco el rocío y toco la mañana,
la mañana hacia el mundo de mi tacto.

Pero ahora, ¿quién anda? ¿Nace el aire en mi cuerpo?
¿Por qué tan insistente
esto que no me toca, pero que a ratos
respiro,
lo siento,
me tiembla?

De súbito me pongo a mirar cosas.

Y va pasando todo,
pasa hasta lo fijo:
menos lo que respiro... Va perenne hacia adentro.

Yo comprendo mi edad y mi tamaño,
pero hay un cuento que nació en el tacto,
hay un planeta que el olfato inventa,
un inefable clima que no cesa
de rodear mi varonil reposo,
de rodearme de calores de mito.

Así veo
que ya mi silla piensa,
que allí donde me siento y que no hay nadie,
debo pedir permiso y debo
comadrear con el pájaro enterado.

Sin embargo,
hablo con las tijeras que cortan los jardines
para saber si hieren a mi huésped.
Porque aquel que me rodea
duerme en la rosa familiar su siesta.

El huésped bobo

Desnudo como el susto,
él bebe cuando el río se hace a fuerza de luna,
y entonces, más ágil
que la neblina húmeda de cielo de su perro,
regresa de la yerba con un paso tan fresco
que parece el primer fruto de la tierra.

Después, casi en familia, va tirando palabras
en un solo rincón, ya parecidas
a la humildad sonora de la escoba.

Y luego se acurruca con la nada
deshabitado como un beso zángano.

Alguien lo ve,
lo siente,
lo respira.

Su carne sabe a tierra. Por eso
se le suben a veces por su cuerpo
no equivocadas las chicharras,
y entonces su cuerpo canta,
canta.

En tanto entre sus párpados
nada el día en agua boba.

Alguien lo ve,
lo siente,
lo respira.

Después...
una mano lo toca, Pero la mano
regresa parecida a una raíz.

Huésped no quiero

¿Lo comprenden los hombres?
¿Lo comprenden las cosas?

La mariposa en llamas,
la terca que se muere

sólo de claridad,
de claridad secreta.
¿Se llama así la fiebre?
¿Busca su nombre todo lo que tiembla?

Pero aquello que late,
sin agua,
sin viento,
sin lumbre,
sin tierra,
¿lo comprenden los hombres?
¿Lo comprenden las cosas?

¿Qué hace aquí este huésped?
¿Qué hace aquí en la carne,
este temblor tan limpio,
tan exacto,
tan plural y con cara de mi origen?
Todo está como el agua,
como la ola:

¡sólo el temblor me inventa a cada instante!

Un huésped del mar

I

Sus huesos de madrepora le crujen por la noche,
por eso cuando suena
habla solo y conoce cierto idioma sin raza.

Yo no soy de su sitio,
pero conozco los rincones de su palabra;
él a veces nos deja, y, a pasos no comunes,
entra en el mar como hostia en la boca,
con un temor de sagrado movimiento.

Luego sale contento, con ese goce
que traen los niños cuando vienen de las olas.
Después... cuenta cosas...
Su extremada alegría es tal vez el alborozo de las olas
que se repite en su cuerpo,
y esto me hace creer que me trae la verdad entre sus
[manos;
así sus carnes húmedas de clima
tienen esa frescura de la madera nueva de los barcos;
y su voz llega oportuna,
igual que un salvavida que cayera de súbito en mi sangre.

II

Siento, luego, que hierve mi silencio,
y de pronto comprendo que corre por mi cuerpo
una ola de abejas subterráneas.

¿Sé dormir desde entonces? Comprendo
que ser un poco dueño del sonido
es ya tener el duende de los ríos,
es ya saber que hay pájaros sin verlos,
es ya saber que hay
un misterioso sacrificio aéreo,
una labor puntual de ruiseñores,
un coro ciego de profunda escuela,

una batuta de los astros, una...
tan simple y tan solemne como el viento
que mece el cuerpo de los ahorcados.

III

Entonces compruebo que todo el viento
me cabe entre las manos;
mi habitación de súbito toma anchura más noble,
anchura donde puedo colocar mis desvelos, mi puro
[insomnio,
mi cuidado instrumento de belleza.

Y allí respiro,
y allí me encuentro;
allí sé para qué sirve mi inutilidad,
mi falta de memoria para la cosa útil,
mi orgullo ante los números,
mi egregio descuido.

Sólo comprendo que en aquel instante
mi habitación está llena de crecimientos,
llena de fiebre de pájaros,
calurosa de temblor,
conmovedora de ternura libre,
cruzada de caminos que sólo comprende
aquel que me ha hecho navegables las venas
para llegar a él... ebrio hacia adentro...
ebrio de él, borracho de su tuétano.

Pero tranquilo igual que su raíz de océano.

Huésped de la llaga

En este pueblo de servicial mirada y precio limpio
conservo mi medida de objeto y de costumbre,
pero a veces me toco
casi lamiendo el cuerpo con mi mano, porque,
[temblando,
no me encuentro en mi cuerpo a ciertas horas.
No. No me encuentro en mi cuerpo... Yo no puedo
levantarme tranquilo como aquel boticario,
el viejito que a ratos prepara su receta, su ungüento, y luego
se duerme con los duendes que vienen de los dedos
del guitarrero, los duendes que de pronto
se le suben por sus barbas comerciales.

No. No puedo levantarme tranquilo. Me pesan
[demasiado
los diosecillos que vienen sin permiso del jardín
y comienzan a empujarme la sangre hacia remotas
y extensas regiones sin límites,
allá donde se pierde la estatura del hombre
y comienza la justa, la perenne, la casi puro origen.

Ah, pero yo vivo en este pueblo. Vivo de carne y hueso,
vivo de inevitable, no vivo de "quizás" en este pueblo.
Cojo un papel y escribo:

Manso Pedro, comprendo,
no es que quieras fortuna,
es que se ve más limpia
desde un Packard la luna.

Sí. Yo vivo en este pueblo. Yo he dormido
en grandes ciudades, he respirado
su colección de muertes que a cada instante viven
en el remiendo honrado
de un pantalón bien puesto en la palabra familia.

Sí. Yo he vivido donde la muerte vive,
allí, donde la gran ciudad se pone del tamaño
de la mesa sin mantel,
y cabe en una miga de trigo, y cabe
en el profundo agujero de una sonrisa amarga, y cabe
en los niños que esperan tribunales.

Sí. La muerte vive allí... Pero la tierra crece
en la materia virgen de una falda que a ratos
cae enredada entre los linotipos, notarios, abogados.
Y luego el guitarrero con la aldea en las venas,
el guitarrero
que lento pone antiguo el aire joven. El guitarrero
que inesperado dice:

Cuando el río tiene piedras
canta más y está más alto...
por entre dientes de jueces
pasa mi sangre cantando.

No. No puedo levantarme tranquilo.
Ya es difícil que amarren este olfato de perro,
este perro no de lujo de mi sangre.
No. No puedo. Yo vivo en este pueblo.
Yo vivo de carne y hueso en este pueblo.
Yo vivo allí también... La tierra vive allí.
¡La tierra! ¿La ves?
Alguien que viene de las nieblas de los patios
escupe estas palabras:

El juez, mientras descansa,
limpia sus anteojos.
¿Y para qué los limpia,
si el sucio está en el ojo?

No. No puedo levantarme tranquilo. No puedo.
Yo vivo en este pueblo... Yo vivo aquí sin sobra,
sin sobra, ¿me comprendes?

Yo vivo aquí... Aquí.

Por el ojo de buey de la llaga del boyero
un hedor de varón sale hacia el alba.

Un hedor de varón... y un ojo ciego andando,
andando bajo el luto de una greña de moscas.

En tanto, como al margen de su llaga, el boyero
se detiene a mirar

el primer verde de la primavera.

Y luego se sonríe. Y habla con la mañana.

Y luego...

No. No puedo levantarme tranquilo.

Creció la llaga y ya todo lo puebla.

Toco mi voz, y toco ya la llaga.

Me toca el aire y toco ya la llaga.

Toco mis muebles, mi baúl, mi frente,
todo lo toco y toco ya la llaga.

No. No puedo.

Me cabe la palabra en este ojo:

me cabe el ruido de remotos filos,

caben mis pantalones, mi canario,

mi paciencia, mi odio, mi neblina,

mi comunión primera y voz abuela,

la catedral de mis ingenuidades,

mi primer novia y mi dolor primero,
mi claridad de río y de respeto,
mi silencio rural y mi revólver,
mi soledad de pan cuando no hay hambre,
mi voz de aceite cuando busco faldas;
todo,
todo mi pueblo cabe en este ojo.
Por este inevitable y solitario
ojo de buey, sonoro de mosquitos,
por esta llaga —mi mejor ventana—
no veo el cielo, pero sí más cosas,
que por todas las puertas de la tierra.

No. No puedo.
No puedo levantarme tranquilo.
Lo tengo allí sentado con su mirada terca,
lo tengo aquí en el aire constantemente viéndome,
junto a mi lujo, junto a mi apetito,
junto a mi percha, junto a mi manía
junto a mi voz,
junto al hueso profundo de mi frente.

No. No puedo. Me mira demasiado
este perro sin sueño:
el ojo de la llaga del boyero.

Huésped desenterrado

Toda la noche
la cotorra del brujo picoteando el silencio.

Toda la noche
estuvieron los hombres bregando con trozos de tinieblas.
Toda la noche

el farol casi humano, con su poco de día,
matando la mirada dulce-azul del cocuyo.
Y nada.

El sepultado ni siquiera hedía.
Todo aire de muerto lo mataban las flores.

¿Es que se hundi6 como si fuera en agua?
Ayer, precisamente, se le vio en la bodega,
luchando entre penumbra con unos diosecillos
que saltaban sin tregua
desde el tonel del vino hasta la copa,
y corrían,
corrían,
como un grupo caliente de cosquillas
por su cuerpo var6n y su neblina.

Toda la noche
estuvieron los hombres cucuteando,
registrando la tierra.
Sin embargo, mi perro est6 ladrando,
hoy a las siete de la mañana
mi perro est6 ladrando,
ladra junto a una mano que parece de náufrago fijo.

¡Creció el cadáver
igual que un árbol para dar su fruto!

Huésped equivocado

Esta es la noche...

Después... pormenores... detalles...

Hay en aquella niebla un sueño escrito.

Un odio entre paredes que se busca a sí mismo.

Una llaga maestra que da clases de vida.

Un sacrificio anónimo en el árbol.

Un siempre luto espeso que se usa en la sangre.

Un "voy a esperar".

Un grupo de conciencias que fabrican la nada.

Una mujer preñada que espera que comprendan
que una gota de semen puede ser presidente.

Y más allá en un oro que hierve de trajines
un grupo de comadres hormigas parecidas
a las conversaciones de los números,
mientras unas palomas sin memoria
le salen de las venas al guitarrero herido.

Esta es la noche,
la que parece tierra,
la que puede llevarse bajo el pecho,
la que puede agarrarse entre los dedos,
como plomo,
como fruto,
como espada.

Esta es la noche,
la que también se pone del tamaño del hombre,
la que cabe en sus preguntas,
la que cabe en su mito de hueso,

la que le crea su fantasma sólido,
su religiosa,
su profunda presencia.

Esta es la noche,
sólo ésta es la noche.
En tanto unas palomas sin memoria
siguen saliendo de la sangre herida.

Siguen saliendo.

Huésped aún

Unas hormigas pensativas suben ladrillos;
otras, pican la frente como buscando el instinto;
otras,
andan por entre alambres desenredando palabras,
haciendo elástica la voz de la gran urbe,
como gnomos que desde su misterio
arreglan y limpian los nervios del planeta.

Ya ves,
voy diciendo estas cosas,
para que el canario comprenda
que se encuentra en una fecha peligrosa.

Sin embargo,
por entre el sacrificio de los trenes,
por entre maletas llenas de corduras,
por entre familiares baratijas y falsas mariposas

de boletos ya sin mano,
este antiguo...
este empolvado y tembloroso pasajero,
se asoma a la ventana,
mira el paisaje,
y entonces atraviesa tranquilo los túneles,
las lluvias,
las ciudades;
él no me dice nada, pero yo sé que está tranquilo
después de haber tomado su medicina de paisaje,
su jarabe de río,
su ventana-país.

Qué bien.
Todavía no es tarde
para este terco,
este dulce viajero de ventana.

Poema

Poema.
Poema mío.
¡Qué anciano estás,
ya naciendo!

Cómo

¡Cómo pesa en la mano
lo que es de aire en la rosa,

lo que es más ella que cuando
tiene formal

No camines

No camines conmigo,
no camines.
¿Pero quién eres
que me odias tanto?
¿Quién?
No ves que soy tu voz.

Carne mía

Carne mía,
barro mío.
¿Qué quieres?
No ves que estoy cantando
desde antes de tu forma.

Algo

Algo volaba,
y de súbito,
cayó en mí,

más que en mi mano...
¿Y es verdad que esto se llama
aquí pájaro?

Revoloteaba

Revoloteaba el canario
entre los dos, pero a ratos
temblaba para cogerlo,
porque en verdad no sabía
si era en el pecho que estaba
la música o en el pájaro.

La carga

¿Habré yo viajado tanto
que me pesa tanto el cuerpo?
Miro mi cuerpo y me veo
una rosa sobre el pecho.

Solo

De pronto toda la tarde
la llena un brazo mendigo.
Me voy acercando al brazo,

y no hay nadie,
y no hay nadie.
No encuentro nada.
No hay nada.
Sólo yo, desnudo y vivo,
sin nada, existiendo solo.

Sed de agua

Aquí me encuentro, me dije,
y empecé a sacar arena.

Luego vi el agua en el fondo,
y en ella el cielo y mi cara.

Después...

Me bebí el azul, pensando
que mi sed
no era de agua.

Fracaso

Toda
la noche
vomitó
mis píldoras.

No pudo
suicidarse
mi revólver.

Tres voces para un motivo

I

Viejo jardín, si eres un lujo, ¿por qué sirves para enterrar los muertos? ¿Es que no llegan, ¡oh rosa!, si no van con tu inutilidad?

¡Cómo tendrás que trabajar, entonces, para llevar en tu ataúd de pétalos la esencia de los hombres!

II

Y tú, oh rosa, tú que sólo fuiste hecha para que el hombre comprendiera que tu existir inútil es la perfección de la utilidad más alta.

¡Oh mi quieta sin sobra, mi maravillosa, mi útil haragana!

III

Pero... ¿y tu forma? Todavía hay tijeras sólo para tu garganta. ¿Todavía? Oh rosa, solapas todavía en esta fecha con un poco de ti.

¡Con un poco de duende en el ojal!

Alguien

Alguien me dice...

Me cuenta...

Pero es el viento.

No es alguien...

Alguien me hiere...

Me sangra...

Es la mañana.

No es alguien.

Huésped de un antes

Tú me dices: “ya estoy”.

¿Pero no estabas? ¿No eras
callado más completo?

Yo te había ya hecho
a fuerza de silencio..
Todo lo que te dieron...
fue sólo ese “después”...

¡Tan hecho que tú estabas
a fuerza de no hallarte!

Concreción

Línea.
Curva.
Sonido.
Lo que el Universo mide.
Esto.
Sí.
Sólo.
Todo.

Es tan bello, que es triste.

El huésped sonoro

Aquí te pongo, pero hay algo huyendo;
algo que huye y eres,
cuando tu presencia sólo es aquello,
lo que te rodea, no tu suma.

Aquí te escribo, pero siempre hay algo,
algo tuyo de fuga,
algo tuyo que vuela, que no existe
dentro de ti,
y te hace existir a fuerza de su ausencia.

No, palabra, no te escribo.
Quiero poner primero lo que va contigo;
lo que te mueve, lo que crece en tu cuerpo,
y aun está en el aire,
y eres tú, solo aquello, para siempre.

Agua viva

Reunida luz en frío,
concentración del tiempo
en transparencia honda,
precisa, como el centro.

¿Se ha fijado aquí el ritmo?
¿Qué altura de armonía
hace amoroso oficio
en esta quietud viva?

Oh total ir buscándose
siempre hacia lo sereno,
hacia lo que aparenta
no estar quieto.

Rostro solo

¿Sabe el jardín su forma?
¿Conoce su presencia
lo bello que está ardiendo
en torno a la materia?

Qué puro esfuerzo pule
en la quietud sin tregua
del brillo misterioso
de la piedra.

Allí busca mi frente,
lo perdido en las cosas,
en la pura presencia
que hace ausente la forma.

Cara entre llamas

Concéntrico equilibrio
que siempre va hacia adentro.

¿Cuánto habrá que quemarse,
quemar lo que transita,
no lo justo, lo casi
pelado de ser puro;
lo casi inadvertido
de ser lo que acumula

compactas claridades,
el aire enloquecido
de rojo clima hinchado?

¿Podrá quemar la llama
tanto fuego que piensa?

Huésped en polvo

Esto que lo rodea,
esto que en la distancia tiene su primitiva,
su inevitable fuerza;
esto que ya te sale de tu cuerpo;
esto que no te sale de tu cuerpo,
esto que sale ha tiempo de planetas antiguos;
esto que viene sin horario, furioso y desatado,
esto que viene siempre
levantado de clima de animal y de ángel,
y a veces,
de lágrimas de viaje,
y a ratos,
de caprichos, de algo
que siendo lo accesorio se levanta y de súbito
te resume distancias,
como si de repente se escuchara en su gota
conversación de siglos.

Pero a veces,
tú lo dejas caer como una piedra,
como una piedra simple,

esto que casi siempre no se cae como cosa
de física inocente...

Esto que tiene a veces palabras en latín,
olor de incienso alto,
esto que cabe a veces en un anillo serio.

Se te van desprendiendo:
los ojos,
los brazos,
la sonrisa,
la voz,
tu cifra líquida.
¿Con qué entonces
vas a preñar tu aire de preguntas?

Tal vez con esta gota que está anciana de pura,
con esta gota blanca que se te cae tan vieja
como el mar que era gente en el primer sudor.

Poesía

*No conozco mejor definición
de la poesía que este poema
de Cabral.*

PAUL ELUARD

Agua tan pura que casi
no se ve en el vaso agua.

Del otro lado está el mundo.
De este lado, casi nada...

Un agua pura, tan limpia
que da trabajo mirarla.

Agua

La del río, ¡qué blanda!
Pero qué dura es ésta:
¡La que cae de los párpados
es un agua que piensa!

Voz

Me puse a cavar la tierra,
porque oí mi voz al fondo.
Y el hoyo cruzó la tierra.
Y allá...
Más allá...
la voz lejana se oía.

Seguí cavando. Cavando.

Es sólo una voz el fondo.

Una sed

El animal venía de muy lejos
quizá no fatigado del desierto...

En la mitad de la plaza
había una agua harapienta, la caída
de un cielo roto, ya sucio,
era el único ojo de la tierra
que nunca dormía.

El animal llegó sediento hasta la orilla
de aquel ojo profundo y solitario,
se vio en el fondo la cara
y no quiso beber,
volvió asustado al desierto,
volvió temblando.

¿De qué era la sed?

2 LA MUERTE DE LA NADA

*La materia es luz petrificada.
La lentitud es forma. Lo veloz,
esencia.*

LOS VEDAS

Y vendrán

Y vendrán de la nada, como ayer, otros hombres,
y la noche vendrá desde sus manos,
y tomará la nada formas crueles,
y la materia repitiendo límites,
y números
y odios
en un beso.

Mas como vino en el primer temblor,
profundidad
se despertó
y ahora
no se puede
dormir.

No es tiempo lo que hablo

No es tiempo lo que hablo;
yo no puedo explicar este relámpago.
Un segundo está virgen.
Es pura eternidad esto tan limpio...
Dejadme, pues, que afirme
que lo que no ha pasado
ya sucedió...
Ya lo tocamos...

Dejadme, pues, que afirme
que la luz es la sombra
de aquel instante
en que nos despojamos con aquello...

Y quedamos temblando,
allá dentro, sin nadie,
con el ser solo puro
sosteniendo las cosas sin que lo sepan ellas.

Oniricoma

En ese punto
donde no sabemos si el pan es lo que sueña
o el cuchillo es un poco de ternura extraviada.

En ese punto de estrella fija
en que no podemos confirmar si el amor es un caballo
que ha salido del pecho
o es el horizonte que ha entrado en una llaga
por donde salen pájaros cuya fosforescencia
volveremos a ver en los cadáveres
que regresan con todas las raíces.

Sin embargo,
estamos trabajando con secretos
sencillos como vacas cuando miran un tren,
estamos trabajando con la rosa
en donde duermen monstruos y están todas las fuerzas.

Anunciación

Pero el océano y el viento
volverán a su diálogo más viejo,
mientras esperan
que llegue el primer hombre, porque el otro
nunca ha sido el primero...

Sin embargo,
yo también con mi canto duraré tantos siglos...
Pues sucede que el viento y el océano
ha tiempo que mi canto lo aprendieron
para cuando regresen
los hombres que no pueden volver sino cantando.

3 **VELANDO A LA MUERTE**

*Todo lo que vemos es
lo invisible.*

PITÁGORAS

Los hombres no saben morir

Los hombres no saben morir...

Unos mueren no queriendo la muerte;
otros
la encuentran en un beso, pero sin estatura...
otros
saben que cuando cantan no le verán la cara.

Los hombres
no se mueren completos, no saben irse enteros...

Unos
reparten en el viaje sus retazos de muerte;
otros
dejan el odio para cuando vuelvan...

Otros
se van tocando el cuerpo
para saber si salen de la trampa...

Los hombres no saben morir...

Unos
van dejando su yo sin comprenderlo;
van dejando basura para escoba esotérica;
otros
se vuelven hacia dentro ante el vacío...

Pero todos,
con el cadáver de su tiempo al hombro,
todos,
todos son el Uno,
el Uno
que solo por amor vuelve a la tierra.

Los muertos

Los muertos entregan sus huesos a la tierra
pero jamás su libertad.

El aire que les negaron los amos de la materia,
ahora les sobra.

El espacio sospechoso que les dieron a sus zapatos,
ahora les sobra.

El ataúd con que midieron su cadáver,
ahora les sobra.

La gota de mar que el abogado dejó caer de su frente,
ahora les sobra.

Es que nada terrestre tiene la dimensión,
la profundidad hacia arriba de aquellos
que cerraron sus párpados como puertas futuras.

No son como las moscas

No son como las moscas impertinentemente libres,
no,
los muertos, perfectamente honestos,
trajinan, trabajan en su asunto...
revolotean,
se posan como temibles insectos; pero son
inevitablemente limpios,
extraordinariamente útiles, conscientes,
van y vienen de las estrellas,
son los absolutos,
los vagabundos sagrados,
los únicos que llevan las velas de luz fría

en el entierro caliente
del cadáver errante del universo.
Los únicos...
Los únicos testigos de la muerte del tiempo.

Los muertos no envejecen

Los amos de la tierra
envían comerciantes a la luna.

Mientras tanto, en la puerta de una casa
leo este aviso:
Ama a tu enemigo y estarás de regreso.
No hay cohete que vaya más distante
que una limosna.

Y dentro de la casa, ya dormido,
como un mueble de lujo de este siglo,
un viejecito enclenque
y a su lado lo mismo que al lado de un abismo,
un perro con preguntas en los ojos,
le relame la frente de sudores lejanos
igual que a sus sandalias llenas de polvo cósmico.

Los muertos no envejecen.

Allí los esperan

Los hombres
no saben repartir su eternidad,
los poderosos
siempre creen que la muerte es su fortuna
y amontonan el tiempo detenido en la espada.
Pero la tierra los espera,
allí les tiene juntos
todos,
todos los huesos que amueblaron el mundo,
allí les tiene intacta
el hambre que no pudo llegar a sus palacios,
allí les tiene limpia
el agua de limosna que le dieron al llanto,
allí les tiene tibio
el beso que une a veces dos abismos...

RESCATE DEL ORIGEN

*Lo creado por el espíritu
es más viviente que la materia*

BAUDELAIRE

Temática del Uno

Fijo de arder quemando calendarios;
repentina unidad, plural sin tregua;
nos devora creándonos, amándonos,
quitándonos la nada a temblor puro.

Es que nadie, nadie,
espacio de mis huéspedes secretos,
nadie podrá ofrecerte
tanto calor antiguo,
tanto origen despierto;

despertarte, es eso lo que quiero,
despertar
la cantidad de muertes diferentes
que acumula de pronto una caricia.

No estoy hablando
de aquella piel que se construye a besos,
estoy hablando
de la profunda
atmósfera de bodas que dormida
tiembla plural pero regresa al Uno.

Señal del iniciado

Inquilino remoto de mi casa terrestre,
ya era yo antes
que aquel minuto adánico, profético,
en que sangrara la primera herida...
la primera de amor... suma de pueblo.

Hablo de ayer porque también soy hoy,
llena mi hoy la infancia de la tierra;
hay un huésped en mí que está despierto
desde que yo no era...
es un huésped:
más antiguo
que la piedra,
que el aire,
que las aguas,
que el fuego.

Porque todo...
todo vino después...

Sólo él...
siempre esencia,
pensamiento.
Todo en el Uno...
él vibrando
y haciendo todo al vibrar.

Por eso soy tan viejo cuando pienso.
Yo no existo naciendo.
Yo creciendo no existo.
Soy anterior al tiempo.
Soy antes que la Nada.
Soy mi huésped.
Yo soy.

Un caballo galopa

Un caballo galopa,
que nadie lo espere, que nadie lo persiga.
Su cola es tan antigua
que antes de que la hiciera temible en las fogatas,
le inventaba ya al náufrago en los mástiles
peligrosas banderas invisibles,
con su respiración huracanada.

Un caballo galopa.
Que nadie lo vigile.

Que hace ya muchos siglos trotó por la tierra
y se quedó en las venas del hombre
galopando.

Y va por dentro, pero no encerrado...
lo sentimos,
lo vemos...

Va corriendo sin treguas.

No podemos tocarle.

Porque galopa alto...

Y mucho antes

que el tiempo,

mucho antes

que el hombre y la palabra...

Un caballo galopa,

a lo lejos su cola, ya infinita,

se prolonga

en cada nebulosa

haciendo caracoles siderales,

caracoles que tienen

un rumor interior, un inefable

rumor de terco océano

tan vasto,

tan visible,

tan secreto

que sólo los cadáveres lo escuchan...

La marea sin tierra

Alegre de huracanes peinadores del bosque
desnudaba su grito vistiéndolo de alas,
sus veinte años
pegaban besos como botones de avaro...

Pero de súbito
dejó la piel igual que la culebra;
se incorporó como un árbol.
No se vieron sus pies:
Eran raíces.
Y antes de que sus redes abrazaran
el océano,
sus ojos ya venían de regreso
abarcando distancias
y trayendo
pájaros nunca vistos,
y orígenes redondos como el génesis,
sin salida también
como la O inventada por la muerte.

Porque él sabe,
lo comprende,
lo comprendió desde que no existía,
que en nuestra sangre hay algo de aquel juego,
algo de aquel impulso,
de aquel ritmo que huye y que se acerca,
que viene y va, quizás con las venas,
que está grave
jugando al aro con los universos.

La carga

Mi cuerpo estaba allí... nadie lo usaba.
Yo lo puse a sufrir... le metí un hombre.
Pero este equino triste de materia
si tiene hambre me relincha versos,
si sueña, me pateo el horizonte;
lo pongo a discutir y suelta bosques,
sólo a mí se parece cuando besa...

No sé qué hacer con este cuerpo mío,
alguien me lo alquiló, yo no sé cuándo...
Me lo dieron desnudo, limpio, manso,
era inocente cuando me lo puse,
pero a ratos,
la razón me lo ensucia y lo adorable...

Yo quiero devolverlo como me lo entregaron;
sin embargo,
yo sé que es tiempo lo que a mí me dieron.

Suma de la nada

Viejo cuerpo, ya sé que me soportas...
¿Pero dónde tú escondes mi nombre verdadero?
Porque yo sé que hay dos aquí en mi carne,
y hay uno de los dos que no descansa, que no duerme,
porque también
está buscando al otro que en ti tiembla.

Te estoy hablando ahora de aquel que cuando canta
está usando la muerte para vivir de ella.

Barromanuel: cordura de mi hambre,
carnívora frontera, disfrazada de mí,
yo que a veces te gasto en las alcobas,
que quepo en tus secretas calorías,
allí donde de súbito tu sexo
llora de eternidad dándote forma,
yo sé también que aquello te da el límite
de un beso triste como la moneda
en que cabe la historia arrodillada.

Mas a pesar de que además no mudas
en caricias de juez duermen espadas,
allí,
como diamante aún sucio de virgen,
en el Uno profundo de tu barro
donde duermen despiertos los Pitágoras,
allí donde tú escondes
la soledad plural de tu estatura,
hay un oculto costurero uniéndonos, que a veces
abre ojales de gritos abotonando espacios.

Ya ves, analfabeto barro mío,
no se cansa el reptil que en nuestra sangre nada,
el simio que de súbito nos creció en un detalle,
y toda,
toda la zoología, toda,
de golpe se nos cae y, de rodillas
como una novia que quisiera besos,
nos mima,
nos adula,
se nos pega,

pero cae,
se nos cae ante el Uno para siempre.

Carne de mis notarios, ya sé que se me van
con tu tamaño de ataúd mis ojos.
Ellos se van, pero verán más cosas...
Te quedas ya, pero contigo andan.

Hoy comienza tu ayer.
Hoy fuiste siempre.
Tú con tiempo y sin él.

Mi nada sólida.

A un recién nacido

Naciste arrugado, triste, sucio, casi desperdicio;
ya no me cabe duda,
antes de llegar al mundo
te pusiste a pensar y envejeciste.

Después, con tu mañana al hombro,
era ya inevitable
tu doloroso viaje de raíces.
Sin embargo, tu equipaje de carne y huesos
no es —y tú lo sabes— lo más pesado;
tú has llegado a la tierra
con algo de tornillo esperado, con algo
de ventana hacia adentro,
todos los hombres

buscan su cara en tu llanto,
buscan su luz en tu noche.
Anciano de un minuto,
dame tu experiencia, dame las exactitudes
de tus veloces duendes genitales, dame
tu imperdonable viaje,
tu mirada capaz de lavar un delito.

Habla conmigo;
que yo aún no he hablado con el hombre.

Dos antitiempos siameses

I

La eternidad del origen
justifica lo efímero.

II

Ya lo ves, sanguijuela,
te estás poniendo eterna con mi sangre.

No saben ser eternos

Estos viejos mendigos de su propio bolsillo,
con su fortuna llena de difuntos,
no conocen
su más oculto huésped...

Lo vigilan sin tregua cuando nunca fue tiempo;
lo guardan en el fondo de una lлага contenta;
lo tienen siempre náufrago en gotitas de párpado;
lo disfrazan de pobre para buscar al hombre;
le juegan en un dado su eternidad de juez.

Estos no vigilados, lujosos pordioseros,
no saben desnudarse con la mano ocupada,
se sacan de su smoking peligrosa la selva,
pero todos los ruidos de este siglo
se juntan
en sus viejos testículos donde mueren fortunas.

La lágrima

Este ojo profundo, solitario,
aparentemente suelto...,
viene viajando por entre carne y huesos,
lo esperan
párpados y pestañas, su ventana física,
pero es posible
que esta gota secreta con todo el mar a cuestras,
no salga nunca...

Muchas veces estas raíces
se quedan enterradas como fieras que aguardan.

Sin embargo,
sabemos que la lágrima está hecha
con un poco de agua y sal nocturna,
pero fuera del cuerpo no la fabrica el hombre;
los alquimistas y los arzobispos
fracasan como niños, no pueden
ni siquiera sudar la equivocada
lágrima de la frente...

Pues
todavía no saben
en qué sitio del cuerpo nace el llanto.

Lo que guardaron

Ellos van dejando poco a poco
lo que nunca quisieron entregar,
lo que guardaron,
más que en el sitio avaro,
en aquello que el tiempo no se atreve...

Ellos no lo sabían,
pero fueron dejando como la culebra
la piel de su palabra,
y ahora
se mueren hacia adentro,
hacia su abismo,
de donde a veces sale una sonrisa

lo mismo
que el cadáver de un náufrago relámpago.

Feto

Difunto arrepentido
que abandonas de pronto tu sepulcro y tu cuna,
si en tu pequeña historia de encerrado
está la edad del mundo que se paró en dos patas;
tú que naciste anciano
y te llenas de pronto de futuro,
tú que llegaste envuelto como un secreto náufrago,
tú,
contrabando de bodas que humillaron a besos
tú que sucio naciste con tu cuerpo enredado,
tú que llegaste
con tus patas sin uso pero llenas de viajes,
tú,
desterrado del lápiz feroz de los notarios,
tú,
buzo anfibio que traes agua virgen profunda,
tú,
semilla de planeta carnicero,
viejo feto, sonámbulo del vientre,
todavía te usa la sonrisa enfermera;
la sonrisa es aún
la almohada con que duermen el monstruo de tu ángel,
es la almohada
donde aún se acomoda tu fracaso de puente,
tu teléfono roto
para el diálogo urgente del alma y la materia.

Espejo

Ensuciaban el aire profundo del espejo
las cosas familiares de mi cuerpo;
pensamientos mohosos de mi cuchillo inédito;
mi poco de esqueleto cuando río,
arrugas de mi ropa que suben a mi cara;
buzos en una gota de mis párpados.

Luego,
me fui quitando cáscaras,
y el espejo a ponerse ya más limpio.
Al fin quedé desnudo,
y fui al cristal para mirarme puro,
pero no pude verme...

Entonces, di la vuelta,
quise ver las espaldas del espejo,
y me encontré conmigo.
Quise vestirme pero fue imposible,
no podía vestir la transparencia.

Crecimiento hacia adentro

El vuelo, no el ala. La sed, no los ríos,
El alma,
no la forma,
no lo físico,
no el cuerpo.

Oh, materia que fuiste siempre secundaria.
Tu pobre presencia,
tu espacio limitado,
tu ley acostumbrada,
tu mañoso,
tu terco
respirar a reloj, están gritando:
fue primero la esencia, no lo manifestado.
Fue primero lo libre, no lo reprimido.

Entonces,
para qué insistir en lo medido,
en lo que a cada paso
nos dice que lo accesorio
es lo que por ser lo incierto
da vueltas falsas
en torno a lo seguro, a lo único...
al Uno permanente,
pero sin tocarle,
sin relacionarse con la Eternidad.

Bonzo

Todos los animales le tienen miedo al fuego.
Sin embargo
debe haber algo,
algo que se da el lujo
de ser materia,
tiempo,
movimiento,
para que el fuego diga: yo me llamo...

Es que el fuego
no ha existido nunca...
El fuego existe ahora.

Viejo bonzo,
ayer te sepultamos autocarbonizado,
y hoy me encuentro contigo deshollinando el día.

En la casa de Octavio el escultor

He salido sin tiempo de la casa de Octavio:
sucia de eternidad me hallé su ropa;
sus dedos modelaban, pero no,
no modelaban;
su mano
estrangulaba el tiempo de la arcilla;
sus dedos intuitivos, regordetes,
horrorosamente bellos
sin que lo sepa el ruido me decían:
que debemos dormir para escuchar la piedra;
que no nos asustemos,
que no son monedas falsas
estas gotas que Octavio va sacando calientes
del ojo de la estatua.

Sus dedos me confirman
que la voz no está en la boca,
que hay que inventar de nuevo
lo que no se ha callado,
porque la tierra es niña todavía

y los dedos de Octavio más antiguos
comienzan a formarla,
a ponerle su nombre verdadero;
todo comienza a ser cuando se arremolina
en el viento constante que circula
en las puntas de sus dedos;
siempre viajeros puros, casi vírgenes
por entre los ladrones
que repentinamente se arrodillan de miedo
mientras Octavio silba
porque crecen sus manos,
porque sus manos cantan bajo la tempestad,
la feroz escultora:
la que pule y modela con viento el Universo.

Panteras

Afuera, como perros con su hueso,
cien panteras lamían su esperanza esperándonos.

Encerrados estábamos tres hombres;
nos tocamos los tres el apellido,
nos pesamos el odio en cada ojo,
nos tocamos también los pantalones,
para saber si allí estaban tres hombres,
para saber si estaba
entre cuatro paredes
la muchedumbre de tres hombres tristes
mojándonos a veces el futuro
con un agua de instinto corporal.

De pronto, una de las panteras
entró para mirarme, nosotros
también la contemplamos, su hermosura
era la del abismo iluminado,
pero volvió a salir, no tenía hambre...

Nos paramos de súbito para ver los felinos,
ellos iban ya lejos, no pudimos ya verlos.
Nosotros
comenzamos entonces a mirarnos,
a registrarnos con el olfato, con los ojos;
nos fuimos al espejo para ver nuestras caras,
y en el espejo vimos tres panteras
en vez de nuestros rostros.

Yo me puse a escribir para calmarme.

Teléfono

Río inmóvil, secretamente rápido,
por tu alambre también llegan abismos...

Vena que te desangras agrupando distancias,
amor precipitado en monosílabos
como un río de flautas destrozadas.

Por tu plural y organizada oreja,
huyen como relojes asustados
sexos municipales que extravían
escaleras que suben sin sus huesos...

puertas que nunca tienen domicilio,
todo el mapa en un beso equivocado.

También por el cadáver de tu río
van y vienen zapatos invisibles,
dormitorios profundos como un viaje de nichos,
boda obligada a cotizar su semen,
mientras tanto
salen de las almohadas golondrinas,
trenes que olvidan novias orinando,
y tú indefenso, como los difuntos
soportando discursos con herencias,
soportando
escupido, insultado, deshonorado
asesino y honesto, inocente y cómplice,
tú,
que fatigado estiras tus alambres,
tus chismosas,
tus infinitas piernas
de fantasma encerrado que gobierna horizontes.

Hablo del yo

No. Todavía no.
Pero cuando tengas todo
sin deudas mentales ni físicas,
cuando tengas la higiene necesaria
para que puedas pensar en aquello
que no es todavía tu problema.
Desde ese momento (aunque ahora
no lo comprendas)

tú notarás que ya no me necesitas
y entonces me iré.
Pero ya, sin ayer ni mañana,
tú estarás más cerca de mí
que cuando yo estaba contigo.

Existe

Hablo sólo del tiempo,
del límite,
la forma.

Pero enterrad los ojos.

Existe sólo aquello que nunca hemos mirado.

Sabor de sombra

Quise desenterrar mis lentos sueños,
quise hacerlos manuales como el hambre y el trigo,
quise tal vez que un poco se ensuciaran,
mas, también,
que hicieran lo posible por quedarse desnudos
sin que el reloj lo sepa.

Esto quizá me hubiese dado un poco
del aire servicial que hace la historia
de las banderas,

el mismo,
el aire que hace a veces que no muera un caballo,
el aire,
el que respira a veces por un ojo el astrónomo.

Pero alguien...

Alguien toma la noche como pañuelo oscuro
para secar la nada que concentra
profundidades de humedades mías.

La canción del Uno

Temo ver las hormigas
porque cuando las miro
se ponen de mi tamaño.

El Universo
baja hasta mis ojos
porque quiere
vivir más...

Comprendo.

Hasta que todo
lo que me rodea no llegue a mí:
aún no es...

¿Quién?

Alguien me dice:
—Tú estás al revés—.

Precisamente,
he virado los naipes
porque todos
tienen el rostro mío.

Pero ahora... Pero siempre.
¿Quién me puso de trampa
en el juego más alto,
en el perpetuo?

Mi transitoria amante: la nada

El sexo de mi padre me escupió sin permiso,
por su ilustre saliva resbalo todavía...

Pero antes...
antes que el viaje inmóvil de mi feto
concentrara horizontes en el vientre,
dormí contigo oculto, concubina del tiempo,
nada precipitada de líquidas delicias,
cuando aún no sabía que el océano era
una gota animal que se caía
mucho más que de un párpado, de un odio,
pero como una boca que está llena de besos

y en uno
los da todos...,
he juntado silencios en un sitio del pecho
y los solté en tu cuerpo, como los pescadores
cuando pescan carnívoros relámpagos
para de nuevo echarlos a las profundidades.

Sin embargo,
yo siempre,
yo mismo,
parecido a los dedos buscadores de piojos,
te busco como algo que hace tiempo molesta.

Pero ahora...
Mientras te husmea el número que piensa,
mientras de noche inquietas al instinto,
yo te cuento los años en mi carne;
tu profunda estatura va en mi metro de huesos,
tu silencio en mi cuerpo tiene un ruido de hambres,
tu espacio no se mide si tu espacio es mi grito,
y quien toque mi frente tocará lejanías,
tocará tu distancia...

Pero,
sabemos que, además,
cuando el cuchillo busca caminos en la carne
como si persiguiera conversar con tu origen,
hay también un después que en tu hueso es un antes...

En tu hueso que es mío,
cuando a mi cráneo con amor le digo:
Sitio de mis abismos, ¿dónde tienes
lo que abarca profundas lejanías?

¿Dónde está lo que encierras si está libre?
¿Para qué entonces tú, si él es espacio?

Tus paredes están llenas de tiempo.
Puedo medir tu piedra y tu existencia.
Comprendo que también a cada instante
te doy un poco de lo que sucede
en un rincón cualquiera de mi cuerpo.
Comprendo
que mi novia está en ti cuando yo estoy sin ella.
Comprendo
que de repente aquello que te llena
de monedas de astros tu alcancía,
también se va por el calor de un seno
y se queda de reo entre dos besos
o se adelgaza como una mano fina
que acaricia las cosas que yo tocar no puedo.
Lo comprendo...

Sé bien que piedra tú no eres a veces,
que tú a ratos
tienes mucho de mí...
mucho de aquello...
Basta con que tú seas mi distancia,
si tú estás en el pan que no me dieron
y en el beso caníbal
que nos da la mirada cuando ama.

Pero cráneo,
tú que eres
hoy la piedra mayor del esqueleto,
la más alta del bípedo arquitecto,
la más civilizada de las piedras...

la más honda de nuestra arquitectura...,
eres también
la más vieja de todas las cavernas...

Sí, hermano,
tú fuiste la primera,
la primera guarida... ¿me comprendes?...
Sin embargo,
no hace mucho tiempo...
hoy,
ahora...
sale de tu caverna el pensamiento
como hace muchos siglos que salía...

El hombre lo vistió de caballero,
le puso togas y le dio palabras...
Pero es inútil, sí, lujo lo manso.
Tu más viejo inquilino, cuando sale,
sale de tu caverna con más dientes...
Es el mismo, ¿lo ves?, tu primer huésped
que sale como ayer de tu guarida
armado de cariño y luz felina.

Sitio del sueño

¿Hacia qué levantados designios nos lleva el gran viento,
el gran viento de astros gobernados por ritmos ocultos,
por los ritmos eternos que también en la sangre conducen
los temblores del hombre, con sus dudas, sus duelos,
[sus sueños?

¿Con qué amago de lumbre terrestre no reposa el
[destino
en las múltiples formas de cosas y bestias que luchan
con un soplo inviolable, el instinto? Y es aquello
lo que pone en la sangre universos, lo que está todavía
resumiendo infinito en las venas. ¿Y en qué lengua

[recoge
lo que viene de lejos y tiembla, lo que tiene un idioma
y hace sílaba al pulso? Voy a ponerme ahora a decir

[cosas
que son siempre del niño. ¿Pero es que todavía no

[soñamos?
¿No está aquí la distancia? ¿No ve el hombre un tumulto

[de alas?
¿No ve los grandes pájaros que de pronto aproximan
[edades?

Y veremos los días gigantes en un poco de llanto.

¿Será con ese puro diamante que se cae de los
[párpados

que podrán las espadas lavar su filo? Oigo ahora
un huracán social, un empujón de auroras bajo el luto.
Y hablan del mar las venas, y oigo el mar de mañana,

[lo traen
del tamaño de un grito; tiene ahora estatura la fiera...

Pero es niña la fecha, y algo duerme en el hombre; no

[duerme,
se despierta asustado, porque el aire ya es hombre...

Venid a ver ahora lo que hace el aire, el hombre;
los átomos que caen traen el sueño vestido de vacío.
Mirad allí un insigne montón de huesos rotos.

[Yo busco

los caminos del mundo. Pero todos los caminos del
[mundo
duermen bajo el inmóvil tumulto de esqueletos.
[Duermen,
pero no para siempre... Esperarán mañana, porque hay
[sangres
que no se van del cuerpo, porque hay sangres que sólo
pertenecen al mundo. Mirad de pie ese ocaso, que
[ahora
las grandes barbas del Tiempo se salpican de venas;
tiemblan como banderas que van hacia la Historia.

Y una cosa está allí, que a la puerta del sueño reposa,
y su plural silencio, que tendrá para el hombre sus
[signos,
porque de allí los pueblos con el árbol de claves de
[oráculos
hablar podrán de cosas que hablan sólo la bestia del
[aire
y la lengua del fuego que repite prehistorias oscuras;
porque aún a los hombres los están ensayando los
[dioses;
porque aún al instinto le preparan su sueño despierto.

Se aproximan los días que rigen los secretos eternos.
¿Es que aún nos esperan? El agua que hasta ahora es
[una infancia,
y el trigo que hasta ahora es un poco del día en la mano,
y el aire que hasta ayer fue franciscano; y el sol que
[todavía
dora el tiempo en la piel, la piel que se nos cae en la
[palabra.

Alguien mañana nos juntará en un grito. Pero
[mañana...

¿Qué nombre tendrá el trigo? ¿y qué sabor, si siempre
lo ha de abonar el polvo de los cráneos anónimos?

[Mañana,
¿qué nombre tendrá el río si viene de los párpados?

[Pero hoy...
¿qué nombre tiene el día, si su terrible luz viene del
[átomo?

Mas es joven la sombra, y es anciano el aliento que trae
latidos que preñan de cosmos las cosas pequeñas...
Allí donde las piedras resumen palabras distantes;
allí donde las piedras resumen espacios y ritmos;
porque allí, solo y siempre, hallaremos al genio sin
[forma
sacando continentes de las nieblas que fueron
[principios...

Venid aquí a mirarlo los que no conocieron su esencia,
los que llegaron tarde, y asustáronse a fuerza de
[lámparas.

Venid aquí a sentirlo, su semilla revienta futuros.
¿Pero con qué soñamos, con qué nos crecieron las
[cosas?

¿Está allí lo primero... lo que ha tiempo tembló para
[hacernos?

Venid aquí a mirarlo. Llega por todas partes. Lo trae
con su duende de piedra la Esfinge. No duermas,
esqueleto del Tiempo, que naciones encarnan sus fósiles,
que hay un rumor de huesos que levantan pesados
[derechos.

A la puerta del pulso crecen ya anunciaciones que
[esperan
la palabra exprimida en la horca. ¿Pero está aquí el
[olvido...
en la ruina que vence al pasado? ¿Con qué feto de
[sueño
se quedaron los ojos? ¿No está allí el sacrificio
[temblando
en el sacro resumen del día que lustra la lágrima?

Porque aún está haciendo su alba la vejez de la ola.
¿Por quién, sino por ella, por la noche? ¿Pero está solo el
[hombre?
¿No estará en su partida? Tercos golpes oscuros lo
[asombran,
y de pronto, en un punto, en la herida, junta todos los
[siglos;
mas tal vez, por la herida, sale, en vez de la muerte, la
[aurora.

Venid aquí a mirarla, donde el reloj es tonto todavía...
Aquí el tiempo no puede marcar la despedida... no puede
luchar con estas cosas... porque hablamos de
[aquello...
del gran viento que viene sin fecha... Así sólo mañana,
nos hallarán lo mismo si hablamos de estos niños,
[porque siempre
apedreamos al Tiempo con la piedra profunda de la
[Esfinge.

El escultor ciego

Pese a que no la ve, pone a ver la materia;
la trata como a un secreto inevitable;
sabe donde está el vacío
esperando la vida;
no vacilan sus manos de ciego;
no tantean sino tientan,
van precisas al sitio informe,
y lo llenan,
lo conforman,
lo crean.

No sé si está durmiendo,
no sé si está despierto,
pero de sus huesos
salen pájaros blancos
como vuelos lavados por su noche.

Amnesia

Por no tener memoria es que soy original.

Por no tener memoria es que soy creador
anterior a la forma y a los números.

Todo recuerdo es límite,
tiempo,
defunción.

Mi cuerpo es un ayer,
mi yo: mi siempre.

El olvido es mi soy, mi sí perpetuo.

Existo cuando no recuerdo.

La luz me piensa pero ella es tiempo,
ella no sacrifica su esplendor de forma.

Yo existo cuando no pienso.

Cada vez que recuerdo soy cadáver.

LOS HUÉSPEDES SOCIALES

Como nunca he creído que el *Huésped* que llevamos por dentro es un extranjero para nuestra vida exterior, cuando logramos despertarlo confirmamos que lo hemos ofendido gratuitamente al dejarlo dormido en nosotros mismos. Pero al mismo tiempo nos agradece el ser despertado, porque paradójicamente es nuestra liberación individual. ¿Es esto lo que también en la masa procuran despertar *Los huéspedes sociales*? Ellos están íntimamente ligados a ese proceso porque —directa o indirectamente— su culminación es la Unidad Universal.

Pero como la metafísica —por otra parte— es mucho más vieja que el hombre, llegamos entonces a esta inevitable pregunta de Whitman: Si el cuerpo no es el alma, ¿qué es el alma? Lo que equivale a preguntarnos: Si el Ser no es la sociedad, ¿qué es el Ser?

Ruleta

I

Señores profesores, ahora mismo,
psicoanalicen muebles, máquinas, porotos,
porque mañana es tarde...

La Iglesia va camino de ser pobre,
la sotana no quiere comer ya
con la mano derecha,
Cristo era zurdo... la derecha engorda...
y el templo está en el cuerpo que está a dieta.

Yo vengo del velorio donde orinan los ojos
y donde la inocencia contagia a los difuntos.

Voy a encender un fósforo
porque hay odios que nunca los encuentro de día.

Voy a poner mi espalda frente a mí
porque ella es la memoria de mi sombra indefensa.

Tiene el hombre dos patas pero mata con cuatro,
odia con cuatro, come con cuatro, con cuatro fornicar,
pero no se parece al animal...

La memoria del animal es la memoria del espejo.

El animal es inocente como una espada.

La espada es el animal de los metales.

El árbol crece cuando yo lo miro,
es animal cuando me llega en mueble,
se animaliza cuando ya es la cama.

Pierde prestigio el animal si piensa.
Pierde el conejo el ángel
de su diente sepulto en zanahoria.
Pierde el caballo su montón de niños,
su relincho capaz de curar curas.
Pierde el burro
los soldados herbívoros que duermen en sus dientes.

Mientras tanto los dedos de los monos
hablan con piojos que parecen novios,
el idioma del chivo está en su cuero:
en el pellejo del tambor chismea,
pero no es el chivo
el único difunto que molesta,
pululan como moscas y se posan
en la mesita de tres patas tantos
que el zacateca de los cementerios viene
disfrazado a buscar sus inquilinos.
Y allí están todos, pero no están gratis,
son invisibles, pero allí están sucios.

Notarios con olfato de cuadrúpedo
ponen el ojo en la nariz atea
porque hay gusanos en el cielo y saben
que hasta el cadáver de la rosa hiede.

En resumen: que el poeta
es el más limpio de los animales

II

Un guerrillero inédito, dormido en el estómago,
sale de pronto como el sarampión,
irrumpe entre bigotes académicos,
mete el fusil hasta la prehistoria,
pincha el pecho del Rey, y mientras se desinfla,
le dice a un carpintero:

—¿Cuánto tiempo te lleva hacer mi cruz?

—El que tiene tu cuerpo.

—¿Y su precio?

—Dame el aire del Rey.

—Pero el Rey ya no existe.

—No te pido el reinado, pido el aire.

Hay fantasmas que duran más que el cuerpo,
aviadores que vienen de más lejos que el cuerpo,
dos mil años quizá para un fantasma
es demasiado... pero Cristo aguanta.

Mientras exista
una fe remendada con trapitos de infancia,
una locomotora escondida en la rosa,
una escoba mental, bruja en el cáncer,
un guerrillero de sonrisa a plazo,
un terremoto con un lápiz triste,

un automóvil que se me arrodiilla,
un bonzo que entre llamas da clases de alegría
y asusta a la materia mendiga de este siglo.

Mientras existan los fantasmas sólidos,
un sirviente del sueño es un Señor... Pero...
este lujo es difícil, nadie quiere un Señor...
no le sirve al político ni al amo de la tierra,
ni siquiera al psicólogo de oníricos maricas.

Pero precisamente,
éste es el día que por limpio estalla,
el poema no escrito que está lleno de espacios,
lo no condicionado, venenoso de puro.
Se siente ya el olor de lo que viene
en el clima no sólo del que lava silencios,
hay difuntos con sueldos y con votos
y hasta sentados entre camaradas.

Yo, todavía,
con permiso de hoy, me pongo triste.
Y no invento mi yo, yo no puedo inventar
lo que es más viejo que mi esqueleto,
esta piedra en pedazos que cada vez que cruje
humilla mi pequeña eternidad de carne.

III

Anécdota la mano cuando tiembla.
Abismo con horario cuando piensa.
Piedra es amor cuando se mira el hombre.

Reloj el ojo que acaricia... pero...
Amor no es tiempo, lo deshace a besos.

Amor es un mendigo peligroso,
pide forma de luz... llega con ella,
y ella viene en la ola, tiembla y huye;
cuando se va de una sonrisa al odio,
cuando tiembla en el miedo de la infancia,
cuando aparece deshaciendo entuertos,
cuando pregunta qué es el mar y es ella,
ella que llega y no sabemos cuándo
se va y se queda y se destruye a besos,
cuando no quiere suceder y tiembla,
cuando la duda la atosiga y tiembla,
cuando la juzga la razón y tiembla,
cuando la sangre la aprovecha y tiembla,
sólo no tiembla cuando viene sola,
es unidad y sucesión a un tiempo,
su soledad es revolucionaria,
huye de ella para ser... y siendo...

La luz se aburre donde el ojo es burro.

Donde el vacío tiene cosas raras,
por ejemplo: guardianes. Estos insectos
son anteriores a la mariposa,
llegaron a la tierra por descuido de alguien,
y ahora no sabemos cómo echarlos,
si se van, no comemos, si se quedan, tampoco.
Analfabetos como el río
que le quita la mugre a Don Hidalgo,
y a Sancho su entidad popular de sicote,
no nos dejan tranquilos por dejarnos tranquilos,
pero el aire se ha puesto pantalones.

Ya se acabó llegar a los velorios
 dejando en casa la mitad de uno;
 ya se acabó dejar de ser
 para quedar muy bien con el que sufre,
 ese pésimo pésame ridículo
 que se nos cae ahora como fruto podrido,
 ese astuto inocente,
 ese pésame lleno de alegría,
 tan capaz de matar al mismo deudo,
 ahora lo tenemos cibernéticamente de juguete,
 cuando nos aburrimos
 se lo ponemos de levita al niño.
 Ya se acabó el vinagre con saliva de abeja,
 a desmontar la ópera llega el jabón a tiempo.

Eso ya de planchar una sonrisa
 para que suba un presidente inútil
 se está estudiando en los laboratorios,
 porque es un virus terco, pero amable;
 se mete como el semen en la pata de la patria
 y no la deja andar,
 se la come a saliva aduladora;
 lo sabe el guerrillero que trabaja en un hoyo
 enterrando trapitos de este siglo.

IV

El agua de los ojos no se vende
 pero el lacayo lava con ella los palacios.

Se puede en sociedad hablar del agua simple
 pero en verso se niegan mis riñones.

Estos extraños alquimistas míos
quieren guitarra líquida, río no negociable.
Mis riñones,
ya enfurecidos como hippies, gritan: no queremos
la salud del caballo, gonococos insignes
dejaron bibliotecas en nuestra cañería.

Nosotros,
somos gente decente: no lloramos.
Sin embargo, tenemos en el cuerpo párpados atrasados,
los ponen sólo alegres los difuntos,
van al velorio como a los banquetes.
Es verdad
que hicimos orinar a Víctor Hugo
en un momento en que poblaba al mundo,
lo tuvimos en cuenta pero no arrepentidos;
con mierda ilustre hizo Quevedo a España,
la hizo popular como una estrella
que se cae en un charco:
letrinizó con trino, trago y tropo,
la salvó de morir de higienicida.

Pero allí están aún arrodillando espadas
todavía lujosas pordioseras:
estoy hablando de las catedrales.
Sin embargo,
es demasiado ser ateo en verso.

Un minuto de cerdo sin mi asombro
es mucho para Adán, somos vecinos.

Cápsulas grandulonas van a Marte
cuando hace ratos que los niños fueron.

Por qué no usa mi sonrisa el odio,
 con ella puede fabricar cohetes
 y quedarse tranquilo hasta que vuelva
 la duda a perturbar y a construir
 monumentos con ciegos albañiles
 como Platón y Sócrates, al menos
 puede la rosa denunciar sin celda
 a tantos vagabundos con estatuas
 y a ese mito de la matemática
 que tanto daño ha hecho a la azucena.

Pero insisten...

Niños de teta de la vía láctea
 con barbas como estrellas harapientas,
 vienen y van en la rudimentaria
 filosofía fofa de la hamaca.

En cambio la calandria la mañana,
 igual que una moneda sin espía,
 nos la tira en el cuerpo, en los bolsillos.
 No la quiere... pero la usa...

Es pequeño el detalle. Sin embargo,
 es como el de la avispa cuando visita a Einstein,
 ella juega con él... pero lo pica
 y agujeros le hace al infinito.

V

Hablo y sueña la piedra, piensa el árbol.
 Las estatuas discuten cuando sufro.
 El reptil se me sube, pero encuentra
 en mi sonrisa un sanatorio gratis.

Esto también me pasa con las cosas
que me rodean en mi domicilio;
una silla, una almohada, una camisa,
a veces me preguntan cuánto cuesto;
quizá yo mismo
me repartí en la noche;
quizá yo mismo
lo que dejé en el tren o el automóvil,
regresó a cierta hora y les dio vida
a los objetos que de secundarios
pasaron a Manuel...
casi me llamo cuando se me acercan.
Trato de oler y de buscarme a ratos.
Trato a la noche
que me quita mi nombre a cada instante.

Era soberbio, pero está tan triste
la mañana en el filo de la espada.

Pasa un avión, es la caverna suelta.
Los virus de mi prójimo me llegan abogados...
Yo no respondo a la barbarie escrita.
Pájaros tan sencillos se ven por mi ventana
que no me atrevo a despertar lo sucio.
Temo tomar un tiempo
que no le pertenece al verso mío.

Por cosas metafísicas pregunto,
me responde el radar de los insectos,
no la sotana zurda... Sí la otra...
millonaria burócrata del cielo.

Así las cosas,
como yo soy testigo y testamento,

me pongo, por las dudas,
mi chaleco de fuerza y sigo hablando.
Debo ser generoso
con la escoba que ensucia cuando limpia...

Debo ser generoso
con el señor que en la letrina escribe
cosas más sucias que las que defeca.
Mas no le doy disculpas al smoking
lo condecora un tropezón conmigo;
debe saber que en el espejo dejo
un cadáver de mí que no se pudre.

Comprendo, sin embargo,
que ya me quedan pocas golondrinas
allí donde la astucia es pordiosera,
allí donde un hambriento diputado del aire
me tiene
agotados los pájaros de Bécquer.

Pero el niño que mira las estrellas del pozo
está viendo allá abajo las espaldas del cielo.

La gota de rocío no perdona
los equinos que hicieron que relinche mi frente,
ni tampoco
el avión que me mata los paisajes,
pero perdona si en el viaje viene
Jesucristo de pildora antiprole.

VI

Testigo de mi tiempo sobre un gajo de yerba
el ojo de rocío le da al hombre distancias.

—Trátame así, le dije.
Pero el ruido no quiso.

—Mira que voy a hablar de un testimonio.
Pero el ruido no quiso.
Siempre es difícil explicar lo simple.
Me puse entonces otra vez de trampa,
es un traje no mío, no me gusta,
no es mi tú, ni mi hoy, ni mi haber sido,
y esto no lo perdona mi estatura de triste;
me perdona los órganos sexuales,
me perdona la mano que me usa dormida,
me perdona que tenga la noche entre las piernas,
me perdona
sentarme en una duda que es un feto de abismo,
me perdona
hasta que ponga a ratos un poco de Manuel
en donde un raro
mellizo de mi yo me tolera la carne.
Sin embargo, comprendo
que perder un fantasma no es lo mismo
que perder tontos útiles...

Lo saben
los intestinos de Van Gogh:
tripas como vacías catedrales;
lo sabe
el pellejo que a besos me pusieron,

el que comienza
como enemigo a dibujarme mapas,
caminos traidores
que lentamente ponen esotérico a falo.

Ahora bien
más de 60 años de huésped en la tierra
son 60 suicidios bien comidos,
sin embargo,
alimentar trocitos de muerte es masturbarse,
medio siglo cuidando ratones metafísicos
metidos en el cráneo como en una alacena
voy sacando Manueles, retazos de mi asombro,
testigos en pedazos, espías sin salario;
allí en un beso se quedó una M.,
en una duda se me fue la A,
las otras letras como huesos fieles de mi esqueleto,
no quieren repartirme, son Manuel hasta en contra,
y por alcobas y por trampas mansas
me buscan en trocitos como en espejo roto.

Hace ya mucho tiempo que soy una valija
sin estación pero con etiqueta;
respiro como un número,
mi emoción es un número,
soy un número ebrio.

Sin embargo, hay más muertos que vivos,
y esto ya es importante.

Los amos de la tierra que obligan a los números,
comienzan a dudar si están quietos sus muertos...

Ley

Víbora consentida y con sentidos,
ya sé que no conocen la ternura
de una mano indefensa y condenada
tu vejez de alquimista imperdonable,
tu razón peligrosamente limpia,
ni tu truco decentemente tóxico,
pero, ¿desde cuándo
caricia judicial, colmillo inmune?

¿Desde cuándo tienes horario disponible
para lavar cuchillos y enterrar inocentes?
¿Desde cuándo
condecoras ladrones con el pan del hambriento?

¿Desde cuándo
tienes guardado en libros el aire de los gritos?

¿Desde cuándo
te nacieron ovarios dentro de los palacios?

Virgen preñada,
desde que tú te acuestas con reyes y tiranos
hay prostitutas hasta en los birretes.

Desde que tú quisiste ser más perra que gente
hace tiempo que el pueblo no ve la primavera,
hace tiempo que el río
viene del mar y tú le inventas párpados...
Hace tiempo
que el átomo creció sin tribunales.

Hace horas
que el hombre va a la luna con el sudor del pobre.
Hace tiempo
la máquina es un poco de abogado insociable;
y hasta todos los días
hacen crecer el trigo por decreto...

Sin embargo, vieja tramposa,
¿quién te dio vela en este entierro?
¿Desde cuándo tienes horario disponible
para enterrar un verso?

Un recado para el Che

Los mendigos de América
saben que tu mirada mata microbios.

Los indios que no saben que tu piel tiene precio
te tocan y se llenan de distancias.

Sin embargo,
todas las ratas de América
todavía
se alimentan de tu cadáver,
devoran todavía
todo lo que al notario se le ocurrió que eras tú...

Pero aún
los roedores no están satisfechos,
quieren seguir comiéndote otras cosas...

Ellos saben que el muerto les costó plata sucia...
Pero buscan al Che por todas partes.
Te buscan en el niño que se muere de hambre.
Te buscan en el asno que se escapa con Cristo.
En la letrina donde evacuas leyes.
En el lavabo donde nunca hay jueces.

En el sepulcro vivo de una llaga por donde
sale huyendo la muerte de la vida.
Te buscan en el tábano que entre los pantalones
despierta a cada instante al millonario,
al que no te perdona que en tu sonrisa tengas
preparado un poquito de polvo raticida.
En cambio, los estudiantes,
en su oficio feroz de lavanderos,
son tan puros,
que se roban tu saliva
para lavar con ella cosas raras, por ejemplo:
testículos.

Mas, como tú bien lo sabes,
estamos llenos de velocidades,
y no sé si en el año treinta mil
te necesitaremos como ahora.

Pero por las dudas,
tú sigues con la escoba de tus barbas barriendo,
tú sabes que hay ladrones sin horario,
gusanos que en el queso hacen su nicho,
ruiseñores con sueldo que defecan el canto,
y una pesada atmósfera de ojos
que atraviesan paredes y amenazan el censo.

Sin embargo, son tercos, te buscan, insisten,
te buscan
hasta en la pantalla donde te prohibieron
para que no compliques el rostro de esta América
donde la geografía
se cuida como el cutis femenino,
y en donde
una pequeña protuberancia
perturba a las hormigas y queman pantalones.

Ya ves, inevitable Che,
por algo fracasaste
como carpintero de tu ataúd.

América rota

Pronto ponte a coser tu geografía
no la que por el río se te va para siempre.
Comienza a usar tus ojos que son vírgenes.
Te quedan sólo ahora tres minutos de historia.

Empieza ya a juntar tus pedacitos,
lo que te van dejando en el saqueo...
tus andrajos geográficos, tu cédula,
se llevan todo, menos tu cadáver.

Comienza ya a juntar lo que te queda,
tu vinagre intocable y desatado,
cicatrices que aún corren como ríos,
fronteras como venas que van hacia una espada,

como el mapa de un cráneo que bajara de pronto
hasta tu mano donde el hombre empieza.

Deja ya de dormir bajo los árboles,
poderosos no quieren que despiertes,
vigilan tu inocencia de poderes atómicos...,
la cuidan como cuidan su huesito los perros,
o como los guardianes a su barril de pólvora.

Pero los que negocian con tu hambre
te están enseñando a unirte.
Al sirviente gigante que ha crecido a tu lado
el crecimiento le quitó cordura,
cada vez que se mueve te aprieta el horizonte.

Cada instante que pasa sin unirte
es un poco de tierra que le echas
a tu cadáver vivo, a tu zombí...

Indefensos y hambrientos
tus inditos te esperan a la puerta del rancho,
pero resulta que tú no llegas
porque estás discutiendo en el palacio
pequeños intereses personales
con un nacionalismo de mendigo sin ojos.

Mientras tanto,
está bien que tú pongas los panes en el grito,
y que llenes un vaso con agua de tus ojos,
para luego,
a la salud de todos tus ladrones,
sin pedirles permiso te lo bebas.

Ellos dirán: “es puro masoquismo”,
pero lo que te tragas es pura dinamita.

Reo

Su sonrisa la buscan porque es bomba de tiempo.

Delincuente por hablar desnudo,
no por estar sin ropa.
Delincuente por no querer ser rico,
persiguen su palabra como el auto de un ebrio.

Sospechoso por sus cabellos largos,
el carcelero
le teme a su dulzura.

Peligroso por vago...
camina sobre el agua por no lavar el cuerpo...

Peligroso por llegar
en el tiempo preciso
cuando empieza la máquina a ser gente...
y la cosa a tener un apellido...
y el objeto
a ser más importante que su amo.

Peligroso por manso, terrible por abstemio;
no consume...
Pero donde hay un robo del tamaño de un pan,
allí está su ternura delincuente.

He aquí el acusado y condenado:
quiso unir animales racionales,
echó del templo a los mercaderes,
un ciclón de monedas asesinas
cayó sobre su enclenque anatomía;
mas, ni los de su casa
(un nubarrón de sotanas),
pudieron con el mendigo...
Al contrario,
se adelantó 2000 años
al hippie y al socialista.
Y ahora mismo, lo tienen en la cárcel,
pero los que lo encierran
aclaran:
tiene ya 20 siglos, y todavía
no sabemos qué hacer con este joven...

¿Cuánto le cuesta el cielo a un campesino?

¿Cuánto le cuesta el cielo a un campesino?
Diez velas para que llueva.
Otras diez para que escampe.
Un año de abstinencia sexual con cielicida.
Sólo un huevo en las tripas protestantes los lunes.
Diez pesos para ungüentos a las llagas
de sus rodillas:
que son las cenicientas de todas sus promesas.
Un caballo y un pollo para la sotana
y también la sobrina
por las dudas...

Mientras tanto,
empezaron los perros a ladrar a la radio.

Algo se está pudriendo.

Algo de pesticida tiene ya este ladrido.

El enterrado

Comenzó el escritor su obra maestra.
Un niño vecino se está cayendo de hambre.

El escritor trabaja sin descanso su obra.
Ahora está más grave el niño hambriento.

Empezó el escritor a podar su gran obra.
El niño está en coma.

El escritor resume, sintetiza su obra.
El niño está agonizando.

Ya sólo hay una línea en el papel.
El niño ha muerto.

El escritor sólo ha dejado el título.
Enterraron al niño.

El escritor
está de nuevo ante su página en blanco.

Pan y cielo

Cuando el primer ladrón dijo:
me están robando,
comenzó la civilización.

Pero la cultura le alargó los brazos,
tanto,
que el animal volvió a sus cuatro patas.

No importa que con ellas pise ahora la luna,
o le tome la fiebre a las estrellas,
o nos ponga en los ojos todos los horizontes.

No importa.
No importa.

Que un frac en cuatro patas va pisando los astros.
Que el monstruo no digiere los espacios que come.
No importa.
No importa.

Entre el pan y el mendigo hay más espacio
que entre el cielo y la tierra.

Zapato

No me llamo Manuel con los zapatos puestos.

Tú me enseñaste a andar como la gente.
Pero ya no voy lejos.

Por favor, tonto útil, sepulcro de kilómetros,
yo no te quiero cuando estoy de viaje.

Mis pies son tuyos, yo te los regalo,
te doy también el cuerpo, te doy toda
mi zoología para que la aguantes,
yo no soy presidente, solo escribo durmiendo.

Por favor, tonto útil, amigo de mis callos,
déjame sin zapato este poema.

Golondrina

Moneda cotizada por el cielo,
dale un poco de Bécquer a este siglo.

Dale un poco de aquello... No importa que el notario
escriba que ya es viernes si es domingo en el verso.
Ya no tendrá un horario que inquiete sus zapatos.

Ya sabrá por qué un beso le atrasa sus relojes.
Ya sabrá por qué a veces le ensancha sus ventanas
tu fugitivo cielo, tu luto de relámpago.

Pero basta,
basta ya de metáforas. A su sitio los trapos.
La escoba no ha perdido su manía...
Y ahora...

Ven acá, golondrina.

Tú sabes que Pascal iba en burro a la escuela,
¿para qué va la Biblia en cohete a la luna?

¿O es que como el muerto que se va de este mundo
con sólo su espirita combustible,
con el mismo se va también el vivo?

Quizá lo sepa Armstrong que viajó con el libro.
Pero tú, ya lo sabes, golondrina.
Para ti, todavía,
son niñitos de teta los cohetes.
Tú vienes de más lejos. Tu luto es planetario.

Mientras tanto los chinos, panteras atrasadas,
estos Bécquer del Asia se comen tu excremento.

Crucifijo

Jura el juez ante ti, ¡tú moribundo!,
el mismo juez que condenó tu hechizo...
Así es la cruz, infierno y paraíso.
Unos besan tus pies, otros tu mundo...

Pueblos juntó tu beso vagabundo,
odios juntó la ley cuando te quiso...
Mas hoy, también, en mineral, sumiso,
te saca amor de tu marfil profundo.

Ya no estás en la cruz, y allí estás fijo.
Sotana vive aún del moribundo...
Sale sangre social del Crucifijo.

Tú que te vas porque ya soy tú mismo,
mendigo que fortunas costó al mundo,
te llevas pobres, pero no su abismo...

El último huésped

Aquel hombre que,
más que por tus zapatos y tu pan,
murió por tu aire,
murió para que puedas hablar,
para que puedas moverte tranquilo,
para que no leas noticias escondido,
para que no escondas detrás de un cuando
tu nombre ni tus calzones,
para que tus manos prohibidas
puedan tocar la vida,
para que tu silencio
condecorado de remiendos,
no se duerma en tu catre donde tienes
arropado tu odio sin sueldo.

ÍNDICE

Introducción	9
<i>Compadre Mon</i>	17
Dos palabras	17
<i>Primera parte</i>	
<i>Carta a Compadre Mon</i>	21
Poema 1	27
Poema 2	28
Poema 3	29
Poema 4	30
Poema 5	32
Poema 6	33
Poema 7	33
Poema 8	34
Poema 9	35
Poema 10	36
Poema 11	37

El último huésped

Aquel hombre que,
más que por tus zapatos y tu pan,
murió por tu aire,
murió para que puedas hablar,
para que puedas moverte tranquilo,
para que no leas noticias escondido,
para que no escondas detrás de un cuando
tu nombre ni tus calzones,
para que tus manos prohibidas
puedan tocar la vida,
para que tu silencio
condecorado de remiendos,
no se duerma en tu catre donde tienes
arropado tu odio sin sueldo.

ÍNDICE

Introducción	9
<i>Compadre Mon</i>	17
Dos palabras	17
<i>Primera parte</i>	
<i>Carta a Compadre Mon</i>	21
Poema 1	27
Poema 2	28
Poema 3	29
Poema 4	30
Poema 5	32
Poema 6	33
Poema 7	33
Poema 8	34
Poema 9	35
Poema 10	36
Poema 11	37

Poema 12	39
Poema 13	40
Poema 14	41
Poema 15	42
Poema 16	43
Poema 17	44
Poema 18	45
Poema 19	46
Poema 20	47
Poema 21	47
Poema 22	48
Poema 23	48
Poema 24	48
Poema 25	49
Poema 26	49
Poema 27	50
Poema 28	50

Sol Gallero

Poema 29	53
Poema 30	57
Poema 31	57
Poema 32	59
Poema 33	61
Poema 34	63

Segunda parte

<i>Habla compadre Mon</i>	67
Aire durando	68
Canciones con uniforme	69
Soldado	71
No le tire... ..	71
Aire	73
Camina	74
Pancho	75

Trago	77
¿A quién viene a ver usted?	79
Hombre y perro	80
Palabra	82

Tierras casi sin Mon

Carta inicial	83
Carta para un pinino	84
Segunda carta a un pinino	85
Carta para una calle	85
Carta clave	86
Carta limpia a mi burro	87
Carta a fuerza de blanco	88
Carta a Pedro	88
Una carta a Cacán color de agua	90
Tema para mi instinto	92
Niño muerto en un patio	94
Tiempo de la tierra	94
Aire de carne	96
Amistad con el día	97
Carta a Manuel	99
La palabra comida	103
Jonás el prestamista	105
Carta al indio Raúl	110
Carta bajo la lluvia	111

Motivos de Compadre Mon

Apunte	114
Lo que el boyero no dijo	114
Lo que cantaba el boyero	115
Remate	116
Guitarra panadera	116
Tortuga	117
Canción con José Remoto	117
Agua	119

Manso	119
Cuando	119
Juez	120
Sed	120
Llueve	120
Gayumba	121
Agua de piedra	121
Cotorra	121
Buitre	122
Trapito	122
Leñador	123
Quena	123
Culebra	123
La vaca muerta	124
Caracol	125
Canario	125
Inmigrante	125
Voz	126
Tambora	126
Chivo	126
Cactus	127
Canción para buscar un cocodrilo	127
<i>Cuatro vecinas de Mon</i>	
Tunta y su diente	130
Colasa con rumba	131
Tefén	133
Colasa con ron	135
Pulula	136
5 resabios de Mon	139
Resabio 2	142
Resabio 3	145
Resabio 4	148
Resabio 5	150

Tercera parte

<i>Compadre Mon en Haití</i>	153
Revolución y fuga de Mon	154
Mon en tierra haitiana	157
Primera aventura	158
El revolucionario	159
El herrero	160
Buche afuera	162
El polvito	163
Ritos	163
Segunda aventura	165
Última etapa en Haití	166

Compadre Mon en su tierra

Primer tropezón	168
Segundo tropezón	169
Tercer tropezón	170
Prisión de Compadre Mon	171
Don Pulla	173
Don Mon	173
Don Pulla	174
Don Mon	175
Don Pulla	175
Don Mon	176
Don Pulla	178
Don Mon	178
Don Pulla	179
Don Mon	179
Don Pulla	180
Don Mon	180
Don Pulla	181
Don Mon	181
Don Pulla	182
Don Mon	182

Don Pulla	182
Don Pulla	183
Don Mon	183
Fuga de Compadre Mon y Don Pulla	184
Canto a Cacique	185
Segundo canto	186
Tercer canto	187
Cuarto canto	190
Quinto canto	190
Sexto canto	191
Séptimo canto	192
Último canto	193
Un recado a Simón	193
<i>En casa de Don Oráculo</i>	195
Don Oráculo	196
Compadre Mon	196
Don Oráculo	197
Primer canto de Don Oráculo	197
Segundo canto de Don Oráculo	198
Tercer canto de Don Oráculo	201
Don Mon	204
Conclusiones de Don Mon	205

Trópico Negro (1942)

Trópico picapedrero	211
Horrible compañero	212
Haitiano taumaturgo	213
Aire negro	214
Negro sin nada en tu casa	216
Trópico suelto	216
Amuleto de hueso	222
Negro sin zapatos	223
Negro sin risa	223

Negro manso	224
Negro siempre	225
Este negro	226
<i>Chinchina busca el tiempo (1945)</i>	
Chinchina	235
Raíz de sus pasos	235
Agua de infancia	236
Cielo roto	236
El organillero sin ojos	237
Agua siempre	238
Primavera en la piedra	238
Casi Chinchina	239
Casi Manuel	240
Agua de carne	240
Chinchina sin tregua	241
Huye	242
Fracaso blanco	242
Pesadilla agradable	243
Bueyes	243
Color de agua	244
Sus preguntas	244
Temor	245
Piedra honda	246
Allá lejos	246
Indicio de égloga	247
El juguete sin tiempo	247
La vaca sobre la tierra	248
La gotera	249
El flautista cojo	249
El curandero	251
Yaco	252
La sequía	253

La vaca difunta	253
El hombre color de pueblo	254
El relojero ahorcado	255
El buey que huele a tarde	256
El avestruz	257
La maestra sin huesos	258
La lechuza	259
El campanero robador de pájaros	259
Zapatos viejos	261
El herrero y una sed	261
Cholo el demente	263
Las cometas con algo	264
Manuel viene del mar	265
El cráneo del indio	265
La burra de don Goyo	266
El aguatero	267
La cotorra	268
La escoba	268
Abuelo	269
Aldea interior	270
Cara sucia	271
Un dato	272
Presencia sin uso	272
Acuarela de sal	273
Fuga adentro	273
Mientras Chinchina no despierta	274
Su claridad sin fecha	275
Tu lejanía me alimenta	275
Hugo simplemente	276
Su primera salida	277
Hablo con el cuadrúpedo	277
La tortuga	278
La gota	278

El afilador	279
La pulga	280
Ojos vegetales	280
Alianza blanca	281
Los arrieros	282
Espinas sin rosas	283
Un día sin mi mano	283
La semana blanca	284
Los ojos de la vaca	285
Estatura de esencia	285
Los cocuyos	286
El corazón de tela	287
El juguete blanco	287
Alucinación	288
Lluvia seca	289
Agua de puerto	289
Piedra el cieguillo	291
Las hormigas	291
El buey enfermo	292
Piedra tierna	293
Verde adentro	294
Las chicharras	295
El sinsonte	296
El pescador durmiendo	297
En la ciudad y solo	298
Los vidrios de aumento	298
La carreta	299
La calle de siete años	299
La ciudad y su juguete	300
Biografía sin gente	301
Madrugada sin cáscara	301
Decreciendo	302
Costumbre de materia	303

Olfato manso	303
Retrato de un silencio	304
Huella de aire	304
Sabor de fecha	305
Tiempo no caballero	306
Fruto de tacto	306
Material de ausencia	307

Sangre mayor (1945)

Letra	311
Anatomía del duende	312
Extensiones sin lumbre	313
Desentierro tu lámpara	314
Iniciación aún	315
Madrigal del hígado	316
Tiempo terrestre	318
Regreso a decir	320
Día hacia dentro	322
Donde la voz parece más del árbol	325
Sangre mayor	325
Material de fuga	328
Permanencia inmaterial	329
Fecha golpeada	330
Ojos labradores	331
Manuable aire	332
Alianza virgen	332
Iniciado en la piedra	333
Testimonio en su sitio	334
Unión de huellas	334
Estatura de un aire	335
Desentierro del ala	336
Lumbre enterrada	337
Desunida unión	337

Fecha del paso	339
Equidistancia de lo simple	339
Distancia de lo puro	340
Viento de tumulto	341
Tiempo de sustancia	341
Sombra física	342
Desneblina	343
Clima sin tiempo	344
Manuel	345
Palabra en edad	345
Rodeo interno	346
Movimiento hacia el alma	346

Los huéspedes secretos (1951)

Huésped mayor en tres iniciaciones	
Inicio primero	353
Inicio segundo	354
Inicio tercero	355
Huésped primero	356
Huésped súbito	356
Huésped caído	357
Huésped ya entero	358
Huésped solo	358
Huésped de fondo	359
Huésped en trance	360
Huésped de la saliva	361
Ego de huésped	362
El huésped de piedra	363
El huésped de los pájaros	364
Huésped del aroma	365
El huésped bobo	366
Huésped no quiero	367
Un huésped del mar	368

Huésped de la llaga	371
Huésped desenterrado	374
Huésped equivocado	376
Huésped aún	377
Poema	378
Cómo	378
No camines	379
Carne mía	379
Algo	379
Revoloteaba	380
La carga	380
Solo	380
Sed de agua	381
Fracaso	381
Tres voces para un motivo	382
Alguien	383
Huésped de un antes	383
Concreción	384
El huésped sonoro	384
Agua viva	385
Rostro solo	386
Cara entre llamas	386
Huésped en polvo	387
Poesía	388
Agua	389
Voz	389
Una sed	390

2

La muerte de la nada

Y vendrán	391
No es tiempo lo que hablo	392
Oniricoma	393
Anunciación	393

3

Velando a la muerte

Los hombres no saben morir	395
Los muertos	396
No son como las moscas	397
Los muertos no envejecen	398
Allí los esperan	399
Rescate del origen	400
Temática del Uno	400
Señal del iniciado	401
Un caballo galopa	402
La marea sin tierra	404
La carga	405
Suma de la nada	405
A un recién nacido	407
Dos antitiempos siameses	408
No saben ser eternos	409
La lágrima	409
Lo que guardaron	410
Feto	411
Espejo	412
Crecimiento hacia adentro	412
Bonzo	413
En la casa de Octavio el escultor	414
Panteras	415
Teléfono	416
Hablo del yo	417
Existe	418
Sabor de sombra	418
La canción del Uno	419
¿Quién?	420
Mi transitoria amante: la nada	420
Sitio del sueño	423

El escultor ciego	428
Amnesia	428
<i>Los huéspedes sociales</i>	
Ruleta	
I	431
II	433
III	434
IV	436
V	438
VI	441
Ley	443
Un recado para el Che	444
América rota	446
Reo	448
¿Cuánto le cuesta el cielo a un campesino?	449
El enterrado	450
Pan y cielo	451
Zapato	451
Golondrina	452
Crucifijo	453
El último huésped	454

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Noviembre del 2002,
en los talleres Gráficos de Editora Corripio, C. por A.,
Santo Domingo, Rep. Dominicana.
DT-15912